Rojo amor

Aníbal Jarkowski





Aníbal Jarkowski

Rojo amor

CLUBCINCO

Jarkowski, Aníbal
Rojo amor / Aníbal Jarkowski. - 1a ed . - Remedios de Escalada : Clubcinco editores, 2018.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-45814-6-4

1. Novela. I. Título.
CDD A863

Editores: Virginia Gallardo, Martín Hain, Yair Magrino, Edgardo Scott
Correctora: Mariana Lerner
Diseño de cubierta e interiores: Tobías Wainhaus

1a reedición en Argentina

Beltrán 190, 3º H (1826) Remedios de Escalada,
Lanús, Pcia. de Buenos Aires
e-mail: club5editores@gmail.com
www.club5editores.com

ISBN: 978-987-45814-0-2

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prólogo

Existen diferentes maneras de iniciar una carrera literaria. Quizás la más frecuente sea la publicación de un tímido primer libro, donde convivan el eventual talento con las aristas rugosas de la inexperiencia. Pero existen también esos otros primeros libros que, lejos de la timidez, transmiten un vendaval de trabajo artístico previo, e intensos y trabajosos meses o años en los que se han acuñado los argumentos, la estructura, el tono, y en los que se han tomado decisiones propias de un escritor experimentado. Se trata de esos libros cuya única marca de iniciación es la intensidad con que buscan decirlo todo –al menos, todo aquello que ansiaba un canal de expresión en la soñada "primera novela"– así como la implacable gentileza que poseen con el lector al no ahorrar nunca esfuerzos en su búsqueda de la frase perfecta, el párrafo bien construido, la estructura narrativa no previsible. Hay algo largamente contenido que se libera en estos buenos primeros libros, una fuerza joven y vital que, aun cuando los siguientes los igualen o superen en valor literario, reaparecerá ya con una cadencia más racionada, económica, adulta.

Rojo amor pertenece a esta segunda clase de libros iniciales en su versión más perfecta porque posee, a todas luces, la intensidad narrativa de una voz que habla por primera vez en la literatura argentina –y está plagada, además, de momentos iniciáticos, como la búsqueda que emprende el narrador de su identidad y de su arte. Pero esta voluptuosidad liberada nunca zozobra, sino que se expresa con un sutil y disciplinado trabajo formal sobre el lenguaje, una precisión estilística esperable en un texto breve como un cuento o un poema, pero extendido aquí a las centenares de páginas que hacen avanzar la narración. El estilo de Aníbal Jarkowski es, por cierto, una admirable

conquista del trabajo, y no es casual que en sus novelas abunden las figuras de artistas en su condición de trabajadores, o que el trabajo mismo constituya uno de sus temas recurrentes. Pocas veces una literatura tan bien escrita, tan variada en sus procedimientos y tan preocupada por la significación de cada uno de ellos logra hacer tan evidente el arduo trabajo de miniaturista que hay detrás.

En Rojo amor aparecen por primera vez los temas que constituirán constantes, casi obsesiones, en sus novelas posteriores –Tres (1998) y El trabajo (2007)–: la reflexión sobre el arte en las sociedades capitalistas; la relación del artista con su obra y su lenguaje –únicas posesiones "materiales" que lo constituyen como tal–; las escenas de intimidad femenina, en las que la desnudez frente al espejo es una cotidiana epifanía y el contacto con la ropa interior, una caricia desviada como una hipálage; la penosa condición de los trabajadores en tiempos de crisis; la percepción histórica anclada en la materialidad existencial de los personajes. Arte, erotismo e historia (pasada, contemporánea) arman una tríada que Jarkowski combina de manera diferente y original en cada novela.

La reflexión sobre la estética, sobre las formas artísticas que se distinguen de lo comercial y de lo actual, aparece en Rojo amor sobreimpresa a la figura de un noble ruso, el duque Dimitri Pavlovich –último heredero de los Romanov–, y a una de sus amantes, Coco Chanel, la innovadora diseñadora de modas. En las entrevistas que mantiene el narrador con Dimitri hay exquisitas disquisiciones sobre el gusto, los modales y un mundo de jerarquías entendido como natural que reenvían constantemente a la idea de lo artístico puro. Este desterrado noble ruso, que detesta la vulgaridad de la revolución y de toda forma política moderna que desequilibre la "natural" desigualdad social, parece concebir su linaje, sus deberes de heredero y su lugar en el mundo con los parámetros de un purismo estético. La notable fusión del protocolo del ancien régime con las reglas del arte, este último paradójicamente aislado en lo que un formalista ruso llamó "serie literaria", atraviesa buena parte de las declaraciones de Pavlovich, encantadoras, por cierto, si el lector se entrega a su lógica. Su visión de las creaciones de Chanel también participa de similares implicancias estéticas, hasta que el viaje de la francesa a Estados Unidos y la consecuente producción en serie para el mercado delatan su pasaje sin retorno a la procacidad de lo "actual". También habitan la novela pequeñas historias intercaladas como la del bailarín ruso que danza desnudo frente a los fascistas y termina internado en un hospicio (historia que reaparecerá con variantes en El trabajo), o como la del poeta Pierre Reverdy, que desaira a Chanel y decide escribir su obra en un convento, entregado a Dios y a su arte (motivo que reaparecerá, asimismo, en Tres).

La contracara de esta visión autónoma del arte, desligada de cualquier legitimación o motivación externa al arte mismo y a la belleza aristocrática, son las inquietudes del narrador, quien, fascinado no obstante con el secreto que encierra Dimitri, y en parte partícipe de su concepción de la belleza, se sabe un trabajador de las letras (escribe en una revista femenina) y descubre una dimensión moral en la literatura que hace propia. El narrador se convierte en novelista y su decisión es escribir "Rojo amor", una novela proletaria que cuenta la historia de sus abuelos rusos cuando emigraron al Río de la Plata en los años veinte.

Esa tensión entre arte puro y arte social encuentra una original solución sintética en la novela misma; o mejor dicho, en los procedimientos formales y en la mezcla de registros con la que está escrita. Porque Rojo amor es, ciertamente, el resultado de una talentosa reunión de géneros y recursos literarios no siempre compatibles, cuya convivencia se hace posible gracias a la particular sensibilidad de su autor. En el discurso de Dimitri conviven el análisis desencantado de la historia de la revolución rusa (y claros contrapuntos con los libros de Trotski y Lenin) con la narración de escenas propias de las convenciones de Hollywood (Chanel desnuda frente al mar, sonámbula) o con intrigas propias de la novela sentimental. Mientras que en la adorable "Rojo amor", las formas de la novela popular estructuran una historia amorosa y de militancia bolchevique, poblada de escenas fieles al folletín sentimental de los años veinte y treinta (muchas veces pensados para un público obrero), pero también abundante en descripciones y otros pasajes dignos de la mejor literatura contemporánea que rinden homenaje, por momentos, a autores reconocidos de la literatura nacional.

Así, frases que emulan la poesía vanguardista de Oliverio Girondo –"Un hombre salía de la trastienda y escapaba con las pupilas como monedas. Las mujeres recogían todas esas confesiones sin saber dónde las arrojarían luego"– describen un territorio también presente en El juguete rabioso de Roberto Arlt: el Paseo de Julio. Arlt mismo es evocado en la descripción de la joven rusa que aguarda bajo la lluvia "bañada en el mercurio de los relámpagos". El destino oculto de las mujeres del zar se nombra con un guiño a Rodolfo Walsh –"vivían las cinco fusiladas"–, mientras que muchos finales de capítulo cierran con lugares comunes de la novela sentimental alterados con procedimientos poéticos inesperados, como cuando una lágrima de mujer "perla" una hoja del jardín o el criado Serguei recoge "una sábana florecida la noche anterior" tras el debut sexual de una muchacha. Las escenas de tocador, propias de la novela erótica, conviven, asimismo, con pasajes en los que el narrador se confiesa ante un perdido amor o, en otro polo, espeta un discurso denuncialista

sobre la historia de los obreros.

Jarkowski se sirve de modelos discursivos variados, y logra tanto estilizar las formas populares como parodiar las cultas, extrayendo de ambas su mejor potencial estético sin traicionarlas. El experimento no es frío, tampoco es un juego. Parece, ante todo, un trabajoso sinceramiento con el propio gusto y con la propia sensibilidad.

La reedición de Rojo amor reactualiza el vigor de un inmejorable comienzo y, a la vez, proyecta nueva luz sobre las novelas que la sucedieron. Si la búsqueda del arte es un tema recurrente, en esta primera novela esa búsqueda tiene las marcas de una iniciación en más de un sentido. Los guiños autobiográficos de la trama (el sueño con las cartas escritas en cirílico, sueño que Jarkowski señaló, en una entrevista, como el origen de su escritura; la mención de la localidad de Jarkow, pago de origen de Serguei) sugieren que además de la transformación del narrador en escritor, la novela también cuenta el nacimiento del proyecto estético del autor. Proyecto estético felizmente consumado, hasta ahora, en tres postas que constituyen sin duda lo mejor de la narrativa argentina contemporánea. No puede más que celebrarse, por ello, que Rojo amor vuelva a estar disponible para nuevos lectores; desde ahora, seremos muchos más los que, en una escena espejada con el libro, derramemos la sincera lágrima “perlada” sobre su página final.

Soledad Quereilhac

Rojo amor

Para Wenceslao, Alfredo, Fabián,
Agustín, Ignacio, Andrés e Iván Jarkowski.

–Dispénseme por los desarreglos. No sé valerme sin Serguei. Cada día más lo necesito, pero a su muerte preferí no tomar sirviente. No nos entenderíamos. Los tiempos han cambiado. ¿Quién puede hacerse a la idea de que el mundo no fue vulgar alguna vez? Sé que usted me comprende. Por eso ha venido. Aunque le confieso que al concederle la entrevista me acusé. ¿Qué serían estas palabras, mercancía para gente sin modales? Solo sus formas me atajaron. Al leer su carta reconocí algo en el estilo que me confortó. Algo familiar que creí para siempre perdido. Cómo supo de mí.

–Vi su retrato en una revista.

–Sí. Cada día habrá más retratos.

–Le molesta.

–Durante años nadie golpeó a la puerta. Por qué no vino antes...

–Por años lo busqué en esta ciudad. Creí que había muerto.

–Muchos lo pensaron. No se culpe. Poco faltó para que usted tuviera la razón. Esos bárbaros primero, y luego el tiempo... Pero la Naturaleza sabe vengarse de los accidentes de la Historia. Las personas parecen no comprenderlo. Las ideas mueren, es cierto, también las ilusiones. Para eso está la Historia. Un cementerio donde los hombres entierran sus sueños. Pero la Naturaleza es un río secreto donde fluye el orden de todas las cosas. Yo pertenezco a ese río. Mi sangre es ese río... Usted es joven, tal vez no entienda. Es cierto, ya no es un niño, pero jamás podrá alcanzarme. Siempre podrá ser mi nieto... ¿Qué es lo que quiere saber?

–Es el heredero del Imperio.

–Primero soy ruso. Claro que no la desdeño, pero mi nobleza es secundaria. La Patria es el destino de mi familia. Sin Rusia no somos nada. No fuimos nada todos estos años... Para usted será extraño. Sin embargo, no era un desatino coronar una dinastía con linaje aborigen. ¿Nunca ha pensado que el destino de su Patria se torció para siempre aquella vez? Debe considerarlo. Al cabo, por un prurito republicano, ese lugar se lo han dejado al linaje del dinero. Ya lo ve, no es buena la consonancia con los tiempos. Su general Belgrano era un hombre sensible. Las libertades son una forma prolongada de la moda, no

tardan en perder su interés. ¿Acaso las repúblicas han demostrado ser algo mejor? Asómese a la ventana, obsérvelos. Viven en una perpetua subasta ofertando a gritos. Miseria espiritual y avaricia, nada más. Han arruinado el paisaje del mundo con su moral del rédito. Defienden la libertad, eso dicen. Pero usted sabe que solo son libres los que tienen dinero. Su general Belgrano no supo hacerse entender. Imagino que los habrá espantado la idea de fastos tan extravagantes; sin embargo toda pompa lo es. Conozco historias horribles de mis antepasados, es cierto, pero jamás las reprocharía. Su barbarie era heroica. Habían pasado siglos desde los tiempos en que para celebrar las victorias bebían la sangre enemiga servida en calaveras descarnadas, de manera que recibí la leyenda sin espanto. Pero los comprendo. Es mi sangre también. Horror y heroísmo. ¿Haré mención de estos detalles a sus lectoras?

–No. No son necesarios.

–Nos entendemos. Conversaremos entonces, si usted no desiste, y luego se verá. ¿No ha traído su cuaderno de notas?

–Las cintas registrarán todo.

–Nada más le encargo una secrecidad celosa para aquello que desestime publicar. Sé que puedo confiar en usted. Sobre qué hablaremos.

–Sobre su vida. Cuál cree que es su sello. Rusia... Las mujeres.

–No me decido. Pero es cierto, ahí está todo. Las personas se confunden, no viven más que dos o tres experiencias pero lo advierten tarde, cuando ya han ocurrido, y es por eso que tanto se lamentan. Deberían atender a lo que se repite cada vez. Nuestro destino es refinarlo. Pero las personas son cachorros que nunca aprenden. El sello de una vida es esmero, placer en aquello que se repite. Hay un norte magnético que nos colma y nos destruye; sin embargo, solo los artistas sacan provecho de esa ley. Convendrá conmigo en que no hay mérito en el arte que redunda, en que debemos despreciarlo en beneficio de la variedad. Con todo, más celebramos que se repita aquello que alguna vez nos dio satisfacción y confirma nuestra opinión sobre el mundo. Eso mismo ocurre con la vida, y no advertirlo hace desdichadas a las personas de pasiones menudas. Al cabo, qué diferencia hay entre una pasión y una obsesión. Solo por vanidad, por optimismo, por un principio de esperanza hablamos de pasiones. Aunque soy comprensivo. Sé que cambiar en la vida es imposible y en el arte supone enormes dificultades. ¿Cuántos artistas conoce usted que renieguen de la eficacia?

–O el dinero.

–Pero el tintinear de las monedas no es música. Se lo confío. ¿El

mundo se desmorona bajo nuestros pies? Cuidemos los modales. Las formas lo son todo.

–Los modales son su tesoro.

–Qué otra cosa si no. Lo único que llevé al salir de Rusia. No tenía otra cosa cuando llegué a París.

–¿La lengua?

–Lengua es modales. La Familia Imperial no hablaba el ruso. Conocía algunas de sus formas, naturalmente, pero en el trato corriente o de cancillería solo hablábamos el inglés. Mi francés era precario. Lo teníamos por segunda lengua, pero la reservábamos a la correspondencia ajena al protocolo. Mi abuelo, sin embargo, no pensaba sino en lengua francesa. Que no es mi caso. Prefiero el inglés.

–¿Y el ruso?

–El de Pushkin, no más allá. Y cuando saquearon Rusia era difícil hallar alguien que hablara en Pushkin. Para vigilar sus conversaciones en la prisión obligaron a mi familia a que hablara el ruso. Que era prohibirles hablar, como imaginará. La Gran Duquesa Anastasia jamás sobrellevó esa violencia y desde entonces guardó aversión por el ruso, lengua que jamás consiguió hablar ni en sus rudimentos. Para todos fue penoso. En Francia comprendí que las culturas no deben vivirse sin distancia porque decepcionan. No se sorprenda. Es una ley, qué duda cabe que ingrata, pero observarla aliviaría a las personas de desengaños. Los franceses son tan vulgares. Su único mérito en la historia de la humanidad será haber traicionado a las revoluciones en los días en que aún la gente confiaba en ellas. Monsieur Flaubert, con toda su vulgaridad infinita, tuvo al menos la virtud de pedir a mi compatriota Turguénev que le indicara cómo debía proceder para adoptar la nacionalidad rusa.

–No lo sabía.

–Ya lo ve, cada día se conoce menos lo relevante. Con todo, Flaubert debió saber que no se compra una Patria. El mundo ha perdido el tiempo hablando de esa mascarada que fue la revolución en Francia cuando la única memorable –y nadie debe entender esto como una ironía, al cabo yo soy su víctima– es la rusa, con todo el dolor que ha traído a nuestros hijos. Un hombre sabe nada del género humano si no fue víctima o verdugo de un atropello tan salvaje como aquel. Que sus lectoras imaginen miles y miles de esculturas de mármol hundiéndose en un pantano, eso les dará una idea aproximada. Comprenda, el pérfido Illych Ulianov debió escribir para sus sicarios, de puño y letra, las formas del trato que se debían a una visita extranjera. Esos bárbaros ni sabían que correspondía ofrecer asiento… Los diplomáticos pasaban horas de pie hasta que ese canalla los recibía en

su escritorio. Lamento decirle que ya nunca verá algo así. No hay desesperados.

–Hay pobres aún.

–Los pobres no son locos. Para ir tras ese leguleyo no bastaba la pobreza. Se necesitaba desesperación. Rencor ciego. No son los pobres quienes hacen las revoluciones, se prestan, por un tiempo nada más, para corte de los milagros. Mi familia no creó la pobreza. Las diferencias pertenecen al orden natural. No hay dos cerezos con el mismo número de hojas, pero todos reciben el sol, la lluvia y el aire. Es cierto, ya nadie cree que el mundo sea una guerra de ricos y pobres, pero en aquellos días corría esa idea. Las montañas más pequeñas no asaltan a las más grandes. Saben recibir lo que les corresponde de su torrente cuando llega el tiempo de los deshielos.

–Aún odia a los bolcheviques.

–Parece lejano, es la verdad, pero fueron mis verdugos. Allí donde fui maquinaron mi muerte. No los desprecio por la suerte que me ha tocado –no es lo mismo, naturalmente, pero vivo aquí tan a gusto como en San Petersburgo– sino por la humillación a que condenaron a nuestros hijos. ¿En qué convirtieron su fe, sus sueños? Patria de los obreros... ¿quién puede entender algo así? ¿La Patria convertida en un taller? Es cierto, la pesadilla ha terminado, pero ¿cuánto nos demorará volver al pasado?

–...

–¿Quiénes son los rusos que usted conoce? Se lo voy a decir. Pushkin. Repin, Gogol, Glinka y Mussorgski. Nevski, Tchaikowski y Rimski-Korsakov. Kukolnic. Zhukowski y Lermontov. Todos espíritus de la Rusia Imperial. ¿Conoce algún contemporáneo? No lo cargue a su ignorancia. No lo hay.

–¿Qué ocurrió con usted luego de la Revolución?

–Fue como si el mundo hubiera dado la vuelta. Después del asalto los sobrevivientes de la Familia Imperial se dispersaron por Europa imaginando que los países amigos los ampararían. En cambio, les dieron trato de leprosos. Parecían niños extraviados en una guerra. Pero había una lógica en todo aquello. El mundo se ha vuelto día a día más vulgar. Aquello fue nada más que el comienzo. Muchos de mis seres más queridos eran llevados y traídos por ese país infinito, noches enteras por la nieve y el barro en trineos tapizados con paja. Al fin los arrojaron a un mundo que les dio la espalda de la manera más vil que nadie pueda imaginar. Nadie los socorrió. Nada más querían saber qué se había hecho de las joyas, los vestuarios, el dinero. Era como si el mundo viviera en fábulas. En cuanto a la Familia Imperial, una maleta y un neceser fue todo el equipaje que le permitieron. Solo Dios sabe

qué hicieron los salvajes con el resto. Imagino que habrán disfrazado a sus queridas. Leí que representaban hoces y martillos en seda y terciopelo para adornar los almacenes. Es la idea que tienen de la Justicia: el robo.

–Usted fue a prisión.

–No. Yo estaba en Persia desde comienzos del año 17. A fines del año anterior hicimos el intento final por salvar a Rusia de la suerte que le esperaba. Un exabrupto de adolescentes, si usted quiere, pero que entonces nos costó el destierro a un grupo de nobles. Todos sabían que Efimovich Novi Rasputín era un agente alemán. Sin embargo, sus extraordinarias facultades para mantener a raya la hemofilia del Príncipe Alexei hacían que el Zar desestimara nuestros consejos. Desde que Efimovich Novi llegó al Palacio los desvanecimientos del Príncipe eran infrecuentes, y el Zar confiaba en que los poderes hipnóticos conservarían con vida al heredero. Todo entonces le fue ofrecido. No solo la posibilidad de ejercitar las enseñanzas que el mago Badmayev le había impartido en el Tíbet, sino también el acceso a los caudales de la Familia. A la sombra de Efimovich Novi la Corona comenzó a endeudarse con el banquero Dimitri Rubinstein. La muerte de Efimovich Novi fue nuestro último camino. Un vano intento, es la verdad. Dos o tres días después, el general Maximovich me entregó la orden del Zar condenándome al destierro hasta que cumpliera la mayoría de edad. Decidí Persia.

–¿Había estado antes fuera de Rusia?

–Solo durante la guerra. Yo era el jefe del segundo Regimiento de Granaderos de Fanagorie. De mis veinticuatro oficiales nada más ocho regresaron conmigo a Rusia. De todos modos, el destierro fue como otra guerra. Nadie más que Serguei me acompañó. Mi hermana María llegó a la estación desesperada. Se abrió paso entre los guardianes que me rodeaban y se abrazó conmigo en el andén para retenerme. No podía entender lo que ocurría. La nieve caía en remolinos sobre nosotros. Éramos niños, pero sabíamos que nunca volveríamos a vernos a los ojos. La besé a cada una de sus lágrimas y subí a mi vagón. Intentó correr tras el tren. Cayó en la nieve y los soldados la recogieron. Es la última imagen que tengo de ella.

–No conoció la Revolución entonces.

–No. Jamás recibí una orden de esos salvajes. Pero apenas comenzó el saqueo salieron a buscarme. Yo no tenía nada más que mi sangre. Perdidos mi hogar, mi familia, mis tropas, Persia se compadeció de mi suerte y veo al fin que podré saldar ahora la deuda con esa patria tan querida para mí. Pero era un sitio inseguro en aquellos días, colmado de espías que vendieron mi paradero a los salvajes. Escapé hacia Europa. En todo caso, tampoco era el momento de intentar otra cosa

que salvar la vida y el destino de mi linaje. En tanto el dinero de los alemanes la sostuviera, la tiranía en Rusia gozaría de buena salud. Era necesario permitir que maduraran nuestras brevas y las de los salvajes las corrompieran los gusanos. Ordené a Serguei que empacara y partimos a tientas, como ciegos. Mi inexperiencia me condenó a ignorar todavía la ley que luego aprendí, y nos dirigirnos a Francia. Solo tenía trajes raídos y un papel de periódico llenaba mis botas para que la nieve no les entrara por los agujeros.

–Dónde vivió.

–En Biarritz una temporada. Luego llegué a París. En el Ritz me dirigí al despacho del administrador, «soy el Gran Duque Dimitri Pavlovich», le dije, y eso bastó para que me acomodara en una de las suites. Yo no tenía otra cosa que mi nombre.

–Lo conocía entonces.

–No se engañe. Ese hombre solo buscaba con mi presencia asegurarse la de otros huéspedes distinguidos. Aunque eso era París, no San Petersburgo. Sin embargo, para su felicidad las habitaciones comenzaron a colmarse con pasajeros que supondrían que el estilo se transfiere por cercanía, como un contagio.

–Cómo sobrevivió.

–Sentido del honor y confianza en el orden natural de las cosas. El mundo se apagaba sin remedio y nuestro único amparo era la educación que recibíamos desde niños. Conocíamos el arte y las maneras francesas mejor que ellos mismos. De suerte que para muchos de mis compatriotas había en París dos destinos. Mayordomo de etiqueta o preceptor de adolescentes. Yo nada más me dediqué a organizar desde ese día el regreso de mi familia al trono de Rusia. Sí. Ha pasado el tiempo.

–Su sello es Rusia entonces.

–No, no. Aún no me decido. Solo que me interesaría modere la transcripción hasta lo pertinente. Debí hacer muchas concesiones para sobrevivir en París. Recuerde usted en qué estado me hallaba. Hoy recuerdo aquellos enredos como una preciosa ridiculez, pero sufrí mucho en esos días. Jamás lo vulgar se me había acercado tanto. ¿Qué había conocido en mi vida? La vida del palacio y el campo de batalla, y de pronto, en esa ciudad, los matrimonios se daban ínfulas con mi compañía y me facilitaban socorros como si un súbito imperativo moral los aguijoneara en la conciencia. Facilitarme la vida en el destierro era para ellos el modo de complotar contra la tiranía de Illych Ulianov... Cómo sobreviví, pregunta usted... No lo sé. Cerrando los ojos, llevándome el pañuelo a la nariz, intentando no escuchar lo que a mi alrededor decían...

–Por qué sonríe.

–Escuche esto. En Francia conocí al Duque de Westminster, que para aliviarse del agobio que le causaba su prometida se había refugiado por una temporada en la ciudad. Con frecuencia se escribía con mis mayores, pero la tragedia permitió que nos reuniéramos. Echábamos lances, salíamos de caza, cada uno fue para el otro una salvación inesperada. Luego de la guerra, el Duque había obtenido de la Armada Real un destructor, el Cutty-Sack, que estaba en astilleros por averías. Mandó refaccionarlo hasta convertirlo en un palacio encantador y así viajaba para tolerar un tiempo amargo. Navegamos a Gibraltar, Córcega, Génova, Capri y luego nos llevaría a Sorrento. El Duque era un verdadero caballero. No he conocido más que dos o tres en mi destierro. Tenía por costumbre conservar el fuego encendido en todas sus propiedades a lo largo del año, incluidos los veranos, porque estimaba una obligación familiar quemar carbón para que no faltara el trabajo a los obreros ingleses. Y yo estaba en París, rodeado por cortesanos del dinero.

–Miseria espiritual y avaricia.

–A qué negarlo. Solo tienen una preocupación, asegurarse que las joyas que compran a su esposa para el aniversario de bodas no resulten falsas. Jamás podrían comprobarlo por ellos mismos y es por eso que necesitan de la amistad de un joyero. Mírelos ahora. Dueños del mundo. Nada hay tan sencillo como reconocer a esa gente. Déjenlos frente a una piedra y serán incapaces de admirarla hasta que alguien le añada una tarjeta que le fije su precio. Son una causa perdida. Vea el empeño que dedican a confirmar su ignorancia. Ese fue el paisaje del mundo que conocí en el destierro…

–Iba a hablar de las mujeres.

–No hay secretos. ¿Qué puedo decirle? Enviar una rosa de tallo largo en el momento oportuno y al sitio adecuado.

–Cuando no se la esperara y donde no se debía…

–¡Mi querido amigo! Sé perfectamente con quién estoy hablando. Y lo celebro. Sí, el secreto será siempre asegurarse para cada gesto un efecto impreciso. lndecidible. Júbilo y terror a un mismo tiempo.

–Así llegó a una mujer.

–Sí.

–Ella.

–Sí, sí. Ella. Quiere saber todo de ella.

–Y las lectoras.

–Naturalmente. ¿Antes, desea beber? No quiero que la conversación me permita una descortesía.

–Se lo agradezco.

–Será mejor que detenga la cinta entonces. Encontrará las copas y cognac en mi escritorio. Es por allá. El entrañable Serguei ya no está aquí para servirnos.

–... para cada idea hay un idioma y no otro, de manera que me incomodaba hablar el francés mientras sabía que en esa lengua no encontraría las formas que necesitaba para expresar claramente mis opiniones. Me iba ganando la soledad. Rusia cada día me parecía más lejana. ¿Con quién podía hablar en París? El Duque de Westminster regresó a Londres. Yo comencé a componer los primeros capítulos de un manual de protocolos e historias de duelos, y a medida que los concluía los enviaba a Londres para que el Duque me diera su parecer. Mis cartas no podrían ocultar mi desconsuelo y el Duque, en un acto de estricta cortesía, puso a mi disposición sus propiedades. Pero yo conservaba lógicos recelos hacia Inglaterra...

–Por qué.

–No podía, ni puedo aún olvidar la traición de la Corona Británica cuando el bufón Kerenski intentó deshacerse de la Familia Imperial negociando su salida de Rusia. Que imaginen sus lectoras a la Zarina, y a sus hijas tan pequeñas, soportando el trato diario con esos bárbaros que a Dios pedían unas cosas y las otras a Illych Ulianov. Y en esa circunstancia que nadie ignoraba, sin embargo el Rey Jorge les había negado a los míos el derecho de asilo. Cuando más necesitábamos una muestra de lealtad recíproca entre las Casas, él nos abandonó a un destino de ultrajes y humillaciones sin medida.

–Cuál fue la razón.

–Era un acto digno de una corona de pacotilla, creo yo. Los sindicatos ingleses amenazaron con organizar huelgas si los Romanov desembarcaban y eso bastó para que el Rey Jorge temblara. «Sentí infinita pena por Georgie, escribió mi tío en sus memorias, más que rey parecía delegado de obreros.»

–Sin embargo, el Duque de Westminster le ofreció viajar a Londres.

–La Corona Británica no podía vivir en el deshonor infinitamente. A medida que el tiempo transcurrió comprendieron cuál era el verdadero peligro. Los obreros ingleses bien podrían alardear contra mi Familia, pero los obreros rusos habían asaltado efectivamente el poder. No era ningún fantasma el que recorría Europa. El Foreign Office se decidió entonces a financiar la restauración en Rusia y envió a uno de sus agentes a organizarla.

–Sidney Reilly.

–Sí. La cancillería británica introdujo a Reilly en San Petersburgo con instrucciones precisas. El plan era pactar con los disidentes a través de Reilly.

–Usted estuvo de acuerdo.

–Solo en parte.

–Por qué.

–Jamás confié en Reilly. Era un oficial ambicioso que ya había estado en Rusia cuando la guerra con Japón. Nuestra familia supo siempre que Reilly se había enriquecido con esa guerra que desangró a mi Patria. Horas antes, no más, de la declaración de guerra, Reilly compró con dinero de la Corona Británica reservas de carbón en toda Europa. Luego se dedicó, simplemente, a subir el precio del carbón para endeudar a Rusia hasta quebrarla. Por supuesto, la cancillería británica jamás aceptó su parte en esta infamia. Según ellos, todo era cuestión de agentes particulares que habían financiado el negocio de Reilly.

–Cómo usted aprobó entonces que Reilly volviera a San Petersburgo.

–Muchas veces me han hecho esa pregunta. Es sencillo hacerla cuando todo ya ocurrió. Sin embargo, confío en que usted comprenderá lo que voy a decirle. En primer lugar, no había otro inglés en el mundo que conociera Rusia como Reilly la conocía. Él sabía en verdad dónde estaba el poder y dónde sus grietas. Quiero decir que Reilly sabía qué es la política. No el deseo sino la decisión de disputar el poder. Toda mi vida he conocido vanidosos que imaginaban que cada uno de sus actos era un acto político. Ya lo sabe usted. Personas serviles que simulan enfrentar al poder cuando en verdad ayudan a sostenerlo. Reilly no era de esos. Yo me limité a dar mi consentimiento al plan del Foreign Office.

–Usted iba a hablar de una mujer...

–Creo que siempre lo estoy haciendo, usted no lo advierte. Por los días en que decido viajar a Londres, mi compatriota Sofía Godebska me habló de cierta amiga suya que había abierto una Maison en Deauville, donde vendía las prendas que ella misma diseñaba. Al caer la tarde, aquella desconocida se hacía acompañar por un caballero o por la misma Sofía en paseos por la rambla. Era su modo de hacer públicos los modelos que se parecían en nada a las colecciones de las casas de París. «Ya lo verás, me decía Sofía Godebska, enloquecerá a la ciudad. Deberán vestir como ella les enseñe o admitir que carecen de gusto.» Yo lo di por una exageración que se permitía en razón de la fidelidad hacia su amiga, no esperaba nada de una mujer francesa y terminé de arreglar mi viaje a Londres. Sin embargo algunos detalles

encendieron mi curiosidad.

–Cuáles.

–Para acompañar las prendas aquella mujer había diseñado también una colección de joyas que un amigo suyo financiaba. Al comienzo, sin duda por un prurito de honestidad que le venía de su oscuro pasado de provincias, había utilizado solo piedras auténticas; pero nada más hasta advertir que sus clientas eran incapaces de discernir por ellas mismas lo falso de lo verdadero. Desde entonces olvidó los reparos y no dudó en alternar piedras auténticas con otras falsas, atendiendo solo al beneficio estético del conjunto. La convicción de que sus piedras eran más hermosas que las auténticas fue el rasero exacto para no permitirse remordimientos. Una noche Sofía Godebska lució en París un collar de esmeraldas que su amiga le había entregado para dar a conocer el nuevo estilo. El collar deslumbró de inmediato a todas las mujeres, pero a mí, personalmente, me abochornó. Me bastaba observarlo a distancia para saber que el collar llevaba piedras falsas, y en un aparte se lo señalé a Sofía para que devolviera la pieza. Pero ella me tomó del brazo y mientras regresábamos al salón me dijo sonriendo «por supuesto que son falsas, Dimitri, tú bien sabes que no hay en el mundo esmeraldas tan grandes. Pero qué puedo hacer. Ella ha diseñado el collar y cree que cuando se fabrica algo falso debe hacérselo de un tamaño mayor que el normal para que el recelo desaparezca». Era sin duda una fórmula ridícula, pero apropiada atendiendo a la sensibilidad de las clientas. De pronto, el estilo de las joyas comenzó a cambiar en la ciudad. «Ahí las tienes, Dimitri, me susurraba Sofía Godebska, te lo había advertido. Las francesas enloquecen por lucir fortunas que no valen nada».

–Se decidió a conocerla.

–Ella aún seguía en Deauville y yo tenía otras preocupaciones. Usted sabe que el amor nos desarregla la vida, nos impone un tiempo regalado a enredos que yo prefería eludir. Pero ocurre también, por el revés, que la fascinación se alimenta de lo desconocido. Es ley que los materialistas no sé cómo harán para explicarse. Ven la mitad de la mitad del mundo.

–Cuándo ocurrió esto.

–Para mi cumpleaños. Yo imaginaba celebrarlo en Londres, pero algunos matrimonios se confabularon en mi contra y rentaron la Ópera para obsequiarme una velada de gala.

–Huyó a Londres.

–Lo intenté al menos. Espontáneamente me apuré a rechazar el obsequio pretextando la urgencia de mi viaje, anticipándolo si era necesario para disuadirlos de cualquier expresión de mal gusto. Por

una vez, sin embargo, esa gente había observado la moderación de dejar el programa al cuidado de Sofía Godebska. Yo no podía desairar a aquella compatriota tan querida y me confié a su criterio. Ella y su amiga propusieron contratar a Demianov, que regresaba de Copenhague.

–Usted lo conocía bien.

–Naturalmente. Mi familia siempre se ocupó de sostener la Escuela Imperial y la deuda de Demianov sería eterna con nosotros. Yo, a mi vez, le pagaba su arte admirándolo. Sin embargo, también a él lo había alcanzado el infortunio. Erraba como un loco por el mundo. Sublime. Colérico. Violento y frágil. Era como esos niños que uno imagina capaces de escribir palabras en el cielo. Y regresaba oculto en la tripulación de un buque mercante. Volvía arruinado por su fracaso con El espectro de la rosa y apenas intentaba abandonar la pulmonía que contrajo al huir de Dinamarca.

–Qué ocurrió.

–En Copenhague Demianov llegó a la insensatez de creer que todos los bailarines de la compañía podrían hacer lo que él. La miseria del presupuesto no permitía contratar la cantidad de artistas necesarios y Demianov decidió que cada bailarín cumpliera papeles sucesivos que reclamaban una versatilidad imposible excepto para él mismo. Caminó la cuerda entre la audacia y la vulgaridad y cayó de este lado. Él confiaba en que el vértigo de la representación impediría advertir la fórmula, pero llegó al desatino de dar a algunos bailarines los papeles femeninos de escaso relieve. Muchos dieron en la cárcel por fraude y tardaron en reencontrarse con la compañía. Demianov escapó en un buque mercante. Fue por entonces que la amiga de Sofía Godebska se instaló en París y tomó una suite en el hotel, pero ni siquiera una vez conseguí cruzarme con ella. Pasaba el día en la Maison de la rue Cambon y luego se refugiaba en la Ópera para seguir los ensayos. La noche de la función, cuando me asomé al palco que Sofía me había reservado, desesperé por conocerla.

–Cómo vestía.

–No estaba. Pero su gusto era ya el de toda la ciudad. Es algo que usted nunca verá. Aquella gente vulgar, desgraciada en las proporciones, que más había asistido como inversión en propaganda que por adivinar el arte de Demianov; esos matrimonios, que se apretujaban por hacerse ver estrechándome la mano con una familiaridad que todavía hoy me avergüenza haberles consentido; en fin, así, en los asientos, nada más luciendo las prendas que ella había soñado, parecía gente de gusto. Cómo explicarlo. Todo hablaba de ella, que no estaba. Las personas del común tienen una buena figura para decirlo: brillaba con su ausencia... Esa imagen, la primera

cautivante de París, se la debía a la sensibilidad de una mujer. Las luces poco a poco se moderaron, se adecuaron a la representación y ella no llegó. Me consoló saber que tras la obertura el arte de Demianov me haría olvidarla. Una puerta se abrió a mi espalda, una cortina también, y allí estaba ella del brazo de Arthur Capel, Boy Capel, como todos le decían. Nada hay en el mundo tan estridente como aquel silencio. Todos dejaron sus asientos y la orquesta se detuvo resignada hasta que ella saludara inclinando apenas la frente, sonriendo. Naturalmente que no lo hizo. Capel le quitó el abrigo, ella tomó asiento y controló la pintura de sus labios como si estuviera sola en aquel lugar. Nadie sabía qué correspondía hacer entonces. Acaso Demianov hizo una de las mejores representaciones de su carrera, pero creo que solo yo lo advertí. Ni él, ni Capel, ni yo existimos esa noche para nadie y aceptamos que todo transcurriera en torno a ella. ¿Aún desea saber cómo lucía?

–Sí.

–Voy a regalar a sus lectoras un secreto que hasta hoy guardé como un tesoro privado. Ya hacía muchos años que Poiret había inventado un peinado femenino con el cabello corto, pero jamás consiguió imponer a sus clientas que lo lucieran. Muchas mujeres temían parecerse a sus esposos y el invento cayó en el olvido. Bastó sin embargo que ella lo llevara esa noche para convertirlo en el furor de París. Considérelo una broma gentil, no más que eso, pero los historiadores harían bien si al datar una fotografía prestaran atención al cabello de las mujeres. Si hay en el retrato alguna que lo lleve corto, jamás lo tomaron antes de mi cumpleaños en la Ópera. ¿Debe cambiar la cinta?

–No.

–No desearía interrumpirme en lo que voy a contar.

–Confíe en mí.

–Sé que puedo hacerlo. Por eso es que ha venido, para no perder detalle de la verdad.

–Es mi trabajo.

–No se trata de eso. El trabajo no obliga al interés personal, basta con la resignación.

–Hace años que deseaba estar aquí. Con usted.

–Espero entonces no defraudarlo. Después de la función saludamos a Demianov y lo invitamos al baile de gala. Era de imaginar que ella me eludiera toda la noche. Me condenó a bailar con todas para que comprendiera que solo quería hacerlo con ella. En la madrugada, cuando ya no quedaba tiempo para que habláramos, se acercó a mí con un cumplido.

–...

–Solo le contesté con una impertinencia. «Mi cumpleaños fue ayer mademoiselle Chanel. Aun así se lo agradezco.» Se fue sin despedirse y Capel perdió buen rato buscándola entre los invitados.

–Ya no la vio.

–No. Amanecía cuando llamó a mi suite para disculparse. Se descuenta que me excusé por mi descortesía, que por único objeto tenía obligarla a que me buscara o perderla para siempre. «Sé que no debo llamarlo. Es por eso mismo que lo hago», me respondió, somnolienta, frágil, fatigada... Hace ya mucho que no me aplicaba a recordar esa noche. Compruebo ahora que su voz persiste inalterable un siglo después...

–... Recuerda las voces...

–... Y usted.

–... Sí.

–Lo sabía.

–... Recuerdo más los tonos, los matices de una voz, que el color de los ojos. Pensaba que no era común.

–No lo es. He olvidado también maneras de mirar, colores. Pero la voz de una mujer persiste. Y son ellas quienes lo agradecen eternamente a un hombre. Es para ellas una garantía indudable de estima, de respeto. No se escucha a todo el mundo.

–... ¿De todas las mujeres puede recordar la voz?

–No. Solo la de aquellas que amé.

–...

–Por qué lo pregunta.

–Ojalá pudiera hablarme de la voz de una mujer.

–Lo haremos esta noche. Seguramente. Dice usted que quiere conocer mi vida, ¿no es así? Acaso entonces se atreva a llegar hasta el final.

–¿Y usted?

–Yo ya estoy en el final.

–...

–Nuestras voces se parecen.

–...

–¿Lo advirtió?

–No conozco mi voz. ¿Cómo era la de ella en el teléfono?

–Era una situación tan fascinante como intolerable. La imaginaba

hablándome entre las sábanas, apenas despeinada. «Capel duerme. Ha tenido una mala noche», me dijo. Él dormía a su lado y ella hablaba conmigo desde otra suite del mismo hotel… En esos instantes ya no se puede volver atrás, solo cabe dejar que el río corra allí donde nos lleve… Me había llamado para que fuera yo quien hablara y me correspondía la delicadeza de hacerle olvidar que no había resistido no llamarme, que había cometido la imprudencia de marcar mi número aun sabiendo que no podría sino susurrar apretando la boca al teléfono y guardarse, apenas, la posibilidad de cambiar mi nombre por el de Sofía y colgar luego con un golpe si Capel despertaba.

–Acaso estuviera despierto.

–Acaso.

–Qué le dijo.

–Le confesé mi admiración por su estilo y elogié el recorte del cabello. «No exagere, susurró, todo se debió a un simple accidente. Hablaremos de eso». Más tarde supe cómo nació esa revolución en el peinado.

–Cómo.

–Como todas las revoluciones. Sin razón. Cuando ya salía para la Ópera, el calentador a gas estalló en su suite y el fuego le quemó el cabello. Solo por no perder la actuación de Demianov tomó unas tijeras y ella misma recortó las partes que se habían chamuscado. Se lo repito: enloquecí por ella.

–¿Le sirvo?

–Por favor. Dejé de decidir por mí mismo y muchas cosas las abandoné en el temor de que ella no las aprobara. Con las demás mujeres yo manifestaba un aire abstraído, grave, sinceramente desinteresado del mundo. Algunas veces no hay modo de evitarlo. Todas las noticias respecto de mi Patria y mi Familia me desalentaban. Y ella, con su imperio, se había asegurado que no tendría rivales. Sin embargo, así es de curiosa la experiencia de los sentimientos, yo enternecía a las mujeres que me acompañaban. Con ellas tenían a un Gran Duque ruso; pero también a un adolescente enigmático, hechizado, al que se afanaban por regresar a la vida. Sus lectoras comprenderán esto que digo.

–¿No se encontraba con ella?

–De manera muy oblicua. Cuando ella me llamó desde su cama me hizo saber que tenía secretos, no que debía ir a conocerlos de inmediato. Para acercarme aconsejé a todas las mujeres que conocía que no dejaran de actualizar sus vestuarios con las nuevas colecciones de Chanel, de lo cual ellas inferían que se trataba de una atención gentil, de un interés sentimental por su elegancia. Así comencé a

rondar la Maison mientras ellas... Puedo verlas aún...

–Cómo las ve.

–Las mujeres adoptan conductas, gestos, tonos de voz, giros, solo a condición de que uno esté allí para advertirlos. Son variantes nada más del arte de la cosmética. Y yo estaba allí, en los salones de la Maison, sentado frente a ella, mientras mis acompañantes desde los cambiadores me decían, sin verme, candorosas, con el oscuro afán de hacerse ver dichosas, plenas, correspondidas, que no me impacientara esperándolas, o que me acercara hasta ellas para prender el broche de un vestido sobre la espalda. Esos amaneramientos me abochornaban frente a Chanel, aunque los dos sabíamos de qué clase de personas se trataba. Ella disimulaba no advertir lo que ocurría y antes que mofarse de la ridiculez de las escenas, optó por sellar conmigo un pacto silencioso mediante el cual yo la proveía de clientas para sus colecciones y ella me permitía verla sin que alimentáramos rumores inoportunos y desagradables, saludarnos con un tono levemente familiar, escuchar de su boca cómo pronunciaba mi nombre esforzándose en evocar un lejano acento petersburgués.

–... Ella aún era de Capel.

–En esos días ya no lo sé exactamente. Una noche los encontré en el comedor del hotel y me acerqué a saludarlos. Habían cenado con Sofía Godebska y algunos artistas y discutían el asalto al trono de mi familia. Un pintor, que hasta entonces no sabía quién era yo, preguntó si alguno de los presentes conocía situación más miserable que la de un obrero ruso antes del año 17. Era de esperar que todos callaran. Algunos porque advirtieron mi presencia, pero la mayoría porque se les hizo carne el desatino de discutir cuestiones tan dolorosas a la luz de las velas y bebiendo cognac. Ella les concedió el instante de rigor para que respondieran, segura de que no lo harían. Consultaban la hora, encendían cigarros con que ocupar la boca, daban brillo al alfiler de sus corbatas...

–Qué hizo usted.

–No tenía alternativas. Un duelo se pacta entre personas de honor parejo, y ese no era el caso. Por lo demás, nunca imaginé castigar a un loco por su lengua. Ese frívolo ni merecía la atención. Pero ella me miró a los ojos con un furor que me prevenía acerca de la mujer que me había enloquecido. Dejó su copa en la mesa, echó dentro el cigarrillo y les dijo a todos «por supuesto, la de una obrera en cualquier país del mundo». Capel la ayudó con el impermeable y se retiraron sin decir más. No sé por qué salí tras ella. Jamás hubiera encontrado nada que decirle. Apenas vi cómo el automóvil se perdía en la lluvia. Nunca como esa noche me sentí tan solo, ni cuando el destierro en Persia. Esa noche en París todo me pareció remoto,

inalcanzable. Hasta mi propia vida. Antes de acostarme escribí al Duque de Westminster cancelando mi viaje. Al día siguiente envié a la Maison una orquídea azul. Sin tarjeta. Ya no era necesario.

–Usted era más joven que ella.

–Sí. Y ella ya conocía el secreto de todas las cosas.

–A qué se refiere.

–Al arte de vivir un poco más allá de todo, guardando en cualquier circunstancia ese delicado desdén del que jamás hay que desprenderse, esa melancólica dejadez que aún conservan algunas personas en esta ciudad, y que en ella pugnaba con un temperamento colérico, primitivo. Capel se lo había enseñado. Él poseía el talento natural para perder su fortuna sin detenerse a advertirlo.

–Ella sabía que lo perdería.

–Ella sabía que no correspondía esperar nada más de Capel. Qué más que las enseñanzas de un maestro disipado a quien la alumna debe resignarse a perder alguna vez sin escenas excesivas, sin desbordes desafortunados. Y era de imaginar que lo amaría aún más, con un amor feroz, sin objeto, cuando Capel desposó a una británica que por destino había recibido el de salvarlo de la bancarrota. Mejor que usted y yo saben sus lectoras que las mujeres se amarran solo a quien les hará algún daño.

–Por qué dice eso.

–Pensé que no lo sorprendería.

–No. No es eso. Cuánto tiempo siguió ella con Capel.

–No mucho más. Capel consiguió la ruina que buscaba con desesperación. Eso lo aliviaba de cualquier excusa. Ya no quedaba nada que pudiera enseñarle. Regresó a Londres y desposó a la heredera que por años fue la mejor y más fiel clienta de la Maison.

–¿Capel la acompañaba?

–Naturalmente que no. Capel jamás volvió a París. Solo llegaba hasta ella en los saludos que le recomendaba a su esposa, cada vez más tibios, neutros, como si preparara a Chanel para que no lo lamentara cuando él desapareciera para siempre de su vida. Y así ocurrió. Fue penoso para él aplicarse con método a una mentira.

–Por qué lo dice.

–Capel me lo confió en una de sus cartas. No se trata solamente de que el alumno pierda a su maestro, también ocurre al revés. Y Chanel había sido su mejor alumna, hambrienta de conocer todo lo que él le enseñara. Su esposa, en cambio, era una mujer de dinero que no supo jamás cómo ese dinero llegó a sus manos. Que ni podía enorgullecerse de sus padres ni tampoco decidirse a abandonarlos. Y personas de esa

condición es frecuente que imaginen que no tienen nada que aprender. Cuando creen necesitar algo les basta con comprarlo... Qué podía hacer Capel con su esposa si no derribarse cada día un poco más.

–Nunca dejó de amar a Chanel.

–Nunca nadie deja de amar a quien amó.

–¿Chanel sabía eso?

–No. Al menos entonces no lo sabía. Ella se preguntaba por qué Capel ya no la amaba, por qué había dejado de amarla y amaba ahora a otra mujer, pero acaso la verdadera pregunta no sea esa sino otra. La verdadera pregunta que nos hacemos no se refiere a la duración de un amor sino a su intensidad. Nos preguntamos, sin nunca dar con la respuesta, por qué una mujer no nos quiso más, por qué no fue capaz de hacer más por nosotros... Cuando una mujer nos abandona no se trata de que ya no nos ame, creo yo, sino de que no nos amará más. Su amor ha llegado al límite mientras nosotros, en cambio, creemos que todavía podremos amarla aún más intensamente. Nos hacemos a la ilusión del infinito. Ahí nace, supongo, la locura del enamorado. No en la ausencia sino en las distintas intensidades del amor. En ese instante uno podría volverse loco. Verdaderamente loco. Uno comprende que sería capaz de matar por ella y que ella no llegaría a tanto por nosotros, ¿comprende...? Claro que sí... Uno se vuelve loco... De pronto uno se halla lejos y advierte que anda solo. Da vuelta la cabeza y atrás ha quedado ella. No pudo amarnos más de lo que nos amó. No pudo amarnos tanto como necesitábamos. Entonces sí, puede ocurrir que uno se vuelva loco. O que uno ya no ame nunca a otra mujer por terror de quedar solo, lejos, otra vez. Pero no sé, no estoy seguro. Quizás estas alternativas sean también formas de la locura... Acaso, ¿qué es la locura...? Ver lo que no hay, o algo parecido, ¿no cree usted?

–¿Qué hizo ella?

–Interpretó al pie de la letra señales que ocultaban la verdad. Al cabo había destruido a su maestro y ya no volvió a hablar de Capel por un largo tiempo, hasta que comenzaron las humillaciones.

–La Moda Miseria.

–Sí.

–Qué fue de Capel. Es poco lo que conseguí averiguar.

–Capel murió aquí. En un accidente.

–...

–Su auto saltó de la calle y fue a hundirse al río.

–¿Capel era espía inglés?

–No exactamente. Prometió que cerraría unos negocios aquí y regresaría a Londres. Se lo dijo a su esposa. Capel no tenía el temperamento de un espía. Alguien así debe ser capaz de experimentar la emoción de un asaltante de joyas y aparecer como un honesto padre de familia. No era su caso. No estaba preparado para hervir lentamente de cólera, para dejarse consumir por la impaciencia, permanecer inmóvil en una ciénaga mientras los pies se le congelan, soportar observando una ventana a la que nadie se asoma por días, vivir en una constante excitación sin que se manifieste. Admitir, en fin, que toda esperanza al cabo podrá defraudarlo. En cualquier caso, si el Foreign Office le encargó alguna misión él la aceptó con la ligereza del inexperto o con la voluntad del suicida. Rescataron el automóvil, pero jamás encontraron su cuerpo en el río.

–Usted lo estimaba.

–Amamos a la misma mujer, ¿cómo no estimarlo entonces? Aún hoy me desconsuela mirar estas aguas sin que me abandone nunca la idea de que sus huesos se han disuelto en el lecho del río... No creo que sea ajeno a esa persistencia saber que ella lo amó. Todos los hombres sentimos, al menos una vez, que amamos a una mujer solo por la fascinación que nos provoca intentar que ella deje de amar a otro que llegó antes a su vida. A eso, estimo, llama la gente simple un amor ciego. Es una locura, es cierto, pero ¿quién está a salvo de ella...? Creo que es fatal que uno ame las causas, los orígenes. Aquello que nos explica qué somos. Creo entonces que es también fatal que amemos la causa de nuestra locura, igual que amamos la causa de nuestra salud. ¿Aún no cambia la cinta?

–Queda espacio.

–Quiero decir algo importante y quizás lleve más tiempo del que esa cinta permita. Alúmbrese, por favor.

–...

–¿Entonces?

–Unos minutos.

–Unos minutos... A mí me llevó tiempo y más tiempo comprender qué había ocurrido con ella... Ella siguió amando a Capel, pero ya no necesitaba de él. Saber eso la desamparó. Como saber que los seres más queridos por nosotros han muerto y aun así continuamos vivos. Lo había conocido en el exacto momento después del cual una persona sabe que estará en deuda con otra el resto de su vida. Fue gracias a Capel que Chanel consiguió lo que toda mujer, a un tiempo, teme y desea. La independencia respecto de los hombres. La seguridad de que podría prescindir de cualquier hombre en el futuro. No hablo de dinero, sus lectoras lo saben.

–Pero ella se acercó a usted.

–Naturalmente. Acaso ella me necesitara para todo aquello que una mujer no puede hacer sin la compañía de un hombre... Cenar de madrugada en un salón vacío. Ir a la Ópera, viajar a países remotos, desconocidos. Regresar a la casa después de una noche de fiesta. Enfermar.

–...Prender un vestido por la espalda.

–También eso. Bebamos mientras usted cambia la cinta.

–Los primeros tiempos sin Capel los ocupó viajando. No era remedio para la melancolía, nada de eso. Era una mujer actual. Nunca iba demasiado lejos aunque se cuidaba de revelar el destino. Simplemente desaparecía y llegaba luego un telegrama anunciando el día de su vuelta. Sofía Godebska la acompañaba. Mucho se ha fabulado sobre esos viajes, lo sé. Sus enemigos decían que iba a copiar colecciones, pero cualquier persona entendida sabe ahora que no era así. Los suyos eran viajes que le permitían comprobar quién se alegraba verdaderamente cuando ella volvía. Al regreso daba fiestas en su casa de la rue Faubourg-Saint Honoré y pronto volvía a partir. Tomó por costumbre invitarme a ellas, acaso para compartir con alguien el disgusto de verse rodeada por personas hambrientas de dinero pero inapetentes de modales. En la madrugada, apenas antes del límite de lo tolerable, se acercaba a pedirme auxilio. «Por favor, Dimitri, lléveme a mi suite. Rescáteme, me decía. Pronto los invitados volverán a ser como todos los días». Me daba las llaves del auto y huíamos. Ella poseía el don infrecuente de desprenderse de las personas y las situaciones sin que las alcanzara todavía el deterioro natural.

–Se lo debía a Capel también.

–Es seguro. Se refugiaba en su suite del hotel mientras los sirvientes devolvían el orden a una casa poco menos que destruida. Dar a cada cosa su sitio les llevaba algunos días. Entonces la llamaban para anunciarle que podía regresar. La recibían con las habitaciones cubiertas de rosas.

–Su vida comenzaba a parecerse a la que llevaba en San Petersburgo.

–... No lo dice usted en serio... ¿Cree acaso que esas personas hubieran puesto un pie en los salones del Palacio? Recuerde lo que dije acerca de las formas. Para nuestra familia las fiestas eran una tradición protocolar, una escena política si lo prefiere. Nadie envidiaría mi suerte al saber que para cada velada Serguei demoraba horas en vestir a un niño de poco más de diez años. Cada fiesta imponía su etiqueta y con frecuencia Serguei debía ajustarme el tahalí, ceñir mi espada y apretar el barbijo de un casco coronado por un águila erguida sobre sus garras y con las alas abiertas... Muchos de

nuestros hijos olvidaron que aquella gala había hecho del Imperio la más grande patria del mundo, y sin embargo, ¿qué ruso renegaría de la belleza de San Petersburgo? Había pantanos allí, y mi familia los convirtió en un paisaje de mármol y cristales. Es verdad, tal vez algunos permitieron que ese esplendor se confundiera con pompa y derroche, y los enemigos no perdieron la oportunidad de invertir el significado de aquellas representaciones. Pero nada hay de cierto en el análisis descabellado de Davidovich Bronstein. El ocaso de Rusia no comenzó cuando él quiere sino exactamente después del saqueo del año 17.

–Las cosas no andaban bien en Rusia. Usted lo dijo antes. El complot contra Efimovich Novi Rasputín.

–Es cierto eso, pero se mantenían las formas, y cuando eso ocurre todo puede volver a su orden natural. Las formas son un rumbo. Podemos siempre regresar a ellas. Esa es la diferencia entre nuestra familia y el país de los obreros. ¿Qué había detrás de Illych Ulianov cuando murió? Nada. Absolutamente nada. Perros que uno a otro se arrancaban la piel. Aún recuerdo cuando mi padre amargamente nos contaba cómo fue la fiesta de coronación de mi primo Nicolás. Nuestra familia, a instancias de algunos consejeros, admitió alterar la forma de la celebración. Convocó al pueblo de Moscú a la ceremonia y preparó regalos para todos. Por miles y miles nuestros hijos rodearon el Palacio y las calles vecinas. De pronto, se abalanzaron sobre los regalos, estalló el pánico y tres mil rusos murieron pisoteados en la explanada ese día. Nada tiene sentido más allá de las formas... Por lo demás, es cierto que en aquellas fiestas yo estaba más cerca de Chanel, pero mi vida era un naufragio. A pesar del trato más íntimo con ella, todo me confundía. La acompañaba hasta su suite luego de las fiestas, la besaba en la mano y aguardaba una señal de sus ojos, de su boca, convidándome a pasar. Ella cerraba la puerta y me desairaba como lo haría con un adolescente. Después yo seguía hasta mi piso sabiéndome loco, sin la voluntad de acabar con esa situación.

–¿Cuántos años más joven era usted?

–Diez, creo yo. Acaso algunos más. Pero mi dolor, si usted lo quiere, recién comenzaba.

–Por qué.

–Habían casado a mi hermana con el Príncipe Guillermo de Suecia.

–Usted no lo sabía.

–No hasta que María comenzó a escribirme. Ella supo siempre que era una boda desafortunada, pero la aceptó porque de ese modo encontraría algún alivio para su destierro y mantendría en su cauce la sangre de nuestra familia. Con el tiempo lamentó ese acto desesperado

y al fin, no soportando más, llegaron sus cartas. Allí desahogaba la soledad que sufría junto a ese hombre. Era como habitar junto a una piedra de colores. Pliegos y pliegos me escribía rogándome que fuera a encontrarme con ella en Suecia. Solo un amor verdadero conocía, el mío, y con sus palabras encendía mi memoria recordando nuestros juegos, nuestros secretos de niños solitarios en los palacios, las capillas y los bastiones del Kremlin. No había carta en que no preguntara «¿por qué, Dimitri, no podemos vivir en Rusia?».

–...

–... Qué podía decirle yo, si esa pregunta es también mi destino... Rompa usted el orden del mundo, quite a un hombre todo lo que tenga, y verá al fin cómo renace y se sostiene en eso que nadie puede quitarle. El amor a su Patria. Por qué, si no, van los hombres a las guerras tras una bandera común... Por qué, si no, celebran los triunfos y lloran las derrotas en el campo de la batalla con más lágrimas que las que dedicarían a su propia muerte... Pero yo no podía llevar a María de regreso a Rusia... No podía aún... y ahora que es el tiempo, ella ya no podrá regresar nunca...

–... Usted le escribía también.

–Intentaba acercarle algún consuelo, pero ni siquiera podía ponerla al corriente de mis planes por temor a que interceptaran la correspondencia. Ya lo ve, mi vida en nada se parecía a la que llevé en San Petersburgo. Todo lo contrario, diría yo. Intenté el olvido, busqué que el tiempo se acelerara, probé apartar de mi lado a la realidad... En vano... En una de aquellas fiestas bebí sin mesura, merodeé algunas antiguas acompañantes, repetí escapadas furtivas a los jardines de las que regresaba vacío, alucinado. Chanel me permitió actuar esas escenas vulgares, desesperadas, y apenas antes del derrumbe de la fiesta, como si nada de aquel espectáculo la hubiera afectado, se acercó a pedirme que la llevara a su suite. Era claro que no iba a permitirme una descortesía con ella, pero en lugar de conducir hacia el hotel tomé por calles que ni sabía dónde llevaban. Por primera vez aquella noche le hablé de María. De lo que decían sus cartas, de mi amor por ella y de mi impotencia... Ella me dejó hablar hasta que el amanecer trazó una línea en el cielo, entonces volvió su rostro hacia la calle y me dijo «lléveme a la suite, Dimitri. No queda nada acerca de lo que podamos conversar». Ella me indicó cómo regresar al hotel y el resto usted es capaz de imaginarlo.

–Cuéntelo, por favor.

–... Al llegar a su piso me detengo en la escalera para ofrecerle excusas por mi descompostura, pero ella no las acepta. Tironea de mi brazo, me obliga a seguir hasta mi piso y en la puerta de la suite creo entonces que llega a comprenderme.

–¿Qué ocurre?

–Entro a mi suite, enciendo la lámpara y con el primer resplandor observo cómo un collar ha caído a mis pies. Ella arroja los pendientes en la alfombra, se descalza y caminando hacia el sillón comienza a desvestirse haciendo que las prendas resbalen por el cuerpo. Llene las copas, llénelas por favor. Recién entonces la conocí enteramente. Le pregunté por qué nunca me había invitado a pasar a su suite. Ella sonrió.

–Qué dijo.

–«Usted es muy joven, Dimitri. Solo sabe la mitad de las cosas con respecto a las mujeres. En mis sábanas nada más duermen los hombres que amo. Las aventuras las tengo en cuartos ajenos.» El1a entonces me...

–...

–... ¿Publicará todo esto?

–Creo que no. Tendríamos problemas.

–Naturalmente. ¿Qué se le ocurre?

–Una versión aliviada, corregida por usted para la revista. Aunque es bueno que toda la verdad se conozca. Su historia. En otro país, tal vez. Aquí la gente es muy susceptible ante la vida privada. Sin embargo, usted lo ve, por allí también parece transcurrir la historia.

–Más que por ningún otro lado.

–¿Qué país?

–Lo pensaremos. Continúe, queda cinta aún.

–Sé que algunas veces se quitan los nombres. Se anotan iniciales. No me gustaría.

–Nos ocuparemos. Permítame su copa, por favor.

–Son historias de amor. Me agradaría que se lo interprete como un homenaje.

–Las personas quieren oír historias otra vez. Eso dicen.

–Yo preferí vivirlas. ¿Quién puede preferir leerlas?

–Un consuelo. Como usted consolaba a su hermana con las cartas.

–Yo nunca le escribí toda la verdad. Eso no puede hacerse.

–Tal vez ahora ocurra lo mismo. Las personas ya no parecen desear la verdad. Les basta el consuelo de leer que otros viven las emociones que a ellas les fueron negadas. Historias de amor.

–... Historias de amor...

–¿Quién puede molestarse con una historia de amor? Sírvase, por favor. Aquí, aquí. Usted se desnuda también.

–Y usted. Cada pregunta es también una forma de responder a lo que yo digo.

–Las prendas. Usted se quita las prendas. Eso decía.

–Con sinceridad, no fue tan así. Los dedos se me complicaban con la camisa y no había modo con mis botas. Pero no eran ya efectos del champagne. No podía poner atención en otra cosa que no fuera su cuerpo echado en el sillón.

–Puede verla aún.

–Naturalmente.

–Qué hace.

–Imagino que es una figura que le viene de la época. La pintura, sabe usted. Sofía Godebska había modelado para muchos artistas. Ella con una mano sostiene su cabeza y con la otra desovilla los rizos. Yo he visto ese cuadro alguna vez...

–Ya no lleva el cabello corto.

–No, no me refiero a su cabeza. Tensa el vello suavemente y luego lo abandona a su forma natural, pero no prieto, no, sino adquiriendo un volumen que debajo deja entrever el color de la piel. Mira hacia otro lado de donde estoy, más allá, tras los cristales... Esa ciudad que pronto despertaría a su rutina... Donde las mujeres de dinero podrían disimular su falta de gusto vistiendo orgullosas las prendas que ella acababa de arrojar sobre la alfombra.

–No hablaba.

–No. Pero, ¿cómo explicarle? Ya había dicho una vez las palabras que eran para este momento. «Sé que mis colecciones son caras, me dijo, pero las mujeres necesitan llevar mi ropa para desvestirse con dignidad... Mis prendas adquieren todo su valor cuando una mujer se las quita... Bajo un vestido Chanel los hombres solo pueden imaginar una mujer... interesante... Eso los obliga a comportarse como caballeros...» Ella debía saber que yo guardaba cada una de aquellas palabras. Debajo de la colección Chanel, ahí estaba Chanel. De pronto me miró a los ojos, hasta hechizarme. Ese brillo me desafiaba a convertir un affaire fugaz en una pasión correspondida. Me tendió la mano, la ayudé a dejar el sillón y me guió a la alcoba envuelta en una luz temblorosa... No vi a Chanel exactamente esa noche, sino en su entorno de luz, en la armonía con que los objetos se ordenaron para rodearla. Sus colores, su fragancia. Su voz al susurrar.

–...

–...

–Es un hermoso recuerdo.

–Lo sé. Y aún me conforta, a pesar de que todo fue un fracaso

aquella noche. Todo lo intentamos. Me instruyó en variantes que yo ignoraba; fue en vano. Así como los pasados, también los cuerpos se desencuentran a veces. Cada clase posee sus figuras del amor y las lleva a las sábanas como su tesoro. Eso provoca ejercicios sin fortuna, como el de esa noche. Al cabo, ella me persuadió de vestirme y ordenar vodka a Serguei. Naturalmente, yo no lo bebía, pero él necesitaba de ese color local que yo le toleraba. Cuando llegó a la alcoba, ella se adelantó y lo autorizó a entrar. Luego de dar dos pasos el querido Serguei a punto estuvo de morir de un síncope.

–Por qué.

–Ella no se había vestido. La entrevió apenas, pero bastó para que me buscara con la mirada suplicándome que lo disculpara. Serguei nada más quería escapar de la alcoba, pero yo no estaba con ánimos para cargar con sus costumbres silvestres. Ella permaneció echada sobre las sábanas. Jamás entendería el pudor de un verdadero criado. Enterada de que Serguei ni en sueños se atrevería a mirarla por su voluntad, ella saltó de la cama y se acercó a él para observarlo. No había otro igual en París. El pobre Serguei, que me había acompañado a la guerra, a Persia, a donde fuera, temblaba y contagiaba el temblor al servicio que cargaba en la bandeja. Ella se compadeció de su rubor, recogió la copa y la botella y le permitió regresar a su cuarto. «Es usted afortunado, Dimitri, me dijo cuando volvimos a quedar solos. Serguei es un buen hombre. Sabe que a usted le corresponde una dama como yo y a él una criada. No sufrirá en vano. Pero sabe algo más y eso lo hace feliz, más feliz que la mayoría de los hombres. Serguei sabe lo más importante, lo vi en sus manos. Sabe que las dos somos mujeres.»

–¿Usted haría distinción entre dos mujeres?

–Cómo saberlo. Dios da a cada clase de personas sus virtudes, pero sus vicios también. La felicidad entera no es de este mundo. Lo he aprendido tarde. Tarde también comprendí a las mujeres. Muchas personas creen aún que las mujeres son ciegas, irracionales. Que el corazón les dicta lo que hacen. Sus lectoras saben que no es así. Los hombres creemos que es el pecho de la mujer el que maquina.

–Por qué lo dice.

–Ya lo verá. Sus lectoras deben ser indulgentes con Serguei. Ni siquiera haberla rozado apenas con los ojos pudo salvarlo del resplandor. Había vestido las prendas que encontró a su alcance y acudió a mi llamado. Ni pudo en el entresueño imaginar qué lo esperaba. Figúrese, aquellos pantalones de tela rústica y la blusa mujik; su infantil manera de preservarse ruso sirviéndome en París. Su aspecto no era irreprochable, pero yo toleré el desaliño por la premura con que llegó. Ella, en cambio, no había perdido detalle de ese

vestuario. Comenzó a llover.

–¿Sí?

–No, no. Aquella noche. Me acerqué a la ventana y ella encontró la oportunidad de abandonar la alcoba. Con los breves sonidos que se sucedieron a mi espalda la imaginé resbalar sobre la cama, beber el vodka de un solo impulso, dejar la copa en la bandeja y salir veloz. ¿No le molesta servirme?

–Claro que no.

–Se lo agradezco. Aunque aquel encuentro fue una oportuna señal para disuadirnos de ningún otro, para mí no fue sencillo hacerme a la idea de haberla perdido. Los días futuros, ya lo ve, desmentirían lo que voy a decirle, pero entonces creí que el destino de la Familia me había dado la espalda. Solo ahora comprendo que aquella soledad era una prueba. Esa noche yo era demasiado joven. Cubrí el ventanal, me acosté intentando olvidarla desde aquel instante y aunque la fatiga me vencía, su imagen, esa imagen que acababa de conocer y ya perdía, ese secreto íntimo, permanecía al cerrar mis ojos. Sé que son extravagancias de cualquier enamorado en desgracia, pero no mengua un ápice mi honor si le confieso que la sola fragancia con que su cuerpo había impregnado las sábanas me desquiciaba. Nada más me quedó olfatear como un perro entre los pliegues. Igual a un suplicio, la memoria me susurraba una y otra y otra vez el consejo que ella había dado en la Maison a una de mis acompañantes. «Madame, las mujeres deben perfumar la piel allí donde deseen ser besadas...» Encontré un cabello en la almohada y me lo llevé a la boca para lamerlo. Así me habré dormido, imagino, porque conservaba el cabello en los labios cuando Serguei llegó a despertarme. Era de noche otra vez.

–Ya no llevaba la blusa mujik...

–Ya no. Y en disculpa ahora casi lucía de etiqueta. Le ordené que preparara el baño y me dejara solo. En sueños había aprendido que hay un punto exacto para el deseo, más allá del cual nos destruye. Nos abandona como aliado y retorna como enemigo. Con los bolcheviques tenía suficiente.

–En sueños lo aprendió.

–Sé que las personas ya no creen en la verdad de sus sueños. Les han dicho que son dibujos de la mente y lo han creído. Que solo tienen que ver con ellos mismos... Sin embargo, ¿de dónde vienen esas imágenes sino del exterior...? Un hombre sueña con una mujer y le dicen que nada más se trata de un deseo privado... pero, ¿cómo le explicarán que sea esa mujer, esa, la que aparezca...? Le aseguro que antes no era así... ¿Y por qué creer que son estos los tiempos que tienen la razón? ¿Acaso es mejor el mundo ahora que cuando los

hombres leían los augurios antes de salir hacia la guerra…? Sé que todas las personas en algún momento de su vida se interrogan si el mundo era mejor en el pasado, y sé también que por fuerza deben responderse que sí. Pero deberían prescindir de esa pregunta. Solo delante de dos cosas simultáneas tiene sentido decidir que una de ellas es la mejor. Sobre mi secrétaire estaba la última carta del Duque de Westminster. Yo debía decidir qué era lo mejor.

–Qué decía la carta.

–Resumía los informes que Reilly enviaba al Foreign Office desde Rusia.

–Qué novedades había.

–Los informes de Reilly poseían una virtud exquisita; con verdades parciales ocultaban la verdad entera. Era una estrategia que ya le había dado resultados con la cancillería británica y optaba por repetirla. En un sentido él parecía cumplir punto por punto a los encargos del Foreign Office. Sus acuerdos con los disidentes, por ejemplo, se habían acelerado y eso alentaba las esperanzas de la cancillería. Reilly solo mostraba recelos hacia una persona.

–Hacia usted.

–Naturalmente. Según él, mi presencia en Rusia no haría otra cosa que reavivar resentimientos. Sugería entonces continuar los planes hasta provocar el asesinato de Illych Ulianov a manos de sus propios camaradas. Pero preparaba una variante no imaginada en las instrucciones que el Foreign Office le había dado.

–Cuál.

–Él se quedaría con el poder tras el asesinato.

–Qué posibilidades de éxito había.

–Ninguna. La situación de Rusia hervía mientras en Europa las personas ya se acostumbraban a seguir las novedades en los periódicos. La máscara bolchevique comenzaba a caerse y nuestros hijos retrocedían espantados sobre sus pasos. Rusia, contra lo que cantaban los poetas, era una Patria sin rumbo. ¿Qué podían hacer los obreros con el poder? Mi familia llevaba siglos dedicada a esa tarea y de pronto los obreros debían abandonar los talleres para discutir alta política… ¿Usted cree que todo el mundo puede tener verdadero poder sin enloquecer inmediatamente…? Para el prurito británico, en cambio, mi presencia daba amparo jurídico a la restauración. Las cosas, así de simple, volverían a donde siempre habían estado. Pero yo no me engañaba. Mi plan era distinto.

–Cuéntelo por favor.

–No se trata solo de política. Sino de filosofía… Olvídese de lo

contingente, piense en el orden natural de todas las cosas... La Naturaleza regenera aquello que fugazmente se desvía. ¿Cuánto podría, entonces, resistir ese orden de obreros y campesinos? Más tarde o más temprano esa arquitectura aberrante sería arrasada por la añoranza del orden natural. Los tiempos en que cada persona sabía qué significaba cada cosa... Para entender esto se necesita una paciencia renegada de la ambición. Los ingleses no la teníanm, yo sí. Yo poseo la paciencia para escuchar el reloj de la Naturaleza y advertir cuándo da su seña. Fui a tomar mi baño. En la transparencia del agua, en su carácter elemental, entendí que nada más quedaba dejar que el tiempo transcurriera sus círculos para que las cosas volvieran a su lugar... Cuando la melancolía de lo perdido fuera irresistible, nuestros hijos llamarían a la Familia igual que un hombre, aunque un día de locura se haya prometido no llamar nunca más a una mujer, una noche al fin ya no soporta y descuelga el teléfono, o se sienta en su escritorio para escribirle que sin ella no puede vivir.

–...

–... No tenía sentido avanzar sobre Rusia, como los ingleses querían. Los bolcheviques protestarían en los foros internacionales, argumentarían intromisión extranjera en asuntos de incumbencia rusa. Yo sabía que era mejor abandonarlos a la venganza de su propio destino, reducirlos a la miseria de traicionar sus ideales, obligarlos a la vergüenza de reconocer su propia estatura. Salí de tomar mi baño y la encontré echada en la sala. Se había cubierto la espalda con mi abrigo de pieles y durante todas esas horas dibujó la nueva colección. La prenda central era una roubachka como la que Serguei vestía la noche anterior. Solo que ella realizó las modificaciones necesarias. Reemplazó el lienzo por seda natural, dio guardas a la pechera y envolvió en la misma seda los botones que cierran la blusa sobre el hombro. Ahora sabe usted a qué me refería antes... Imaginar que las mujeres están gobernadas por el corazón es ver el cerebro más abajo de lo que corresponde.

–Qué hizo usted.

–Nada. Me senté en el sillón y encendí un cigarro. La fatiga la volvía aún más hermosa. Sobre la alfombra, rodeada por los dibujos y las prendas que Serguei le había dejado. El trabajo la había despeinado. Un mechón de cabello le temblaba sobre los ojos y a cada momento debía soplarlo para poder dibujar. Ya lo ve, el recuerdo me amarra a detalles, fragancias, gestos que acaso nunca se repitieron, y que no sé por qué decidí llevar en la memoria toda la

–En el verano ella arrendó una villa en el Molleau, cerca de Arcachon. Una casa blanca donde el jardín acababa en el mar. Allí nos encerramos y no permitimos que nadie nos molestara. Nadábamos, tomábamos fotografías, reconocíamos las constelaciones y yo continué los capítulos de mi manual. Acaso nunca fuimos tan felices como en esa casa. Un amanecer desperté y ella no estaba al otro lado de la cama. Las sábanas permanecían tibias, pero encontré que la almohada estaba mojada. Salí de la casa y en una tenue luz como de cinematógrafo la vi desnuda a orillas del jardín, asomada al mar. Todavía lloraba. Me senté a su lado y le ofrecí mi pañuelo. Ella no hizo caso. Insistí. Entonces comprendí que era sonámbula. Debía quedarme así, acompañándola, hasta que la rompiente o la salida del sol la despertaran. Al fin, esa novedad me sorprendía menos que ver cómo las lágrimas se abrían paso entre los párpados y rodaban por sus mejillas. Yo estaba ahí y no podía hacer nada para calmar el dolor que las imágenes del sueño le causaban.

–Qué soñaba.

–Jamás lo supe. Ella nunca lo dijo y yo preferí respetar su vida íntima.

–¿Pero, no quiso saberlo?

–La vida secreta de quien amamos no nos pertenece.

–Usted seguía la situación rusa.

–Naturalmente. El Duque de Westminster me escribía con regularidad. Recibíamos también correspondencia de Demianov. Luego de muchos accidentes había decidido montar su Shéhérazade en París, pero el fantasma del paso del tiempo lo atormentaba y viajó a Venecia para estrenar allí. Era un público poco diestro y aclamaba lo que no comprendía. Creímos que el estreno en Italia lo animaría. No cabía esperar otra cosa que un éxito extraordinario. Sin embargo, todo aquello se sostuvo en una serie de caprichos y equívocos y nadie se atrevió a intervenir. Si estrenaba en Venecia nada más era porque lo aterraba un fracaso en Viena o en Berlín, y eso ya nos ponía sobre aviso. Nos llegó una penosa carta en la que Demianov nos confesaba sus remordimientos por acceder a exigencias del gobierno italiano a cambio de financiar las representaciones de una compañía rusa. Se

avergonzaba de pactar con gente que confundía su arte con una exhibición de vigor muscular; que en todos los sitios exigía colgar banderas y cantar marchas y hacer saludos. Yo comprendía su recelo, pero ¿qué tenía eso de novedad? No éramos los Romanov quienes contrataban la compañía, ni ensayaría en la Escuela Imperial ni encontraría al público de San Petersburgo. Demianov retrocedía al ver su firma sangrienta al pie del pliego que el demonio le había tendido. Incapaz de abandonar el proyecto descargaba su ferocidad en la compañía. «Parecen bestias, nos escribía. Les digo que vayan a los museos, a los conciertos, que traten de entender qué es el arte, les pido que se eduquen, pero ellos nada más esperan terminar los ensayos para irse a la cama y dormir como osos. ¡Me dan asco y no puedo despedirlos!» Cuando algunos novatos pretendieron renunciar, él los amenazó con denunciarlos a la policía de moralidad. Las cosas iban de mal en peor. Chanel de inmediato envió una suma para que Demianov no se obligara a más concesiones, pero fue un gesto tan cortés como tardío. Su cerebro se había extraviado. Uno de sus discípulos, Boris Korolenko, nos telefoneó para pedir auxilio. Demianov estaba poseído. Iba a todos los sitios aferrando al pecho un bolso de piel con el dinero que Chanel le había enviado. Jamás se separaba de él. Cada noche dormía en un cuarto distinto por temor a que le robaran, se resistía a dejar el dinero en el banco porque adivinaba un desastre financiero. Sospechaba de todos. De sus admiradores, de sus discípulos. A cada momento se encerraba en las habitaciones a contar los billetes y salía luego con los ojos alucinados. «Está todo», decía, y volvía al ensayo. Comenzó a negarse a caminar bajo cornisas y balcones imaginando que se desplomarían a su paso y lo aplastarían, que un accidente lo dejaría inválido, que le deberían amputar las piernas. Pero ahora había llegado al desatino de ordenar que alfombraran los jardines del hotel Danieli. Bailaría entre los rosales un pasaje de su Shéhérazade como muestra de gratitud hacia el gobierno italiano. Los bailarines de la compañía sospechaban lo que todos.

–Una burla.

–Se negaba a admitirlo ante sus discípulos, pero ellos adivinaron que mediante algún escándalo Demianov conseguiría que lo expulsaran de Italia antes del estreno. Pedimos al Duque de Westminster que nos recogiera en el Cutty-Sack y nos llevara a Venecia. Yo intenté disuadirla, pero Chanel se sentía responsable de la suerte de la compañía. «Nada bueno puede esperarse de los italianos», decía a cada momento.

–¿Demianov bailó en los jardines?

–Bailó. Pero completamente desnudo.

–Qué hicieron los fascistas.

–No era nada que pudiera escandalizarlos. Todo el mundo se desnudaba por cualquier razón en Italia aquellos días. Pero el gobierno ni envió un representante a la función en el Danieli. Demianov acabó bailando para turistas que se atropellaban por fotografiarlo sin saber quién era. A la mañana siguiente lo internaron en un hospicio, destrozado por la fiebre y los temblores. Los acreedores se habían llevado todo el dinero y no había modo de trasladar a Demianov a un lugar más digno. El médico dijo que tampoco valía la pena. Supimos que los discípulos habían llamado a un sacerdote, pero se negó a asistir a Demianov porque era ruso. Lo encontramos al fin en ese cuarto miserable. Los bailarines lloraban como niños que ya se veían huérfanos, arrodillados alrededor de la cama. Chanel fue a comprar medicinas y mantas de abrigo. Nada de eso sirvió; cuando regresó Demianov había muerto. El pecho se elevó dejando a la luz sus huesos y de los labios escapó un silbido casi musical. «¡Ha dicho Rusia, repetía Korolenko, ha dicho Rusia!» y se arrancaba el cabello. La muerte del maestro los había liberado de una opresión feroz, pero les revelaba también que sin él no eran nada. Ni enterrarlo pudieron. No admitían rusos en el cementerio de San Michele luego del asalto del año 17.

–Qué ocurrió con el cuerpo.

–Yo deseaba permanecer incógnito en Italia, pero intercedí y obtuve que cremaran el cadáver en secreto. Nos devolvieron tan solo una urna de hierro.

–Dónde está ahora.

–En el fondo del mar. Fue el deseo de los bailarines de la compañía y el Duque de Westminster accedió de inmediato. Los bailarines parecían locos. De pronto se besaban en los ojos, en la boca, y de pronto rodaban por la cubierta golpeándose. Todos se acusaban de algún modo de la muerte de Demianov. Era medianoche cuando fondeamos la nave a la luz de la luna. Boris Korolenko abrió la urna y cada bailarín enterró por vez sus dedos en las cenizas y las arrojó al aire. Allí estaba el cuerpo de Demianov. Sus piernas, sus brazos, su corazón, su cabello en el polvo suspendido sobre el mar. Como si esa noche no hubiera gravedad en el planeta. Iadvna Poniatowska, Igor Pomialowski se abrazaron a mi pecho. «No podemos vivir sin Rusia, me decían, nos falta el aire. Esta luna no nos pertenece.» Lamían de sus dedos los restos de ceniza. Lamían la caja de hierro y luego se besaban con las bocas abiertas… Cuando ya no pude soportar les grité a todos que fueran rusos, que fueran verdaderamente rusos, y arrojé la caja al fondo del mar. Lo mejor era regresar a puerto. Cuando la nave comenzó a moverse me escabullí del resto y me acodé en la borda.

Necesitaba estar solo y pensar. Qué era lo que significaría para mí esa muerte. Si me alentaría a seguir o me desplomaría definitivamente. Yo sentía que no lloraba la muerte de Demianov, sino la imposibilidad de verlo nunca más. Ella llegó a mi lado. Lloraba. Ambos lo admirábamos hasta la pasión. Él había bailado la noche en que nos conocimos. Temíamos que algo más muriera con él. Abracé a Chanel, la miré a los ojos, miré al mar... Otro compatriota moría errando sin sentido por el mundo. A todos sitios nos alcanzaba la garra y parecíamos condenados a una eterna agonía... Nuestros hijos morían en todas partes, en condiciones humillantes... Querían que odiáramos haber nacido rusos... Por favor, detenga la cinta. Ya no puedo más.

–No inmediatamente. El gobierno italiano dio conmigo y nos convidó a pasar una temporada en Sorrento. Decidí aceptar por estricta cortesía y ella estuvo de acuerdo. Permanecer unos días y luego regresar a París. No imaginaba que esa temporada se extendería y me pondría en el ojo de la tormenta.

–Qué hizo en Sorrento.

–Vivíamos en una casa sobre el golfo. Desayunábamos al sol, ella pescaba y yo caminaba horas enteras a lo largo de la playa. Mis pensamientos, que se habían enrarecido con la muerte de Demianov, comenzaron a aclararse. Eran veloces otra vez. Diáfanos. Cuando delante de los ojos se tiene nada más que el mar, se comprende qué es la vida. Multitudes en la calle, ¿quién puede seriamente interesarse en eso? Pocas, muy pocas personas son nuestras amarras al mundo, los cardinales de nuestra experiencia. La vida más se asemeja a la de una nave en el mar. Una nave y otra lejana y el horizonte vacío alrededor. En Sorrento recuperé la consonancia de mi sangre con la Naturaleza. Una señal magnética que los Romanov llevamos. Cuando salía a caminar solo por la arena el viento me acercaba voces remotas; de pronto me detenía y giraba sobre mis pasos porque un espectro familiar parecía llamarme desde la luz, desde el aire... Sé que sus lectoras, a su modo, me entenderán. Ellas saben que en las nurseries de los hospitales, colmadas de niños recién nacidos y para cualquiera idénticos, no habrá madre que confunda el suyo. Ellas admiten sin reparos las historias en que luego de años y años una madre no duda en reconocer al hijo que todos daban por perdido. Hay en esas historias, si nada de arte, todo de verdad. La ciencia es muy poco lo que avanza. Mendeleiev se ufanaba de haber dado con la fórmula del oro, y al cabo apenas si había alcanzado por una vía grosera la certeza que toda madre posee por una vía natural... Todo el mundo sabe que esa transferencia es real, todo el mundo confía en ella. Lazos de sangre... Esa es una metáfora afortunada. Lazos que impiden que una virtud, un temperamento, un sello se extravíen. También Marx confiaba en que sus hijitas se le parecerían... Usted, ¿acaso tendría un hijo sin la esperanza de reconocerse en él?

–Imagino que no. Que acaso yo mismo cambiaría para parecerme a él.

–Naturalmente. Y también los bolcheviques aprenderían esa lección. Duramente.

–Qué ocurrió.

–Verá. Una noche caminábamos con Chanel por la rambla. Ella deseaba crear su propio perfume para acompañar las colecciones. Ya saben sus lectoras que la obsesionaban los accesorios y tenía respecto de los perfumes una curiosa opinión. Hasta entonces, todos los perfumes poseían una fragancia reconocible. Heliotropo, gardenia, rosa, cada perfume refería a alguna fragancia preexistente. Ese era el mérito: que una mujer pudiera oler a rosas sin tener una flor en sus manos. Sin embargo, Chanel creía que había algo nostálgico en todo eso si la virtud de un perfume se cifraba en su poder de evocación. Su sueño era entonces crear un perfume irreconocible, un perfume que enrareciera a la mujer al punto de hacer de ella misma un jardín de flores ignoradas. «Un jardín abstracto, Dimitri», me decía ella. Y comprendiendo que nada nuevo podría crearse, su obsesión era crear un efecto de novedad. Hallar una mixtura. Acerca de esto conversábamos en la rambla cuando un automóvil se detuvo. Un grupo de hombres descendió y se nos acercó. Parecían nerviosos. Sabían muy bien quién era yo, pero no sabían cómo comportarse. Pidieron hablar a solas conmigo. Tenían que darme una noticia. De inmediato pensé en mi hermana María. Chanel regresó a la casa, nosotros bajamos a la playa, caminamos hasta la orilla del mar y allí encendimos cigarrillos. El que hablaba idiomas se presentó. Eran del Servicio de inteligencia italiano. Illych Ulianov había muerto.

–...

–...

–¿Se conocieron alguna vez?

–Jamás. Es cierto, vivíamos en el mismo país, pero no en el mismo mundo. Sin embargo, yo hice lo que muy pocos en Europa. Mientras todos pasaban el tiempo contando anécdotas curiosas que de algún modo revelaran la personalidad de Illych Ulianov, yo había leído algunos de sus libros.

–Qué le parecieron.

–Perfectos.

–Perfectos...

–Tan perfectos como cualquier cosa puede serlo si no se advierte que su punto de partida es falso.

–Qué era falso en esos libros.

–Veía desorden en un mundo ordenado por leyes ante las que él permanecía ciego. Ciego de rencor. ¿Qué iba a hacer Illych Ulianov

frente a lo intangible? Desde algún punto de vista, él tenía la razón, pero esa es la sensación que cualquiera tiene cuando escucha hablar a un loco. Por un momento parece tener razón, parece conocer mejor que nadie la verdad. Pero ya sabe usted, es nada más una sensación fugaz.

–Para muchos no fue fugaz. Creyeron que Lenin tenía razón en su manera de ver las cosas.

–...Illych Ulianov era un buen novelista. Ordene usted el mundo con la lógica de una novela popular. Enfrente dos bandos y asegúrese de que la razón permanezca de uno de los lados. Si lo hace con algún arte no demorará en conseguir que muchos crean que ese es en verdad el orden del mundo. El secreto, en cambio, está en percibir el orden oculto, natural, y tomar en él el sitio que nos corresponde. Quien lo consigue comprende cómo todo, de pronto, se ofrece con la perfecta forma de una música.

–Lenin permaneció sordo a esa música.

–Absolutamente sordo. Todos los que codician el poder necesitan de esa misma sordera.

–Reilly también.

–También Reilly. Con la muerte de Illych Ulianov, sus adversarios dentro del régimen advirtieron que ya no precisaban de ningún advenedizo extranjero para alcanzar el poder. Lo tenían en sus garras. Las hipótesis de Reilly habían fallado y de milagro consiguió escapar de Moscú. Lo habían traicionado pero Rusia siguió siendo su obsesión. Él conocía perfectamente a los posibles sucesores de Illych Ulianov y sabía entonces que estallaría una guerra entre ellos. Diseñó una nueva estrategia y buscó que alguien financiara un plan de invasión a Rusia. En esos días el dinero estaba en América. Henry Ford aceptó invertir dinero en la empresa contra los bolcheviques. Mientras tanto, la muerte de Illych Ulianov actualizó la cuestión de la herencia al trono de mi familia.

–Por eso los italianos fueron a verlo a Sorrento.

–Así es.

–Qué les dijo usted.

–Que investigaran la suerte de la Familia Imperial. Asegurar ese punto era lo fundamental ahora.

–La Familia Imperial había sido ejecutada por la Revolución.

–Eso decían los bolcheviques. Pero yo sabía que, al menos en parte, mentían. Por una razón suficiente podía argumentar que la Zarina y sus cuatro hijitas habían salvado la vida.

–Cuál era esa razón.

–Se trataba de un mecanismo de dos piezas. Alemania había financiado el asalto del año 17, eso por un lado. Por el otro, la Zarina era de origen alemán. Si los bolcheviques hubieran asesinado a ella o a sus hijitas, Alemania habría declarado la ruptura de relaciones y suspendido el envío de dinero. Pero nada de eso sucedió. Distinto era el caso de la cadena masculina, que determinaba la herencia al trono de Rusia. Aún hoy los bolcheviques viven obsesionados por el deseo de cortarla, de manera que era probable que el Zar Nicolás y su hijo hubieran sido asesinados.

–Trotsky dice que todos fueron fusilados.

–Leyó a Bronstein…

–Me interesa la Historia.

–Yo la he vivido.

–…

–Con su libro, y contra su propósito, Bronstein no solo demuestra cómo entre ellos mismos se engañaban unos a otros, sino que llega al desatino de dar argumentos para crímenes que Illych Ulianov, porque estaba atado de pies y manos al dinero de los alemanes, jamás ordenó. Pero bien, los italianos comenzaron las investigaciones.

–Qué hizo usted.

–Permanecí en Sorrento. A medida que avanzaba el otoño la playa aparecía más desierta y luminosa. Apenas húmeda. El aire transparente. Yo la recorría de un extremo a otro del golfo, siguiendo las líneas que la marea dejaba. Cuando daba la vuelta comprendía que de mis pasos quedaban solo las huellas de las botas en la arena. Nada más. El mar se las llevaría por la tarde y no habría una sola señal de mí. Tan íntimo era todo y tan efímero. Los pensamientos surgían veloces, confiables, hasta que en la sensación más prístina un viento frío, agazapado en el mar, daba un salto y los disolvía en la luz. Me sentía de pronto en mi Patria. Mi Patria es la Naturaleza. Cuando la espuma me sorprendía desatento, ensimismado, y me cubría las botas, yo tenía la impresión de recuperarlo todo.

Creo que nuestra vida es distinta solo porque lo imborrable en la memoria nos recuerda siempre quiénes somos. Fuimos siempre así. Yo no sé qué es la nostalgia.

–Tampoco hoy.

–Hoy menos que nunca. No he perdido uno solo de mis sueños, y eso me aparta de la gente simple. Pero es una naturaleza. No es algo que yo pueda remediar. En Sorrento, todos los días, a media mañana, el cartero dejaba su bicicleta en la rambla y me saludaba agitando el brazo a lo lejos. Yo asentía y él entonces se animaba a interrumpirme.

Un rústico de buen corazón. Saltaba a la playa y, él desde un punto, yo desde el mío, caminábamos líneas imaginarias que se unían en la orilla. Lo fatigaba andar con sus botines en la arena, pero el esfuerzo lo hacía feliz. Había para él una virtud en la transpiración del cuerpo. Yo le había enseñado una o dos fórmulas y él sonreía como un niño saludándome en un francés desopilante. No creo que imaginara siquiera quién era yo, qué hacía en esas caminatas junto al mar todas las mañanas. Por urbanidad le preguntaba de su esposa, de sus hijos, le pedía que leyera el tiempo de esa tarde en los augurios del cielo. Rara vez fallaba. Cada progreso de sus niños en el Gimnasio lo colmaba de orgullo y vanidad simples. Cada mañana me prometía acercarme una fotografía de ellos trepando cuerdas, agitando banderas. Me alcanzaba la correspondencia, se quitaba la gorra y permanecía un momento de cara al mar aspirando el viento, divertido de que lo despeinara. Creía que al otro lado del mar estaba Rusia.

–Quién le escribía a Sorrento.

–Los bailarines de la compañía me contaban su suerte. A veces alguna amiga que no admitía que retrasáramos el regreso a París. Pocos sabían que yo estaba allí. Una mañana comenzó el fin de esa vida amable. El cartero esta vez llegó sin su bicicleta. Se la habían robado y cumplía el itinerario caminando. Al llegar a la orilla estaba exhausto. Cargaba toda la correspondencia en los brazos y al intentar alcanzarme mis cartas todas las demás fueron a dar a la arena. No presté atención al principio, pero luego, al verlo clasificar la correspondencia para cargarla otra vez, descubrí una enorme cantidad de sobres escritos con caracteres latinos, aunque por manos que evidenciaban en los trazos el hábito del alfabeto cirílico. El cartero advirtió mi asombro y casi creyó que debía mostrarse orgulloso de ser quien entregaría aquellos sobres. «Son las cartas para el señor Gorki, me dijo, el escritor proletario.»

–Pero, ¿usted no lo sabía?

–Claro que no.

–Todo el tiempo imaginé que usted sabía que Gorki estaba en Sorrento.

–Por Dios, quién recordaba a Pechkov. Era un anciano que apenas intentaba sobrellevar la tuberculosis en un clima benigno.

–Dijo que había muchas cartas para Gorki.

–Una correspondencia imposible de creer. Los campesinos y los obreros rusos le enviaban poemas, le pedían consejo para escribir. A Pechkov ni más ni menos. La pobre gente lo hacía con su corazón abierto, que sus lectoras ni sospechen que pienso mofarme, pero que imaginen ellas mi ánimo cuando leí los sobres escritos por los Hijos de

la Revolución... «Suiza. Isola di Nápoli, Signore Gorki»... «Africa. Cittá di Sorrento. Camerata scrittore Gorki»... El Servicio de inteligencia durante un tiempo revisó esas cartas, pero al cabo ya no hizo más caso y llegaban libremente a Sorrento. Pechkov escribía un libro o algo así con todo eso.

–Preparaba la Segunda Antología de Poetas Proletarios. No sé si alguna vez llegó a publicarla.

–También se interesa por Pechkov.

–Sé de él lo que cualquiera sabe en esta ciudad.

–Entiendo. De todos modos, con esos manuscritos crecía la fábula y muchos llegaron a creer que los obreros de mi Patria ahora hablaban rimando las palabras. Por fortuna hoy nadie piensa que fuera así. Las historias de la literatura seguirán recordando a Pushkin, y Pechkov, cuando más, se habrá convertido en una nota al pie.

–Se encontró con Gorki.

–¿Cree que admitiría encontrarme con él?

–Los dos eran rusos. Los únicos rusos en Sorrento.

–Yo soy ruso. Pechkov era soviético.

–Gorki escribió de usted.

–Mintió entonces.

–Las notas parecen ciertas. Escribe de sus paseos en la playa. Usted es mucho más que una nota al pie en sus escritos.

–¿A quién habrá de creerle?

–...

–... Ocurre que si nosotros no, era natural que Chanel y la Baronesa María Budberg, apenas supieran la una de la otra, quisieran conocerse. La Baronesa era alemana. Una mujer de maneras exquisitas. Hablaba un inglés de ensueño, y aun las pocas palabras rusas que se permitía era incapaz de pronunciarlas sin el acento londinense que se estilaba en los círculos de San Petersburgo antes del asalto. Fue ahí donde yo la conocí. Era un niño entonces.

–Ella había cambiado mucho.

–Tal vez. Sin embargo, esa extraña relación con Pechkov se sostenía en el sentimiento de compasión que ella le dedicaba. Él no tardaría en morir. Seguramente a través de ella Pechkov obtuvo información sobre mí.

–Comprendo. Aun así, jamás encontré documentos sobre la amistad de Chanel y María Budberg.

–Porque no la hubo. Se odiaron ferozmente. Verá usted. No por seguir a Pechkov la Baronesa olvidaría lo que era suyo. Pechkov había

pasado años fuera de Rusia negándose a aprender una sola palabra en lengua extranjera, de suerte que una mujer como María Budberg estaría encantada de escuchar el francés de Chanel.

–¿La Baronesa estimaba las colecciones de Chanel?

–Pero seguía otras muy distintas. Falsos bolsillos, ojales inútiles, tonos en contraste. Costuras que hacían alarde del trabajo de las máquinas. Eran estéticas irreconciliables. «Modelos para una mujer procaz, decía Chanel. Viste como Mata Hari. Un día saldrá a la calle y alguien le ofrecerá dinero». La Baronesa hablaba de «moda joven» y Chanel no podía entender qué cosa fuera eso. «La juventud es un invento reciente, Dimitri, me dijo un día. Cuando abrí la Maison nadie sabía que existiera.»

–Qué las acercaba entonces.

–El odio, naturalmente. Por contrariar las mudanzas permanentes de la Baronesa, Chanel se dedicó a acentuar los rasgos de su estilo en la nueva colección que preparaba. Estaba persuadida de que la belleza no era cuestión de cambios, sino de profundidad en lo propio. Exageró su hábito de hablar con sentencias. Confiarse en la arbitrariedad la salvaba de revisar su estilo. Los tonos claros alejaban el fastidio. Los vestidos largos con escote pronunciado caían fuera de la moda de inmediato. Ceñir las prendas era celebrar lo vulgar. Sobriedad y belleza, excentricidad y vergüenza...

–Pantalones en el campo, la ciudad no es una granja.

–Ya lo ve. Los artistas deben renunciar al éxito, correrse del sitio donde lo adivinen. Pero son personas de resentimientos profundos. Saben que deberían despreciar los halagos, pero sueñan al fin con paraísos en la Tierra. Chanel envió a la Maison los bocetos para que compusieran un avance de la colección para las clientas más distinguidas. Ya no estaba en París para imponer los modelos con solo lucirlos. Semanas después nos visitó su secretaria. La nueva colección había tenido un éxito promisorio. Chanel comprendió que había llegado la hora de su primer fracaso.

–Cómo reaccionó.

–Tal como María Budberg lo hubiera soñado, qué más puedo decir. Pero es frecuente que la enfermedad asuma las formas del entusiasmo. Pidió que le devolvieran los bocetos y se encerró en su estudio a corregirlos. Hizo ostensibles los rasgos que la Baronesa desdeñaba. Cada línea en el papel se volvió provisoria hasta la locura, y los borradores se sucedían al punto de extraviarle el criterio respecto de lo que pretendía corregir. Antes que enmendarlo, desmejoraba cada diseño, y contrastando los bocetos se tenía la impresión de que el original superaba a los siguientes. «Quieren cambios, Dimitri, quieren

sorprender. ¿A quién?, me preguntaba. Están locos.» Para ella la moda era arquitectura, arte de proporciones. «No imagino qué cosas miraron cuando fueron a Grecia en el viaje de bodas», me decía. La Baronesa, luciendo sus novedades, la veía enloquecer.

–Los italianos vestían a María Budberg…

–Nadie mejor que ellos para el escándalo. Habían descubierto ya los dos secretos de estos tiempos. Que podía volverse encantador lo que antes fue vulgar, eso lo primero. Luego, acompañaron serviles la decadencia del arte hacia la producción en serie. Chanel, en cambio, continuaba imaginando sus colecciones como si fuera ella la única mujer que las vestiría. Diseñaba atendiendo a su manera de caminar, de sentarse, de andar las escaleras y aun de desvestirse. No había pasado tanto desde que en cada maison se ufanaran de un estilo inconfundible, pero ya comenzábamos a vivir los días en que no fuera valor la distinción, sino lucir los modelos que se multiplicaban en los escaparates… Colores… ¿Qué nuevos colores? Chanel solo admitía los que sentaran bien a una mujer. Una noche desperté. Ella no estaba en la cama. Me asomé a la ventana y reconocí a Chanel en la playa desierta. La alcancé en la orilla bajo un cielo de tormenta. Estaba desnuda otra vez. Me quité la robbe y se la eché en los hombros. El aire estaba cargado de una electricidad azul. La lluvia la despertaría. Un relámpago abrió la oscuridad de la noche. Ella tenía los ojos abiertos y la mirada extraviada en el mar revuelto. «Esa imbécil luce día a día más ridícula, dijo de pronto, y no hay nadie que la estime y se lo haga saber. Merece que la vistan de negro.» En ese instante el trueno rugió sobre la playa. Ella dio la vuelta y regresó corriendo a la casa. Una semana permaneció encerrada en su estudio. Al salir había aplastado a los italianos y a sus vestidos como banderas.

–Es la verdad que hasta entonces solo viudas y mendigas vestían de negro, pero ella lo impuso a todas las mujeres y volvieron a desfallecer por sus modelos. Era extraño verlas. Jugaban a parecer mendigas con prendas por las que sus esposos pagaban fortunas. Pronto comenzaron a llegar las revistas a Sorrento. Las mujeres se fotografiaban en los cementerios, inclinadas sobre el mármol de las tumbas y abrazando ramos de rosas bajo cielos tormentosos a punto de romper. Cruzando calles anegadas en los arrabales. Fascinadas al borde de abismos asomados sobre el mar. El médico de cabecera las orientaba para provocar síntomas de la tisis. Su revista se dedica a la moda femenina, ¿no es así?

–En buena parte.

–Le aconsejo que ocupe ese espacio con filosofía. Estética. Sus lectoras se lo agradecerán. Ellas necesitan saber por qué visten una colección y no otra. Necesitan saber qué es la belleza.

–La moda en negro nació de un arrebato.

–No es prudente admitir los argumentos que da el artista para explicar su obra. Aceptemos escucharlos por cortesía en los salones, pero no los hagamos nuestros... El estilo en negro fue el impacto de ese cielo borrascoso entrevisto en el relumbre de un relámpago, es cierto. La Naturaleza consustanciándose en el ánimo de una mujer. Pero antes que eso, se trataba de un desacuerdo con el presente. La insatisfacción de las formas de una época había dado con una manifestación artística. Quienes la llamaron Moda Miseria fueron incapaces de advertirlo.

–Qué ocurrió con los italianos.

–Estaban quebrados. Sus modelos desteñían al sol en los escaparates. Los industriales presionaron a los diseñadores para que alguna ocurrencia les permitiera deshacerse de fantásticas cantidades de tela con las que soñaron pintarrajear a Europa. Pero el dinero no produce ideas. Algo terrible ocurrió entonces. Dormíamos. Alguien llamó a la puerta. Mientras buscaba mi robbe volvieron a llamar. Reconocí el perfil de Sofía Godebska en la ventana. Me apresuré a abrir la puerta pero ella no esperó a entrar. «Capel ha muerto», me dijo con un hilo de voz. Permanecimos enfrentados, mirándonos a los

ojos. De pronto vi que ella desviaba los suyos y miró detrás de mí. Di la vuelta, Chanel estaba ahí, con su un pijama blanco, brillante, con el cabello corto y revuelto. Parecía un jovencito vestido de raso. Yo no sabía si estaba despierta o un nuevo ataque de sonambulismo la había arrancado de la cama. Tenía los ojos abiertos, inmensamente abiertos. Como los de un muerto. Sofía Godebska había empalidecido ante ese espectro. «Capel ha tenido un accidente, le dijo. No está bien.» Los labios de Chanel temblaron, no sus ojos ni sus párpados. «Entiendo qué quieres decir, le contestó. Vamos, quiero ver su cuerpo.» Era imposible. Sofía le confió que el cuerpo había desaparecido en el río. Era inhumano ver cómo deseándolo tanto, Chanel no conseguía llorar. Por la mañana, luego de beber café, Sofía Godebska se fue de Sorrento. Yo la acompañé al muelle. Chanel no la despidió. Permaneció echada en un sillón, de cara al mar. Ante su mirada perdida, el auto de Capel una y otra y otra vez se hundía en las aguas. Varias veces me acerqué y no conseguí que me hablara una palabra. Ella no se movió de allí durante todo el día. Por la noche el viento que venía del mar era fuerte. Volví junto a Chanel. Sus ojos estaban secos como esferas de madera. Le tomé las manos. Me preguntó dónde quedaba Buenos Aires. Yo no lo sabía. «Necesito ver el cuerpo de Capel, me dijo. Si no veo su cuerpo cómo podré creer que ha muerto.» Algunas semanas después, la esposa de Capel dio a luz. Todas las revistas se preocuparon por retratarla. Vestía de negro con un modelo de Chanel. Como una mancha blanca, en sus brazos acunaba a la niña. Los italianos tuvieron su oportunidad.

–A qué se refiere.

–Divulgaron que al no poder llevarlo ella porque no era su esposa, Chanel se había vengado con su colección negra imponiendo a todas las mujeres del mundo el luto por la muerte de Capel... Escribas a sueldo de revistas... Esos eran los tiempos. A qué asombrarse hoy del paisaje del mundo...

–Cómo reaccionó Chanel.

–Para ella era como vivir una pesadilla. No conseguía reponerse de la muerte de Capel y ahora la humillaban como a una advenediza. Pedí explicaciones al gobierno italiano. La cancillería deslindó responsabilidades y presentó excusas, pero ella no hizo caso y regresó a París.

–¿Usted no?

–Pensaba acompañarla, naturalmente, pero los italianos me rogaron que permaneciera en Sorrento. El Servicio de inteligencia había concluido su investigación. Me acercaron a la casa los informes sobre la suerte de la Familia Imperial.

–Qué decían.

–En su momento, los bolcheviques anunciaron a nuestros hijos que todos los integrantes de la Familia fueron ametrallados en Iakaterinburgo la noche del 17 de julio del año 18, en el mismo sitio donde los habían mantenido como prisioneros. Cargaron luego los cadáveres en un automóvil y los arrojaron en lo profundo de una mina en Koptiaki. Habían disuelto los cuerpos en ácido, sus señas de reconocimiento jamás podrían recuperarse. Todo el mundo dio por ciertos esos crímenes, al punto de que una frase recorría Europa por entonces. Ante un atropello, un abuso, una injusticia, las personas decían «así andan las cosas, que cualquier salvaje puede asesinar a los Zares de Rusia». Era una sentencia aguda y oportuna, pero no decía entera la verdad.

–Vivían las cinco fusiladas.

–Tal como yo lo adivinaba. Fue complejo dar con el paradero de cada una de ellas, pero yo tenía ahora los informes sobre mi mesa. Del día a la noche, luego del asalto del año 17 se habían convertido en cinco mujeres sin pasado. Dos se recluyeron en el monasterio de la Orden de San Basilio, en Lvov, bajo la protección de Su Beatitud, el conde metropolita Sheptiski. Abandonaron su vestuario, tomaron los hábitos de las reclusas y aunque no se ordenaron se dieron a actividades piadosas intramuros. Allí estaban aún. Otra encontró por milagro asilo en el castillo de Cotroceni, en Bucarest. Era una niña melancólica que nada más esperaba la primavera para añadir algún nuevo ejemplar a la colección de mariposas con que deseaba retribuir la clemencia del Rey Fernando y la Reina María. Todos decían que esa niña tenía por única familia a la sonrisa. Al interrogarla alguien por su origen ella apenas ablandaba los labios y se excusaba de otra respuesta, inclinando levemente la cabecita. Por aquel entonces también se refugió en Rumania el hijo del Volodar ucraniano, Nikolai Alexandrovich Dovjurukij. Durante una partida de caza encontró a la niña en el bosque y la pidió al Rey Fernando por esposa. En las actas nupciales cambiarían su verdadero nombre por el de Condesa Cecilia Czapska, que no fue siquiera el último que llevó. Los agentes bolcheviques no tardaron en dar con ella y la amenazaron de muerte. Esperaba un hijo y otra vez debía huir. El gobierno italiano les acreditó pasaportes y ella y su esposo escaparon de Rumania. Tenía ahora un nuevo nombre, Contessa Beatrice Di Fonzo. Apenas antes de que yo llegara a Sorrento, ella había mantenido una entrevista secreta con Mussolini. Él les recomendó que esperaran a que el niño naciera y partieran luego hacia Etiopía, donde ella quería cumplir misiones de caridad en un lazareto. Por desdicha, el niño murió a poco de nacer.

–Cómo.

–No lo sé.

–El informe de los fascistas no decía nada.

–No.

–Qué ocurrió con sus padres.

–La pesquisa se interrumpía en Etiopía, ahí los italianos perdieron el rastro de la pareja.

–... Entiendo... Falta saber de dos mujeres.

–La cuarta ahora se llamaba Marga Boodts. Vivía en una residencia en Menaggio y fomentaba las actividades culturales para elevar la educación de los habitantes de la aldea.

–No se había casado. No tenía hijos.

–No. La última es una historia muy penosa, más que las otras aún. Intentó suicidarse arrojándose a un canal en Oslo. La policía la recogió y la entregó a la caridad pública en un hospicio, donde por nombre le dieron el de La Bella Desconocida. Durante meses permaneció en su celda sin pronunciar palabra. En ningún idioma. Solo lloraba. Era la menor de todas.

–Anastasia.

–Sí. Luego la apellidaron Shankovska, Anderson, Manaham. Las demás eran Olga, Mariana, Tatiana y la madre de todas ellas, Alejandra Feodorovna.

–Ninguna tenía descendencia.

–Ninguna. Habían perdido todo. Su familia, su Patria. Todo. Hasta sus nombres habían perdido.

–Renunciaron a su pasado.

–De otro modo las hubieran asesinado. ¿Qué culpa debían cargar esas niñas, quiere usted decírmelo? ¿Llevar la sangre de los Romanov?

Ellas no la habían elegido. Nadie elige ese destino. Es un don. Ni usted ni yo elegimos la sangre de nuestras venas. Comprende usted qué le digo.

–...

–¿Lo comprende o no? ¿Quedará callado ante los muertos, los perseguidos, los humillados de nuestra familia? Eran rusos también. ¿Puede imaginarlos escapando por el mundo?

–...

–Inténtelo. Sin ese esfuerzo de su parte esta conversación no tiene sentido. Al cabo, cuánto de lo que viví puede decirse con palabras. Yo los he visto arrastrarse. Los he visto morir con la memoria borrada por el miedo. Yo he visto a muchos enloquecer, flagelarse para que el

dolor cubriera el recuerdo de lo perdido. Caricaturas de matrimonio por dinero, en todas partes hijos bastardos reclamando papeles que les acreditaran linaje. Duelos entre hermanos, bodas cosanguíneas, amancebamientos... Deauville convertida en una colonia de desterrados, una corte degenerada y mendaz... Todavía hoy intento disculparlos. La profecía del Zar Nicolás comenzaba a cumplirse: cualquiera podría rodar por diez minutos en las sábanas de un Romanov...

–...

–¿No piensa decir nada? Hay sangre como la mía en sus venas también. Usted conoce su árbol genealógico.

–Perfectamente.

–¿Sí? Eso me alivia. Todos llegamos desde algún lugar. La vida no comienza con nosotros. Puede decirlo...

–...

–Para qué fingir. Cuál es su misión.

–...

–¿Tendré que recordársela yo? Los Romanov tenemos una misión. No demore en aceptar la suya o su vida será un infierno.

–Sé cuál es la mía.

–Lo sabe... Por qué entonces no la cumple. Usted no sirve a quien debiera. Cuando amanezca verá otra vez nuestros reflejos en el cristal, sabrá entonces a qué me refiero. Piense dos veces a qué destino servirá. No podrá contradecir su sangre, su temperamento, su inclinación natural. Sé que lo hace por dinero.

–Yo necesito vender mi tiempo. Vivo de eso.

–Naturalmente. Pero ¿a quién echará la culpa? Usted desprecia el dinero. Yo también. Usted desprecia el tiempo que le ha tocado para vivir. Ceda una vez y cederá para siempre. Ha perdido su fe. Lo comprendo. Pero ceder no se la devolverá.

–...

–¿No dirá nada?

–Usted lo está diciendo todo.

–... Curioso trabajo el suyo... Copiar lo que otros digan... Estará siempre lejos de la verdad.

–Confío en que usted dice la verdad.

–No tiene más remedio. Usted confía en mis palabras y antes confió en las de Bronstein y en las de Pechkov después. Eso no se llama confiar. En nuestra familia le damos otro nombre.

–Cuál.

–Le he dicho que en nuestra familia. Si desea saberlo deberá hacer algo más que preguntar. Yo no soy Bronstein.

–…

–… Excúseme.

–…

–… Cuando acepté su visita no imaginé adónde me arrastraría evocar mi vida. Que me encontraría yendo y viniendo hacia este río de escenas, hacia aquella noche de Sorrento. ¿Sabe usted?, los informes no solo me revelaron la suerte de la Familia Imperial, sino también mi destino. Cuando acabé de leer comprendí que ya no era un miembro más de la Familia Romanov. Me había convertido en el heredero del Imperio Ruso. Me había convertido en lo que soy… Entre los papeles había una carta de mi padre. Él la había entregado al Servicio de inteligencia italiano. Yo apenas caminaba cuando lo vi por última vez. Mi padre se inclinó y me abrazó llorando, mientras mi hermana María se ocultaba bajo la cama como si así evitara la despedida. Se había enamorado de una mujer del común que abandonó a su esposo para casarse con mi padre. La Familia Imperial repudió esa boda con una mujer divorciada y el Zar desterró a mi padre quitándole todo derecho en la cadena sucesoria. María y yo fuimos entregados al cuidado de nuestro tío, el Gran Duque Pablo, que era por entonces el gobernador de Moscú. Allí nos trasladamos y vivimos, hasta que una bomba voló el coche donde mi tío viajaba. Regresamos a San Petersburgo y quedamos bajo la directa protección del Zar. Él temía por la salud de su único hijo varón, y confiaba en que yo heredaría el trono si algo le ocurría al Zarevich. Fui educado para ese destino y ese destino al cabo me encontraba. Lejos de Rusia. Abrí la carta de mi padre. Me daba el trato de Alteza Imperial, y aunque se negaba a reclamar ningún parentesco, me juraba obediencia como el más fiel de los súbditos del pueblo ruso. Me ocultó todas sus penurias, la miseria en que vivía. Prometió rezar por mi suerte. Al final anotó, con la mano temblorosa, «Hijo, ahora tú eres mi Padre. Dios salve al Zar…» El mismo temblor que ahora tienen mis manos.

–No volvió a saber de él.

–Nunca. Mientras fue el tiempo imaginé su vida, después nada más me quedó imaginar cómo habrá sido su muerte. Él también murió en el destierro. Su carta fue la última seña.

–Qué ocurrió luego con usted.

–Una misión alemana me visitó en Sorrento. Conocían mi nueva situación y pretendían que encabezara un plan para restaurar el gobierno de la Familia. Los alemanes se horrorizaban del monstruo

que habían ayudado a engendrar y pretendían invadir Rusia con el dinero que Reilly había obtenido de Henry Ford. De inmediato rechacé la idea.

–Por qué.

–... Cómo imagina usted que yo regresaría a mi Patria mandando un ejército extranjero... Una guerra donde mis propios hijos morirían.

–Usted tenía otro plan.

–Mi plan es el de la Naturaleza. Acordar siempre con ese orden. Con la muerte de Illych Ulianov había terminado el otoño. Ahora vendría un crudo invierno de hambre y desesperación para el pueblo ruso. Pero mis propios hijos acabarían con esa plaga bolchevique.

–Fue un largo invierno.

–Ocurre a veces que una estación se demora, pero la Naturaleza es implacable contra quienes la violentan. Ya ve cómo nuestra hora ha llegado. ¿Dónde están ahora los bolcheviques?

–...

–...

–Dejó Sorrento.

–Era el tiempo. Los días y sus tardes se prolongaban anunciando la invasión de bañistas que convertirían la playa en un mercado de frutas. Necesitaba hablar con Chanel.

–...

–¿Cambiará la cinta?

–Sí.

–Le agradecería que no encienda la luz. Amanece ya. Encontrará otra botella en la vitrina. Es mejor esta sombra tenue para lo que queda.

–Es una creencia que el arte y la literatura promueven para consuelo del público. Cuando hay un destino más alto que el amoroso, abandonar un sentimiento no es la peor de las cosas que nos puedan ocurrir. Se siente más el frío, es mayor el tiempo en que se habla con uno mismo, pero en lo íntimo no creemos haber equivocado la decisión. En su propia vida los artistas son prudentes y desmienten a su obra; ellos subordinan la felicidad en el amor a la felicidad en el arte. Igual sucede con nosotros, y con esto es mucho lo que anticipo a sus lectoras. El éxito de Chanel se multiplicaba. Sin embargo, al reunirnos en París, me confió que pensaba abandonar la colección negra. Las calumnias la habían mortificado, pero una serie de sucesos le hizo sospechar que acaso no fuera un disparate unir su colección con la muerte. El mundo, efectivamente, había oscurecido con la colección. En cualquier sitio las mujeres llevaban prendas negras y el ánimo se contagiaba de pesadumbre.

–Es extraño lo que dice. Las historias que se cuentan del París de esos días son luminosas.

–Sé de ese malentendido.

–Esta es su copa.

–Sí.

–...

–Sofía Godebska amaneció un día envenenada con somníferos. Nadie podía creerlo. Al fin, la pesquisa derivó en un amor secreto entre Sofía y un hombre casado. Sin esperanzas de que él abandonara a su esposa, dijeron que Sofía decidió envenenarse. Nada más llevaba sobre el cuerpo un vestido de la colección negra.

–Es terrible...

–Chanel encontró la razón suficiente para abandonar la moda en negro. Se aprovechó de esa coincidencia macabra y echó mano de un artilugio poco distinguido, frecuente en los artistas que han perdido el timón.

–Todo en blanco.

–Sí. Ella había comenzado a perder el criterio para discernir entre lo estéticamente necesario y la novedad caprichosa, entre la obra de arte

y la mercancía. Al cabo, ¿dónde estaba el paisaje de la Naturaleza que le dictara la nueva orden a su espíritu? Le recomendé que suspendiera su trabajo hasta encontrar una idea original, pero los artistas son personas de profundos resentimientos, todo el tiempo maquinan estrategias para ocupar sitios donde se hable de ellos. Aparecieron entonces los americanos y ofrecieron una suma de dinero sin tino por la licencia para producir la colección negra. Era la llave mágica que destrabaría nuestros corazones. Chanel sabía que donde el dinero llegara a comprar el gusto, yo me quitaría de ese lugar. Ella se fue a América.

–¿Ni intentó retenerla?

–¿Y usted cree que algo así ayudaría a un amor real?

–Pero, ¿tampoco lo lamentó?

–... ¿A qué negarlo? Soy ruso y el corazón se me incendia. Él no comprende que lo traicionara aunque fuera lo justo. Mi corazón es un niño que no crece. Y el de ella había envejecido siglos. Ella no podía comprenderlo. Yo sí. Yo conozco los tiempos en que vivo. Los observo como a una pintura y serenamente me digo: jamás me verán en esa tela. Chanel, en cambio, perseguía ser parte de la tela donde se pintara su tiempo. Ya no le importaba otra cosa que ser actual. No obstante, intenté alertarla sobre los peligros de cambiar el norte de la belleza por el del dinero. Pero navegábamos barcos distintos; al probar unirnos por la borda se averiaban. Ella reaccionó a mis consejos con modales que debía a su oscuro pasado. Por ciertos que sean y nítidos que los guarde en la memoria no los diré. Ella era un animalito entonces y fue a que la protegieran sus cazadores.

–Tenía noticias de ella.

–Llegaban periódicos, revistas, pero al leerlos de inmediato me arrepentía. Recibí sus cartas también, todas colmadas de gratitud, naturalmente, pero en ellas asomaba el arrepentimiento tardío de haber tomado aquella decisión. Chanel sabía que ante mí el éxito comercial, antes que aprobación merecía desconfianza, y eso la obligaba a excusarse. «Es la verdad que no tienen gusto ni modales, me escribía, pero al menos no son hipócritas como las francesas.» O «las americanas saben que no han cambiado, que su elegancia la deben a mi colección. ¡Pronto las aterrará desvestirse!» Chanelizó América en tres semanas, así decían las revistas, pero al precio de concesiones que no podía admitir sin avergonzarse.

–Telas sintéticas.

–Solo para comenzar. Ella comprendía el imperio de lo práctico, lo compartía en buena medida. Pero no era lo mismo en esas ciudades donde los escaparates con sus colecciones alternaban con tiendas de

mascotas y gasolineras y fuentes de soda... Ella aborreció siempre la invención del hilado sintético, aunque se resignaba si lo reservaban al vestuario de personas sin recursos. Ahora con esas telas se componían sus modelos. O la vulgaridad de hacer ostensible su nombre en cada prenda, cuando hasta para las criadas su estilo debería ser inconfundible. Y por supuesto, la reproducción en serie que las europeas de gusto jamás le perdonarían. Acostumbradas a lucir primicias por las que sus esposos pagaban fortunas, veían ahora que hasta las niñeras vestían allá ese modelo al mes siguiente. Para cifrarlo con una figura transparente que le recomiendo no publicar. Antes era en Vogue o en Harper's Bazaar donde aparecían sus colecciones. Las cosas habían cambiado. Llegaban números de Life con retratos de maestras de escuela que escribían la pizarra vistiendo Chanel...

—...

—Tantas veces le había escuchado decir «para ser memorable hay que ser diferente», que no podía hacerme a la idea de que traicionara esa convicción. Nadie puede distinguirse y a un tiempo ocuparlo todo. Acaso debí insistir, pero no es mi estilo. Era sencillo imaginar que apenas menguaran las ganancias de la colección negra, o cuando siquiera amenazaran con estabilizarse, serían los americanos quienes ahora le reclamarían cambios y reaparecería el fantasma de los italianos, los únicos que no tendrían escrúpulos en dárselos.

—Qué hizo usted.

—Sin ella París volvía a ser la ciudad más vulgar del mundo. Tuve días de honda incertidumbre. Iguales a aquellos en que perseguía el aire que ella había impregnado en compañía de Capel, en que elegía sentarme en los sillones que ella había abandonado y aún conservaban el calor de su cuerpo, o cuando bebía de las copas de las que ella había bebido antes... Sus prendas íntimas, las que quedaron en la suite, fueron talismanes desquiciantes. Respiraban. Me negaba a rozarlas con los dedos porque temía que cobraran vida propia. No resistía el frufrú de la seda y los encajes, y sin embargo, de pronto las llevaba a la boca y a los ojos, me aseguraba que guardaran el más íntimo perfume que cada mujer imprime, único, a su lingerie. Me horrorizaba la idea de perderlo, de llegar a confundirlo alguna vez. ¿Qué hombre no lo hizo? Su ausencia me impuso hábitos que había abandonado y no conseguía readaptarme a ellos con satisfacción. No estaba desprevenido, no, supe siempre que debería perder a Chanel, y aun así...

—Usted era muy joven todavía.

—Le voy a confesar algo. Yo fui muy joven demasiado tiempo. Las personas del común se convierten en adultas mucho antes que nosotros.

—¿No pensó casarse con ella? Usted la quería.

—Era imposible… Jamás creí que usted me preguntara algo semejante… El tiempo que llevábamos juntos hacía que el sentido común recomendara formalizar nuestra situación, y es cierto que ella muchas veces lo sugirió. Pero a las razones evidentes hay otra que debo añadir. Yo no soy libre.

—¿No?

—No. Al convertirme en heredero me juramenté no ceder, aún en días tan difíciles como aquellos, aún en el más absoluto desamparo, a la debilidad ante la que otros miembros de la Familia sucumbieron, comenzando por mi padre. Puede ocurrir, ¿cómo voy a negarlo yo?, que se ame a una mujer de turbio pasado, pero convivir con ella en matrimonio supone una claudicación de la que estamos obligados a abstenernos. No es el mío un destino personal, sino el de todo un pueblo. No es mía mi vida, sino de la Familia, de mi Patria. Siglos y siglos de un orden que no puede desvanecerse por una irreflexión. Sé que es difícil que todos acepten esto que digo, por evidente que lo sea para mí. Al momento de decidir su matrimonio, el hombre del común consulta a sus padres y espera de ellos la satisfacción. Pero nosotros debemos considerar qué dirán millones y millones de hombres y mujeres, porque nuestro pueblo desea que esa boda realice el más alto ideal de felicidad. Para desventura de mi Patria y de mi familia, no puedo ocultar que muchos ignoraron este designio, pero no sería mi caso. La historia de Chanel era un bazar de secretos que se cuidó de conservar en las sombras, y aun lo que no supe, aun lo que debí intuir, tanto me bastó para admirarla en silencio por su tenacidad, como para disuadirla de cualquier ilusión de matrimonio. Me consolaba, al menos, que ella prefiriera el enigma antes que la fabulación propia de los advenedizos. Tal vez por esa razón, cuando Chanel se aplicó a inventar en sus cartas méritos inexistentes, yo decidí que a su regreso no me

–Un cuaderno de notas hubiera salvado este contratiempo. Cuánto imagina que se perdió.

–No sé. La cinta se enredó.

–Usted entenderá, debemos proteger lo que aquí se diga.

–... Hablaba de París...

–Llevo horas hablando de París.

–Una carta. Usted había recibido una carta del Foreign Office.

–Sí. Me pedían opinión sobre el Fideicomiso que funcionaba en Rusia. Era una situación muy difícil. Reilly y yo, en un punto, pensábamos igual, aunque todo el mundo se obstinara en contrariarnos. En primer lugar, yo por unas razones y él por otras, desconfiamos siempre del Fideicomiso. Era una organización que llevaba años conspirando dentro de Rusia y poco era lo que había hecho para derrocar a la tiranía. Llegó a recibir, en lo regular, cinco millones al año desde el extranjero, y a cambio de eso organizó algunos atentados y enviaba información que, por errática o por incompleta, ni a mí ni a Reilly nos satisfacía. Mientras estuvo en Rusia, Reilly siempre prefirió arreglarse solo, y luego, cuando expuso argumentos para que se cancelara cualquier tipo de ayuda económica hasta tanto el Fideicomiso diera muestras acabadas de su eficacia y sus objetivos conspirativos, el Foreign Office y los aliados de todo el mundo pretextaron que Reilly, con su personalismo y su ambición desmedida, haría fracasar la única organización que funcionaba dentro del territorio ruso con alguna posibilidad de acelerar la caída del Soviet Supremo.

–¿Se equivocaban?

–No. Y Reilly tampoco. El secretariado del Fideicomiso, alarmado ante la perspectiva de que se cancelaran los fondos que llegaban desde el extranjero, quiso desvanecer las sospechas convidando al Foreign Office a que enviara un representante a San Petersburgo, donde tendría a su disposición los informes acerca de lo actuado y los planes para el futuro. Era una buena oferta. Fue entonces que el Foreign Office me escribió pidiéndome opinión sobre lo que convenía hacer. De inmediato advertí que la suerte de ese enviado estaría echada

apenas le acreditaran las credenciales para viajar a San Petersburgo. Recomendé que enviaran a Sidney Reilly. Los ingleses, naturalmente, aceptaron que nada mejor podía hacerse.

–¿Reilly aceptó esa misión?

–No tenía alternativa. Su condición de oficial británico lo obligaba. Eso es lo primero. Pero necesitaba también él mismo las pruebas que avalaran su recelo hacia el Fideicomiso y su recomendación de cancelar el envío de fondos. Reilly era el agente que como ningún otro conocía los entresijos del espionaje en Rusia y estaba en condiciones de probar el mal uso que se hacía del dinero.

–Reilly viajó sabiendo que estaba perdido así su misión fuera un éxito o fracasara.

–Eso mismo creo yo. El secretariado del Fideicomiso lo recibió en San Petersburgo y puso a su disposición todos los informes con que contaba. Organizaron algunos atentados menores para impresionarlo y le expusieron el programa de futuras acciones. Reilly cumple entonces el papel de la esfinge. Fuerza al secretariado del Fideicomiso a que le admita tener injerencia en el diseño de los próximos atentados. Una vez que lo consigue, Reilly reclama solo aquello que jamás podrían concederle.

–El asesinato de Stalin.

–Sí. Reilly los había descubierto.

–Por qué.

–El Fideicomiso había sido organizado en tiempos de Illych Ulianov por él mismo, para reunir a todos los enemigos que conspiraban dentro del territorio, mantenerlos bajo estricto control y recibir dinero de sus propios adversarios, que desde el extranjero financiarían la organización. Para que sus enemigos se confiaran sin reservas, Illych Ulianov dio orden a varios miembros del Soviet Supremo y altos oficiales del Ejército Rojo para que se inscribieran y se integraran al secretariado del Fideicomiso simulando ser parte del complot. Así creció en el extranjero la esperanza de que el frente interno todo el tiempo se resquebrajaba y la tiranía estaba siempre a punto de caer, siempre pronto. Pero, naturalmente, eso nunca ocurría. Cuando el rústico Djugashvili llegó a la cima decidió conservar la organización. El Fideicomiso jamás daría la orden de asesinar a quien, en verdad, lo dirigía. Reilly entonces confirmó lo que él y yo hacía tiempo sospechábamos, pero pagó un altísimo precio.

–Su vida.

–Así es. Ni bien terminó de demostrar al Foreign Office que había acertado en sus sospechas, ahí mismo quedó abandonado a su suerte. El embuste del que habían sido víctimas por años impedía a los

ingleses interceder por la seguridad de un agente que, bien mirado, era mejor que no regresara a las islas a reclamar la dirección de las operaciones antisoviéticas. Reilly fue detenido en Rusia por espionaje y acusado de planear el asesinato de Djugashvili.

–...

–¿No desea saber de él?

–Lo imagino. Más deseo saber qué fue de usted.

–Y lo sabrá. Pero permítame componer mejor el retrato de la tiranía. Reilly fue asesinado en un bosque, en las afueras de San Petersburgo. Entregaron su cuerpo a los ingleses en la frontera con Finlandia, dentro de un ataúd sellado. Aún guardaba en el cráneo los proyectiles que le entraron por la nuca. Está enterrado en una campiña próxima a Lyme, donde vivía recluida su esposa, Sarah Woodruff. Lo despidieron con la pompa que correspondía a una muerte en cumplimiento de servicios para la Corona, aunque nadie jamás creyó que Reilly sirviera a otro amo que a su propia ambición. Nadie lo lloró, a excepción de su esposa Sarah. El Foreign Office envió apenas un representante menor.

–... Es curioso. Aunque desconociera estos detalles sabía que Reilly había muerto hace muchísimos años, y sin embargo fue como si lo hubiera olvidado... Reilly ni siquiera era ruso... Usted hacía planes, él los realizaba... ¿No ha pensado alguna vez que Reilly murió la muerte que era para usted?

–El suyo, muchacho, es un pensamiento literario. Reilly era mi enemigo también y enemigo de mi pueblo. Un hombre fascinado por Rusia, como una mujer puede fascinarnos sin que por ello la amemos. Tal vez la forma de mi expresión no haya sido afortunada. La sangre de Reilly sobre la nieve, el ataúd envuelto en una bandera, una campiña brumosa, una mujer que pasa el tiempo soñando con un barco que se asomará en el horizonte... Elegir detalles es arriesgarse a perder el conjunto. Aunque Sarah Woodruff imaginara que la afectaba solo a ella, la verdad es que Europa entera se estremeció luego del crimen. El equilibrio de las redes de espionaje se había quebrado y una ola de asesinatos se desató en todas las capitales. En el principio se trató de vengar a Reilly, pero más tarde las venganzas se sucedieron como en un efecto de dominó. De todo el mundo se sospechaba que hacía un doble, un triple servicio y las persecuciones eran ciegas. Comprendí quién sería el último blanco de esa espiral. Ordené a Serguei que empacara lo indispensable y me refugié en el piso donde había vivido Sofía Godebska, en la rue de Rivoli, sin avisar a nadie de mi paradero. El mundo se redujo para mí a ese piso con sus ventanas siempre entornadas. Nada más los periódicos llegaban y leía cada día el rumbo de esa ristra de venganzas. Volví a mi manual de duelo, Serguei me enseñó la medicina de las flores y pasaba horas

reconstruyendo San Petersburgo a partir de fotografías que Sofía guardó en sus cajones. Inesperadamente reconocí a mi padre en un retrato familiar. Su madre también, y su abuela, y una niña que debía ser mi hermana María y un bebé que miraba un camafeo suspendido ante sus ojos. Yo recordaba esa joya. Un miniaturista había pintado en ella el retrato de mi madre. Volví a observar a mi padre, sus ojos estaban vacíos. Unas semanas antes mi madre había muerto, al darme a luz. Con el camafeo, el artista se las había ingeniado para que mi madre no faltara en el retrato. Retiré esa fotografía del álbum y la guardé con mis papeles. Desde aquel instante comenzó a ganarme la desesperación. Tras los libros, oculto en un anaquel de la biblioteca, encontré un atado de cartas. Varias estaban escritas por Chanel. Su Maison en Deauville, su amistad con Demianov, su encuentro con Capel, y luego yo mismo, tal como ella me veía. «¿Crees que Dimitri alguna vez se fijará en mí?, escribía. Sus pensamientos parecen siempre estar en otra parte, en otro tiempo, en otra mujer…» «¿Sigue Dimitri rodeado de esas ridículas mujeres? ¡Podrían ser su madre! Protégelo, Sofía, es un niño aún…» Por esas cartas supe que Chanel siempre temió que yo no la amara lo suficiente. «Estaré en su corazón siempre detrás de Rusia, si no de alguien más.» Así avanzaba la fecha de las cartas, las que habían sido mis virtudes se convertían en defectos incurables. Chanel creía que aquello que la había fascinado era lo mismo que podría destruirla. «¿Por qué no voy a imaginar que Dimitri me engaña con mis clientas, si antes las engañaba conmigo?» No hice bien en leer esas cartas, pero tampoco pude evitarlo. Todos soñamos con volvernos invisibles para conocer los secretos de las personas que amamos. Y esas cartas, de algún modo, me ofrecían la oportunidad.

–¿Ella había regresado a París?

–Era lo más seguro. Yo sentía su presencia en la ciudad, no lejos de donde yo estaba encerrado. Su fantasma comenzó a invadir mis sueños también, al punto de que apenas la tarde caía, el horror se apoderaba de mí. Sabe usted qué pienso yo de los sueños y qué significaba entonces verla aparecer cada noche. Buscaba desvelarme, pero cuanto más profunda era mi resistencia a dormir, más inútil. La veía sonreír con otros hombres, abrazarlos delante de mí mientras me hablaba. Pronto ya no tuve horarios y podía desayunar a medianoche lo mismo que dormirme al amanecer. Un día ya no me reconocí en el espejo. Tenía que acabar con esa situación antes de enloquecer, y no vi más alternativa que la de enfrentarme a ella. Probarme ante Chanel que la desesperación me impedía ver que todo entre nosotros había terminado.

–Salió del piso.

–Sí. Llamé a un automóvil. A poco de llegar bajé y caminé por una calle lateral a la rue Cambon. Torcí en la esquina y un río de sensaciones turbulentas me arrastró hacia la Maison como hacia un vórtice. Miré a través del escaparate; había algunas clientas sentadas en los sillones, algunas empleadas que no demoraron en reconocerme. Una mujer se acercó y abrió la puerta de cristal. Es difícil explicar la repulsión que sentí sin ningún motivo. Un siglo después no sé qué vi en ella de aterrador y familiar. Al ver que no la reconocía Chanel quedó perpleja, con una blanda mueca que le deformó los labios. Retrocedí y me perdí entre la gente.

–No volvió a verla.

–No.

–Ella no salió a buscarlo.

–No lo sé.

–Qué ocurrió después.

–A medida que me alejaba comencé a comprender qué había pasado, pero no podía explicármelo. Me detuve, ¿qué hacía yo en medio de esa multitud de desconocidos? Si alguien buscaba la oportunidad de asesinarme yo le ofrecía el mejor blanco que imaginara nunca. Matarme y perderse en la multitud, nada más. Al llegar a la esquina vi que el automóvil que me había llevado aún seguía ahí. Sin esperar a que yo le indicara ningún destino el chauffeur encendió el motor y partimos. ¿Cómo sabía él que yo deseaba o no regresar a la rue de Rivoli? Ese hombre llevaba semanas esperando por mí. En un cruce de calles nos detuvo un policía, intenté abrir la puerta pero habían rodeado el automóvil. Luego el policía abrió el paso y grité al chauffeur que se detuviera. Me dijo que era imposible. Volábamos alejándonos por la avenida, tomamos una calle en declive y luego otra donde un gentío desbordaba la acera. Estrenaban un film.

–Cuál.

–No, no me detenga ahora, después preguntará. Cuando el chauffeur maniobraba a baja velocidad, salté del automóvil y me arrojé hacia el gentío. Di vueltas hacia uno y otro lado ocultándome, y así tropecé con dos mujeres que conocía desde los tiempos en que llegué a París. En vano intenté disuadirlas de ningún desborde. Me hablaban a un tiempo ambas y comprendía nada más retazos de lo que decían. Un momento después yo estaba con ellas en el cinematógrafo. No tenía nada que hacer allí, pero necesitaba aclarar mis ideas. Me ovillé en mi asiento mientras el film comenzó a transcurrir sin que yo le prestara la menor atención. No bastaba con encerrarme en un piso y entornar las ventanas. Tenía que poner una distancia que fuera tiempo también

con esa ciudad a la que Chanel había regresado. Vi mi casa natal en la luz flotante que atravesaba la sala, vi la guerra de Crimea tal como mi padre la había contado al volver. Mis primeros pasos de la mano de mi niannka, una mañana en los jardines de Peterhov, vi a mi madre en los rasgos de mi hermana María. Vi el relumbre de un brillante y el perfil de un sable. Vi a Serguei vistiéndome con el uniforme de gala y me vi echando lances ante el espejo, vi los campos de Prusia ensangrentados y los cadáveres de mis oficiales, vi a mi hermana caer en la nieve mientras el tren me alejaba de ella. Vi mis zapatos con periódicos y a Chanel también la vi, aunque no deseaba verla. De pronto, una de las mujeres clava sus uñas en mi brazo y al oído me susurra «Dimitri, ahí es donde quisiera estar contigo». Solo entonces atendí al film. Una ciudad de casinos privados y personas noche y día vestidas de etiqueta, llegadas desde todos los países del mundo y que nada más se reunían al amparo de un baile de máscaras. Hoteles suntuosos como los de San Petersburgo, pero seguros, con habitaciones donde podía conversarse con absoluta privacidad y en todos los idiomas. Sabía que se trataba de decorados, naturalmente. El film reconstruía la ciudad tal como aparecía a los ojos del viajero. Y nada puede ser más real que eso. Ojos que no habían perdido la distancia. El sello de la ciudad, sin distracciones. Dejé que las luces se encendieran, mantuve en reserva mi intención y pregunté qué ciudad era esa. «Buenos Aires», me respondieron. De inmediato recordé que era la ciudad en que Capel había muerto. Consulté al Duque de Westminster. Estuvo de acuerdo conmigo. La ciudad era en su esencia tal como el film la mostraba. También él pensó que era el sitio ideal para mí.

–Un país anticomunista.

–Como ningún otro. Un país que odiaba a los bolcheviques tanto o más que los Estados Unidos, pero donde las personas conservaban un estilo semejante al de mis días en San Petersburgo. Los americanos sabían muy bien que situar aquella historia en su país hubiera resultado inverosímil. Este era el lugar. Pero había, además, un argumento definitivo. Los americanos nunca habían enfrentado realmente la amenaza bolchevique. Para ellos era un fantasma. Aquí, en cambio, los habían aplastado. Para siempre. Apenas intentaron organizarse los destruyeron. Las leyes aseguraban la manera de expulsarlos. Uno a uno la policía controlaba a los que sobrevivían. El más severo ejército antisoviético.

–Al llegar pudo confirmarlo por usted mismo.

–Todo.

–...

–...

–... ¿Quiere otra copa?

–Será la última entonces. Acompáñeme. El recuerdo me ha fatigado.

–...

–Cree que podrá hacerse el libro.

–Sí.

–No me gustaría abandonar la idea. Deseo que nuestros hijos lo lean.

–Yo también lo deseo.

–Ellos necesitan que la verdad regrese.

–...

–...

– Cuándo será.

–...

–...

–... Pronto.

–Pero cuándo. Usted lo sabe.

–Naturalmente. Ha llegado la hora. ¿Quién defendería hoy el asalto del año 17?

–Cuándo.

–Entiéndalo así, tendría que comenzar a trabajar en el libro hoy mismo.

–...

–¿Cree que podría arreglarse esta conversación? Son necesarios cuidados especiales que hoy muchos desestiman. ¿Usted podría?

–Cómo cree que encontrará a Rusia.

–Es poco y nada lo que cambia en el mundo. Antes ocurre que todo se deteriora. Mientras en los demás países todos vendieron su alma por dinero, en Rusia el tiempo se detuvo. Rusia hibernó en una gigantesca cámara glacial. Haremos andar el reloj otra vez. Obreros, campesinos, estudiantes. Mi Patria. ¿Qué otra cosa tengo? Son como niños, es cierto, han jugado ya lo suficiente. Es hora de devolverlos a la casa para que laven sus manos antes de sentarse a la mesa. No hay maldad en los niños, y los rusos son como niños. Por ellos mismos regresarán a la escuela, cumplirán la tarea, cada uno la suya, y ya vendrá alguno de ellos cantando «La mano del Altísimo ha salvado a la Patria...». Hace ya mucho que la oscuridad los ha sorprendido en medio de la calle. Hace ya mucho que tiemblan de hambre y de frío. Que ruegan a Dios para que encendamos nosotros la luz en la ventana y nos asomemos a llamarlos. Ellos saben que nunca los dejamos solos.

Velábamos tras los cristales, a la distancia, mientras arrojaban bombas de nieve a las farolas. La pesadilla terminó.

–Pasaron muchísimos años. No hay farolas de aceite en Leningrado.

–Pronto las habrá otra vez. Puedo confiárselo: sé que las Familias han perdido el estilo, y con él el rumbo. Ahí puede verlas en revistas para modistillas. Comparten la mesa sin observar con quién, hablan en susurros por temor a que alguien los reprenda, o dando gritos por hacerse notar con ridiculez. Inquilinos en su propia casa. Se han dejado arrebatar por el hoy. Pero yo sigo leyes que no son de hoy ni de ayer, sino de siempre. La fidelidad a lo nuevo es débil. Muchos parecen olvidarlo. La única idea real es la que comprende el orden natural de todas las cosas.

–Usted no cree que las cosas deben cambiar.

–Ya han cambiado. Es ese el problema.

–...

–... Qué piensa.

–No teme que lo maten.

–Ya no. Sé que en la ciudad hay espías. Lo sé muy bien. Pero es tarde para que detengan nada. Cuando yo regrese también ellos regresarán. Se convertirán en esa clase de personas que dicen que debemos mirar hacia adelante y dejar que las antiguas heridas cicatricen.

–...

–Es una hermosa mañana. Ya no veré muchas así. Debo agradecérselo.

–Por qué no desconfió de mí.

–... Sé perfectamente quién es usted. Jamás será uno de ellos. Aunque se lo proponga. ¿Cómo hará para abandonar esa manera en que toma la copa y la acerca a los labios para aprobar la fragancia del cognac? El modo de sentarse cruzando las piernas, rubricar con las manos el sentido de sus palabras, o descansar la cabeza en los nudillos. Como yo lo hago. Usted podría llevar un puñal entre su ropa, pero no podría nunca hundírmelo en el pecho. Prefiere escribir, conversar. Es su límite.

–...

–...

–... Usted cruzó ese límite. ¿No teme volver al palacio donde mató a Rasputín?

–... ¿Realmente soy yo quien mató a ese hombre? Era un niño entonces. Mi Patria lo mató en legítima defensa.

–Usted no cree que fuera un crimen.

–Solo los crímenes recientes son crímenes. Con el tiempo, los crímenes se convierten en algo muy parecido a la muerte natural.

–...

–Es todo, ¿verdad? Necesito descansar.

–... Hay algo más. Una mujer.

–Dejémosla. Pactemos la reserva del final de su historia. Sus lectoras querrán conservar el mejor recuerdo de ella. Y yo estoy de acuerdo.

–No me refiero a Chanel. Usted conoció a una mujer aquí. Una mujer rusa.

–...

–Hábleme de ella.

–¿Quién le dijo que sus lectoras se interesarán por esa mujer? No las sobreestime.

–Ella es parte de la verdad también.

–... Es usted quien vende su pluma por dinero. No yo. Si cree que la historia de esa mujer debe escribirse, nadie mejor que usted para hacerlo. Aunque ya sabrá que la historia devora a quien la escribe.

Ahora –tengo treinta años– sé que existen decisiones definitivas. Me pregunto entonces si la de abandonarte cuando esperaras un hijo no era una decisión que tomé al conocerte. Una decisión que nada más dejó correr el tiempo hasta encontrar su oportunidad.

Me detuvo la policía. Ayer. Una neblina tenue, perceptible solo en la distancia, se adhería al aire. Los árboles, los muros, los automóviles empapados parecían un paisaje de escombros. Todo me recordaba una familiaridad perdida. La noche en que murió mi madre. O una madrugada en que volvía a casa, no recuerdo cuándo, y a medida que me acercaba a ellos sin saberlo, un hombre y una mujer se corporizaron paulatinamente en la neblina. De pronto comenzaron a golpearse ante mí. Con las manos, con los pies, en silencio. Ella le clavó las uñas en las sienes y él, preciso, maquinal, se acercó aún más, recogió la cabeza en el pecho y luego la empinó hasta golpearla y abrirle un tajo en la frente. Pensé que ella ya no podría más. Se quitó la sangre de los ojos y volvió a patearlo. Cada uno necesitaba que el otro no cayera para seguir golpeándose. Cuando llegué a la otra esquina y miré hacia atrás la neblina los había disuelto. Uno me quitó los papeles, el otro me revisó entre la ropa y entre las piernas.

"Con quién vive."

Conocés esa calle. Los edificios de la otra vereda parecían un acantilado. En un balcón de los pisos bajos, suspensas, inmóviles, flotaban mudas de ropa interior. Apareé las prendas de mujer formando los conjuntos, pero algunas no tenían compañera. Esa falta de correspondencias a que empuja la pobreza. Jamás pregunté si tendías tu ropa interior en el balcón. Una vez cambiaste de modelo de soutien y no demoré un instante en descubrir el broche. Esa habilidad te irritó.

"Por qué trabaja en una revista para mujeres."

Se encendió una luz en lo alto; las persianas siguieron cerradas pero distinguí siluetas tras las rendijas; dos al principio, y luego una, como si se hubieran abrazado por los hombros y la cintura. Leían mis papeles a un transmisor, ayudándose con una linterna. Deletrearon mi apellido sin pronunciarlo. Uno se acercó a mí.

“Esto es ruso.”

Mi padre –es un recuerdo pertinaz del que nunca te hablé– me dijo una tarde que era feliz porque el apellido de la familia sobreviviría en mí. Y en mis hijos si eran varones. Mi abuelo ya había muerto por entonces; en él se acaba la historia de esa palabra, jamás supe más allá. Para mí nuestro apellido nació en 1917. Toda la vida he deseado coincidir con la historia de mi apellido.

“Soltero no. Se llama de otra forma.”

Se miraba las zapatillas. Cada tanto adelantaba un pie y con la suela del zapato me manchaba. El otro se quedó a mi costado, sin que pudiera verlo y sin quitarme los ojos del perfil de la boca. Me preguntaron si tenía alguien a quien llamar para que respondiera por mí.

“Alguien que lo conozca.”

«Este otoño trae fragancias orientales. ¿Su nombre? Fragment de Passion. Un leve fondo de ámbar –recuperando de esa preciosa materia la virtud que reconocían los Antiguos: su propiedad de atraer sobre sí a lo ligero–, afirmado en una base de opopónax de la cual se desprenden sucesivas ramas fragantes, a manera de las umbelíferas, cuyas flores se disponen como en un gracioso parasol. Estos delicados desprendimientos son coronados con la fragancia del sándalo de Mysore, creando un efecto de transparencias donde asoman la gardenia de Nueva Guinea, una declinación del jazmín de Indias y la salvaje rosa búlgara, de suerte que el aroma premia con significados cada vez más sugestivos y enigmáticos al hombre que acompaña a una mujer que en su cuerpo lleva Fragment. Y lo más importante. Las ansiosas ya pueden encontrarlo en la galería del Alvear Palace Hotel. (Origen: France. 16 Place Vendôme. París.)»

No tardaría en llover. Sería la primera vez que vería estremecerse mi casa con la seguridad de no verte nunca más; cómo haría, era ese mi problema, para quitarte de mi cabeza y confiar en que mi vida no se había terminado. Me asomé a la puerta trasera. El cielo parecía una borrasca de polvo de fundición. El viento había arrasado la ropa de mi vecina y estaba caída en mi patio, húmeda, fragante, pero sucia y desmembrada al punto que no tendría más remedio que lavarla otra vez. Recogí las sábanas, unas cortinas, las camisas de su esposo. No supe qué hacer con su ropa interior. No quería avergonzarla. Ya no usa los modelos a que se creía condenada y más cada día su imagen se aproxima a las fotografías en traje de novia. El cabello, mediante consejos que ella encuentra en la revista, recupera encantos; se

permite faldas más breves, blusas con alguna ligera transparencia; y pantalones algo más ceñidos que confecciona guiada por los moldes que retiro de la redacción.

Me sorprendió indeciso con la lingerie en las manos. Se había asomado sobre la medianera y el paisaje de prendas sucias otra vez la desconsolaba. Ni sentido tenía que se apurara en lavarlas y tenderlas de los alambres. Llovería toda la noche. Trepé a la pared y bajé la canasta hasta que pudiera recibirla en su patio. Apretada entre los labios sostuvo la correspondencia que el cartero había dejado por la mañana. "Son cartas rusas. Se las pedí para que no quedaran tiradas en su jardín, a la vista de todos." Llenó la pileta con agua jabonosa y una a una fue sumergiendo cada prenda. Sonriendo, me pidió que adivinara qué le había ocurrido. Me di por vencido de inmediato, mientras reconocía los sobres rústicos y los sellos.

"Una foto, me dijo. En su revista. En la primera página." Ni recordaba haber hojeado el último número, pero entendí que se refería a la página de sociales. "¿Usted no lee su revista?" Me asombró que sin desearlo, animada por el sentido común diera con la causa de mis desencuentros más frecuentes con el secretario de redacción. "No es mía. Yo escribo nada más." "Pero, ¿no la lee?" "Es una revista para mujeres." "Los temas. La forma en que está escrita no. Mi marido la lee." A ciegas extrajo un soutien del agua y repasó las costuras para desprender el polvo que aún se adhería a los hilos. Un relámpago parpadeó a mis espaldas. "Un hombre idéntico a usted cuando sea viejo."

Llevo mi vida esperando esa noticia como un ciego espera adivinar dónde habrán de golpearlo para quitarle la limosna; y sin embargo, simultáneamente a la espera, había cimentado cierta confianza en que el momento jamás llegaría. La demora me había persuadido de que mi voluntad podía desvanecer la amenaza. Pretendí que nada más con pedirle precisiones la espera continuaría el resto de mi vida; le pregunté a qué tipo de parecido se refería. "No sé. Las personas cambian, pero también son siempre las mismas. En la foto yo vi de usted lo que nunca va a cambiar. Los ojos. La manera de cruzar las piernas cuando se sienta. La boca. No me pregunte porque no sé."

"Era un nombre ruso."

"Me parece."

Algunas gotas de lluvia cayeron sobre una carta y diluyeron el nombre de mi abuelo. Mi vecina se secó las manos en el delantal y me tendió la canasta.

Nos miramos a los ojos. "¿Ya escribió el horóscopo del mes que viene?"

“¿Qué le gustaría?”

“Amor: vivirá días difíciles.”

Uno de sus hijos la llamó. La miré alejarse y salté a mi patio. Toda la noche llovió.

Tengo la fotografía. El renovado interés por los linajes célebres –imagino– fue razón suficiente para que la agencia de noticias la girara. Sin embargo, para publicarla en la revista debieron amanerar el texto que la acompañaba y suprimir un tramo. “Lo que ustedes hicieron aquí nada más fue adelantarse en décadas a la voluntad del resto del mundo. Exterminar para siempre la amenaza bolchevique.”

Pienso pedir alguna información a la agencia. En el archivo no hay papeles que me ayuden a encontrarlo. ¿Vivió en la ciudad todo este tiempo? Al cerrar el archivo una carpeta quedó asomada. Contenía fotografías –no más, el sobre que debía guardar las crónicas está vacío– de un tiempo que la memoria aleja más de lo que dicen los calendarios. Recuerdo ese funeral. El paisaje de bóvedas de mármol, las puertas de bronce, los uniformes de gala, las limusinas blindadas, la vulgaridad de las ofrendas desmedidas, la música del clarín, y el tintineo de las joyas cuando las mujeres próximas a los micrófonos del palco recogían sus lágrimas en el canto de los pañuelos. Tener un mártir los confortaba. “Vamos a exterminarlos –mi madre no había muerto pero ahora sé que había enfermado. Ya nunca seríamos felices. Yo no lo sabía–. Eso será lo primero. A quienes los defiendan después, a quienes simpaticen con ellos y a los indiferentes. Después de a los tímidos. Y eso será lo último.” Ese día no se trabajó ni fui a la escuela. Mirábamos la pantalla sentados alrededor de la estufa de querosén.

Era un niño, pero no sé qué ingenuidad me quedaría si esas palabras como un cáncer se prendieron a mi memoria. Ese muerto que lucían no era como los de mi familia. Aquella vez también, como luego tantas otras, ellos mismos se provocaron una víctima para argumentar la guerra que necesitaban. Sin embargo, concediendo que no haya sido esa la situación, me pregunto si aquel cadáver que dio razones al funeral y a sus galas fue consecuencia de una acción inoportuna, y no lo sé. Hoy no lo sé. La distancia –aunque sea la misma ciudad– o la conveniencia, recomiendan ahora condenas con una liviandad vacía de decoro, y aunque es probable que aquella acción no agregara sino mérito al cortejo, me cuido de enjuiciar el pasado, torcerlo en mi propio beneficio. Para los pobres el significado de los hechos permanece.

Es cierto, las personas tienen a la vida por el bien más preciado, superior a cualquier otro, y saben que quitarlo es despejar a quien sea

de todo. Pero es lo inevitable de la muerte lo que teje el hilo del arrepentimiento. Aun idénticas, las muertes del pasado no tienen la gravedad de las presentes.

En las historias del arte y de la literatura, para descargo de un personaje que habrá de matar a otro se lo coloca fugaz, pero claramente en la situación de verse amenazado de muerte por quien al cabo será la víctima. Aunque resulte sencillo argumentar este procedimiento en razón de que el héroe no debe ni desea matar sino apremiado por una circunstancia que no buscó, es complejo explicar por qué los artistas construyen, con tanta frecuencia, la necesidad y la justicia de esas muertes, y por qué el público las admite y en secreto las aprueba, como si compartieran la dolorosa convicción de que hay muertes irreprochables. La realidad, en cambio, no compone las cosas de igual modo, ni asegura amenazas que disculpen a quien habrá de matar.

Acusaban de crueldad al revolucionario "¿Es que había otros medios? Así será. Con la lejanía y el tiempo dicen se ve más claro, pero nosotros no lo vimos ni creíamos que con otros medios se pudiera ser libres de la tiranía." Recordé estas líneas mientras volvía las fotografías al archivo; no hay en ellas el recurso de la amnesia a que se acogen los fascistas cuando revisan su pasado. Esas palabras, al fin, acusan la hipocresía de los explotadores, ellos, que nada más por la violencia obtienen lo que les dicta su ambición, se horrorizan de que sean violentos los caminos que para defenderse siguen los pobres.

Los tiempos que siguieron a aquel funeral, el cumplimiento puntual de los crímenes que anunciaron, me hacen pensar qué indulgencia se debe a los torturadores. Si por un momento se admitiera que los siglos fueron la oportunidad que los tímidos, los pobres, los enfermos concedieron a los explotadores para que abominaran de sus actos, se comprobaría al cabo que una sola evidencia de vergüenza o arrepentimiento no hay, y antes bien parecen, hoy como nunca, inamovibles en la justicia del tormento y la humillación. Son ellos los que matan. Todo el tiempo están matando. En las cárceles, los talleres, los basurales, los suburbios. ¿Qué patria en común puede haber entre el torturador y su víctima? Más tarde o más temprano iremos hacia la violencia de los pobres. Los ricos no hacen otra cosa que reclamarla. Y será entonces, por una vez, debida obediencia.

El secretario de redacción quiso verme en su oficina. Elogió mis últimas notas. Comienzo a abandonar vicios amateur. "Ya no prosa para usted."

Observa desde hace unas semanas que escribo, exactamente, como él necesita. Obligándome a no anotar una línea en la que puedas

reconocerme, le evito el tiempo perdido en correcciones. Está en sus planes sugerir un aumento de mi sueldo.

“No me pregunte. Lo que se pueda.”

Sostenía en las manos uno de mis sueltos. Quise medir la magnitud de su elogio. Devolvió el papel al canasto.

“Usted sabe. Para nosotros la firma está prohibida.”

De pronto sonrió y abrió un cajón de su escritorio.

“Todavía hay personas agradecidas. Lo dejaron para usted. Una atención.”

Me acercó un frasco de Fragment y descolgó el teléfono. Yo me retiré hacia la puerta.

“Ya sabe a quién se lo va a regalar –marcaba los números picoteando con un lápiz–. No se deje llevar por el nombre.”

Pensé si acaso existe una forma de desprendernos del tiempo en que vivimos.

“Usted me entiende. Ni artistas ni mujeres casadas.”

«“Conocemos a las mujeres y sus secretos. Por eso llamamos Enigme a nuestra nueva colección”, parecen decir los diseñadores que acaban de presentar una línea de lingerie para la temporada que se avecina. El conjunto que, a no dudarlo, causará asombro es Enigme du Temps, un suntuoso modelo en seda natural sin mezcla, de ajuste delicado y diseño glamoroso. El soutien sigue el clásico dibujo francés –en esta oportunidad ribeteado con encajes que rodean las formas otorgándoles vaporosidad–, ahora con los cada vez más aceptados breteles desmontables para llevar con traje de noche, y un delicioso broche sujetador que se desprende de manera tan amable como silenciosa, lo que permite un suave deslizamiento de la prenda acompañado solo por el rumor de los encajes sobre la piel. La línea de culottes acompaña el diseño del soutien regresando al pudor y la sugerencia, y su textura natural regala, a un tiempo, comodidad, encanto y una lejana visión bajo la engañosa transparencia del modelo, ideal para lucir en un encuentro tan íntimo como distinguido.

Soñado para la noche, el conjunto ofrece el complemento de un sugestivo porte-jarretières en la misma textura y que, como el resto de la línea, exhibe el exclusivo broche sujetador. La colección propone alternativas del blanco, negro, natural y –¿por qué no?– rouge sauvage. (Origen: France. Dorotheé Bis, 62 Fabourg-St. Honoré, París. En Buenos Aires, Fol Amour, av. Presidente Quintana, a pasos de Ayacucho.)»

Los elogios encontraron su causa. El secretario de redacción volvió a llamarme. Pidió que me sentara a escuchar algo que quería leerme.

«–... Los hombres no saben cómo respira o se mueve una mujer. Cómo entonces pretenden vestirla. Cuando un hombre diseña las prendas, téngalo por cierto, la mujer no podrá suspirar, alzar los brazos ni conducir un automóvil.

–Usted pretende decir que los diseñadores no son verdaderos hombres...

–Paso mi vida encerrada en cambiadores pequeños como confesionarios, con mujeres que todo el tiempo se desnudan ante mí. ¿Qué hombre puede hacer ese trabajo?»

Me preguntó qué opinaba.

"Una mujer que cuida sus ganancias de los competidores."

Si reconocía quién era.

"No."

"Chanel. Una vieja entrevista."

Levantó el teléfono, pidió que le alcanzaran unas carpetas del archivo y tazas de café.

"Qué sabe de ella."

"Lo que todo el mundo."

Asintió.

"Se cumple un aniversario. Muerte, nacimiento, usted verá. Quieren una nota central. Es su oportunidad. Yo me ocupo de los sueltos de este mes."

La mujer que hace la limpieza golpeó la puerta. Dejó las carpetas en el escritorio y después sirvió el café con lentitud. La alegran las tareas que no le corresponden; cada día le encargan nuevas responsabilidades que jamás le pagan. Se fue sonriente y agotada.

"Qué dice."

Encendí un cigarrillo. Moví la mirada desde sus ojos hacia las carpetas colmadas con testimonios y fotografías. Pensé en mi abuelo, en mi padre, intenté imaginarlos vendiendo su trabajo.

"La firma."

Hizo una mueca, la sonrisa amarga de quien se encuentra, de pronto, con alguien a quien ya casi no le importa nada.

"No puedo. Pero hay dinero extra."

Recogí las carpetas, las sopesé. Había algo ciego en mi decisión que no alcanzaba a comprender; un insensible abandono que me persuadía a dejar correr los acontecimientos. En el contacto con los papeles, con su peso, su olor, su volumen, sentí que me correspondía seguir un orden. Solo la materialidad del trabajo y la capacidad de hacerlo

mejor que nadie dan esa confianza.

“Es mucho trabajo.”

“Es bastante dinero.”

El secretario dejó el escritorio, abrió la puerta y salimos de la oficina. La redacción estaba desierta. Apenas se oía el ascensor cayendo. Yo iba hacia mi escritorio.

“Pidieron que usted escribiera la nota.”

“Quién.”

“Pidieron. Hay alguien que sigue sus sueltos. Yo estuve de acuerdo.”

“Cuando la termine avíseles que el precio va a subir.”

Ya no hablamos más.

Cómo pude dejarte es algo que no pude comprender. Me costó nada y todavía no sé cómo lo hice. Tal vez nadie sepa de qué es capaz. Leí una noticia en el diario de hoy. Dos semanas después de la boda –tal vez no quisiste leerlo– una mujer apareció asesinada. Veintiún años tenía. Su esposo cumple el servicio militar mientras espera la baja que le corresponde en razón de su nuevo estado civil. Imprevistamente consigue una licencia para salir del cuartel y pasar la noche con su esposa. Al llegar la estrangula con una prenda de lingerie que ella tenía puesta y él no conocía.

Solo porque estos tiempos se han vuelto la cima de la vulgaridad es que florece el interés biográfico. Nunca el pasado fue justo ni fue espléndido, pero este afán melancólico por rescatar vidas privadas como si fuesen transatlánticos hundidos hace imaginar, al menos, que el pasado prometía un futuro distinto, y tal vez esta sea la única forma de la memoria. «Nadie debe ocuparse de mi vida –escribió–. ¿Acaso me he ocupado jamás de la vida de nadie? Solo yo conozco la verdad, y no pienso negociarla. Todo lo que se escriba sobre mí diré que es falso. Busque una manera más honrada de ganar dinero, debe haberla creo yo.»

Siquiera ordenar los papeles de las carpetas me llevaría un tiempo que no tengo. Sin embargo, se trata de una nota laudatoria; no es necesario que me ciña a la verdad. «Mi edad depende de los días y de las personas con las que me encuentro. Con algunos hombres he sentido que no tardaría más de cinco minutos en cumplir mil años.» Adulteró su certificado de nacimiento con tinta verde; modificó a su antojo la fecha que el notario había fijado en negro. «Soy una abeja nacida en Leo.»

El primer retrato que encuentro no está firmado. «La tarde declinaba sobre el jardín, con la laxitud levemente enferma de los

finales de octubre. El aire había pasmado la vajilla en la glorieta y dentro dos mujeres se abandonaban indolentes al transcurrir del tiempo. Una de ellas, con ojos que miraban como los de una ciega, sin rumbo, sin visiones, descansaba el mentón en los nudillos de una mano. Sus maneras eran leves, cuidadas, como las de esas raras moribundas que se cubren los dedos con anillos y se desviven por las sedas claras. La otra, que por todo distingo llevaba un menudo lunar junto a la boca, se había desmayado en el sillón, las piernas recogidas sobre las almohadas, y adoraba el lamento que un violín detallaba en el gramófono.

Una tercera mujer había dejado la glorieta y se inclinaba sobre el estanque; vestía blusa de hilo blanco e impertinentes pantalones de montar. Frotando los dedos, desmigajaba en el agua una galleta para que el cisne, solitario y negro bogara hacia la orilla. Había conocido esa mañana a un caballero inglés, y luego del almuerzo, a través de las rendijas, lo entrevió cuando se dirigía con el resto de los hombres al campo de juego. La tarde se enfriaba y el cisne permanecía inmóvil en el centro del estanque. Ella volvió con sus compañeras.

“¿Has visto, Gabrielle? Los cisnes no aman las galletas.”

“No es eso. Los cisnes odian la tierra.”

La que reposaba en el sillón se fastidia, el disco terminó de girar.

“No sé si amo a Charles por el regalo que me ha hecho, o si lo odio porque la música no sea eterna.”

“Él no tiene la culpa de que los discos se acaben.”

“Pero con eso él parece decirme una y otra vez que todo se acaba. Todo. También el amor.”

“Has enfermado de celos. Ni disfrutar puedes de su regalo. ¿Acaso no es una prueba de su amor?”

“Preferiría mil veces que abandonara esos estúpidos caballos por estar conmigo. Tú, ¿qué dices, Gabrielle?”

La pregunta la sorprende entregada a otros pensamientos; se la repite y al cabo responde, sin dudar.

“Cuando un hombre quiere hacer un verdadero regalo a una mujer se casa con ella.”

Desde el campo de juego, más allá de los árboles, llegan voces de festejo.

“Son gritos en inglés. Nuestros franceses deben rabiar con su infantil nacionalismo.”

“¿Cuánto tiempo se quedarán?”

“Regresan a Londres mañana.”

Gabrielle se estremece. La blusa ya no la abriga y en un sillón de mimbre descubre un sweater de jersey que uno de los jugadores ingleses olvidó. Sin pensarlo más, se lo pone y sale a la glorieta. A la orilla del estanque se detiene y observa el reflejo excesivamente masculino. Cavila una solución y decide ceñir el sweater a la cintura con un pañuelo de seda. Luego sí corre hacia el campo para ver el final del juego. Cuando los jinetes desmonten sabrá quién es el dueño de la prenda.

Así nace todo el misterio de Chanel. Construyó su fortuna sobre un viejo jersey. Llevó formas masculinas e inglesas a la moda femenina de París. Hará igual con las chaquetas, los blazers, las camisas con cuello, las corbatas sobre las camisas, los gemelos en los puños. El jersey era un tejido que solo se admitía en Inglaterra y para que lo vistieran los hombres, ¿cómo se atrevió, aquella tarde en Deauville, a lucir el sweater del jugador de polo? «Tenía frío, recuerda ella. Yo conozco el frío.»

Jamás cerró sus desfiles con trajes de novia.

«A los treinta años era el corrector de estilo de L'Intransigeant. Tenía un escritorio de madera que ocupaba un pequeño rellano de entrepisos y allí pasaba el tiempo, menos por el magro salario que por salvar el frío de la calle y de su cuarto. Hacia abajo, la escalera moría en el sótano, donde se espesaba el aire mortal del taller tipográfico y trabajaban, como en una caverna azul, los obreros peor pagos del periódico. Esa penuria material, compartida por el taller y el entrepiso, creaba lazos que fuera del edificio parecían disolverse.

Cada año, con las últimas funciones de una nueva temporada de La Esposa, el empresario bajaba el precio de las entradas por intentar una ganancia postrera. Eran también las noches de las máximas libertades. Ningún funcionario asistía y la policía se desentendía de multar las faltas a las ordenanzas sobre decoro en los espectáculos. Con todo, casi nadie iba a ver esas funciones. Los asientos permanecían vacíos, no se reparaban las butacas ni se cambiaban las bombillas quemadas. El telón hacía ostensibles sus hilachas y el pianista faltaba sin aviso por quitar sus manos al frío de la sala. Era entonces cuando los obreros del taller tipográfico se enjuagaban aprisa en los baños, cambiaban de camisa y reunían sus monedas en un saco común. Luego, salían del taller y atravesaban la ciudad en una precaria columna que serpeaba sobre la nieve.

Un joven esposo, a quien nadie había visto nunca pero a quien cualquiera podía prestar un rostro conocido, cumplía sus deberes en el servicio militar. Por toda evidencia de su partida, sobre un tocador, se apilaban sus cartas en cantidad exagerada. Entraba al dormitorio la

joven esposa; comprobaba, otra noche más, la inmensidad de la cama, y se lamentaba con suspiros hondos, equívocos. Al ver la luna pintada en el centro de la ventana, comprendía que nada mejor le quedaba que dormirse para acortar la noche y apurar el regreso de su esposo. Lenta, muy lentamente, una a una comienza a quitarse las prendas y las tiende en el canapé. Cuando se mete a la cama solo lleva las más íntimas. Intenta dormir y no lo consigue, da vueltas hacia un lado y vueltas hacia el otro. En medio del desánimo advierte, de pronto, las cartas del soldado y da con una idea para reencontrarse con él cuando menos imaginariamente. Salta de la cama, hace a un lado los frascos y los cepillos, las flores y las cintas que hay sobre el tocador, extiende una hoja en blanco y se sienta a escribir ella también líneas que comuniquen su ardor al ausente. Las primeras son candorosas y convencionales, un trasunto nada más de la ternura conyugal y las nuevas del vecindario; pero luego, a medida que abandona las formas que enseña la escuela y se entrega a otras apenas confesables a un esposo, la letra se enciende y chisporrotea, al punto de que acaba por faltarle el tiempo para humedecer la pluma y anotar en la hoja las frases que pronuncia en alta voz. A veces se interrumpe, deja la silla y camina por el dormitorio formulando distintas líneas, más o menos equivalentes, que prueba en ella misma antes de decidir la más eficaz para describir el estado en que se encuentra. Como la letra, también la esposa se enciende, se abrasa y termina por quitarse las prendas que aún llevaba. Viene y va, se airea en la ventana como si no le importara que los vecinos pudieran verla, se aparta, ansiosa por hallar las mejores figuras que contagien su anhelo al soldado. La pluma se le cae y la joven esposa, no advirtiendo que está a su alcance, se postra y recorre la habitación andando en cuatro pies. Al cabo, encuentra la pluma allí donde comenzara a buscarla y con ella la frase con que cerrará la carta. Corre al tocador, se inclina ante el espejo y al tiempo que la pronuncia la transcribe. Sin embargo, con tal premura, con tanto atropello, se ha descuidado y volcó el tintero. Obligada a la firma de su nombre, no tiene idea más oportuna que la de encontrar en sí misma una tinta sustituta donde mojar la pluma.

No terminaba de caer el telón que los aplausos y vítores tronaban desde la penumbra del pequeño teatro como si la platea estuviese colmada. La artista, auxiliada por un asistente, se envolvía con un kimono y aparecía luego en el proscenio para agradecer tamaño reconocimiento. Al día siguiente, alguna prenda, que por siempre guardaría el más íntimo perfume de la nudista, quedaba como recuerdo de su encanto y gratitud suspendida en lo alto del taller tipográfico, enhebrada a una guirnalda que crecía año a año.

Esa misma mañana, Pierre Reverdy interrumpía su trabajo de corrector. Los compañeros del taller se acercaban y rodeaban su

escritorio. Reverdy asentía a cada precisión del relato sonriendo como si ningún pormenor le fuera ajeno, inesperado. Admitía los méritos de la artista, callaba ante los del parlamento y postergaba, como siempre, hasta la próxima vez, el año entrante, el cumplimiento de su promesa de acompañar a los obreros al pequeño teatro. Lo complacía, sobre todas las cosas, la alegría franca con que le repetían, sin un solo error, líneas enteras de la carta que todas las temporadas él, en secreto, condescendía a escribir por hacerse con un pequeño dinero extra para soportar el invierno.»

En algún lugar se dice que el peor defecto de Reverdy es la sumisión con que acata la voluntad de las mujeres, «como si su único deseo real fuera hacerse inolvidable en sus corazones ». Ciertamente, es corrector; pero recibe, periódica y puntualmente, sobres con dinero que alguien abandona a su paso sin revelar identidad. Son siempre sumas magras que apenas si alcanzan para pagar la renta del cuarto miserable donde duerme, nada más. En ese auxilio pudoroso hay que adivinar el socorro de alguien que lo conoce y se cuida de humillarlo, tal vez su editor. Él, en cambio, al influjo del matrimonio Maritain, prefiere cargarlo a la deuda que todos los hombres, de un modo u otro, tienen con Dios, y por comenzar a saldarla cede a la conversión a la fe. «Su sentimiento religioso lo aleja del aplauso terrenal.»

Ignoro cuándo se conocen; es lo frecuente que Chanel se resista a datar sus recuerdos, pero creo que se refiere a esta circunstancia cuando un lord inglés, el Duque de Westminster, escribe en su diario: «Se está volviendo loca. Ahora se ha enamorado de otro». Ella conduce un automóvil una noche de tormenta; al dar la vuelta en una esquina la luz de los faros le deja entrever bajo la lluvia a un hombre caído en la calle. Detiene el automóvil, desciende, y va hasta el hombre lívido de frío que llora como un extraviado, sin gemir, de cara al cielo y con el brazo derecho tendido a lo alto, mientras los relámpagos estremecen las nubes. «Señor, soy tu siervo, le oye decir. No permitas que deje de ser un poeta ignorado por el mundo.» En un relumbre ella advierte que el hombre, al caer, se ha desgarrado las manos con los filos de la alcantarilla y sangran hacia las cloacas. Ella lo asiste, lo envuelve con su impermeable y pretende refugiarlo en la suite por esa noche, pero él no se lo admite; le compra entonces vendas y alcohol en una botica y se resigna a acercarlo a su casa. Él baja del automóvil, se excusa de invitarla a pasar por la miseria de su cuarto y la despide. «Dios se ha servido de usted para manifestar Su Presencia en el universo. Pensaré en usted con ternura, hermana mía…»

El recuerdo, desbastado por un afecto sincero, se interrumpe y el testimonio de Chanel erra hacia otros temas sin que el periodista se ocupe de ordenar la conversación. Sin embargo, más adelante, ella

añade que por consejo de Reverdy se aplicó a leer compulsivamente un género literario. «Me dijo que comprara Les Pensées de La Bruyère y leyera, de cuando en cuando, algunos nada más antes de dormirme. Leí el volumen entero esa misma noche. Yo no admitía que él pudiera sentir pasión, hasta perderse, por algo que no me perdiera también.» Imagino que por serle más agradable aún, ella lee a La Rochefoucauld y Chamfort y estudia las claves de un género que practicaba con naturalidad; que por pensar en él puede explicarle las diferencias que existen entre un versículo, un aforismo, una máxima y un pensamiento, o las formas de distribución sintáctica que más convienen a un apotegma según el tema que trate o el efecto que persiga.

A menudo los adversarios achacan a Reverdy que la pobreza condicionara su criterio a golpes de resentimiento. No sería extraño. Ella le sugirió que escribiera los poemas sobre telas y los firmara como hacían sus amigos pintores; entonces no tardaría, como ellos, en hacerse rico. Él le contestó que jamás se permitiría hacer nada por tener dinero.

En una oportunidad, por pedido de él u ofrecimiento de ella –punto oscurecido en el testimonio y que alumbraría lo que ocurrirá– viajan a Solesmes. Dejan el automóvil a la vera del camino, atraviesan un pinar tomados de la mano y al llegar al linde un estremecimiento los desprende. Un jardín se abre ante ellos como único horizonte, regido por las líneas severas que desde la antigua abadía se derraman hacia la tierra. Nada importuna el paisaje, pero la prieta amarra invisible, que liga y ordena cada pequeña cosa, vuelve imposible fijar la mirada en un punto. Solo la magnificencia entera, monstruosa, prende en los sentidos hasta el agobio. No hay flor, no hay torre, fuente ni ventana, no hay detalle sino el paisaje soberbio que apabulla la precariedad humana con ese ciego monumento de piedra. Ella no tarda en deslizarse del asombro al interés y del interés al fastidio que el orden le provoca; él, prefigurando un ascético y descomunal destino, cree haber dado con el lugar de la revelación, con la casa de Dios y de su poeta, el refugio de la Palabra. A medida que recorren las sendas, trazando arcos que intentan ceñir con distintas perspectivas la abadía, los pasos de Reverdy se aligeran y los de Chanel se empantanan. Ella advierte que sus zapatos se han tiznado con el polvo de ladrillo que alfombra las sendas. He sentido, mientras leía, que en la escena cristalizaban no solo sus desencuentros, sino también los nuestros; que en ese silencio con que erraban hay un lenguaje que me prohibí escribirte. Nunca más te hablaré de nada que nos una. Nunca más te escribiré una sola línea.

La tarde caía y en las leves sombras el frío anunciaba sus flagelos

con la puntualidad y la premeditación de los ejercicios monacales. Ella se acercó y deslizó su mano hasta envolver el brazo de Reverdy.

«Aquí es donde yo debería vivir.»

Caminaron de regreso sin hablarse. Él, imagino, ensimismado, y ella, lo imagino también, no tengo constancia, obsesionada por hallar tema de conversación que aliviara la marcha hacia las dos caras de París, desanimada porque la vida no pudiera conducirse de la tristeza a la alegría con la facilidad con que un automóvil se lleva del sórdido callejón al boulevard florido.

Poco tiempo después pidió a Reverdy que, a cambio de honorarios justos –era esta la condición adelantada a cualquier otra–, examinara y pusiera a punto los pensamientos que ella había comenzado a escribir en los menudos ratos de ocio que le permitía su trabajo. Algunos de ellos hoy son lugares comunes a los que se echa mano para sortear, con gracia e ingenio, preguntas que reclaman más de lo que tolera la frivolidad. Él parece anticiparse a ese magro destino de las máximas. «Le envío los pensamientos que me llegaron la semana anterior. Son elevados, en particular el que dedica a los ricos y el último también –"cuando ya no tenga necesidad de tí sabré si te amo"–. No acaba de llamar mi atención la estima por este tipo de sentencias. Tal fervor solo parece sostenible por quien se imagine juez de todas las cosas del mundo. Yo no poseo semejante confianza.» Reverdy jamás recibió tanto dinero en pago a su parecer, aun cuando esas sumas no significaran más que cenar de manera

digna dos o tres veces por semana. Siguió durmiendo en aquel cuarto a su juicio impresentable, y ella debía resignarse a enviar los escritos por el correo. Con todo, alguna estridencia provocaban los sobres que su secretaria se encargaba de despachar, sellados con estrellas de lacre y ornados con la rúbrica malva de la Maison. Cuando Chanel advirtió esa inconveniencia se cuidó de ordenar que los pliegos viajaran en sobres vulgares, de papel rústico, como los que traían las respuestas de Reverdy.

Luego el final, como era dable esperar aunque algunos afirmaran, años después, que de casarse hubieran sido felices como jamás llegaron a serlo cada uno por su lado. Con otras, llegó a la suite una carta con sellos postales que extrañaron a Chanel. Reconoció al instante la letra de Reverdy, rasgó el sobre y leyó, encabezando la hoja, "Solesmes, septiembre...". Alguien había entregado a la Orden dinero para que, a cambio de la donación, se diera a Reverdy una celda en la abadía y se le permitiera retirarse a escribir. Él desconoció a su benefactor, pero antes de ocuparse en identificarlo, se trasladó a Solesmes. "Desde que estoy aquí no pierdo un momento. Vivo en

poesía. Saber esto, sé, la alegrará. Usted alentó mis versos cuando yo mismo comenzaba a despreciarlos por imperfectos e impuros. Seguiré, si lo desea, recibiendo sus cartas, y en cuanto me resulte posible le haré saber el modo en que pueda visitarme alguna vez. Por mi parte, prometo responder cada vez que sea necesario.” Esa misma noche ella le escribió una carta que jamás envió, donde, según recuerda, se abandonó a una sinceridad que solo heriría el ánimo de Reverdy. Días después la correspondencia se hará regular, pero no recíproca; las respuestas se demoraban con argumentos desatinados y a menudo descorteses. «He esperado a recibir un buen número de cartas para contestar a todas ellas con la que ahora le envío.» La promesa de Reverdy al fin cayó al olvido, como si otra la postergara, la de escribir a Dios. Chanel llegó a ponerle un telegrama reclamándolo desde París; cuando se encontraran le revelaría las razones de la urgencia. Él le respondió por carta simple. «Iré a verla cuando me sea posible, pero no permaneceré mucho tiempo. Necesito recogerme aquí para terminar mi libro ¿Qué razón es tan apremiante que también deba ser misteriosa? ¿Acaso su salud se ha lastimado? Cómo, si no, mantenerme en ascuas, quitarme el sosiego. Por ir a París deberé interrumpir mi trabajo, pero más perderé por abandonar la disciplina que solo encuentro aquí. Tal vez ingrese realmente a la Orden. Será lo mejor. Ya nada del mundo me interesa. Lo hablaremos personalmente.»

Ella, aferrada a la oferta inicial, seguirá enviando cartas, pero solo por un tiempo más. No será la ausencia de respuestas aquello que la decida, sino descubrir en el periódico una carta abierta que Reverdy destinó al correo de lectores, por no tener a quién dirigirla. Curiosamente, la escribe como si algo lo persuadiera de que la donación sobrevino de manos de una mujer. «Aquí, en el profundo silencio que muchos calificarían como mortal, yo escucho a Dios. Sé que Él se ha servido de tí para permitirme esta vida de fervor y ternura que en adelante es la única posible para mí. Correr tras el placer es igual a correr tras el viento. Yo corrí, y nada más alcancé la amargura. No había, lo sé, más remedio para mí ni más camino que vivir solo, retirarme del mundo. Con tu misericordia lo he conseguido y no podré, jamás, escribir un solo verso donde no leas mi eterna gratitud. Sin conocerte, te amo hasta sentir dolor. Eres mi costado azul.»

Para Chanel, comienzo a advertir, las cosas terminan. Al parecer es esa la condición para que otras nuevas comiencen. Tal vez ella haya vivido de tal forma que experimentara que sus ideas acerca de las cosas coincidían con la realidad. En cuanto al mayor defecto que todos reconocían en Reverdy será siempre, para mí, una cuestión oscura. Luego de romper con él, parece cierto que ella rondó, por una breve

temporada, la conversación religiosa en ámbitos irregulares que acabaron por decepcionarla. «No creo en la hipnosis, ni el espiritismo ni las ciencias ocultas. Yo creo en lo irreal.»

Por lo que hasta ahora sé –quedan todavía papeles por revisar– vivió historias parejas a la de Reverdy con Etienne Balsan, Arthur Boy Capel, el Duque de Westminster, Paul Iribe, el barón Spatz, Ernest Beaux, y presumo que encontraré algún nombre más.

«Una noche consintió que yo visitara los cambiadores –escribe Madame Colette–. Por todos lados había en la habitación estibas de jersey y columnas de seda. Lienzos de raso, como banderas a medio desplegar, tornasoleaban el ambiente. Una mujer silenciosa, reconcentrada, sorda a los murmullos de aprobación de los asistentes, retenía el aliento observando a la diosa rubia que se afanaba por esculpir. Trabajaba con los cinco dedos, se ayudaba con las uñas, el canto y la palma de las manos, con tijeras y alfileres. De pronto caía de rodillas ante su obra y la ceñía con ardor, no por reverenciarla sino para moderar algún pliegue, el vuelo de un tul. Corregía todo lo que ya había corregido, acentuaba un rasgo a veces, y a veces atenuaba otro, mientras exigía utensilios con solo nombrarlos si no estaban a su alcance. Mascullaba para sí con los alfileres asomados en la boca, exasperada y sin embargo precisa. Con desprecio por la supina ignorancia de las clientas que aguardaban la aparición del modelo en el salón contiguo, en la íntima convicción de que la prenda podría mejorarse infinitamente, encendía un cigarrillo y bastaba esa señal para que la mannequin partiera. No tardó otra, morena ahora, en ocupar la tarima, indecisa en la postura que conviniera más al vestido que llevaba, y temerosa de preferir una que lo desmereciera. Ella le pasó la mano por el talle y se retiró a observar; luego la deslizó lentamente por las nalgas, a lo largo del vientre, y volvió a retirarse. Al fin murmuró su veredicto. "Tiene que caer." Y se aplicó a corregir el modelo para imponer a la tela la forma que su estilo perseguía. En cada una de esas niñas diosas, arrancadas por la prenda de sus vidas cotidianas, ella se obstinaba en imprimir una huella de seducción terrestre.

Hablé con Chanel días después de presentar la colección. La encontré otra vez en los cambiadores. Consultó su reloj y me ofreció tomar café en el hall de la Maison para evitar la lluvia de la calle. Mientras caminábamos, el personal no dejaba de cruzar frente a nosotras; iban de una habitación a otra con movimientos febriles. Si ella bajara las cortinas de su negocio condenaría a tantas personas al desempleo como si alguien decidiera cerrar una fábrica de automóviles. Una niña pasó llorando a nuestro lado, rumbo a la calle.

“No sabe andar –dijo Chanel–. Balancea las nalgas y hunde el vientre. ¿puede usted creerlo? Les digo que observen a las mujeres elegantes, las que adelantan el muslo, luego la pantorrilla, y por último el pie. Pero se entretienen más viendo a las otras, que primero extienden el pie como si caminaran en una granja. Si me abandonara a la boga mi Maison se convertiría en un burdel… No se alarme, no la he despedido. Eduqué a otras peores todavía. Una mannequin es como un reloj. El reloj da la hora; la mannequin debe dar el vestido que se le ponga encima. Enseñar eso lleva cada día más tiempo.”

Nos sentamos en unos sillones junto al escaparate. Ella miraba la calle y atendía cuidadosamente a algunas mujeres que se atrevían a cruzar la ciudad bajo la lluvia. Sonreía al advertir el minúsculo movimiento que desaliñaba un andar como el médico sonríe cuando da con la causa del malestar del paciente.

“Si alguien intenta seleccionar niñas que vistan sus modelos con elegancia, le aconsejaría que mirara por la ventana una tarde como esta. Encontrará pocas que pasen el examen.”

Le confesé que no sabía con quién estaba. Demasiados comentarios tenía acerca de ella como para que todos refirieran a la misma mujer.

“Mis clientas prefieren las revistas de lujo, y eso es bueno, porque allí nace nuestro prestigio. Pero las revistas populares, las que devoran las modistillas de los vecindarios, son las que me escandalizan, porque son capaces de crear leyendas. Confíe en aquello que sepa por usted misma y ocúpese de que otros lo confirmen.”

Le ofrecí ejemplos que explicaban mi confusión; todos los que en ese momento recordé, que no eran pocos. Ella me escuchó resignada.

“A otra mujer que no soy yo es a quien le ocurren las cosas. Tengo noticias de ella por los periódicos, veo su nombre en este escaparate, en los anuncios de las revistas, en los frascos de perfume. Trato de librarme pero a pesar mío soy su esclava. Todo lo pierdo y ella se lo queda. Pero soy yo quien trabaja el doble para que todo funcione. Una abeja nacida en Leo. Y esa perra seguirá viviendo.”

Se había permitido el desborde porque ya no me hablaba, sino que conversaba con sí misma mientras miraba la lluvia.

“Acechan mis trajes viejos. Cuanto más gastados los encuentran más los desean. Parecen construir para la otra un museo con las cosas que me arrebatan. Me asombrará saber un día que viví una vida irreal. La que otros imaginen para ganar un dinero miserable.”

Al golpear mi taza en el platillo volvió a mirarme a los ojos. Me sonrió.

“Llámeme cuando lo desee. Cenaremos en mi suite para que nadie pueda molestarnos y entonces hablaremos. Hoy no hemos podido.”»

«Desnuda absolutamente, detrás de un espeso muro de espliegos de lavanda, aparece una mujer montada en un caballo blanco con arreos tachonados con turquesas. Así comenzó su representación en Neuilly, a la luz del sol de mayo, la artista rusa cuyo nombre empieza a ser lugar común en los círculos elegantes, Sofía Godebska.

Es una bailarina que, a ciencia cierta, no es mucho lo que baila, aunque debe admitirse que en su estreno anterior, en casa de Emma Calvet, se había comportado serpentina y enigmática. En aquella oportunidad, ante el altar que empleaba como telón de fondo, acompañada por una orquesta de músicos negros y dentro del marco que formaban los pilares del amplio salón blanco, consiguió que el público se embelesara y más de un crítico cayera en un rapto ditirámbico al juzgar la representación.

Su baile y las leyendas que rodean a Godebska no son de calidad superior a los ordinarios artificios de que se valen los teatros de fakires; sin embargo, en casa de Emma Calvet, pudo admirarse la delgadez inverosímil de su talle bajo pechos que, prudentemente, ella mantenía ocultos con gasas la mayor parte del tiempo; sus espaldas delicadas y cimbreantes; sus largas piernas con rodillas casi imperceptibles; y una destreza acrobática que debe menos a la danza que al entrenamiento circense. Con todo, y pasado aquel momento, debería considerarse si buena parte de los elogios tributados en aquel estreno no nacían de la impactante figura con que Godebska cerraba su actuación, cuando, por razones ajenas al argumento desarrollado, se despojaba del último ceñidor que la cubría y caía morosamente ante la platea, plegada sobre el vientre.

Su nueva pieza, pináculo del garden-party en Neuilly, ha decepcionado de manera notable, a pesar del relumbre de las turquesas, de la propiedad con que trenzó el largo cabello rubio sobre la espalda, como una serpiente, y de atreverse a cabalgar desnuda sin montura, ciñendo con los muslos los flancos de la bestia. Esta vez sus recursos fueron, a todas luces, sospechosos, y no era de ningún modo arriesgado anticipar que llevarían al público –no solo al masculino– al límite extremo de una atención decente. Es una obra que dista un palmo de la exhibición ecuestre y la procacidad del burdel, y salva esta confusión apenas por el lugar donde se desarrolla y por la música, óptima, de Prokofiev.

Lo mejor de la tarde, a no dudarlo, fue el sari con que Godebska se envolvió al terminar su espectáculo y que debe al genio de su amiga, Madame Chanel, ahora acompañada –como lo registra la fotografía– por Su Alteza Imperial el Gran Duque Dimitri Pavlovich, príncipe heredero al trono de Emperador y Autócrata de Todas las Rusias por

sucesión natural.»

Es el parecido material el que me atormenta. Como ver un palimpsesto que guardara huellas de lo que se escribirá en el futuro. Mi vecina no dudaría. Cuando entendí realmente quién acompañaba a Chanel en Neuilly, cuando conseguí hilvanar la fotografía con la crónica que la acompaña, me sentí loco. Tal vez lo esté. He leído que en oportunidades basta una sola experiencia para enloquecer y he leído, también, que hay una inteligencia, un pensar del loco; que algunos se ordenan ser sus propias víctimas y disponen, inadvertidamente, pequeñas causas en sí mismas incomprensibles para provocar una necesidad, un porvenir del que no pueden escapar. Como si realizaran su deseo. Cómo podría saber que no es ese mi caso ¿No provocó tu hijo este vacío, no provocó un claro en la realidad para que me bata a duelo con mi sombra?

Es, al menos en cierto modo, sencillo datar la fotografía. Si en un sentido es remota –la página de Vogue tiene el color del río–, en otro es moderna hasta involucrarme en su mismo tiempo. Ya no existía la vida privada; generalizando un procedimiento policial, cualquiera podía ser retratado, registrado sin su consentimiento. Sin prever las consecuencias se donaba la experiencia personal a un vórtice. Ni el Gran Duque consiguió imaginarlo ni yo pude sustraerme a que el destino de esa fotografía me alcanzara. Con los años, tal vez, esa primera concesión haya permitido otras más voraces. Hoy las personas provocan sus propias imágenes –como antes se encargaban retratos a un pintor–, como si no advirtieran que tientan a la fortuna de multiplicar evidencias de lo que fueron o hicieron alguna cierta vez. No son transparentes los motivos de una fotografía.

Todo el tiempo que estuvimos juntos te hablé de él como se habla de un fantasma –“estará muerto” te decía, pero, ahora lo comprendo, nada más deseaba creer en su muerte por eludir para siempre la decisión de matarlo–.Toda mi vida lo toleré en mi cabeza porque su presencia, aunque imborrable, era borrosa como los libros que no sabemos si leímos o nos fueron contados. Mi padre me habló de él sin darle un nombre, un rostro ni una seña inconfundible. Sin ninguna precisión que me obligara a buscarlo. Pero yo estoy atrapado por la convicción que infunden los detalles. Sé exactamente quién es ahora. Mi vecina había visto lo que nunca cambiará de un hombre. Yo vi lo que de uno a otro se repite.

La ciudad se ha vuelto irreal para mí. No hay más de tres lugares que signifiquen algo y, sin embargo, lo significan todo. Ya no tengo nada que pueda perder. Esta tarde la redacción había quedado

desierta; apagué mi lámpara y advertí entonces que la del secretario aún resplandecía tras la puerta de vidrio. Me ofreció asiento con un gesto casi familiar de la mano. Había sobre el escritorio un tintero de plata; una mujer recostada en un canapé, con las piernas tendidas a lo alto y abiertas para embeber la pluma en su juntura. La colección crece a medida que él deja de escribir.

"¿Sabe qué hacía Lenin? Algo fantástico."

Sonreí. Los obreros llegaron a confundir a Lenin con la leyenda, con un fantasma errante que jamás llegaría a Rusia. Así andaba, de ciudad en ciudad, abandonando todo cada vez –dejaba la gorra y tomaba el sombrero, disimulaba la calva usando peluquín– y conservando apenas unas mudas de ropa, el abrigo, un volumen de Nekrasov mientras fue posible, y la pluma y el tintero de vidrio asomados siempre en el bolsillo del chaleco. Y unas cuartillas de papel.

"Hacía tinteros ahuecando la corteza de los panes y usaba leche como tinta invisible. Cuando terminaba de escribir se comía los tinteros."

Lenin estaba preso. Se lo dije. Tenía prohibido escribir y nada más le permitían leer algunos libros en la celda. Hacía anotaciones en los márgenes y se tragaba los panes cuando escuchaba acercarse a los guardias.

"Usted lo admira. Conoce mucho de él."

"Como cualquiera."

"Algún día tiene que prestarme esos libros."

"Ya no los tengo."

"Yo se los hubiera comprado."

"No. No los vendí."

Desvió la mirada. Acercó el tintero y comenzó a frotarlo con un paño.

"Su familia es rusa."

"Mis abuelos."

"Gente curiosa. Chanel tenía debilidad por los rusos."

"Por algunos."

"¿Encontró algo en las carpetas?"

"Uno de sus amantes vive aquí."

"¿Ruso?"

"Sí."

"Quién."

"Un noble. Dimitri Pavlovich."

Pareció calcular.

"Increíble."

"Sí."

"Qué hace."

"No sé."

Guardó el paño en un estuche de nácar, acercó el tintero a la lámpara.

"Cómo sabe que vive aquí."

"En las sociales del último número hay una foto."

Buscó la revista. Me levanté del asiento y caminé por la penumbra de la oficina.

"Quiero entrevistarlo."

"Tengo que consultar. No sé si es eso lo que quieren."

"La entrevista puede quedar para el próximo número. Tenemos todo el año para recordar a Chanel."

"Tengo que pensarlo. Cómo va la nota."

"Bien."

"Queda poco tiempo."

"Alcanza."

"Cuándo la termina."

Regresé al escritorio y le convidé un cigarrillo.

"Después de la entrevista con el Gran Duque."

Aspiró.

"Cuánto quiere."

"La firma."

"Y si no se publica."

"La mitad."

Mi padre me había dicho que para los que mandan, para los que tienen dinero, la mitad es siempre una injusticia.

Conseguí su dirección y su número de teléfono, pero no me atreví a llamarlo, como si imaginara que puede reconocerme en la voz, en una pronunciación familiar de su nombre. Aunque todavía nada haya ocurrido, tengo la impresión de que mi futuro se ha desencadenado hacia el encuentro con él sin que nada pueda apartarme de ese nimbo. Hasta la decisión de abandonarte con tu hijo ahora es menos ciega. Preferí no mencionar a Chanel en la carta y mostrar casi todas las verdaderas razones de mi interés por la entrevista. Dejé el sobre

cerrado al secretario de redacción con unas líneas para que lo despachara esta mañana con un mensajero. Decidí que hoy no saldría de casa para trabajar sobre algunos testimonios y es eso lo que hice hasta este momento. Acaso la respuesta ya esté en mi escritorio. Ahora me pregunto si el Gran Duque habrá cedido a aprender un idioma menor. Vive cerca de tu casa.

A media mañana trajeron correspondencia. Siguen llegando cartas desde Rusia. Más de veinte años sin recibir respuesta no han sido suficientes para que los camaradas desistan. Los imagino, siempre, transcribiendo los caracteres, persiguiéndolos uno a uno sobre el teclado o dibujándolos lentamente, como en un ejercicio de caligrafía; incapaces de leer o pronunciar lo que escriben en los sobres. Espero encontrar una imagen alguna vez; algo más que unas páginas que parecen cuadros de una exposición miniaturista. Para mí son nada más que rejillas de hilos negros en las que repito la experiencia de mis abuelos, cuando al llegar se estrellaron contra el muro hostil de una lengua incomprensible, sin una sola grieta donde hincar las uñas.

Acaso los camaradas insistan en aconsejar el regreso; tal vez crean que las personas con palabras no desaparecen del mundo. Al leer sus nombres, transfigurados, casi irreconocibles en los sobres, más real es la presencia de mis abuelos que la evidencia de sus huesos pudriéndose en las tumbas. La mía es una familia de muertos. Empezaré de nuevo. Que los muertos no existen en ningún sitio y bajo ninguna forma es lo único que aprendí en treinta años. Sin embargo, los camaradas siguen escribiendo desde Rusia.

Al mediodía mi vecina llamó a la puerta. Necesitaba tender en mi patio las prendas que ya no cabían en el suyo; yo se las acerqué una a una y ella las abrochó en los alambres. En el fondo del canasto encontró la ropa de trabajo de su esposo.

“Lo engañan. No soy tonta. Cuando la suerte fue buena para los patrones, siguió siendo mala para los obreros; pero cómo puedo decirle algo así. Nada más trabaja para tener trabajo. Los patrones ya no tienen miedo. Ya no les da vergüenza lo que hacen.”

Tal vez la ropa ya esté seca. Todo el día, viéndola ondular en el aire, sentí que no estaba solo, que mi madre en algún momento recogería la ropa de fábrica de mi padre y la plancharía sobre la mesa de la cocina. Esa ilusión fue terrible.

Pareció recordar algo y me pidió que la esperara; tenía una sorpresa para mí. Cuando regresó preguntó si no la veía distinta. Ya no llevaba el delantal cubriéndole la falda. Me señaló su pollera. “Es nueva, ¿no se dio cuenta? La hice con el molde que me regaló la última vez.”

Le pedí que caminara por la habitación hasta el espejo de luna.

“Es hermosa.”

Y corta, como usted me pide siempre. Todavía me cuesta ponérmela. Pero a mi marido también le gusta.”

Una pollera negra que hizo luego de desarmar otra; ceñida en el talle y amplia en la falda. Debería acompañarla con medias de punto, y sin embargo, al llevarla con las piernas desnudas parece más próxima, más real.

“Los días de viento no puedo usarla.”

Sonrió. Le dije que Chanel no sabía coser.

“No puedo creerle.”

“Es lo que leí.”

“Pero tenía imaginación. Yo todo tengo que copiarlo.”

“Yo también.”

Permaneció de pie, indecisa, de espaldas al espejo. Le dije que también tenía una sorpresa y quiso esperarla con los ojos cerrados. Como una niña.

Busqué en mi mesa de noche, tomé el frasco de Fragment y lo dejé sobre las sábanas. Cuando le pedí que mirara buscó en mí, y solo por accidente, llamada por el ámbar, encontró el frasco. No se movió. Apretó los labios; algo tenue, invisible, le aguó los ojos. Fui hasta ella, abrí su mano y dejé el frasco en la palma. Caminó hasta la cama y se sentó en el flanco. Yo, de vez en vez, la observaba a través del espejo.

“Al final, qué va a pensar de mí si cuando podemos vernos lloro. No sé qué decirle. Cuando usted me hace un regalo siento que es como estar casada y tener novio al mismo tiempo.”

Pellizcó la falda para disolver las arrugas antes de que se fijaran en la tela; quitó una hebra de hilo. En la otra mano apretaba el frasco.

“Cada día tengo más recuerdos. Parece increíble. Yo quisiera tener futuro. Recuerdo los zapatos y la cartera que tuve alguna vez, dónde los compré, dónde los estrené y qué vestido tenía puesto ese día. El estuche, el frasco y la fragancia de los perfumes. La presión de cada ropa interior nueva, las marcas que el elástico me dejaba en la piel y cómo esa presión desaparecía con las semanas y las posturas y el lavado. No sé cómo explicarlo. Usted no cree en la naturaleza, no digo estas cosas para ofender sus ideas, pero las mujeres somos distintas. Vivimos del detalle. Los hombres no pueden entender que nos enloquezca una atención, un roce, una mirada, aunque sean de un delincuente o un asesino, pero a nosotras no nos importa. En los diarios siempre aparecen mujeres así, y las entiendo. La policía asesina a un asaltante de bancos, a un secuestrador, a un estafador, y la mujer no se escapa. Se deja matar también. Siempre está la foto. El asaltante

caído en el suelo, en un charco de sangre, con el revólver en la mano y la mujer que lo abraza, asesinada también. Yo la entiendo. Pero ¿alguna vez vio una foto al revés?"

Apreté su mano y dejé mi pañuelo. Sonrió al espejo.

"Es un regalo precioso. Como todos los que usted me hace. Pero no sé si voy a poder usarlo."

Me preguntó por qué llego tan tarde, por qué salgo de casa tan temprano.

"Yo sé que algo va a pasar y usted no quiere decime qué es."

Le hablé de Chanel, compartí con ella las ideas que tengo, le confié algunos testimonios –todo el mundo, de una forma u otra, parece involucrado en alguna anécdota con Chanel, y no han perdido la ocasión de vender sus impresiones sobre ese encuentro, aun el más fugaz y episódico; todas esas anécdotas, al fin, se convierten en juicios de valor sobre su vida– y en su entusiasmo comprobé que lo más valioso no llegará a publicarse en la nota.

Me preguntó por qué no escribía un libro con las cosas que sabía.

Con resistirme a escribir otra cosa que no sea la transcripción de las cintas –todo el tiempo me ocupo en eso, palabra por palabra– apenas conseguí obligarme a las figuraciones del sueño. Creo que salía del número 86 de la Nevski, iba luego por Bolcháia Monetnaia y me detuve bajo la ventana de la redacción de Letopis. Levanté los ojos hasta el segundo piso y encontré a Gorki, que tenía una tregua y se asomaba caviloso en la ventana. "El maestro necesita el aire helado, pensé. No conoce el trato con la comodidad." Él, cuando advierte que lo contemplo desde la calle, levanta una mano cordialmente, me sonríe, y la deja caer otra vez sobre el alféizar. Es nada más su mirada la que me habla. "Allí está el mundo, ¿qué esperas para ir a conocerlo? ¿Una invitación sellada con lacre?, ¿o que te lo sirvan en la mesa? Allí, y no en esta ventana. Ya no te entretengas conmigo. Nadie conoce a su pueblo desde la altura; es al ras de los hombres y de las mujeres que se está con ellos. Solo los artistas burgueses precisan de la lejanía. Anda de una buena vez y que la conciencia te tiemble. Camina del lado de las miserias, del lado donde nadie quiere estar, y solo después, si aún te empecinas en creer que es tu deseo, regresa a esta ventana y hazme una señal, que yo estaré esperando tus cuadernos. Pero antes de sentarte en la silla de los escritores del pueblo, a los barrios miserables, a las fábricas donde los obreros envenenan su sangre con el humo y el polvo del carbón; a los puertos donde los mendigos arrebatan la fruta descompuesta y el cereal podrido que será su cena; a los mercados, donde se habla la única lengua que merece

escribirse. Que tu divisa sea el epitafio del marinero Vakimlimchuk. Tal vez los cambios terminen aquí, muchacho, en el mundo de los libros. Es cosa que no la sé. Pero seguro que es allá donde comienzan.”

Yo asentía, correspondía a su saludo quitándome la gorra, y continuaba hasta Pushkinskaia, luego por la Nevski otra vez, hasta el puente, y al fin estaba ante el Palacio de Anitchkov. Comprendo entonces que es ahí donde me dirigía al salir. Las puertas permanecían gigantescas y entornadas; un lienzo de luz se tendía dentro dividiendo las sombras. De pronto se abren las hojas y no soy yo que las empujo, sino la voluntad del sueño que enmascara mi deseo y mi terror. Entro, oigo a mis pasos las roeduras de las ratas, imperturbables en su hábito desde que los zares escaparon del Palacio; camino los pasillos y las habitaciones alfombradas como si buscara el detalle imborrable para salvar del olvido todo lo que veo, mientras mis ojos, más deslumbrados en la penumbra del lujo antiguo que en el sol de la calle, no sabiendo qué guardar en la memoria erran sobre el exótico paisaje de los óleos enmohecidos, de los muebles vulnerados por las polillas, de los terciopelos que reptan abrigando de púrpura las escaleras, de océano los sillones, colgando aquí y allá en las cortinas, adheridos a las paredes como enramadas de oro. El polvo del abandono opaca las porcelanas y las vitrinas y añeja las bibliotecas. Doy en una de ellas y en uno de los anaqueles, el que araña la luz del día, se entregan al tiempo muerto los volúmenes que acompañaron a la zarina para impedirle el olvido de su patria natal, su lengua, su pueblo, sus graciosas y delicadas amigas de la corte –yo las imaginaba adolescentes todas como en las historias encantadas– que despidieron a la princesa abrazadas una con otra, estremeciendo los pañuelos empapados en lágrimas, mientras el tren, cada instante más lejos de la estación, rumbo a Rusia, correspondía a los saludos echando al aire adioses de vapor. Algunos libros abrigan flores todavía –cortadas en el esplendor de los jardines, pero ahora secas y quebradizas– y tras ellos, no sé cómo llego a saberlo porque no he quitado un solo volumen, se esconden tenues souvenirs de nácar, seda y encaje, preciosos estuches donde guardar miniaturas, y un atado de cartas, con sus sobres azules, de las que conozco línea por línea las palabras que escribiste. Todo me resulta tan familiar de pronto, que el horror a que aquellos objetos me amarren al palacio me expulsa hacia la calle. Bajo con atropello las escaleras perseguido por una fragancia, y en el portal encuentro sobre el mármol una gorra manchada con sangre. La recojo y voy al puente a encontrar a su dueño. De cara al canal, contemplando el reloj de mano que guarda entre los dedos, está mi abuelo con la cabeza desnuda y lastimada. Le tiendo la gorra y él me regala el reloj. Yo no tengo treinta años en el puente; le pregunto si el abismo que separa mis sueños y la realidad me volverá loco. Sonríe, como si alguien,

alguna vez, le hubiera respondido a él esa misma pregunta. Luego, serio, me dice que no.

"A condición de que creas en tus sueños verdaderamente. De que observes la vida con atención, compares lo que ves con tus castillos en el aire y trabajes para hacer realidad las imágenes soñadas. Si entonces existe algún punto de contacto entre la vida y los sueños, todo resulta correcto."

Mi abuelo acaricia mi cabeza y camina en el rumbo opuesto al del Palacio. Mientras lo observo alejarse, alguien por detrás me sorprende y con sus manos me cubre los ojos, me ahoga con esa fragancia exótica de la que huí.

Desperté con la cara apretada a la almohada, empapada en sudor. La fragancia de L' Air du Temps con que impregnaste la tela aún persiste. Tuve entonces la visión concreta de qué significa sobrevivir con lo que me daña, cómo construir el futuro con los ladrillos que me arroja el pasado. Y no tengo otros ladrillos.

Chanel refiere que en una de las cartas Reverdy le escribió que, puesto a pensar en sus raíces, se le ocurría imaginarlas semejantes a las del clavel del aire, que se desentienden de cualquier suelo exacto y se nutren de una cierta composición desprolija, invisible y material de la atmósfera; un clima, un fluido que tiene nada en común con las fronteras que se ven en los planisferios. "No tengo otro modo de expresarlo, ya que me lo reclama. Soy compatriota de los que no saben qué hacer de su vida." No era ese el caso de Chanel.

El recuerdo de la carta parece agobiarla. Al tiempo que la va recuperando durante una entrevista, advierte que todo lo que los unía era también lo que los separaba. Acaso haya que considerar si ella, al formular el reclamo a Reverdy, no pensaba menos en las amarras del suelo natal que en las del matrimonio. Esa vez tampoco se entendieron, y el derrotero que cada uno seguiría después explica, antes que una felicidad desaprovechada, una voluntad de distancia ciega pero irresistible. Aún en los momentos en que más cerca creyeron estar, habitaron patrias distintas en un mismo suelo. Arriesgaría que la patria de Chanel era el trabajo, y solo por cortesía hacia Reverdy se abandonaba a la melancolía. ¿Cómo, entonces, estuvieron juntos? Creo que cualquier desdicha amorosa, al menos por un tiempo, se sobrelleva con el estilo. En el amor ella parece siempre una viajera por patrias que no le pertenecen. Al cabo me pregunto si habitamos alguna vez la misma patria. ¿No era tu secreta voluntad al verme que cada una de todas tus faldas se dañara?

¿Cuál es el paisaje real de mi patria? No se equivoca el Gran Duque cuando dice que vive aquí tan a gusto como en San Petersburgo. Soy yo el extranjero. No hay en su casa objetos que evoquen el esfuerzo, el trabajo; parecen desprenderse de la naturaleza, como un ocaso. Es casi imposible guardar el recuerdo de la minucia; todo está desvanecido en un paisaje, cada cosa es irrecuperable en su particularidad. No hay forma de ver que no sea mirarlo todo. Eso es la riqueza. En el instante en que pude estar solo busqué el detalle que salvara el conjunto. A excepción de uno del segundo Nicolás, no hay retratos en la casa. No había música, ni hay tampoco un color sino todos los colores, contiguos de tal suerte que el ojo mira sin ver en una penumbra inalterable. Solo cuando el Gran Duque regresó al sillón, se sentó y encabalgó una pierna sobre la otra, el zapato negro, suspendido en el aire, me señaló sobre la mesa la presencia de un reloj de arena en el que el tiempo se desliza siempre igual, sin marcas que diferencien un instante del siguiente. Al encontrar ese reloj supe que ya no perdería el paisaje, que me bastaría recordarlo para componer, a partir de él, su entorno, y organizar mis movimientos por las habitaciones.

La luz de la mañana envolvía los escritorios con una niebla de oro transparente. Después de algunos días encerrado en casa, copiando las voces de las cintas, otra vez me senté en mi silla ante un mueble vacío de papeles. La mujer que hace la limpieza, extrañada al verme en la redacción a esa hora del día, interrumpió su trabajo, fue a la cocina y regresó para alcanzarme una taza de café. "Antes huela. Es una sorpresa." Reconocí en el aroma una leve declinación de canela. "Como a usted le gusta." Me dijo que el secretario estaba encerrado en su oficina. Esperó a que probara el café, después sonrió y volvió a sus tareas. Tenía mucho tiempo antes de que los demás llegaran.

Para las mujeres casadas, los hombres solteros somos como niños; nos prodigan cuidados de una ternura extemporánea y jamás atienden a nuestra opinión sobre cuestiones importantes. "El matrimonio es lo único que puede proteger verdaderamente a una mujer", decía Chanel. Sé que para las mujeres casadas somos amables fracasos del mundo que les evocan la libertad unas veces, y otras la desesperación; ninguna de ellas nos confiaría entera su vida. Solo sus mejores perfiles. Necesitan verificar –como verifican, por ejemplo, ante el espejo y en el momento en que el esposo está fuera de la casa, que la cintura aún satisface las exigencias de una entrañable pollera antigua– que no los han perdido. El amor secreto con una mujer casada es el mejor amor posible para un hombre soltero. Y también el peor.

Abrí el sobre donde llevaba la nota terminada. Intenté leerla una última vez, pero más allá de las primeras líneas no pude continuar.

Deseaba leer lo que no había escrito. Todo aquello que pudiera interesar a alguien quedó fuera de la nota. He reducido a Chanel al magro figurín del que ella escapaba. La he convertido en una mujer afanosamente actual. Indiferente. Terminé la taza de café, devolví las hojas al sobre. Fui a la oficina del secretario de redacción.

Está destruido. Un mismo enigma me sostiene y lo derrumba. Apenas si miro los papeles como si se tratara de fotografías. No leyó una sola línea, guardó las hojas y deslizó sobre el escritorio, hasta mí, una caja envuelta en papel marmolado y ceñida con cintas de seda, en los tres colores de la bandera imperial. Corté las cintas.

"Por favor. No rasgue el papel."

Retiré la caja sin dañarlo y él lo recogió con precaución de arqueólogo.

"Es un suminagashi, murmuró mientras deslizaba las yemas acariciando el papel. Auténtico." Con la mirada me pidió quedárselo.

Al quitar la tapa encontré otra caja, que la primera protegía, y dentro de la segunda un largo estuche de terciopelo púrpura. En la cubierta, bordado con hilos de oro, lleva el emblema del águila bicéfala. En el fondo de la caja estaban los volúmenes del Manual del duelo que el Gran Duque escribió. El estuche cede con una llavecita. Guarda una pluma negra de faisán con la cánula de oro.

No hay regalo que no me escandalice; en esto no invento nada, sin embargo, tal vez no lo entiendas. Comprendí en ese gesto un abrumador desafío que me invitaba a trabar un duelo cuya dilación ya no tiene sentido. Nada más me quedaba decidir el arma. Elegí una transitoria, una imperceptible ilusión de coraje que se llamara Rojo amor. No me engaño. Sé que nadie puede decir lo que desea, excepto los ricos. Pero no tengo otra cosa que mi trabajo, y mi trabajo es una esperanzada aproximación a lo que nunca diré. Mi trabajo tiene dos sellos, la eficacia y la insatisfacción. Cómo quejarme, si lo elegí; pero no me pidas que lo celebre. Es difícil vivir para quien ama a una mujer o sus propios sueños. Vivir en serio es doloroso, y en esto tu ayuda es inconmensurable. Pero nadie puede creer que el libro que uno escriba es el hijo que otro tiene. Es tan absurdo pensar algo así. No escribiré en paralelo al aumento del volumen de tu vientre.

No teníamos nada de qué hablar. Ahora sé que, sin haber leído una sola línea, han comprado las páginas necesarias para publicar la entrevista con el Gran Duque.

"Confían en usted", dijo el secretario.

Me humillan, es cierto. Me advierten que nada que yo pueda escribir habrá de escandalizarlos. Me advierten que estoy perdido.

Que solo avanzaré humillado. El secretario de redacción ha comprendido que ya no trabajo para él. Me preguntó qué pienso hacer. Le dije que no sabía. Abrió su cajón, tomó un sobre cerrado y me lo acercó. Alguien había manuscrito mi nombre en el anverso. Lo guardé en el bolsillo sin decidirme a reconocer la caligrafía. Sin embargo, mi trabajo en la revista no ha terminado. Queda un suelto por escribir. Han pedido que yo lo haga.

Compruebo que no guardo en la memoria un solo objeto que salve el recuerdo de tu dormitorio. En la espesa penumbra de esa única noche en tu casa no llegué a ver las lámparas, las mesas de noche, las fotografías. No alcancé a ver nada que no fuera tuyo en esa habitación. Apenas supe que usabas camisón para dormir en esa cama y que lo guardabas bajo la almohada. Sobre el lado izquierdo. Tus manos lo quitaron por la cabeza y las mías deslizaron por tus piernas la única breve prenda blanca que quedaba.

«En uno de los tantos bailes que se celebraron en el Palacio de Anitchkov durante 1884, Su Alteza Imperial, el Gran Duque Nicolás Alexandrovich, aprovechó el paso de danza para deslizar inadvertidamente un broche de diamantes en la mano enguantada de Alejandra Feodorovna. Sorprendida primero, y luego ruborizada por venir el regalo del heredero al trono, ella lo encerró en un puño toda la velada y al llegar a su alcoba lo guardó en el alhajero del tocador. Pasaron los días y sin embargo no acababa de decidir si correspondía o no aceptar el broche. Tiempo después, en la celebración de su cumpleaños número once, invitó al Gran Duque a que la acompañara en el piano, ejecutando a cuatro manos piezas del malogrado Piotr Tchaikowski. No bien concluyeron el ejercicio, mientras los invitados aplaudían, Alejandra Feodorovna se apresuró en dejar el taburete. Mucha fue la sorpresa del pequeño Nicolás cuando advirtió sobre el teclado el broche de diamantes. Ahora él lo apretó en un puño para ocultar el primer desaire que una mujer le causara, no teniendo aún cumplidos los quince años.

Ese mismo año de 1884, Su Majestad Imperial el Zar Alejandro decidió asombrar a su esposa con el tradicional regalo de Pascuas. Llamó al orfebre predilecto de la corte, Peter Carl Fabergé, y lo conminó a soñar una pieza memorable. Durante semanas el artista se debatió en su estudio. La zarina prefería la cascada de perlas durante el día y por la noche solo lucía diamantes. ¿Cómo innovaría el orfebre con tan pobre variedad? Echando mano a lo mejor de su arte y a la tradición pascual, realizó un huevo de oro de tamaño natural, cuyo interior guardaba una gallinita que contenía, a su vez, una réplica de

la corona imperial con rubíes engarzados. Tanto conmovió la alhaja a la zarina que Alejandro, desde entonces, se vio obligado a encargar al orfebre dos huevos al año, uno para su esposa y otro para su madre.

El sucesor en el trono, Nicolás, conservó la costumbre. En 1895 obsequió a su esposa Alejandra –aquella que lo desairara siendo niños los dos– el Huevo de la Rosa, pieza en oro, diamantes y esmalte carmín que armonizaba con la alcoba malva de la zarina. Hasta 1917, año de su radicación en Suiza, el orfebre de la corte realizó 57 huevos, todos piezas únicas según el archivo de Kenneth Snowman, máxima autoridad mundial en Fabergé.

Las cuatro hijas de Nicolás y Alejandra –Olga, Tatiana, María y Anastasia– recibían de sus padres una perla y un diamante el día de su cumpleaños, y un par semejante el día de su santo. En 1917, la Princesa Olga tenía un collar con 44 perlas y otro con 44 brillantes.

Estas son apenas algunas de las historias que podrán revivirse en unos días, cuando el Museo Nacional de Bellas Artes abra sus salones a la primera muestra internacional de joyas de la dinastia romanov. "Podrá verse todo, o casi todo", afirman sin ocultar su satisfacción los organizadores, que consiguieron de Malcolm Forbes, Stravros Niarchos y el barón Thyssen el consentimiento para reunir, por primera vez, sus colecciones privadas en esta muestra conjunta.

Cada pieza tiene su historia y el catálogo la registrará en sus mínimos detalles. "Desde hace siglos las joyas nos hablan del amor –dice el representante de nuestro país– y ese sentimiento es el espíritu que anima la muestra. ¿Qué hombre no ha soñado encadenar el corazón de una mujer regalándole un collar de diamantes? Pero se equivoca, naturalmente. Desde ese momento será él quien se someta. Y ella lo sabe." Al preguntar por qué, otro de los organizadores nos responde. "Nada más ella se siente frente al tocador y recoja el cabello, él correrá a su espalda para abrochar la joya. Ese es el encanto y el secreto de algunas piezas. Si desea que la dama las luzca, el caballero deberá convertirse en su esclavo. ¡Incluso si es un Romanov!"

¿Cómo era en verdad la Rusia de los Zares? Ahora todos podrán conocerla por sus propios ojos, cuando aquí se inaugure la muestra que luego viajará al Museo de Arte Moderno de New York y el año entrante a las grandes capitales europeas. Naturalmente, una pregunta flota en el aire y los organizadores no dudan en responderla. "Ciudades de todo el mundo se disputaron la inauguración de la muestra, y todas tenían sus razones. Pero una hizo inclinar la balanza desde el primer momento. No hay otra ciudad como esta donde reviva el espíritu de la lejana San Petersburgo de los Romanov. Que aquí se exhiban por primera vez estos tesoros es la mejor forma de rendir

homenaje a ese espíritu” (6 al 27 de noviembre en el Museo Nacional de Bellas Artes, av. del Libertador 1473).»

Rojo amor

Primera Parte

Primer capítulo

Un atardecer, a mediados de 1927, un joven, bajo la lluvia, esperaba a la puerta del edificio de Admisión de Extranjeros. El viento, soplando con violencia desde el río, envolvía el agua y la arrojaba contra el muro de ladrillos. El joven estaba empapado; sin embargo, su más grave contratiempo no era la tormenta feroz, sino la precaria destreza en el idioma de esa ciudad. En los balbuceos, no había conseguido hacerse entender ninguna de las veces en que lo echaron a la calle.

Parecía loco. Borrosas en él se sostenían, apenas, las cinceladas que el martillo de la gloria imprimió sobre su cuerpo en otros tiempos, cuando la Historia rugió en el mundo. Llevaba ropa proletaria. Áspera camisa de triple costura y amplios pantalones con cuatro bolsillos, los traseros en aplique y los delanteros abiertos como bocas en la tela. Sus zapatos de fábrica, de tan mojados opacos, se fijaban al fango como islotes negros. La lluvia le apretaba la gorra al cráneo. ¿Quién era? ¿Dónde sobrevivía la gloria conocida?

En la mirada oceánica, tal vez, que de a ratos encendían los relámpagos y de a ratos el odio a los policías que vigilaban la entrada del edificio. Acaso en la apostura con que enfrentaba la demora, como si fuera un roble blindado en plata. O en algo impreciso, como el temblor del alucinado que a punto está de perderlo todo. Si no era el frío, y tampoco el viento, ¿qué lo estremecía? La tensión que inyecta a su sistema nervioso aquel que quiere ya, no más tarde, no después ni cuando sea posible, sino ahora, lo que desea.

No es un hombre violento, pero tampoco admite las injusticias, porque las conoce bien. Lleva horas escuchando el pandemonio de idiomas que se derrama desde una alta ventana, cerrada con barrotes, y le taladra el conjunto encefálico como una mecha hirviente de platino iridiado. Según el viento su empuje amaina, distingue coloridos ramalazos de su lengua natal, pero no tarda en perderlos en el maremagno babélico donde idiomas y truenos se confunden. En vano intenta reconocer un nombre, reconocer una voz.

Ya es la noche en la ciudad y en el río encabritado. La guardia cambia. Del joven a unos pasos, un rústico policía resignado, un hombre de provincias que sin conciencia abrazó esa profesión criminal, se aposta en la entrada. Lleva un capote negro de gabardina mezclada con hilos de sarga, ceñido al cuerpo en el tronco y con amplios faldones hasta más allá de las rodillas; ideal para jornadas inclementes y con el beneficio de una trama que por prieta se hace prácticamente impermeable. Nada más por hábitos reglamentarios, el policía lo mira con odio; pero al cabo puede más la admiración que despierta el temple del obrero y el guardia cede a ablandar, apenas, la mirada. Esa flojera decide al joven a un nuevo intento. A medida que da los pasos firmes sobre el fango, memoriza en su nuevo idioma la fórmula de cortesía y las palabras del favor que ha de pedir.

Más tarde, la entrada al edificio le seguirá prohibida, pero del guardián habrá obtenido la respuesta que hasta entonces le habían negado sin más razones que las del abuso de autoridad. La respuesta que habrá de destrozarle el pecho.

Segundo capítulo

¿Por qué tiene el arte que pintar las tristezas del mundo? ¿No hay acaso historias bonitas que aún no fueron contadas? Tal vez. Pero si la que ha de contarse es historia de enamorados pobres, no habrá en ella alegría que la desdicha no tizne. Ese joven, por ejemplo, que ahora camina por la Nevski, ¿por qué no disfruta como propias las maravillas de la capital? Las paladea con temor, las saluda admirado, pero no consigue sentir que le pertenezcan. ¿No es suya ahora la ciudad, como de cualquier obrero del mundo? Seguramente; sin embargo, y no lo lamenta, será siempre un extranjero en el lujo. No es su reino este mundo de torres y palacios.

Llegó niñito a la ciudad. Solo. Vagó famélico por las calles nevadas de San Petersburgo y como saludo de bienvenida recibió el desprecio de sus habitantes, casi todos funcionarios de la tiranía o blandos oficiales en perpetua licencia. A punto de morir, un obrero –quién si no– salvó la vida del niño.

Un viejo fogonero que trabajaba en las calderas del Palacio de Anitchkov, salió al amanecer para recibir el trineo donde acarreaban el carbón de la semana. Todo era sombra. La calle estaba desierta. Como el trineo no llegaba todavía resolvió esperarlo mientras fumaba un cigarro en la alborada. La parte trasera del Palacio era, como todas las trastiendas de los zares, un lugar sórdido. La basura florecía sobre los escombros. El fogonero se sentó sobre un pilar del muro y de pronto observó que algo temblaba en las sombras. Imaginando la agonía de un animalito, se apresuró a socorrerlo pero encontró al pequeño. Envuelto con papeles y harapos, se había abrazado a una tubería externa de la calefacción del Palacio.

El fogonero Rogov no pudo animarlo. Aterrado por la idea de que el niñito muriera congelado, lo cargó en los hombros y lo llevó a los sótanos del Palacio, donde el obrero magramente se ganaba la vida echando carbón en los hornos de la caldera imperial. Ya casi sin esperanzas, lo arrojó con todo y ropas a un barril de agua hirviendo, donde el pequeño acabó por animarse. Le dio a beber vodka, luego té, y lo acostó en un camastro, mientras él volvía a la calle a recoger el

carbón.

Volodia –así llamaban al niñito en su pueblo natal– tardó en recuperarse, y solo alcanzó a tenerse en pie después de varios días en que el fogonero lo convidara con queso y pescado que conseguía robar de las sobras de la cena imperial. No demoraron, en cambio, en tomar cariño el uno por el otro. Rogov supo que también Volodia era de Nijni-Novgorod y había crecido entre juegos inocentes y saqueos de madera en los astilleros a la vera del Volga. Por evitarle a su madre la vergüenza de verlo hambriento, Volodia había escapado de la casa y ambulado sin rumbo hasta la capital del imperio.

Para Rogov fue como verse en un retrato animado de su propia infancia, y como de natural ocurre en los adultos de corazón ingenuo, decidió que haría todo por evitar al niño las penurias que él mismo había sufrido al llegar también a la ciudad. Le prometió que intercedería ante el jefe de la guardia para que lo admitieran en el Palacio como ayudante del fogonero, pretextando que ese invierno era más crudo que los anteriores y que necesitaría auxilio para conservar el calor del edificio. Daba por seguro que no le pagarían un solo kopec, pero al menos Volodia podría compartir con los demás sirvientes la comida que despreciaran los guardias del zar. El destino haría el resto, le decía el fogonero, quien ya veía en Volodia a un hijito.

Así comenzó la vida del pequeño en San Petersburgo. ¡Qué diría su madre, se preguntaba, de saber que Volodia dormía en los sótanos de Anitchkov! ¡Y qué sus hermanos, esos cofrades nihilistas, de enterarse que pisos arriba estaban las alcobas de los tiranos del pueblo ruso!

Volodia ignoraba que existiera algún trabajo que no fuera violento, por lo que no le fue difícil acostumbrarse a cargar, por horas, el carbón en los depósitos, o echarlo a las gigantescas calderas que debían hervir sin pausa a lo largo del año. Solo de madrugada podía permitirse un descanso, pero no lo hacía.

Enterado de que en la ciudad se conspiraba contra los zares, Volodia serpeaba entre las sombras y la nieve, andaba por calles siempre laterales a las iluminadas y se llegaba a la entrada secreta de la librería del buen Kalmykov, donde a pesar de su edad lo habían admitido por su extraordinario valor y su origen proletario. El librero, al percatarse de que alguien golpeaba la puerta secreta a la altura de un metro y algo más, dejaba entrar al niño, le acariciaba la cabeza y lo enviaba a un rincón; allí, sin padecer el frío terrible de la calle, Volodia quedaba oyendo esas conversaciones que incendiaban su corazón. Esas miserias, esos sufrimientos de los que tanto se hablaba en la librería, eran para él la vida misma y desconocía que se pudiera

vivir de otra manera que siendo un esclavo. Sin embargo, durante las reuniones su cerebro se inflamaba por la vergüenza de deberle la comida diaria al servicio que prestaba a los explotadores del pueblo.

Fue mucho lo que aprendió entre los conspiradores. Modificó su lenguaje, con empeño alcanzó la maravillosa habilidad de leer la lengua que antes solo hablaba, dispuso de libros, conoció ideas, aprendió el arte del argumento y el de la réplica mordaz, y, con todo, esas satisfacciones fueron poco al lado del odio que por dentro lo iba desbastando. Sin saber cómo, en un suave declinar de la conciencia, caía en ensueños mientras echaba carbón en las calderas, y se descubría imaginando que, sobre la pala de hierro, llevaba sangrantes las cabezas de la familia imperial.

Al tiempo, empero, comenzó a desentenderse de lo que se conversaba en las reuniones. Allí nunca se decidía nada. Las descripciones eran precisas, pero no se pasaba a los sucesos. Se presumía que toda acción al cabo era política, pero Volodia se daba a pensar que no hay política si no se disputa el poder. Una noche oyó hablar de la fábrica de bombas que los nihilistas tenían en el callejón Svejni, y a la siguiente ya no fue a la librería. Se ofreció en la fábrica para asesinar a los zares de Rusia.

En principio los nihilistas despreciaron su arrojo. Veían en Volodia incubarse todos los méritos, pero dudaban en confiarle una misión que, si bien les recordaba la noche en que Sofía Perovskaia había volado el carruaje donde viajaba el segundo de los Alejandros, también les evocaba la persecución sangrienta que se desató cuando con el mismo objetivo habían fracasado ante el sucesor. Cinco nihilistas movía el viento en el patíbulo a la luz de las antorchas en la fortaleza de Schlusserburgo. Si el niño no cumplía la misión, no habría escapatoria para nadie cuando la Ojrana saliera a asesinar nihilistas por los barrios.

Volodia advirtió el recelo con que lo trataban. Hizo un juramento y desapareció del callejón Svejni. Semanas después regresó a la fábrica de bombas con un informe para que los nihilistas lo estudiaran; en él había anotado con precisión de orfebre los datos necesarios y el momento y el sitio oportunos para el atentado. Sería en la madrugada y en las alcobas.

Volodia se desplazaría por los conductos y tuberías que solo conocían los fogoneros, luego por las escaleras y los corredores tapizados hasta alcanzar las alcobas. Las habitaciones del zar constaban de una antecámara, el gabinete de trabajo, la habitación donde mudaba de ropas –con una piscina de aguas termales–, la del ayuda de cámara, el guardarropas, el salón de billar –rodeado por una galería con los retratos de los miembros de la familia en sus tres siglos

de tiranía– y detrás el dormitorio.

Fuera, en el pasillo, hacían guardia los abisinios que Catalina había impuesto como escolta, turnándose de a cuatro por vez. Al otro lado estaban las habitaciones de la zarina, con su gabinete, sus cámaras, el salón donde ejercitaba el piano, y el dormitorio, en el que un corredor permitía acceder a las habitaciones de las princesitas.

Cuando volaran por el aire, la primera reacción de los zares sería atribuir la explosión al crudo realismo de los sueños. Todo quedó arreglado. El niño solo pedía las bombas.

Los nihilistas pusieron, literalmente, manos a la obra. Fabricaron tres bombas según el sistema inventado por Alejandro Ulianov; un explosivo de dinamita con la forma de un libro. Los tres volúmenes pronto quedaron listos y en una ceremonia pasaron a manos de Volodia. Él los apretó contra su ropa impregnada de carbón y regresó al Palacio.

Con la parsimonia del infante que regresa de la escuela, chanceó con un guardia, luego con otro, y con los volúmenes bajó hasta los sótanos. Allí se vestiría con harapos más adecuados para recorrer las tuberías.

«Niño, ¡qué haces aquí!», oyó que le decían desde la sombra mientras se desnudaba. No era la voz del fogonero Rogov. Volodia, asombrado de que ya lo hubieran descubierto, sopló la llama de la vela y echó a correr. Lo atraparon.

Tercer capítulo

«Soy el ayudante del fogonero Rogov», respondió el niño.

«Ayudante. ¿Y por qué entonces no lo ayudas? Respeta su sueño y el mío también.»

Era un hombre que al hablar de prisa olvidaba pronunciar algunos sonidos, a causa de un frenillo no corregido a tiempo en la infancia. Había vuelto a encender el cabo de la vela y la luz agonizaba. Volodia lo veía de espaldas, envuelto en una manta con hilachas y encorvado sobre la llama para avivar el cigarrillo. Había callado y sin embargo la ronca música de su voz persistía en el sótano; ese extraño timbre de quien, sabiéndose en defecto, hacía de su falla un mérito al prescindir de un frenillo perfecto. La calva le brillaba y, al aspirar, las venas del cráneo bullían bajo la piel. Echó el humo por la nariz. Atenuados por una luz avara, sus rasgos no cesaban de evocar el tipo mongol de la Rusia central.

«En Rusia los obreros no leen. Quienes te los hayan dado son unos ineptos y de seguro que sé quiénes son.»

«Qué dice usted. Yo sé leer.»

«Entonces dedícate a los libros verdaderos. Eres en el mismo grado tan valiente como tonto. En toda Rusia solo hay un hombre más inepto que tus jefes, el guardia que no pudo ver que traes bombas al Palacio.»

«Qué es lo que tanto sabe usted, que defiende la vida de los explotadores. No me engaña su voz de hombre culto que quiere pasar por sabio. Ya la tengo aprendida...»

«... en la trastienda del librero Kalmykov.»

Volodia se sintió abochornado por ese hombre, sereno y violento, que parecía saberlo todo. Dio lentamente la vuelta, alzó el cráneo en el resplandor del cigarrillo y miró a Volodia hasta encantarlo. La secuela de una hemiplejía daba, de tanto en tanto, guiños en su ojo izquierdo.

«Veo que no hay bombas que despierten al buen Rogov ni calma

que me deje dormir. Siéntate y escucha, porque haré de ti un verdadero revolucionario y no una marioneta de los nihilistas. Lo primero: me debes la vida. Antes de que arrojaras la segunda bomba, la primera ya te habría hecho volar por el aire con los siervos de Abisinia. Lo segundo, y es más importante: el terror sirve para nada si no sabes qué hacer con él. Cuando los nihilistas eliminaron al zar solo consiguieron que su hermano, cien veces más cruel, diera la orden de asesinar a cualquier sospechoso. Los obreros no ganaron nada, ni enterarse pudieron de que la bomba había estallado para darles la libertad. Los nihilistas son unos imbéciles que nada más quieren el bien de Rusia. Eso es nada comparado con el bien de los obreros y los campesinos del mundo entero. Hay que desquiciar el planeta, ¿me comprendes, muchacho? Imagínate que donde solo sopla el viento de la estepa, ejecute un concierto una orquesta de millones y millones de músicos, A eso me refiero. Pero los nihilistas nada más afinan para ser solistas y a tí, que eres un tonto, también te engañaron. Acéptalo. Al cabo, será la última vez que lo hagan. Solo porque ven con los ojos creen que muerto el zar acabó la rabia, pero cuando aprendan a mirar con el cerebro entenderán que es mejor buscar una vacuna definitiva. ¿Crees que porque una mañana te despiertas no volverás a soñar pesadillas la noche siguiente? Tras un zar llega otro, que nada más está esperando que los nihilistas arrojen la bomba que le dejará libre el trono. ¡Yo acuso a los nihilistas de ser cómplices de los Romanov sin saberlo! ¡Muere un solo zar, y al día siguiente mueren cien obreros! Tú eres un obrero, tú no piensas nada más que en la perfección de tu ombligo, y desde esta noche serás otra oveja que escapa de ese rebaño guiado por locos y se convierte en lobo. Crees que es bueno eliminar al zar, pero no comprendes qué es malo para tus camaradas. Solo es bueno lo que lleva a la Revolución, el resto es inmoral y conviene abandonarlo. Las bombas de los ineptos atrasan el reloj de la Historia. Ya tendrás tiempo de ejercitar el odio, pero lo harás con todos los explotados, con todos los camaradas, y no cuando te venga en gana. El Partido dará la señal a la hora exacta. Y ahora duérmete, necesito pensar.»

Nunca antes lo había visto ni oído, pero todos en la trastienda del librero Kalmykov hablaban de ese hombre, discutían sus artículos, lo amaban y algunos también lo odiaban por no resignarse a que la razón estuviera de su parte. Hasta los nihilistas lo respetaban como a nadie, y no olvidaban que su hermano fue uno de ellos y por eso había sido asesinado. Los aldeanos de Shushenskoie lo apodaban «el abogado de los pobres», porque era el único que se atrevía a defenderlos de los atropellos de sus amos. Era la Sombra Negra del Volga que no dejaba dormir a los agentes de la Ojrana zarista. El niño, llevado hasta las lágrimas por la emoción, se arropó en su manta y descansó el cráneo

sobre el atado de ropa. El hombre fumaba en la mesa.

«Buenas noches, señor, le pido perdón.»

«Ya, ya, duérmete de una vez que no soy tu niannka para acunarte. Si quieres hablar queda todo el futuro. Buenas noches.»

«Hasta mañana, Illych Ulianov.»

El hombre apagó la vela y en las sombras sonrió.

Cuarto capítulo

«¡Ey, mira por dónde andas, que pareces hermano de Akaki Akakievich!»

Solo cuando entre balbuceos acababa de pedir disculpas, Volodia comprendió que había tropezado con un jardinero que cuidaba los brotes tiernos inclinado sobre los canteros de la plaza. Ayudó al camarada a levantarse, le ofreció su pañuelo para quitar el barro de la camisa y volvió a excusarse. Luego, cuando pretendió seguir su camino, entendió que no sabía dónde iba. Llevaba horas errando por las calles como un fantasma.

El aniversario de la muerte de Illych Ulianov había llegado. Parecía imposible. Contra sus más profundas convicciones, Volodia observaba que acaso el calendario, la sencilla coincidencia de días, dañaba a los hombres más que el paso del tiempo. No iría al mausoleo, bien sabía él –aunque se cuidara de decirlo ante los camaradas– que allí no estaba el querido Illych. Esa momia no era nada, sino un atavismo macabro para eludir la verdad. Cómo hablar de los muertos, pensaba Volodia, si no existen. Era como hablar de la nada. Ese cuerpo frío, vaciado y vuelto a llenar, no era Illych. Recordó que cierta vez, en la trastienda del librero Kalmykov, alguien había dicho que «cuando estás en la mesa de disecciones y tienes ante tí un cadáver, hasta el más obcecado de los espiritualistas está obligado a preguntarse "pero ¿dónde está el alma aquí?"». Desde el atardecer del día de su muerte, Illych ya no existía.

Volodia se acodó en el puente de Anitchkov. Por debajo, igual que continentes que se persiguieran para recomponer la forma primordial de un rompecabezas, los trozos de hielo naufragaban en el canal empujados por la corriente. Encendió un cigarrillo. Sobre las aguas, trémula, se fue dibujando la última imagen de su niñez que guardaba en la memoria. Desnudo y enclenque en el barril de agua caliente, de un tirón arranca la cruz que como casi todos los rusos lleva en el pecho; la encierra en el puño, la sopesa, y luego la arroja al fuego de la caldera imperial. Ya no tendrá Dios. Jamás lo tuvo, pero la dejadez o el temor lo habían acostumbrado a conservar esa paparrucha que

algún artesano menesteroso debió tallar por una cucharada de sopa. En la parábola que hace la cruz, de su mano hacia el fuego, él, que nunca ha sido niño, siente que deja de serlo. Las tablitas crepitan un instante y se deshacen tras un pálido fulgor.

¿Niños rusos? Volodia no recordaba haber visto alguno jamás, aunque los oyó jugar y reír al cuidado de institutrices inglesas. En aquellas noches, ahora tan remotas, mientras él echaba carbón en las calderas del Palacio Imperial, por las galerías de la calefacción le llegaba una dulce voz que cantaba en una lengua desconocida, y después las voces de los únicos niños de Rusia, que repetían la canción hasta aprenderla. Los niños de Rusia jamás hablaron el ruso.

Con facilidad Volodia consiguió prolongar el recuerdo de aquel día en que incendió la cruz. Illych estaba también en los sótanos del Palacio. Fumaba. «Tú elegiste el fuego, muchacho. Yo las aguas del Volga. Pero es lo mismo. Los hombres están solos de dios –le había dicho con la mirada perdida en las llamas de la caldera–, aunque los pobres todavía no lo saben. Los ricos sí. Por eso no sienten temor ni remordimiento al explotar a los pobres. No temen a dios porque saben que nadie debe temer lo que no existe. Pero se han inventado uno más poderoso a su imagen y semejanza. Ellos idolatran el Dinero. Se horrorizan ante la idea de que un día pueda faltarles su bendición. Solo la Revolución podrá castigar a los explotadores por el daño que causan, y no habrá precio en el mundo cuando quieran comprar indulgencias. Ellos lo saben.» Esa última mañana de su infancia Volodia ayudó a Vladimir Illych a esconderse en una bolsa de carbón. Luego el fogonero Rogov lo cargó en los hombros y lo entrego a los camaradas que llevarían a Illych al exilio.

Una pareja, entretenida en hacer andar guijarros sobre la superficie del canal, con un disparo estremeció las aguas y Volodia observó que el espejo de su pasado se desvanecía. Las imágenes se esfumaron y su cerebro regresó al presente. A unos pasos, más allá del puente, estaba abandonado el palacio donde se había infectado los pulmones con carbón. Le costó respirar. El aire se enrarecía en Leningrado. Tal vez porque él lo sentía así, imaginaba que todo el mundo estaba algo más solo esa mañana del aniversario. En unas horas más el tiempo se detendría. Al unísono aullarían las sirenas de todas las fábricas, todos los trenes detendrían su marcha, todos los barcos suspenderían sus viajes y las cabezas de todos los pobres quedarían desnudas de gorras y pañuelos.

Un Packard negro avanzaba hacia el puente. Volodia lo observó con desinterés y volvió la mirada al canal. De pronto, a su espalda sonaron pasos de carrera, dos camaradas lo alzaron por los brazos y los tres cayeron a las aguas en el instante en que las ráfagas de ametralladora

desmoronaban la pared del puente. El Packard aceleró y se perdió a lo lejos mientras dos camaradas nadaban hacia la orilla del canal. Arrastraban al que había muerto en el aire.

Quinto capítulo

Anna Sergueievna y el marinero Vakimlimchuk se casaron en 1905. El sangriento domingo de enero de ese año se conocieron, cuando la columna de obreros llegó a las puertas del Palacio de los zares y fue masacrada por la Guardia Imperial. Mil cadáveres quedaron en las avenidas esa mañana, y otros mil fueron cargados por los camaradas mientras huían hacia los barrios pobres de San Petersburgo. Anna, enloquecida de horror, pretendió quedarse, hacerse matar. El marinero la envolvió por el talle y se la echó al hombro, mientras ella no cesaba de gritar que quería matar a Dios con sus propias manos.

El matrimonio de Anna fue fugaz. Meses después, ese mismo año, recibió una noticia tan demorada como que entre el suceso y su comentario debió atravesar todo el imperio, de sur a norte, en las lentas botas de la Ojrana. Dormía cuando llamaron a su puerta. Su esposo había muerto a bordo del acorazado. Lo velaron sus camaradas en el puerto de Odessa, bajo una bóveda sofocante de lonas y redes. El cadáver tenía semanas de hundido en las aguas del Mar Negro.

Anna y su esposo llevaban tiempo sin verse, aunque cada uno era para el otro la persona en el mundo más querida. Lo que el oficial se atrevió a ocultarle, ella lo imaginó persuadida de no errar. Cerró la puerta y pasó el resto de la noche llorando. Apenas amaneciera tendría que volver a la metalúrgica Putílov. Más tiempo pasó y un día antiguos camaradas de su esposo le confirmaron que un oficial había asesinado a Vakimlimchuk. En la casa dejaron el epitafio escrito a carbón que salvaron de las aguas.

Años más tarde, Anna enamoró a un buen hombre que despreciando el provecho personal alentó el asalto final de los bolcheviques. La felicidad no fue mucho más extensa esta vez. El segundo esposo de Anna, siendo joven todavía, murió. Sin pena excesiva en la agonía, el buen hombre se complacía en saber que su persona había merecido el amor de una mujer como Anna. Ella se sintió menos sola esta vez. Tenía una hija y ya no había zares en Rusia.

Anna dio al Partido la casa de pensión que heredara de su segundo

esposo y desde entonces obreros y estudiantes la habitaban junto a las dos mujeres, contribuyendo todos en partes iguales al sostén y las refacciones.

Estos fueron los sucesos que el camarada relató a Volodia mientras se dirigían a la casa de Anna Sergueievna. Aún llevaban las ropas empapadas. Anna recibió a Volodia en la cocina y le rogó que la disculpara solo un momento, en tanto acababa la tarea diaria. Cerró al fin su cuaderno de clases y suspiró aliviada. Cada día, comentó, más esfuerzo le costaba resolver los ejercicios, pero en la misma proporción sus alegrías crecían. Ofreció preparar té mientras Volodia contaba cómo llegó a la casa.

De manera oblicua, Volodia sugirió lo que había ocurrido en el puente –sus prendas eran elocuentes– y arriesgó un pronóstico de los tiempos que vendrían según la Revolución torciera en uno u otro sentido. Algo de todo eso, de la situación que enfrentaba en esos días el Soviet Supremo, lo sabía Anna pero se resistía a creerlo. Sirvió las tazas y se sentó a la mesa también.

«Me apena lo que dices, muchacho. Y más en este día. Pero es la verdad que Illych se nos ha muerto. En mi cuaderno de clases anoté una composición sobre él y comprendí de pronto que para todos nosotros era como un niño calvo. Por eso lo seguíamos. Cuando todos dudaban entre continuar o no, Illych fue el más sensato. Recuerdo que nos dijo “bueno, los campesinos pobres creen que hay que seguir. Los obreros creen que hay que seguir. Si en verdad estamos de su lado yo no veo que haya más que un camino”. Así piensa un niño, te lo aseguro. Guiados por un niño dejamos de ser esclavos de los ricos. Preguntemos a los que trabajan qué creen. Y eso será lo que haya que hacer.»

Convinieron en que compartiendo la casa con tantos buenos camaradas nadie se animaría a atentar contra Volodia. En tanto la situación se decidiera hacia uno de los lados, podría pasar las noches en un cuarto de entrepisos que hasta ahora guardaba los trastos.

Durante la conversación, una dulce voz fue llegando a la cocina. Los dos callaron para tomar el té, y más clara fue la voz que en el aire traía la extraña historia de un hombre pobre que quiso ajustarle las cuentas al zar. Durante una inundación que arrasara con la antigua San Petersburgo, aquel pobre ruso había perdido a su novia en las aguas. El desdichado no encontraba consuelo y se atrevió a enfrentar a la inconmovible estatua de bronce. Como en un aterrador cuento de hadas, de pronto la observó animarse, decidida a castigarlo por las injurias. El pobre ruso intentó escapar al castigo corriendo por las calles, las plazas y los puentes, mientras el caballero lo perseguía con

el repique incesante de los cascos sobre la piedra y el mármol. Al llegar a los lindes de la majestuosa ciudad arrasada, el infeliz cayó en las aguas y fue arrastrado por la misma corriente que había llevado a su novia. A la mañana siguiente, los vecinos comenzaron a salir de sus casas. El paisaje era desolador. Pero el zar y su caballo permanecían en el pedestal insensibles a las desgracias. Corrió el tiempo. En la primavera los hielos de desgajaron, las aguas se precipitaron raudas por los cauces y un cadáver emergió de lo profundo. Las ondas lo llevaron a la orilla y unos vecinos, al reconocer al novio, le dieron sepultura bajo un cerezo en flor.

Acabado el viejo relato la voz se disolvió en el aire. Volodia creyó ver que Anna Sergueievna lloraba. El día del aniversario, las nuevas que Volodia trajo y la bella triste historia habían hecho trágica coincidencia sobre la mesa de la cocina. Anna acarició su cuaderno, al fin sonrió blandamente y recogió las tazas. Se ofreció a acompañar a Volodia para desocupar el cuarto de entrepisos. Él la siguió sin decir palabra. Se preguntaba, sin alcanzar la respuesta, si aquella voz de música que desbrozara los versos del poeta como en un nuevo idioma, existía en verdad.

Sexto capítulo

Era una señorita que pasaba las noches enseñando en la escuela. Despertaba temprano y la mañana se le iba en los auxilios a su madre con las tareas de la casa; sin embargo, no bien encontraba la oportunidad, se escapaba a su cuarto de maestra para preparar las clases. Era agradecida de su difunto padre –fueron suyos los libros que colmaban los muebles y suya era la imagen en los pequeños retratos– y sentía hondo respeto por los alumnos, obreras y obreros que la doblaban, y más, en edad y experiencias. Tan amante era de su trabajo que en la casa nadie podía verla. Se resignaban a oírla recitar en alta voz mientras escribía lecciones en los cuadernos y coloreaba láminas para ilustrar las historias.

En la memoria se le habían perdido los tiempos de los zares. Sus ojos eran pura mirada bolchevique. Una pasión tenía, la Revolución de los obreros. ¿Hay sitio acaso para dos pasiones en un solo corazón? Ese sentimiento era su manera de ver las cosas y los sucesos del mundo; unas gafas rojas que ella llevaba como otros llevan el dinero delante de los ojos. Para desdicha, todo sentimiento ajeno es incomprensible y los hombres no toleraban que el de Emmaia les fuera esquivo siendo tan hermosa como era. Los persuadía la sensación de que ante la maestra eran invisibles, sin advertir que debían esa impresión a un infantil orgullo masculino. Acaso ¿qué hombre hay que admita ser sombra nada más al paso de una mujer? Se equivocan quienes espiritualizan los sentimientos intensos, quienes los nimban con un aura enigmática. ¡Las pasiones son materiales!

Ella está ahora frente a su mesa. Algunas hebras del cabello rubio han escapado del lazo de seda y tiemblan sobre sus ojos. De cuando en cuando los sopla como una niña, o los aparta con los dedos como una mujer. La tarea le da placer y le da fatiga. Lleva un vestido ajustado en el torso, cerrado en el seno con presillas rojas y verdes que alternan, cuello bajo con frunces y una cinta semejante a la que enlaza el cabello; en la falda holgada, no tanto como para que entorpezca los movimientos pero tampoco ceñida como un pantalón. Arrolló los puños sobre los brazos. Con una mano guía la pluma y en la otra

descansa la cabeza después de tantas horas de trabajo y concentración. La lección para niños proletarios El tractor es nuestro amigo espera en una silla. Ahora intenta escribir las últimas líneas de la lectura para adultos. La termina. La mano, temblorosa, abandona la pluma junto al tintero y va al cabello desordenado.

Es el momento de estar feliz y está profundamente triste. ¿Cómo hará para saber si lo escrito es bueno, si tiene algún mérito, algún valor? Su dilema no es baladí ni inoportuno. Harta está de los escritos que predican la virtud del sufrimiento, harta de los escritores que no hacen sino escribir padecimientos privados. Todos los rusos parecen haber creído que debían al pueblo un libro de escenas amargas. Curiosa forma de saldar deudas, y sin embargo, con ella habían facilitado que tantos lejanos burgueses, arrellanados en sus camas y sus sillones, imaginaran adorar al pueblo ruso desde Ginebra, París o Londres.

Y sin embargo…

Sin embargo presiente que el arte, como tampoco una casa, un abrazo o una filosofía, se dan la mano con el entretenimiento ingenioso. Heredados de su padre ha leído, cómo no, de cabo a rabo ¡y con qué regocijo!, los relatos de Nikolai Vasílievich Gogol. ¡Cuántos pasajes no los ha reído hasta las lágrimas!, pero ha entendido que esas palabras buscaban, en verdad, y encontraban, el modo de provocar el más hondo dolor. No el dolor ciego del castigo, sino el dolor insomne de quien ve que el orden del mundo es profundamente irracional, injusto.

Lo que ella puede le parece insulso, y lo que ella quiere, inalcanzable. No tardará en llegar la hora de ir a la escuela. Alza el papel para estrujarlo y ya sosteniéndolo en el aire se detiene como sorprendida por un relámpago. Sus ojos se encuentran con los de Vladimir Illych, que la acompaña desde un retrato festoneado con una cinta roja. No es ingenua como para dialogar con la imagen, pero el retrato la auxilia. Las paredes de la casa son delgadas. Carraspea, aclara la voz. Bastará con alzarla apenas sobre la altura normal sin perder el encanto de la modulación.

Séptimo capítulo

«... y entonces su padre le dijo: "¿Eso has escuchado? No llores, mi Masha, que yo te contaré una cosita. ¿Sabes?, los capitalistas llevan siglos explotando a los obreros en todo el mundo y ya ves dónde han llegado. Envían a los pobres a la guerra, mientras ellos se quedan junto al fuego contando las ganancias. En las guerras siempre hay un pobre a cada lado de la bayoneta. Antes de sanarse de su egoísmo, los capitalistas prefieren nuestra enfermedad. Ahora nos reclaman que en menos de diez años no hicimos de Rusia el paraíso. Pero yo te pregunto, mi adorada Masha, ¿cómo pueden ser iguales para nadie las desdichas que me causo para vivir de acuerdo con mi corazón, y aquellas otras que tú no conociste y que los explotadores nos imponían a los pobres?" La niña abrazó a su padre y entre besos le decía "¿Cuándo podré ser bolchevique como tú, papaíto?" El padre de Masha sonrió a su esposa, estrechó a la niña contra su corazón y le respondió "Ya lo eres, mi Masha, ya lo eres. ¿Acaso no lloras cuando ves sufrir a un obrero?"...»

«Es una composición muy bonita, Katerina. ¿Qué dicen los camaradas?»

Volodia se había detenido al reconocer la voz que se derramaba por la ventana hacia la calle y permaneció junto al muro. Miró su reloj. No tenía tiempo de entrar en la escuela y conocerlos ojos, la boca de aquella maestra. Los camaradas lo esperaban. En el cuadro de luz sobre la vereda se exponía como un blanco sencillo; debía salir de ahí y apurar el paso.

«Señorita Emmaia, ¿podemos copiar en el cuaderno el poema que nos leyó? Me gustaría leerlo en los talleres a los camaradas que no pueden ir a la escuela.»

«¿Y cuándo les enseñarás para que lean por ellos mismos, Nikolai Fiodorich Jobotov?»

«No soy maestro, señorita. Con esfuerzo aprendo gracias a usted.»

«Tampoco eras libre y ahora lo eres. Los que no pueden venir a la escuela recibirán con gusto tus clases. Las primeras serán difíciles,

pero luego todo irá bien. Mañana tendrás tu poema. Y ahora a casa y a dormir.»

Volodia se alejó hacia la esquina; cada tanto daba la vuelta y veía a los obreros salir de la escuela. Apretaban sus cuadernos en el pecho, se palmeaban en la espalda y partían hacia todos los rumbos de la ciudad. Pronto la puerta quedó despejada. Una luz se apagó en la ventana, otra luego en el pasillo y la última en el portal. Volodia cruzó la calle, se detuvo. Aquella era la sombra de la señorita. Caminaba en sentido contrario al suyo. Se llamaba Emmaia, entonces. Estaba casi seguro de que la señorita iba sola de regreso hacia su casa.

Octavo capítulo

Al salir de la reunión Volodia encontró la Nevski desierta. Iba ensimismado, llevaba las manos hundidas en el abrigo y fumaba el cigarrillo sin quitarlo de los labios. Atravesó el puente. Apenas más allá encontró los jardines de la plaza cubiertos de nieve, como si un persistente resplandor de magnesio los fotografiara en la noche cerrada. El desánimo le hacía descuidar las prevenciones. Avanzó entre la floresta de cristal. No debía fumar en las sombras.

«Nuestra Revolución cambia el perfume –había dicho en la reunión–. Tal vez no tarde en oler a podrido.»

«Eso mismo –le contestaron– dicen los enemigos de la Revolución.»

«Qué quieres decir.»

«Lo que digo. Que lo mismo dicen los burgueses en Europa y sus cómplices aquí.»

«Mis razones no son las de ellos.»

«No son tiempos para ser tan sensible a las diferencias, Volodia.»

Se sentó en el borde de un banco de la plaza, mordió el cigarrillo. Había transpuesto la frontera amplia de la incertidumbre y estaba caído del lado de la certeza. Los demás camaradas, al menos por ahora, no se decidían a ir más allá de una mesurada desconfianza. Habían decidido ablandar la oposición y el enfrentamiento, dar ahora el paso atrás para dar luego los dos hacia adelante. Volodia lo aceptó sin estimar que fuera esa la decisión acertada. Los Soviets en el poder eran lo primero, aunque en su corazón adivinaba el otoño de la esperanza, más frío y más cruel y más desolador que ese invierno en Leningrado. Vladimir Illych se lo había advertido años antes, y ahora lo abatía imaginar que también acertara en el negro pronóstico

Apenas días antes del fatídico 21 de enero, Volodia y los camaradas de la fábrica Glujovo habían viajado a la finca donde Illych alternaba días de restablecimiento fugaz con otros de severos cuadros de apoplejía. Los derrames eran cada vez más frecuentes, le detenían el cerebro, y aunque permanecía lúcido, la mitad derecha de su cuerpo

se inmovilizaba. Al volver de los ataques inútilmente se afanaba por recuperar el tiempo perdido.

En el deseo secreto de colmar la memoria de Illych con bellos recuerdos postreros, delegaciones de las fábricas de todas las Repúblicas Soviéticas parecían confiar, contra toda evidencia, como niños que tras la muerte segura Illych de algún modo viviría. Sin embargo, viajaban a la finca sabiendo que lo verían por última vez.

En el borrascoso aire de la plaza que cortinaba la nieve, Volodia recordó a Illych postrado en una mecedora junto a una ventana que daba al jardín soleado y, algo después de una verja blanca, a un bosque de tilos fragantes. En torno a la casa los obreros fueron dejando los pequeños cerezos que cargaban desde Petrogrado, y luego entraron, uno a uno, para hacer ronda alrededor del enfermo. Solo Volodia llevó el árbol a la casa. Lo sostenía entre los brazos para ocultar su rostro tras las ramas.

Por turno, cada obrero se acercó a Illych y lo besó en las mejillas, excepto Volodia que en silencio lloraba estremeciendo el cerezo. Cuando solo él quedó para el adiós, el enfermo se permitió una sonrisa imperceptible, deformada por el dolor de los ataques. Aunque Volodia lo hubiera recibido en la estación de Bieloostrov, cuando Illych regresó en el tren sellado, aunque lo hubiera seguido a tantas y tantas asambleas de obreros, desde los remotos días en las calderas del Palacio de Anitchkov era la primera vez que se encontraban uno frente al otro nuevamente.

«Vamos, Volodia, deja ya ese cerezo que Nadiezhda se encargará de regarlo. Debo hablarte.»

Volodia dejó el árbol sobre la rústica madera encerada del piso y avanzó con la cabeza gacha.

«No haces bien en llorar por mí, Volodia, pero al menos así me muestras que no te engañas respecto de mi salud. Veo que sigues vivo. Eso me complace. Te necesitábamos para hacer la Revolución y aún te necesitamos. Acércate, muchacho, acércate y mírame a los ojos. Preciso de tu mirada para evitar la tentación de engañarte yo.»

Afuera, en el amable sol del campo, andaban los camaradas con la cabeza descubierta y la gorra proletaria plegada en el bolsillo trasero del pantalón. Algunos para darse ánimo se palmeaban, otros fumaban con la mirada perdida en el bosque de tilos.

«Ahora sé que fracasamos, Volodia, pero es tan tarde... Soy revolucionario, no hay nada que pueda conformarme. La incomodidad es mi divisa. Aunque sé que cometí errores y ese es el caso. Que no debí cometerlos porque no se trataba solo de mí. Ya era un problema cuando de joven mis decisiones afectaban a toda mi familia,

¡imagínate luego, involucrar a millones de obreros, campesinos y estudiantes…! Un cuadro, una novela, una partitura al cabo pueden echarse a la basura si no satisfacen al artista y probar otra vez, pero en la ciencia política no son así las cosas, aunque muchos lo olviden y piensen como reyes a los que ningún destino se les puede reprochar… Aún todo nos queda lejos… Debí dejar el poder en los Soviets, ellos lo hubieran hecho todo mejor. Ahora lo sé, pero antes no lo sabía. Con el Comité Central nació la pena de nuestra Revolución… Deberíamos acabar con las grandes ciudades. Pueblos pequeños, nada más, donde nunca nadie pueda quitarse de la vista de los demás y olvidarlos, encerrado en un despacho con estufas… No he sido inteligente para evitar mis propios errores al menos. Te confieso que aún me asombra ver cómo sobreviven en mi cabeza los pájaros negros, y hacer arreglos desde esta finca… No se hace la Revolución desde una mecedora. Componer mis errores llevara más tiempo del que estos cerezos necesitan para convertirse en un bosque tupido. Me moriré sin calma, debes saberlo. El futuro lo harán Djugashvili o Bronstein si no devolvemos el poder a los Soviets, eso parece irremediable. Radomyski, Rozenfeld o Bujarin entretendrán las cosas por un tiempo nada más, ya lo imagino, pero de los otros dos, uno cree que la Historia es un espejo que allí donde él vaya lo sigue para reflejarlo, y el otro es el más ciego y resentido de los hombres. A falta de Dios parece que han decidido que ocuparán su lugar… Pero ninguno es verdaderamente tierno, y eso debe causarnos horror. Cuando flaquee nuestra sensibilidad vendrá el ocaso de nuestro talento y ya no habrá manera de comprender ni la Realidad ni la Historia. En lo profundo, esos dos son iguales. Con uno habrá novela de terror y con el otro novela romántica, pero siempre novela. No hemos podido con tanto atraso y tanta miseria, Volodia. No hemos podido. Y no todo es cuestión de eficacia. Hay valores, muchacho, hay principios aún, y si yo me cuidé de no tomar un camino para acabar con las injusticias que los Romanov nos heredaron, mi temor es que alguno de ellos no dude en seguirlo ahora desde el Comité Central. Yo te pregunto, ¿quién querrá el poder después de una masacre? Un lobo me ronda, no me engaño. Sé que en su escritorio guarda ya el discurso que leerá en mi funeral, pero eso no me dice nada. Debo pagar mis errores. Pero cómo. Acabará el siglo y aún habrá explotados en el mundo… Prepara el olfato para cuando llegue ese día, muchacho, y no te cargues de pena si sucede. Se puede comenzar de nuevo. Son más las traiciones de los hombres a la justicia que las verdaderas derrotas. Siempre habrá explotadores, mercenarios, traidores y asesinos que quieran hacer pagar sus culpas a los pobres y a los indefensos… Muchacho, para mí el reloj ya no cuenta. Llévatelo y no llegues tarde a la hora de hacer que el poder vaya a los que no lo tienen. Solo ellos entienden de

justicia. No olvides saludar en mi nombre a los camaradas que no pueden venir. Son gente sensible. Diles que los llevo en mi corazón como todo alumno agradecido lleva en el suyo a sus maestros.»

¿Cómo lo había reconocido luego de tanto tiempo? Lo emocionó la idea de que Vladimir Illych lo hubiera llevado en la memoria allí donde estuvo. Sonrió. Él le había correspondido con la misma fidelidad en el recuerdo y aún la sostendría. Siempre. Quitó la mano izquierda del bolsillo y la llevó dentro del abrigo, hasta acariciar la tibia concha del reloj. Jamás dijo a nadie que fuera regalo de Illych. No extrajo el reloj. No quería consultar la hora. La que fuese, aun así ya no dormiría esa noche. El ronroneo de un motor se asomó en la nieve que caía, y luego dos potentes haces de luz parecieron buscar a Volodia en la plaza. De inmediato arrojó el cigarrillo, saltó del banco y echó a correr hacia la calle opuesta a aquella otra por donde avanzaba un Packard negro.

Noveno capítulo

Volodia quitó la tulipa a la lámpara de aceite y con la llama fue encendiendo uno a uno los documentos que había leído. Era la hora de volver a la fábrica. Sopló las cenizas por la ventana y quedó pensando, mientras las miraba volar sobre la calle, que acaso estuviera loco y no tenía un modo de mostrarse que no fuera así. Solo alguien que no fuera él mismo podría saberlo. Vivía, lo advertía ahora, en dos mundos.

Durante el día la Revolución Obrera. Con la semana de cinco jornadas los turnos de trabajo se hilvanaban sin interrupción y las máquinas no conocían el descanso en los talleres. Todavía los nubarrones se veían lejanos, se creía que nunca llegaría a desatarse la tormenta. Una divertida historia se contaba. «¿Sabes, Volodia, lo que ocurrió en uno de los barrios de Moscú? Se hizo una fiesta en la plaza y todos los vecinos asistieron. A la medianoche, sin embargo, un tornado arrasó con todo. Los vecinos huyeron a sus casas y el paisaje quedó cubierto de escombros. De pronto, por direcciones opuestas, vienen caminando Lev Davidovich Bronstein y Josef Vissarionovich Djugashvili. Bronstein es el primero en llegar a la plaza, observa la catástrofe y exclama "¡Veo que esto recién comienza!" En el otro extremo aparece Djugashvili. No puede creer lo que ven sus ojos; señala con el dedo a Bronstein y le dice "¿Me puedes explicar por qué lo hiciste?"»

Durante la noche, los documentos y las discusiones le descubrían una red de complots en todas las direcciones. ¿Y qué hacía si no él mismo, encerrado en el cuarto de entrepisos? Se le hacía evidente que la tormenta se había desatado: tenía secretos. No decía todo lo que pensaba ni todo lo que sabía a los camaradas. Quien tiene secretos, se repetía a sí mismo, puede convertirse en un traidor.

Le llegaron rumores al cuarto. Los camaradas despertaban en las otras habitaciones. Volodia se apresuró a salir, ganó la escalera, atravesó el patio y se asomó en el portal. Nevaba otra vez y no podía distinguir lo que ocurría a un par de metros de distancia. Tal vez lo vigilaran. Calzó la gorra en la cabeza, levantó el cuello de su abrigo –

un gabán de lana, holgado, con amplia caída más allá de la cintura; solapas cruzadas y con tres botones sobre el pecho, dejando nada más sitio libre para que asomara la bufanda. Bolsillos plaqué, cuadrados y profundos, forrados con sarga rústica como el resto de la prenda– y se dio a caminar por la nieve con aplomo, como si lo viniera haciendo desde muchas cuadras atrás. Al torcer en la esquina oyó su nombre prisionero en un grito apenas perceptible en la tormenta. Se ocultó en un portal desierto y esperó.

Alguien se acercaba. Volodia reconoció pasos sobre la nieve. Una mujer pasó a su lado y la arrastró con él hacia las sombras. La mujer temblaba. Volodia le había cubierto la boca con su mano y la apretaba a la pared.

«Por favor, no hable. Gritaron mi nombre.»

Volodia quitó su mano, dejó a la mujer a su espalda y se asomó. La tormenta arreciaba.

«Yo grité su nombre. Tengo algo para usted. Lo dejaron en la escuela y preferí no despertarlo.»

Ese timbre de voz que lo visitaba en el insomnio le reveló que Emmaia estaba a su espalda. Se volvió. Era la primera vez que estaba junto a ella. Emmaia se aprovechó de la oscuridad y de su seno extrajo una tibia carta perfumada. Una carta con sellos de lacre. Volodia la recibió con recelo.

«¿Qué ocurre?»

«Nada. Déjeme acompañarla hasta la casa, señorita maestra. »

Desandaron los pasos bajo la nieve. Volodia la llevaba tomada de los hombros. La carta asomaba en el bolsillo del gabán.

«Mi madre me ha contado de usted.»

Él sonrió.

«Qué dice.»

«Lo estima. Ambas lo estimamos.»

«Revolucionario de entrepisos. Eso no es para mí.»

«¿Es verdad lo que ella me ha dicho?»

Él prefirió, por toda respuesta, apretarla en el hombro. Al llegar al portal de la casa ella subió el peldaño. Sus bocas quedaron a la misma altura, enfrentadas, lastimadas por el frío.

Se besaron.

«Sé todo de tí, Volodia. Pero no sé de tus cartas. Una mujer la llevó a la escuela. Era muy hermosa, Volodia. Pero algo vieja para ti.»

«No volverá a ocurrir, Emmaia.»

«No lo soportaría. Ella no quiso hablarme. Huyó.»

«Lo sé, Emmaia. Lo sé.»

Unos camaradas caminaban hacia la calle forzando toses. Ellos compusieron sus ropas, se hicieron a un lado y les dejaron libre el camino.

«¿Vendrás esta noche a la escuela?»

Se sonrieron.

«Decidirán los camaradas, Emmaia. Yo no soportaría alejarme de tí.»

Miraron hacia el cielo. A lo lejos comenzaba a despejar. Tal vez hubiera estrellas esa noche.

«Te estaré esperando.»

Décimo capítulo

Volodia y Emmaia no volvieron a verse. De hacerlo, alguien la hubiera asesinado. Lo decía la carta perfumada.

Volodia se reunió con algunos camaradas en el patio de la metalúrgica, informó la novedad y aguardó consejo. Para todos era un riesgo desmedido desatender la amenaza, pero también lo era ceder mansamente. Si los demás sitios se mostraban hostiles, los talleres serían siempre un amparo. Uno de los camaradas sabía de un lugar donde Volodia podía ocultarse. Hablarían más tarde.

Cada cual fue a su máquina. Volodia, con los sentimientos encontrados, a un torno. En el tiempo más confuso de la Revolución había, sin embargo, conocido la boca de Emmaia, y el beso no fue el primero, como pensó, sino el último. Comprendió que más allá de la fábrica no tenía dónde ir. Dedicarse por entero al trabajo y la organización política lo había privado de un puerto familiar donde amarrar luego de cada jornada. Era ignorante de vínculos comunes para las demás personas; desconocía la gracia del tiempo perdido, el espesor mullido de la vida privada. En esa patria infinita su único hogar era el taller.

Los camaradas, en cambio, como si nada de extraño ocurriera, hacían andar las máquinas para cumplir la promesa de una producción que superara la de los años anteriores. El día se fue en el vértigo y los camaradas del turno siguiente reclamaron su lugar.

El encargado de las herramientas lo esperaba en la Nevski. Creía que un boticario y su esposa lo admitirían en su casa por un tiempo.

«Nada puedo decirte de ellos. Ni bueno ni malo. Pero te digo: no te matarán a tí ni los matarán a ellos.»

Era una casa que, si mirada en cierto sentido parecía lúgubre, mirada en otro cautivaba con sus contrastes. Era como habitar en el pasado, o en el extranjero. El boticario recibió a Volodia y lo llevó a la trastienda. Parecía encantado de hospedarlo y prefería ignorar los motivos por los que necesitara el refugio. Confiaba en la decisión del camarada que lo había traído a la botica.

«¡Sacha, mi amor, a ver si te apuras con el té que tenemos visita!», dijo el boticario con el cuerpo echado atrás, hablando a gritos hacia un pasaje que comunicaba la trastienda con el resto de la casa.

Volodia, maravillado como un niño, se entretenía observando aquellos anaqueles colmados con frascos multicolores. El gabinete de un hombre de ciencia, algo venido a menos y cordial, con su teatro de experimentos dispuesto con la pulcritud y el orden de un museo. Volodia recorría las vitrinas, se detenía ante la caja de cristal donde dormían la balanza y la colección de pesas minúsculas, aquí y allá utensilios de vidrio como piezas de arte, instrumentos relucientes y la fragancia peculiar de las boticas.

«Creo que te olvidas, amor mío –la voz llegó montada en un extraño acento– que ya no están los zares ni sus parásitos para dar órdenes. Ya no hay esclavos en Rusia. Si quieres té te lo sirves, o por mí te puedes morir de sed junto a una fuente.»

El boticario sonrió complacido.

«¡Esa es mi Sacha! ¿Quién entiende a las mujeres?»

Volodia sonrió con cortesía a su anfitrión. Un obrero había entrado en el salón con su receta en la mano. Ossip Stepanovich Dímov se disculpó y fue a atenderlo. Volodia adivinó, tras una cortina azul, los estantes de una biblioteca de nogal atiborrada de volúmenes. La trastienda le recordaba aquella otra del librero Kalmykov. Cuánto tiempo había pasado. De pronto, el estrépito de un cristal al quebrarse lo sobresaltó. El boticario permaneció en el salón, indiferente. El ruido llegó desde más allá de la pequeña galería. Volodia corrió una cortina y avanzó por el pasaje en penumbras. El pasillo continuaba hacia lo profundo de la casa, pero a medio camino descubrió una cortina de terciopelo. La entreabrió apenas y, para su asombro, encontró una sala de ensueño donde mujeres de hermosos vestidos se reunían con los brazos suspensos en el aire, como en un retrato vivo. Los tules se encimaban con las sedas y los encajes, las faldas se confundían silenciosas y todas las mujeres parecían esperar a que viniera la música para que alguien las llevara en un baile.

Tardó en verla. En ese mundo inmóvil, el cabello de una mujer se agitó sobre la alfombra. Envuelta en una bata de seda, en cuclillas estaba una mujer lamiéndose la yema de un dedo. A sus pies, el espejo con empuñadura de plata se había astillado. Volodia pensó en ayudarla por si la herida fuese profunda y no alcanzara con lamerla. Avanzó un pie entre las cortinas y en ese instante la mujer se incorporó. Como un lujoso telón se abrió la bata y su cuerpo, desnudo, fulgurante, fue el espectáculo ofrecido. Ya no podría ayudarla sin hacer evidente que la conocía en su mayor intimidad. Ella se bastaba. Volodia retrocedió el pie y antes de cerrar completamente la cortina



intentó una nueva mirada. La modista había desaparecido.

Undécimo capítulo

El boticario tomó un cigarro de la caja y la devolvió al bolsillo. Regresó junto a la cama.

«Mi Sacha es una buena mujer. Algo fogosa, un poco sensual, sabes a qué me refiero. Ardiente. Pero ¿puede un esposo reclamar por el temperamento linfático de su mujer? Claro que no, eso es lo que yo digo. Soy actual, sé que también las mujeres tienen necesidades y pensamientos de ese tipo. No seré yo quien se niegue a la evidencia científica, pero ni el propio Illych Ulianov podría remediar el temperamento de una mujer. ¿Tú qué crees?»

Por no responder, Volodia llevó a su boca la taza de té que el boticario preparara, mientras sostenía, en la otra mano, el platillo de filigranas. Su nuevo cuarto era pequeño pero no más que el que ocupara en casa de Anna Sergueievna. Tenía una ventana sin cortinas que daba al vecindario y en la mañana dejaría entrar la luz. De haber traído algo consigo –una maleta, un atado de ropas, algunos libros– podría haberlos guardado en un armario con espejo de luna.

«Tiene sangre capitalista nuestra Sacha. ¿Qué vamos a hacerle? Mira, creo que sé todo de su pasado. Todo, ¿me entiendes?, y sin embargo, cómo puedo explicártelo, siento que todo aquello que sé es falso. Así son las mujeres. Conocí a sus padres ¿sí?, conocí a sus hermanos y a sus amigos y a sus maestros, me ocupé de conocer el barrio donde la habían criado, y entonces te pregunto ¿de dónde viene su gusto por la seda y los encajes? Misterio. Yo te lo digo: herencia capitalista. No lee sino en francés, pero sabe todo lo que ocurre en Rusia, y yo te pregunto ¿dónde lo aprende? No hay día que no me diga "Dímov, me tienes harta. Me has hecho la mujer más infeliz de las Repúblicas Soviéticas. Me has arruinado la vida completamente. Dímov, a tu lado soy un cadáver que cose vestidos de boda para el vecindario. Dímov, te odio." Dímov, Dímov y Dímov. Y ya lo ves, no puedo creerle. ¡Por Dios!, si la mitad de todo lo que ella dice fuera cierto, por supuesto que la hubiera abandonado. Soy un caballero. Pero me ama y yo también la amo. Qué quieres que le haga, ¡soy un sentimental!, eso es lo que yo digo. Debo tolerar sus gritos, sus

nervios, sus lágrimas, es cierto, ya lo sé, pero cómo voy a dejarla. ¿Qué haría sin mí la pobrecilla?»

Volodia terminó su taza y la dejó sobre el platillo temeroso de quebrarlo. Simuló una gran fatiga bostezando y palmeó la espalda del boticario. Quería estar solo.

«Es verdad, tenemos que dormir. Si no ¿cómo viviríamos? Hay que dormir para poder estar despiertos, eso es lo que yo digo. Sacha te despertará por la mañana. ¿Qué hora te parece?»

«A la hora de los obreros, doctor.»

«Es verdad, camarada, es verdad.»

El boticario salió del cuarto. Antes de cerrar se asomó en el vano de la puerta.

«Tal vez yo mismo te despierte, aún no lo sé. Buenas noches, Volodia.»

Volodia lo saludó y sopló la llama de la lámpara. Sonrió. Esa sería su familia.

Nevaba otra vez y con las rachas algunos copos golpeaban el cristal de la ventana. Sin desnudarse se echó sobre la cama para pensar en su futuro. Era una noche muy fría. Emmaia, calculó, aún no habría salido de la escuela.

Duodécimo capítulo

Volodia no pudo dormir tampoco esa noche. La música de la tormenta lo entretuvo en vela. Dejó la cama, enjuagó la cara en la jofaina y acercó la luz de una cerilla al reloj. No menos de dos horas para volver a los talleres. Salió de su cuarto y se orientó por el pasillo tanteando las paredes hasta la cocina. Tomaría una taza de té.

Ninguno de los dos imaginó que se encontrarían por primera vez en el resplandor de la lámpara de aceite. Sacha quitó estremecida sus ojos al libro y menos vio que adivinó el cuerpo que se asomó en la cocina. Volodia, furtivo en la penumbra, la miró en los ojos, en la boca y luego entre los pliegues abiertos de la bata que no esperaba su aparición. Ella se cubrió de inmediato.

«Aún lo encontrará caliente» –dijo ella señalando con una cadencia de cabello. Desentendida, regresó al libro.

Sobre un aparador de madera brillaba el samovar. En un rincón donde la lumbre se desvanecía. Volodia preparó su taza.

«Puede servirme si quiere. A nadie le agrada beber solo su taza de té.»

«Se lo agradezco.»

Volodia cargó otra taza y llevó ambas a la mesa. El boticario Dímov dormía. Todo el mundo dormía a esa hora. Sacha marcó la página que leía con una rosa mustia y cerró el libro. No eran caracteres cirilianos.

«Usted no habla francés, ¿no es cierto?»

«No, señora. No sé mentir» –y bebió su taza.

Ella sonrió resignada a una respuesta previsible; pareció blanda como si sus partes desdeñaran la articulación y su cuerpo fuera el de una muñeca de niños pobres.

«Ya lo veo, está haciendo la Revolución aún. Puede continuar. No me molesta, se lo aseguro. Pero le ruego que cuando terminen me den aviso. Tengo curiosidad por salir a ver cómo han arreglado el mundo. Por nada me perdería ver ese espectáculo. Buenas noches.»

Sacha dejó la taza sobre la mesa, se puso de pie, recogió su libro y

caminó hacia el pasillo. Un pliegue de la bata se había prendido al asiento y ella, al andar, arrastró la silla y la hizo rodar por la cocina. Solo un instante Sacha quedó desnuda, con la bata caída a su espalda. El silencio fue más hondo, casi astral. El boticario Dímov siguió durmiendo. Volodia terminó su taza. Sacha recogió la bata y se envolvió, escarbó el cabello y lo quitó de bajo la seda. Hablaba de espaldas a Volodia, con la mirada fija en el pasillo que la llevaría a su cama. A su esposo.

«Duerme. Para no ver el mundo duerme… Solo despierta cuando ya no hay nada que ver… ¿Comprende usted? Si quedara ciego tal vez no notaría la diferencia… Si me oye llorar en el cuarto no se acerque. No hay nada que usted pueda hacer. Entiéndalo usted y que su Revolución lo entienda. Nada. Buenas noches.»

Sacha salió de la cocina. No parecía importarle en absoluto el ruido que sus tacos metían en la casa.

Decimotercer capítulo

Sacha largamente lo ha besado en la boca y lo abandona. Cruza la habitación por un corredor abierto entre los maniquíes.

«Hoy no hay cena para mí, Dímov. Hoy hay trabajo. Necesito sobrevivir ¿me comprendes?» –responde alzando su voz para que atraviese las ligeras cortinas de seda y luego las pesadas de terciopelo.

«Te comprendo, mi Sacha. Claro que te comprendo –afirma Dímov desde el pasillo–. Volveré a la hora de dormirme» –añade mientras se oyen sus pasos desandando el corredor rumbo a la calle.

Ella, que conocía esa réplica amable, ni necesita oírla. Abre de par en par las puertas de un armario y comienza a buscar los más bellos perfiles de su cuerpo en los súbitos espejos de luna. Toma un cepillo y voltea el largo cabello negro sobre un hombro, luego sobre el otro. Lánguida y sin embargo soberbia, satisfecha de la propia belleza que en otros días le celebraran y que aún conserva, pero merced a algunos trucos que antes no necesitara y con los que se empeña en disuadir a los crudos presagios del tiempo. Desliza su mirada en el cristal hacia el cuerpo reflejado de Volodia, que permanece exangüe sobre un plinto figurado con exóticas telas.

«Las personas cierran los cuartos con puertas de roble para guardar sus secretos. Ya lo ves que no son necesarias. Las cortinas son más hermosas que las puertas. Basta acordar que no debe molestarse ni hay nada que se pueda ver cuando están cerradas.»

Sacha se arrodilla en la alfombra y acerca la boca al espejo para besar a Volodia. Por la reacción en los sitios reflejados es como si allí mismo los besara y no en la imagen. Él entrecierra los ojos, se abandona, luego acaricia el aire y engañado lo ciñe contra sí. Sacha sonríe.

«Algunas veces no puede saberse qué es la verdad. Si lo que es o lo que imaginas. Es una fortuna que sea así. Deja que lo haga. Imagina que es la verdad y será suficiente.»

Solo el frufrú de los encajes. Las paredes cubiertas con lienzos bordados con hilos de oro, las alfombras profundas, los almohadones

desmedidos, las cortinas sucesivas como hojas de un libro, convierten la sala de la modista en una silenciosa cárcel de amor sin fe. Solo la presencia de los maniquíes obliga a una leve e insistente inquietud. Trajes de novia, nada más, para lucir apenas una noche y luego abandonarlos para siempre, cada uno duplicado en todos los espejos de ese museo de ilusiones. Solo la razón persuade de que son dos los que guardan silencio.

La lengua se aplica sobre el cristal, como un pincel húmedo y maestro que laxamente repite, una y otra vez, el mismo trazo vertical. El ápice da luego las pinceladas finas, minuciosas, y en el reflejo, donde antes hubo una rosa roja, ahora se derrama un jazmín. Sacha cierra los ojos, aprieta los párpados y sonríe complacida al comprobar que su eficacia se conserva inalterable. Aún es joven. Vuelve a ponerse de pie. Se miran a través del espejo.

«Que no te irrite saberlo: lo aprendí de otro hombre. Y tampoco imagines que te ofendo al decirlo, que ya estás crecido para hacerte ilusiones con cada mujer. Cada vez será menos lo que puedas enseñar a ninguna y mucho más lo que debas agradecer que te enseñen. Resígnate.»

Sacha bajó la mirada. De pronto pareció arrepentida de lo que había dicho.

«Discúlpame. Y también todas estas hermosas mujeres. Mis hermanas. Solo cuando hablo de otro consigo entenderme. Por eso causo daño sin necesidad. Discúlpame. Todo el tiempo en otros me estoy vengando de él. De su traición y de su muerte. Más lo lamento por mí que por él, que al fin se pudre bajo la tierra sin sentir ningún dolor. Todo me lo ha dejado a mí. Y a esa bailarina norteamericana, supongo. Y a cuántas más... Somos sus viudas. Las viudas del poeta. Y ese perro no deja de morderme aquí. Aquí... No pidas que tome en serio a la Revolución si no ha podido hacer nada que acabe con la soledad. Si no puede eso, ¿para qué ha de servir cambiar el mundo?»

Los maniquíes, olvidados de Volodia, parecen mirarla. Sacha habla al espejo, con los ojos en un punto blanco y magnético y más hondo cada instante.

«Una mujer no es otra cosa que algo que hay que quitarse de la piel lo antes posible.» Eso fue lo que dijo una vez. Quizás se lo haya dicho a la norteamericana también. Yo la odiaba, pero desde que él murió comencé a sentir que ella jamás fue mi enemiga, sino ambas sus víctimas. Nunca supimos qué hacer con él. Amábamos al mismo hombre, eso era todo. Es terrible.»

El reloj de péndulo sonó remoto en la botica.

«Pobre Dímov. Imbécil. Vive como si yo no hubiera enloquecido por

ese hombre. En secreto celebra que haya muerto con el cráneo destrozado. Desfigurado. Desde entonces habla de mí a todo el mundo. “Mi Sacha”, les dice a todos para que olviden que yo amaba a otro. No me burlo. Tampoco voy a compadecerle. El corazón de las personas es muy extraño. Algunas se humillan para conservar lo que ya no tienen. Otras se entregan a quien no hará más que herirlas. Se encierran en sí mismas. Se dedican al arte para no sufrir más. Ruegan que alguien les haga daño para comprobar que aún viven. Se complacen en desdeñar a quien les haga bien. Imagina qué vida, Volodia, si como hay dos manos, dos ojos, dos pulmones en el cuerpo, latieran también dos corazones.»

Sacha toma del armario un cisne de polvos rosados. Acaricia la piel allí hasta donde las manos alcancen sin necesidad de encorvarse. ¿Aún está Volodia en el cuarto? Ella solo mira su propio reflejo. A su espalda, las novias agobiadas por las sedas y los encajes hacen un corro de mujeres envidiosas de su despreocupada desnudez en el cristal. Como si Sacha, faltando tan poco para que el padrino la recoja y la lleve a la boda, ni pensara siquiera en vestirse ni le importara saber que el novio la espera impaciente en el altar, dedicada como está a las últimas confesiones y las caricias con polvo aromático.

«Pero ha hecho bien en esperar su oportunidad. La paciencia del mezquino demora su premio, pero lo obtiene. Dímov ahora tiene fe. Sabe que ese lobo de Djugashvili no lo defraudará y está decidido a seguirlo. No tiene nada que temer. Llevan años haciendo el papel de tontos de la Revolución. Nadie pensaba en ellos seriamente. Simplones, provincianos, obsecuentes, bien dispuestos. ¿Quién iba a cuidarse de ellos? Vladimir Illych no se engañaba y yo tampoco, pero él se ha muerto y a mí poco me importa que todo se vaya al diablo. Tal vez sea eso lo único que espero sin saberlo. Que se pierdan las últimas esperanzas para volver a pelear.»

Una llave segura y una mano firme abren la puerta de la botica. Dímov regresa de la calle silbando. Se acerca a la sala de la modista, está allí, tras la cortina, pero no se detiene y en cambio sigue por el pasillo. Sube los peldaños que llevan al dormitorio. Una bota, la otra después, golpean las tablas del piso. La cama rechina en sus elásticos. Dímov se ha acostado.

«Te queda poco Volodia –dice Sacha–. Menos de lo que te imaginas siendo tan joven. Siberia tal vez. Tal vez el muro de fusilamiento. Aprovéchate de verme desnuda. Mírame en todos los espejos, mírame bien, atiende a cada detalle. Huéleme en todos los sitios. En la cárcel las obreras no llevan polvos perfumados. Tócame. Asegúrate de que podrás recordarme tal cual soy. Solo en la memoria tendrás mujeres. Ahí están las enaguas. Ahí tienes las medias de seda y sus ligas.

Llévalas a la cama y no te duermas hasta que las conozcas perfectamente. Tienen mi perfume, grábatelo en la nariz y en la boca.»

Volodia deja el lecho de almohadones y va hacia los espejos. Ella sigue sin verlo. Cuando la toma por los hombros frente al cristal ella se estremece.

«Vete primero. Me iré más tarde. No quiero que regreses ¿me has comprendido? Preferiría no dormir. Quizás tenga pesadillas y no consiga despertarme. Con ese lobo de Djugashvili tan cerca del poder y tú fuera de la casa, tal vez Dímov ahora sí se decida a matarme. Ya no me necesita. Adiós, Volodia.»

Él recoge sus prendas y sale sin tomar la precaución de vestirlas. Abre las cortinas y a su espalda oye la voz de Sacha, que solo lo demora el instante que necesita para advertirle.

«He amado solo a un hombre en mi vida. Y no eres tú.»

Decimocuarto capítulo

Luego de varias noches Volodia había conseguido dormirse. Sacha, arrebatada, entró en su cuarto y se le echó encima.

«¡Volodia, han venido a buscarte!»

Al fin se confirmaba lo que había comenzado a imaginar. Creyéndose a salvo en casa del boticario, había hecho refugio en la prisión de un sicario de Djugashvili.

La tormenta de nieve había enjuagado el aire y afuera todo parecía suspenso dentro de un cristal translúcido, asediado por estrellas remotas. Sacha se hizo a un lado y contra su propio y más íntimo anhelo, le dio la espalda mientras Volodia se vestía.

«Tal vez ahora te comprenda como nunca, Sacha, pero son flaquezas de un perseguido. Pronto serán diez años de Octubre y las cosas han cambiado en este tiempo. Recuerda que eras una sierva, recuerda que todas lo eran y ya ninguna lo es. En sus más infelices desatinos, siempre nuestra Revolución es mejor que el esclavismo. Ya nadie golpea a las mujeres en Rusia sin ir a la cárcel, y cada una se debe a sí misma las emociones o las penas de la primera noche de amor. Antes un funcionario, un oficial, un monje o un amo te hubieran reclamado como derecho de propietarios. Todos los buenos recuerdos de tu vida se los debes a las obreras de las metalúrgicas. Djugashvili es un lobo que nosotros alimentamos, y será problema nuestro ver cómo lo encerramos en la jaula. Pero con los Romanov bien distintas eran las cosas: tu madre y tu abuela eran nada más alimento de esas fieras. Nadie puede estar tan loco en Rusia como para confundirse. ¿Quién sentiría nostalgia de volver a ser esclavos de los zares?», pensaba decirle. La sentía llorar de espaldas, tragando las lágrimas. La veía temblar.

«Me gustaría oírte hablar, Volodia. Aunque más no fuese en ruso.»

Volodia sonrió. Aceptaba con ternura esa débil humorada.

«Pienso si acaso fuésemos nosotros quienes se equivocan, Sacha. La Revolución es fuerte y es tierna como un niño. Trato de pensar en su bien y sin embargo me pregunto también ¿cómo sé que no me

equivoco? La Revolución no es solo mía. Es de los obreros, de los campesinos, es de todos los pobres del mundo. Y cómo puedo yo pensar por los demás. No tengo una sola duda acerca de lo que es una traición, pero ¿acaso sabe siempre el traidor que va a cometerla, o a veces ocurre que lo advierte luego, cuando los traicionados reaccionan? Mi padre me decía: las personas son naturalmente buenas. Y aún creo en esas palabras. Ahora vienen por mí. Me lo advertiste... ¿Y si hubiera traicionado a los camaradas? Illych me enseñó que solo era bueno lo que llevaba a la Revolución. Ya estamos en ella. ¿Qué es bueno ahora?»

Sacha se mordía las manos. Ella solo era feliz en su casa de muñecas vestidas de novia, envuelta en las fragancias y las sedas, protegida por los espejos que retrocedían la realidad. Como lluvia se le caían las enaguas y formaban a sus pies charcos brillantes. Al desprenderse, sus ligas chasqueaban como pase de mago. Se untaba la piel con óleos perfumados, se besaba con el cisne de polvos y un suave resplandor difuminaba su cuerpo. Libros de Francia, alfombras, porcelanas, potiches de Oriente. Espejos de cristal. Ey, Sacha ¿dónde vivías? Ahora que perdía a Volodia comprendía que tenía nada. Dímov durmiendo, esperando su oportunidad cada instante más próxima, más tangible, y ella, por no rozarlo siquiera, ovillada en el otro extremo de la cama, con las manos bajo la almohada, arañando las sábanas hasta desgarrarlas, inmóvil como una liebre alucinada en la mira del cazador. Abiertos los ojos toda la noche –esta vez el cazador no ha disparado, demora complacido su venganza– hasta amanecer envuelta menos por la enagua que por la fatiga del insomnio. Por la mañana temprano Dímov a su botica, y solo entonces, acaso, Sacha consiguiera dormir.

«Acaríciame, Volodia. Acaríciame como si fueras ciego.»

Lloraron cada uno sus lágrimas en la boca del otro. Se miraron.

«Nunca te olvidaré, Volodia. Mañana sabré si ahora son dos los hombres que amé en mi vida, y no podré soportarlo.»

Alguien forzaba la puerta de la botica. Tal vez hubieran entrado. Sacha le señaló la ventana. Él salió por la puerta, la cerró y deslizó la llave por debajo, hacia Sacha. Fue por el pasillo, cruzó la trastienda y el salón de la botica. No alcanzaron a cruzar dos palabras. Lev Davidovich Bronstein estaba internado en una clínica de Berlín. Había nuevos planes. Volodia siguió a los camaradas. No salía de su asombro y andaba quitándose las lágrimas con el pañuelo de Sacha.

Decimoquinto capítulo

«Bronstein ha escrito», dijo Olga Nikolaievna Ivashina tendiendo una carta en la palma de la mano.

Todos miraban a Volodia excepto la centinela. Cada uno parecía guardar algo y esperar el momento exacto de mostrarlo.

«Qué dice.»

«Que emigren los patos –citó Pável Matreievich Zaikin– allí donde los perdigones no los alcancen, Volodia.»

«¿A tanto se ha llegado?»

«Se llegará. Dice que tal vez comience la cacería», apuntó Olga.

«Se ve distinto desde Berlín –argumentó Dashutka Zowlowskaia–. Estábamos viendo una llama. Bronstein ve un incendio.»

El amargo Mijaíl Averianich Vlasich se puso de pie; hablaba mirando a nadie, lentamente, provocando que todos concentraran su atención en lo que decía.

«Bronstein conoce bien a estos cazadores. Sabe que no son de los que caen del bote al agua.»

Todos torcieron la cabeza al escucharlo. Más allá del encono personal Averianich Vlasich no estaba solo en el rencor y tampoco se equivocaba. Solo que en esos momentos era particularmente irritante traer el recuerdo de aquel desatino de Bronstein. Tres años después del accidente, sus huesos seguían calados hasta el tuétano por el frío y las secuelas entorpecían, más cada vez, su movimiento en el Partido. Todos los médicos prescribieron una temporada en el clima benéfico de Yalta, pero Bronstein desatendió el consejo sospechando que intentaban alejarlo de la dirección del Partido. Internarse en la clínica del doctor Krause era el último intento de una cura veloz, pero ese mismo viaje a Berlín no hacía otra cosa que confirmar en sus sospechas a los escépticos de la fidelidad de Bronstein. Cada día se advertía más que sus posiciones se debilitaban si no estaba Illych para sostenerlas. Cuando no lo atacaban en sus argumentos, lo atacaban en su elegancia y sus modales afectados, sus convencionalismos frívolos

que lo llevaban a atender el vestuario con cuidados inusitados. Complacido con su propio cabello se negaba a la gorra proletaria de Illych, y odiaba decididamente la roubachka provinciana de Djugashvili. Seguían aclamando a Bronstein en las asambleas y aun le celebraban los ornamentos de su prosa, aunque sin el amparo de Illych ya era incapaz de imponer sus análisis y sus directivas al Partido. Y ahora se escondía en Alemania, la enemiga. Su primavera declinaba y con ella la seguridad de los camaradas que defendían las posiciones de Bronstein. Que emigraran los patos.

«No tenemos brújula ahora, solo la Revolución –dijo la hermosa Zenia Steparovna de espaldas a los demás, mientras su mirada, como un péndulo, barría la Sampsonievski a través de una claraboya–. Bronstein no lo dice en estos términos, pero lo sugiere con palabras floridas. Todos sabemos en cuánto estima las metáforas, sin embargo, desbrozando su mensaje nos queda un desafío. ¿De qué lado estamos? ¿A quién hacemos el bien y a quién el mal si enfrentamos a Djugashvili? Puede ocurrir que estimemos acertado aquello mismo que los capitalistas esperan que hagamos para regresar a las Repúblicas Soviéticas.»

«Eso nunca ocurrirá. ¿Crees que traicionaremos la libertad? », intercedió Zaikin.

Dashutka fue a relevar la guardia en la claraboya. Zenia bajó unos peldaños y a sus argumentos se añadió la persuasión de su belleza.

«La vida es compleja –reflexionó–. Todas las cosas se construyen y se destruyen con vértigo de loco. Algo vale lo que vale y también su contrario en el mismo instante.»

«Vuelve ese principio contra tí misma –la interrumpió Lida Alexeievna–. Pretendiendo encantarnos con lo que dices quizás consigas dormirnos. Si por tí fuera y por tus figuras, al final del siglo mis bisnietos estarían preguntándome ¿qué esperamos, babushka, para echar a los zares de Rusia?»

«No puedo pensar a prisa, Lida. Todo me lo olvido –se defendió Zenia, a medias avergonzada por ese ataque recurrente a su forma de exponer los pensamientos, y a medias concentrada todavía en lo que quería decir–. Lo diré más claro. Vivimos en un reino. Un hombre codicioso mata a nuestro amado rey, usurpa el poder y nos escarnece revolcándose en el lecho con nuestra propia madre…»

«Zenia…», intentó Pável.

«No me interrumpas. La corte se convierte en un burdel donde el desenfreno y la lujuria…»

«Zenia, por favor…», insistió Pável.

«… son la norma que avergüenza nuestro linaje. La conjura es

acabar con el asesino, con el traidor, y celebramos un pacto de honor para vengar la memoria de nuestro rey. Sin embargo, pérfidos emperadores de las comarcas vecinas festejan eufóricos nuestra decisión. ¿Por qué? Porque cuando nuestro plan se realice también el suyo habrá de realizarse. La fatiga de los que sobrevivan no podrá impedir que esos imperios bailen sobre nuestros cadáveres ensangrentados, y si por salvar el honor nadie prefiriera conservar la vida, los ejércitos enemigos saquearán nuestro reino como si fuera un país de juguete y nuestros niños y los ancianos...»

Dashutka, sin descuidar la vigilancia, la interrumpió.

«¡Basta! ¡Basta! ¡Por favor, basta, Zenia! Tus analogías me hartan. Me repugnan. Me descomponen. En Rusia no hay reino ni reyes desde Octubre y me gustaría que nos digas en quién pensabas cuando describiste semejante reina. Acabemos de una vez. No somos ricos, somos obreros. No tenemos dinero para vivir escondidos. En la Revolución quien no trabaja no come y es lo justo. Bronstein es sensato. Todos lo conocemos bien. Para vivir aquí deberíamos continuar dando pasos hacia atrás y quién sabe cuándo alguno hacia adelante. Yo pregunto qué es primero ¿ser ruso o ser obrero?»

«Para Zenia ser rey de Dinamarca», dijo Mijaíl para ablandar los rigores de la discusión con una ocurrencia. Amaba a Zenia en secreto.

«Eres tan imbécil, Mijaíl, que serías bufón en Dinamarca », dijo Zenia.

Pável reemplazó a Dashutka en su puesto. La luz de la lámpara agonizaba.

«Bronstein aconseja disolver la bandada buscando un nuevo verano, Volodia. Tú el primero –dijo Lida– ya que eres solo.»

«Bronstein ha sabido del atentado en el puente, Volodia, y de las amenazas –agregó Pável–. Teme por tu suerte.»

«Dónde, Dashutka.»

«Bronstein se ha encontrado con camaradas en Berlín. Han estudiado la situación –le respondió ella–. La Revolución viaja. Bronstein cree que continuará en la América del Sur.»

«Dice que allí las condiciones objetivamente son tan nítidas como lo eran aquí.»

«Que el ejército ni la policía podrán controlar la situación por mucho tiempo.»

«Que más tarde o más temprano allí estallará la Revolución Obrera.»

«Qué nos dices.»

Todos callaron. Volodia sabía que por ser el primero, la decisión

que tomara, la que fuera, empujaría a otros camaradas que aún dudaban entre poner distancia o enfrentar a Djugashvili en Rusia. El aceite acabó de consumirse en la lámpara y la mecha humeó fragante en la penumbra del sótano. Volodia carraspeó, cruzó los brazos. Caminaba en uno y otro sentido a lo largo de un pasillo que abría en la oscuridad.

«En todo el tiempo que viví encerrado, alejado de ustedes, sabía que hacía lo correcto, pero creo que Zenia no se equivoca aunque sus figuras nos enreden. Un bien aparente nacía de un mal verdadero, y al revés. Lejos de las personas, es cierto, no hay conflicto. Las palabras se lo devoran todo y una realidad de diccionarios esfuma la experiencia. La calle, los talleres, el frío. Nada de eso parece real. Estás en un cuarto y ya no sabes cómo es el mundo. Sabes que hay enfermos y hay pobres, sabes que no hay escuela para todos y que la comida no alcanza, sabes que las personas sufren una horrible soledad y sus esperanzas se mueren. Todo lo sabes, pero ya no te incomoda. Llegas a creer que el mundo siempre ha sido así y que seguirá siéndolo. Interpretar la realidad comienza a bastarte. Crees hacer política. Pero ¿hay política si no se disputa verdaderamente el poder? Yo veo que no hay experiencia de uno solo como no hay socialismo de un solo país. No veo el mérito de revolucionar el cuarto si luego no cambia la casa. Y nuestra casa es el mundo. También desde afuera podemos apedrear a los burócratas. Ese no es el problema, sino saber siempre con quién se está. De qué lado se está. Hasta los burgueses de cuando en cuando se renuevan. Desordenan un poco su futuro, cambian de lugar las alfombras y desde la ventana te saludan. "¡Ey, camarada! ¿Eres revolucionario? ¡Pues mira cómo yo también estoy por el cambio!" No son tontos. Te ven cruzar la calle nervioso, se asoman y gritan "¡Cada uno debe empezar por su interior, camarada! ¿Me estas escuchando? Nadie puede amar a los demás si primero no se ama a sí mismo. Todavía no puedo luchar por los demás. Discúlpame. No puedo todavía. Mi alma me llevará un buen tiempo aún. Pero diles a los pobres que me esperen. Ya iré, claro que sí. ¡Te asombrarás de mí! Cada día falta menos. Diles que me esperen. No voy a defraudarlos ¡Todos queremos el cambio!" Y no se equivocan. Están cambiando el tapizado a sus sillones, han comprado escritorio nuevo y viajarán a un país desconocido el verano próximo. Estoy con Bronstein. Nadie puede creer que hay un espíritu en Rusia que la destine a llevar al mundo a la libertad. Solo hay una fuerza, la de quien sufre injusticia. Yo me voy donde haya esclavos para empezar de nuevo. Y cuando ellos me den la señal, allí donde sea, arrojaré piedras a las ventanas de los ricos. Si es necesario, Rusia y todas las Repúblicas Soviéticas tendrán que aprender de nuevo a ser revolucionarias hasta la médula.»

Clareaba ya en la Sampsonievski. Una tormenta de rachas y granizo

sacudía Leningrado como si fuera una ciudad de miniaturas. Nadie caminaba en las calles. Volodia pidió hacer una última visita. Todos le aconsejaron olvidarla.

«Tu barco zarpa esta noche.»

Decimosexto capítulo

La luz del sol atravesaba el vagón horizontalmente e iba a derramarse en los prados linderos a los rieles. Horas y horas y el viaje no alcanzaba siquiera su punto medio. Era como viajar en sueños. Anna Sergueievna dijo que caminaría para estirar las piernas. Recorrió algunos coches, conversó con camaradas y al cabo se sentó en una escalerilla exterior para ver correr los campos a contramarcha del tren. Regresaba a Leningrado tras un año de ausencia. Aún no sabía muy bien por qué. Era feliz en Engels.

Se ató un pañuelo en la cabeza y encendió un cigarrillo. Había un dorado paisaje crepuscular donde antes hubo hambre, explotación, miseria. Intentó ver la vida del futuro, cuando los que ignoraran el pasado de esclavismo fueran ya adultos y tuvieran en sus manos el gobierno de las Repúblicas Soviéticas. ¿Imaginarían que la vida siempre había sido así, como esa calma y sus primeras estrellas, como ese tren que andaba por todas las Repúblicas? Ella conoció el tiempo en que los pobres tenían prohibido el viaje en los vagones con asiento. Solo los ricos y los funcionarios podían entonces viajar sentados, y sus animales.

Los niños que pescaban en una charca saludaron el paso del tren. Anna les correspondió con el puño en alto.

Un año atrás, en Leningrado, le habían dicho lo que ella conocía perfectamente. «La Revolución todavía viste harapos en muchas Repúblicas, Anna.» Ella agregó: «las mujeres los peores ». No se animaron a contradecirla. Como nervadura de un tumor profundo, aún sobrevivía la miseria como un estado natural. En muchos sitios ni era claro para todos que los obreros, los campesinos y sus hijos tuvieran el derecho y el deber de ir a la escuela. Consideraban lógico que entre dos enfermos, uno rico y otro pobre, el médico debiera atender al rico hasta sanarlo; luego daría alivio al pobre, si entretanto no ocurría que ya hubiese muerto o que un nuevo rico enfermara. Y era frecuente que los ricos enfermasen por ser personas tan sensibles.

Era a todas luces evidente que lejos de las grandes ciudades los

antiguos explotadores se travestían de ovejas para reincidir en sus abusos más crueles. Muchos campesinos pobres ni en sueños entendían la justicia de reclamar ante los atropellos. «Por eso te necesitamos en Engels, Anna. Con tu hija. Nuestro comisario es buen camarada, pero algo tosco, ya te lo imaginas. Nos ha escrito informes en los que reclama que enviemos psiquiatras a Engels. Cree que los campesinos están locos de la cabeza.» «Veo que ese comisario es hombre inteligente –contestó Anna–. La explotación engendra locura antes que conciencia del abuso. Una locura en el explotador, que se imagina dios. Y otra más terrible en el explotado, que se resigna a la obligación de sufrir.» En el Soviet de Leningrado parecían entusiasmados con la idea de que Anna partiera hacia Engels. «Mujeres y niños primero. Tu hija Emmaia en la escuela. Tú con las mujeres. Ellas, que pusieron a andar el Motor son las que menos lejos han llegado. Empieza por células femeninas, si estás de acuerdo. De amparo primero. Una organización. Y luego de impulso. Los hombres no entendemos, Anna. Para nosotros son madres o hijas, jamás mujeres.»

Anna frunció el ceño, tomo su té y se acercó al mapa abierto sobre la mesa. La remota Engels. «No hay que ser un Vladimir Illych, camaradas, para descubrir el secreto –dijo al fin–. Como en Octubre. Dar las armas a quienes han sido las víctimas. De acero y de palabras. Cada mujer sabrá después contra quién dispararlas.»

Más al Norte cada vez, el frío crecía. Anna acabó su cigarrillo. Dejó las primeras estrellas, el campo, la escalerilla, y regreso al vagón junto a su hija.

Decimoséptimo capítulo

Medianoche. La luz de la luna dibuja un gabinete en el asiento de Emmaia. Desvelada, apoya la cabecita en el cristal de la ventanilla y blandamente la sostiene con la palma de su mano abierta bajo el mentón. Hasta qué día, se pregunta, una mujer es joven. Lleva un año fuera de Leningrado. No sabe a qué regresa.

Tras aquel primer beso, Emmaia pasó la noche esperando a Volodia. En la escuela, en el portal de su casa, en la cocina luego, y al fin en el rellano de la escalera, junto al cuarto de entrepisos. Nunca más lo vio.

Cuando cedió su orgullo herido, consideró que algo grave le hubiera ocurrido a Volodia. Fue a la metalúrgica. Tampoco los camaradas sabían de él. ¿Sospechaban algo? No. Volodia, simplemente, había desaparecido.

Las clases fueron tristes en la escuela. La espontánea alegría de la maestra era ahora voluntariosa, errática. Una y otra vez, en las oraciones que anotaba en la pizarra descubría el nombre o los rasgos que la tiza se empecinaba en dibujar. Mientras los alumnos hacían la tarea, ella caminaba abstraída entre los pupitres, imaginando que la gorra proletaria se asomaría en la ventana.

Su apetito menguó. Los ayunos recurrentes la hicieron más hermosa todavía y enigmática. Más frágil y leve. Varias veces había hablado con su madre de la extraña desaparición de Volodia. Una noche, sin consuelo, acabó por revelar su secreto a Anna Sergueievna.

Su madre entonces sospechó una traición y no pudo sino compadecerse de la suerte de Emmaia, de su amor de un único beso. Sin embargo, cómo explicarle a esa maestra casi niña que vivían tiempos arrebatados. Muchos camaradas estaban hoy aquí y mañana quién sabe dónde. En todos los sitios se abrían fábricas, escuelas, hospitales, granjas, teatros, bibliotecas, y allí donde fueran necesarios, las obreras y obreros mejor preparados se improvisaban como instructores que transmitían sus habilidades a los demás. Amor de viajero era, en lo frecuente, el único posible. Pero ¿por qué, insistía

Emmaia, ni siquiera una palabra de adiós, la esperanza de un regreso?

Anna conocía las circunstancias en que Volodia se refugió en su casa. Con todo, ¿cuánto no habría de excesivo en el diagnóstico que él hacía de la situación? Si Volodia tenía a Djugashvili por lobo, ella sabía también que en vida Vladimir Illych recelaba del carácter presumido de Bronstein. Ella hacía suyos esos recelos y al aplicar un rasero las virtudes y los defectos de uno acababan parejos con los del otro. ¿Dónde estaba Bronstein en ese momento? ¡En Berlín, en la misma clínica donde se había internado uno de los descendientes del zar Nicolás! Llegada a ese punto, a ella le importaba nada que un lobo o un pavo real se disputaran un efímero relieve en la historia soviética. Las masas eran las únicas protagonistas. Intentaba no descartar que acaso Volodia desapareciera menos por una misión tan importante como urgente, que por estar preso en Siberia, pero era cosa de confirmarlo y no de arrojar irreflexivamente a su hija a un pozo de escepticismo.

Por su cuenta y riesgo, Anna se agenció de información confidencial a espaldas de Emmaia. Hizo averiguaciones formales e informales. Por unas supo que Volodia había sido descubierto en actividades de sabotaje al servicio de los alemanes. Pero había logrado escapar y ahora estaba en las termas con su Bronstein, en Berlín. Era sin dudas una versión de tintas cargadas y tendría que diluirla. Por otras, en cambio, le informaron que la situación de Volodia en el Partido, de por sí delicada, se había agravado con la salida de Bronstein hacia Alemania. Los partidarios de Djugashvili habían encontrado una buena oportunidad para minar la prédica de Volodia en los talleres y las asambleas, y no era de extrañar que lo obligaran a dejar las Repúblicas o pasar a la clandestinidad. Si Volodia no daba señales era para no involucrar a Emmaia. Cuando Anna preguntó si alguien sabía de una mujer entrometida en el misterio, le hablaron de una escéptica modista de costumbres burguesas pero le aconsejaron desechar ese rumor. Calumnias de ese tenor se estaban haciendo frecuentes. ¿Acaso no injuriaban a Bronstein como si se tratara, no de un revolucionario, sino de un dandy?

Cuando Anna avanzaba sobre estas averiguaciones, debió interrumpirlas. A pedido del Soviet de Leningrado se trasladaría con Emmaia a la remota Engels. La madre estimó que tal vez resultara un inesperado remedio. La hija recibió la novedad del viaje con amarga resignación.

Necesitaba olvidar a Volodia.

El día en que tiene un hijo, la noche en que pierde a un hombre, una mujer ya no es joven, piensa Emmaia. Si despertara a su madre en

el asiento y le preguntara, qué diría ella. Acaso que es joven la mujer que aún se sostiene en el coraje. Decide no despertarla. ¿La ayudaría una respuesta semejante? Piensa si su madre, amada hasta la pasión dos veces, no se quedó en el azar de las correspondencias con el hombre que le iba a la hija. Emmaia se asombra de su propio pensamiento. ¿Será joven la mujer que se asombra todavía? Una lágrima se le va y es sobre la delgada tela que le envuelve el seno. Como una flor. ¿Para qué ha de volver a Leningrado si nadie la espera? Siente el frío que por el pecho le entra hasta el corazón. ¿Regresa de algún sitio, alguna vez se fue? Acaso es joven la mujer que no puede sentir que regresa; la mujer que siempre, a todas partes, está llegando.

Decimoctavo capítulo

Tintineó una campana y luego otras, sucesivas, como un carrillón que tuviera sus piezas dispersas. Graznó una sirena. Los que esperaban se acercaron al andén para saludar con pañuelos la llegada del tren a Leningrado.

La locomotora asomó en un codo de rieles con una suave maniobra que, a la distancia, sugería la torción y el avance de un oscuro río. Las bombas de la máquina detuvieron su empuje para que el tren arribara solo con el impulso adquirido.

En el andén, iban las personas de un sitio a otro adivinando en las ventanillas a los pasajeros de cada coche. Eran idénticos los vagones; apenas distinguidos los últimos –con sus techos cubiertos de nieve– de los primeros –envueltos en una delgada escarcha que el calor de la locomotora impedía crecer.

Un camarada reconoció a las dos mujeres y con gritos llamó a los otros, enmarañados entre viajeros y equipajes. Sobre las cabezas, bien alto, llevaban ramos de flores rojas. Anna –camisa blanca de algodón, con cuello bajo en tono malva, cerrada con botones sobre la línea imaginaria del seno izquierdo. Pollera de lienzo azul, ceñida en la cintura con frunces regulares y falda tableada. Capa de sarga negra hasta las rodillas. En el cabello un delicado aplique de florcitas rojas amarradas con una cinta–, al verlos, se apresuró en saltar a sus brazos.

Emmaia se retardó. Ante sí misma simulaba cuidar el cabello. Con los ojos parecía buscar su reflejo en el cristal, pero más buscaba en el andén otros ojos. Solo encontró a su madre entre los camaradas que se prodigaban en abrazos, en torno a otra rueda de hombres que esperaban su turno y, más allá, desconocidos. Quitó de los dientes la hebilla que mordía y prendió un ramillete de azahares al cabello recogido; repasó con los dedos la línea del vestido, disolvió las arrugas, alzó y dejó caer varias veces la falda para devolverle su vuelo original. Ya no tenía sentido demorarse. La esperaban quienes la esperaban y nadie más. Se envolvió con el chal, recogió la pequeña maleta y buscó la salida del vagón.

Tras un año la ciudad parecía más silenciosa y su gente más reconcentrada. Hubo una larga sobremesa esa noche y con el postre los camaradas trajeron los periódicos. Por semanas, y en entregas sucesivas, se habían publicado los informes que Anna enviaba desde Engels.

«Emmaia los escribía. Yo nada más le contaba lo que pasaba y lo que se había hecho para remediarlo.»

Con los resultados a la vista, el Secretariado General había decidido continuar y ampliar el proyecto. Camaradas de Moscú, Leningrado y Kiev viajarían en la primavera a Kirguisia, Tadjikistán, Georgia, Uzbekistán y Moldavia.

«Cambiará la vida de las mujeres, Anna.»

A todas las novedades Anna asentía sin emoción. Bebió su té, hojeó por encima los periódicos. Encontró repetidos su retrato y el de Emmaia, rodeadas por mujeres y niños de la lejana Engels.

«Ya lo veo que cambiará. Pronto seremos Marco Polo en China.»

Los camaradas no comprendieron su enigmática sentencia. Uno se acercó por la espalda y la estrechó.

«Josef Djugashvili quiere que te ocupes del proyecto personalmente. Todos nos enorgullecemos de ser tus amigos, Anna.»

«¿También ustedes? Extraños amigos tengo. Celebran verme lejos.»

Las manos que la estrechaban cedieron y cayeron por los brazos de Anna.

«¿Qué son esas bromas? Deseábamos tu vuelta con nosotros. Claro que sí. Pero nos hacía felices saber que llevabas la Revolución tan lejos.»

«También nosotras éramos felices, tu qué crees.»

«No lo muestras con los ojos, Anna. Hemos cambiado, por tí ahora entendemos que es justo lo que antes nos resultaba indiferente».

Anna se resignó a ser franca. Crearía problemas la noche misma del regreso.

«Eres un antiguo camarada, Iván. No puedo ser cruel contigo. Pero dime –y lo miró a los ojos– ¿desde cuándo hay dos Revoluciones, una para los hombres y otra para las mujeres? –Iván Kolashnikov apagó su cigarro. Anna corrió la taza vacía al centro de la mesa y se puso de pie– Emmaia y... –Emmaia no estaba a su lado. La buscó con la mirada. Tampoco en la cocina–... Emmaia y yo hicimos el trabajo por revolucionarias, no por mujeres... No pasábamos el tiempo sonriendo para que nos retrataran. Hasta hoy no sabía que lo habían hecho. Fue bueno llevar a Engels credenciales del Soviet de Leningrado, ¡de otro modo también nos hubieran golpeado, como antes golpeaban a las

mujeres y a los niños...! ¿Sabes cuál fue el secreto? Pues yo te lo voy a decir: decíamos a todo que sí y las obreras lo hacían. Cualquier revolucionario podría haber hecho lo que nosotras hicimos. Pero el Soviet quiere a las mujeres... ¡Que se arreglen entre ellas, que al menos se soportan...! ¿También ustedes piensan así? Les voy a decir lo que pienso. Solo por dos razones Djugashvili puede querernos para misioneras de su orden. La primera es que imagine que se trata de tarea para mujeres. Bien, se equivoca de medio a medio. No es tan grave. Bastará con decírselo y que lo entienda. Pero hay otra razón, y entonces me gustará saber quién de ustedes estaría de acuerdo con ella –Anna los observó uno a uno–. Que quieran hacernos a un lado.»

Todos reaccionaron ante esa alternativa que nadie había considerado. Los más lo daban a entender con malhumor o desconcierto. Solo Ilia Sergueievich Peplov pudo dar forma clara a su pensamiento.

«Nos equivocamos al mostrarte los periódicos, Anna. Tal vez no fue buena idea que vieras tus retratos. Se te han subido a la cabeza y recién llegas. No lo acepto con gusto, pero sé que no es difícil ser vanidoso en una Revolución. Tan malas eran antes las cosas que ahora a cada paso hay oportunidades para ser héroe por un día. Y lo entiendo. Pero de nadie voy a tolerar que crea que lo será por toda la vida. Si la vanidad jamás es virtuosa, en una Revolución miserable como la nuestra es un vicio decididamente. Vivimos en la miseria y así será por mucho tiempo. Es el regalo que los Romanov nos dejaron. Déjame decirte que no encuentro un solo motivo para que imagines merecer una estatua como la de Pedro, y dudo mucho que sepas sostenerte sobre el caballo de bronce. Jamás en toda la historia de Rusia una obrera recibió los elogios que el Soviet reservó para tí. Ni Alejandra Kollontay, ni Nadiezhda Krupskaia los tuvieron, y ya estoy diciendo demasiado. ¿Ahora qué quieres? ¿Que bauticemos a Leningrado con tu nombre? ¿Que no trabajemos en tu aniversario? ¿Que llamemos a tu hija "la princesita"...? ¡Ya deja de creer que Djugashvili no hace otra cosa que pensar en tí!»

Fue un duro golpe para Anna. A medida que Ilia Sergueievich Peplov se decidía a ponerla en su sitio debió resistirse a las lágrimas. Solo tuvo por alivio saber que Emmaia no estaba allí. Tomó dos decisiones. Considerar si Ilia no se equivocaba y prepararle una réplica. Anna había comenzado a pensar seriamente que sus averiguaciones acerca del paradero de Volodia y su repentina misión en Engels tenían una relación invisible. Pero no se animaba a exponerlo sin tener alguna evidencia material. Prefirió una argumentación alternativa. Debía ser clara y sólida ante los camaradas más jóvenes.

«Ilia Sergueievich, voy a pensar con cuidado todo lo que me dices. Te doy mi palabra. Pero dame la tuya de que al menos considerarás esto que digo. Djugashvili habló con ustedes. Están de acuerdo. Los hombres han decidido lo que nosotras vamos a hacer en el futuro y pretendes que te lo agradezca. Pero yo te recuerdo que no fueron los Romanov quienes ordenaron a los obreros lo que les convenía hacer.»

«¡Solo eso te falta, Anna! ¿Crees ahora que Djugashvili es un Romanov?»

«Lo que creo es que los Romanov dividían entre cortesanos y obreros, y temo que ahora se divida entre hombres y mujeres. Dime de una vez, Ilia, dímelo pronto y que los camaradas te ayuden. ¿Quiénes son las mujeres en el Soviet Supremo? Déjale a los burgueses el consuelo de imaginar que somos misteriosas o inestables. ¿O van a llevarnos de adorno en la solapa? No hubo una carta desde Moscú o Leningrado que llegara a Engels. No vi a ningún burócrata en el andén para recibirnos. Y no veo que nada vaya a cambiar si ahora hay corte de varones. Ella estuvo conmigo, pregúntaselo a...» –señaló con la palma abierta, olvidando que era la única mujer en la sala.

Decimonoveno capítulo

Emmaia había salido al patio para ver la noche argentina sobre los techos de Leningrado. Dio unos pasos en el frío y no se atrevió a perder la mirada en lo alto. Todo ese cielo transparente la agobiaba. Se abrazó a sí misma, se frotó los brazos. Tomó la decisión de ocuparse de inmediato.

Volvería a la escuela al día siguiente. Por qué iba ese beso a seguir besándola si ya no la besaba, por qué amarrarse a lo inexistente, confundirse tanto hasta creer que todo lo había tenido y perdido en un instante. Iba a ir a su cuarto, guardaría las prendas que tenía en la maleta, llevaría algunos libros a la cama, elegiría las lecturas para la clase y no tardaría en dormirse. Quería despertar apenas amaneciera. Que la excusaran de regresar a la cocina a dar las buenas noches.

Salió del patio, anduvo en penumbras por los corredores y subió la escalera veloz como en un film, por no detenerse, no mirar siquiera la puerta del cuarto de entrepisos. ¿Pudo evitar con ese ingenuo ardid el escalofrío, la sensación de que Volodia estuviera allí, tras la puerta, esperándola? No, no pudo. Pero si algo la estremeció, se dijo que era el frío; si la presión de su sangre osciló, culpó a la fatiga; si un súbito sudor le brotó en la piel, un ardor le envolvió el pecho, prefirió entender que ya no era una niña y extrañaba los ejercicios físicos. Nada más que eso.

En su cuarto encontró la maleta abierta sobre la cama, abiertas también las puertas del armario y los cajones asomados en sus guías. Tal vez, la mañana siguiente la ocuparía cambiando de sitio los muebles. Renovándose para vivir. Los camaradas la ayudarían. Sonrió. La habían estrechado en el andén. Algunos la besaron casi en la comisura de la boca. Cubrió sus ojos con las manos y blandamente se ruborizó.

Una a una guardó las prendas en los cajones, ocultando en ellas pequeños panes de jabón fragante. Luego devolvió al tocador las miniaturas de cristal, de porcelana, los cepillos y las cintas de colores, las cajitas de madera, el diario íntimo hasta reconstruir el orden que

alguna vez tuvieron. Fijó las fotografías en torno a los espejos. Se apartó y observó a la distancia aquella ciudad femenina. Corrigió posiciones, detalles. Dio volumen en el florero a los pimpollos de la bienvenida. Llevó algunos libros a la mesa de noche.

Pensaba cerrar la maleta y guardarla en el armario cuando entrevió en su fondo el obsequio de las mujeres de Engels. Le llevó algún tiempo disculparse del olvido. Retiró la caja de la maleta, cortó las cintas blancas y abrió el papel como si dentro durmiera un niño.

Era un camisón para la noche de bodas.

Lo recogió por los breteles de encaje hasta desplegar la prenda de seda resplandeciente. Iba a llorar pero de pronto vio a Emmaia en la ventana del espejo del tocador. Se sonrieron. Algo había de visto por primera vez. Emmaia se desprendía las cintas del cabello y arrojaba los azahares entre los potiches. Le pareció que temblaba. La vio quitarse el vestido, la blusa después y dejarlos caer, cruzar los brazos sobre las piernas y luego subirlos llevándose la enagua de algodón. Se miraron a los ojos. Dudaba de que Emmaia siguiera adelante, pero las manos fueron a la espalda, desprendieron el soutien y se atrevieron a caricias donde ella no se hubiera atrevido. En cambio, Emmaia quedó desnuda, inclinó el cuerpo, recogió el camisón de bodas y lo probó sobre el cuerpo. Como si nadie la observara lo llevó a su cabeza y lo derramó por su piel como agua blanca. Nunca había visto a Emmaia tan hermosa, envuelta en seda y encajes. Cepilló el cabello sobre los hombros y salió del cuarto.

Descalza sus pasos no hacían siquiera rumor en los peldaños. Solo la seda resbalando en la piel. Desde la sala subían voces ásperas de una discusión. Entró al cuarto de entrepisos como si fuera al suyo. Los objetos se encimaban en un precario equilibrio, igual que en un bazar abandonado. Caminó a tientas, guiada por el leve resplandor de la luz de la luna, hasta golpear con las piernas la blandura de la cama. Se abandonó en ella con los brazos abiertos, acarició todos los pliegues de la sábana helada. Lloraba muda, la boca besada a la tela, mordiéndola. Llevó y trajo los dedos por la cama en un glissando sobre teclas muertas, hasta que en el más agudo de los acordes, allí donde la mano derecha apenas alcanzaba en su ejecución ciega, sus yemas rozaron la tersura de una carta y el áspero rigor de una rosa muerta un año atrás.

Segunda Parte

Vigésimo capítulo

La emoción arrebató a los pasajeros cuando el barco comenzó a navegar las aguas dulces del estuario. Aunque muchos de ellos jamás asistieran a una función de cinematógrafo, parecían, arracimados y expectantes en la borda, el público de un film. La ciudad se les revelaba con sus alturas sucesivas. La Babel del siglo.

Los que viajaban acompañados se estrecharon. Los solitarios sintieron que se podía ser niño otra vez. A gritos los marineros pedían sitio para las maniobras de amarre. Nadie podía escucharlos. Los extranjeros apretaron más el atado, el bulto, la maleta, lo que trajeran, y como si una cadena les amarrara los pies dieron pasos cortos hacia el punto de la borda donde se aplicaría la rampa a tierra. Al fin tenían ante sí al futuro. Comenzarían de nuevo.

La nave, a fuerza de amarras de soga y hierro, se prendió al puerto como un abrojo de acero para transfundir al dragón sus pasajeros de las mil lenguas. No tardaría en desatarse una tormenta.

Lo primero que Emmaia conoció de la ciudad fue la mirada de la policía. Encolumnada con el resto de los extranjeros descifró la indicación elemental que los oficiales hacían con sus manos. Que cada uno siguiera a quien tuviera delante allí donde fuera. Y la recomendación, con el índice atravesado en los labios, de hacer silencio.

Emmaia observó que la precedía una mujer vestida de negro, con una larga trenza de cabello recogido sobre la espalda. Había cientos de mujeres que responderían a esa seña. Con más cuidado registró un lunar inconfundible en su cuello.

La columna avanzó hacia un edificio de ladrillos rojos, con ventanas altas, cerradas con barrotes de hierro y alambre tejido. Poco hubiera costado confundir la construcción con una cárcel. Emmaia de pronto se hacía a la idea de un puro presente, en el que cualquier experiencia anterior fuera vana y donde no existiera un solo punto fijo respecto del cual diseñar el porvenir. Envuelta en esa súbita impresión le llegó

el turno de entrar al edificio. Comenzó a recorrer pasillos sombríos y oficinas luminosas, aquí por un sello y allá por otro, de a ratos demoras y de a ratos urgencia por recuperar su sitio en la columna cada vez más disgregada.

No tardó en desorientarse. Ese parecía el objeto mismo de la marcha ciega por los pasillos. A lo lejos, recortada en un pasaje de tenue claridad, creyó distinguir que la mujer del lunar entraba a una nueva oficina. Corrió y apenas consiguió ella también pasar antes de que la puerta de cristal esmerilado se cerrara.

Era una habitación más amplia que las anteriores. La luz de las lámparas era deslumbrante y sus ojos no conseguían tolerar el resplandor. Entrecerrando los párpados consiguió ver, sobre la izquierda, dos hombres con guardapolvos blancos y mangas de lustrina sentados a un escritorio de madera. En tres tiempos desparejos levantaban la cabeza, observaban algo con atención por encima de las gafas, y volvían a bajarla para hacer trazos en un registro. Sobre la derecha, desde la puerta de entrada y en arco hacia la pared opuesta. Se apretaba una fila de mujeres, Emmaia la última. Cada una estaba cubierta con una prenda de menos, hasta llegar a la primera, enteramente desnuda y acostada en una camilla. Parecían componer el cuadro vivo de una metamorfosis.

Dos hombres vestidos con guardapolvos inspeccionaban a la mujer desnuda. La revisaban en los más íntimos pliegues de su piel, los abrían, los palpaban y luego enjuagaban las manos en jofainas de loza colmadas con antiséptico. Mientras la mujer comenzaba a vestirse los hombres hacían comentarios y los que estaban en el escritorio anotaban en el registro. Emmaia pronto advirtió que en las mujeres a simple vista más saludables, la inspección se demoraba hasta la minucia.

A medida que la fila avanzaba Emmaia empalidecía; desprendía los botones pero se resistía a ganar tiempo quitándose las prendas. Por reclamo de los médicos una hermosa mujer se había postrado de hinojos sobre la camilla. No se decidían a terminar el examen. Llamaron la atención de los que anotaban, para ellos le separaron las nalgas y los invitaron a acercarse para que observaran con detalle. Los cuatro hombres la rodearon. Del cuerpo de la mujer Emmaia solo entreveía aquellas partes que los hombres se afanaban por revisar y el resto lo ocultaban los guardapolvos. Los dedos entraban y salían en la piel, friccionaban y luego cedían turno para que otro médico repitiera el contacto. De pronto sonrieron.

Emmaia sintió que se desvanecía y tanteó el aire buscando apoyo en las mujeres que la precedían en la fila. Trémulas, humilladas, miraban al suelo. Emmaia tomó fuerzas y se anticipó al vahído.

«¡Dejen a la camarada, cerdos!»

Los hombres se estremecieron ante ese grito indescifrable y descompuesto. Uno quiso avanzar sobre Emmaia, y otro también, y otro luego, pero ella ya había escapado de la oficina. Con el golpe de la puerta en su marco, el cristal se pulverizó. Los médicos llamaron a los guardias y salieron tras ella.

La mujer que estaba postrada en la camilla se aprovechó de la confusión y comenzó a vestirse.

Vigésimo primer capítulo

Daba lo mismo correr en un sentido que en otro, Emmaia ni idea tenía de dónde buscar a nadie a quien pudiera denunciar lo que había visto. Su intuición la guió en cada encrucijada de pasillos, todos sombríos, amenazantes. Torcía a izquierda o a derecha, cada vez más rápido a medida que escuchaba aproximarse voces que la perseguían en una lengua hostil. Atravesó una habitación desierta y al otro lado encontró nuevos corredores que nunca iban a un lugar amable. Sin embargo, tuvo la sensación de que comenzaba a alejarse de los gritos. Ante ella apareció un corredor angostado por muebles en desuso, abandonados. No quedaban pasillos laterales, solo una puerta de madera. Intentó abrirla. La puerta cedió fácilmente y una descarga eléctrica le encendió el cuerpo al rozar su mano la de alguien desconocido. Iba a retroceder por el pasillo. La puerta se abría y a su espalda volvió a escuchar voces que se acercaban. Con desesperación se lanzó hacia lo oscuro del pasillo, ciega, sin más tiempo para la intuición. Algo la hizo trastabillar y dio con la cabeza en una plancha de hierro, intentó tomarse de un mueble pero solo consiguió arrastrar en su caída cajas y cartapacios polvorientos. El estrépito la descubrió. Los pasos ya repicaban en el pasillo. Se puso de pie, tanteó la plancha y al encontrar una empuñadura empujó hacia afuera con todas sus fuerzas. La puerta chirrió sobre sus goznes, Emmaia escapó al otro lado y la dejó luego cerrarse con una explosión de hierro y cemento a su espalda. Los gritos se apagaron súbitamente. El golpe en la cabeza la había aturdido, a más del corazón ahora la frente le latía y una imprevista claridad la ofuscaba. Comprendió que estaba en la calle.

Otra vez el cielo bajo, preñado de tormenta. Una avenida cruzada a lo largo por rieles de acero que se perdían hacia distintos rumbos. Los árboles que comenzaban a ceder ante el viento que llegaba desde el río, con sus ramas entreveradas como celosías que, al amainar el empuje de las rachas, se desenredaban con ruidos de huesos al quebrarse. Nadie sensato se animaba a andar las calles con la tormenta en ciernes. Lejos, al otro lado de la avenida, amenazaba una compulsiva sucesión de edificios, sostenidos por un pasaje de arcadas

que se multiplicaban como en un juego de espejos enfrentados.

Emmaia probó abrir la puerta y regresar al edificio. La plancha de hierro no cedió un milímetro. Se volvió hacia la calle y descansó la espalda en el muro de ladrillos rojos. Tal vez encontrara otra puerta. Acarició con las manos la aspereza del muro. Comprendió que había perdido su maleta. Desde el cielo llegaban gritos apagados como de monstruos oceánicos. Se prometió no llorar.

Vigésimo segundo capítulo

Un hombre apareció en el extremo de la calle envuelto en una gabardina. Para vencer al viento avanzaba el cuerpo sobre los pasos y con una mano sostenía el sombrero ladeado hasta cubrir los ojos. Cada tanto arriesgaba miradas bajo el ala para conservar el rumbo en la vereda desierta. El viento inflaba la gabardina más abajo de la cintura como si se tratara de un antiguo capote.

Iba reconcentrado en una preocupación fastidiosa –que pronto ni recordaría–, por esa razón eligió un camino sin gente, en lugar del tumultuoso pasaje al otro lado de la avenida. Cuando se acercaba al edificio de ladrillos rojos, un tajo inverosímil abrió el cielo y el relumbre congeló la ciudad. El hombre se detuvo y cerró los ojos como si evitara el estruendo por anticiparlo. El mundo se movió a un costado y de aquel abismo abierto en las nubes cayó la tormenta. Apuró el paso, se asomó tras el ala del sombrero y en una fantasmagoría se le apareció una mujer contra el muro. Parecía bañada en el mercurio de los relámpagos. Esa idea lo cautivó.

Emmaia, insensible al agua y los fulgores, observó al hombre que se acercaba. Lo miró sin cautela, sin reservas, y vio que el hombre la miraba y que su mirada la miraba en la boca, como si allí estuvieran los ojos. Entonces la boca, cautiva de la mirada del hombre, comenzó a temblar sin que pudiera desviarla, como hubiera, tal vez, desviado los ojos si el hombre la mirara en ellos. En el influjo de un campo magnético –el aire se había cargado de electricidad, los hierros transpiraban humores de óxido– el hombre llegó junto a Emmaia y se quitó la gabardina.

«Cúbrase.»

Ella lo hubiera hecho –como cualquier otra cosa, así estaba de aturdida– si no fuera tanto el asombro que le produjo oír su propia lengua en la voz del desconocido. Permaneció inmóvil en la lluvia.

«Como un favor se lo pido. Cúbrase.»

«Pero y usted...»

Echó la gabardina sobre los hombros de Emmaia, la envolvió con

los brazos y le indicó cómo sostenerla.

«Yo conozco esta lluvia. Peor que la de San Petersburgo, mejor que la de París. Sosténgala de este modo. Así.»

«Qué hace aquí.»

«Lo mismo que usted. Rusia ya no es lugar para nosotros.»

«Por qué lo dice.»

«¿Me equivoco acaso?»

Emmaia tuvo una sensación dolorosa en el cuerpo. El nombre de su patria, el deseo de rechazar la coincidencia.

«No sé. No estoy segura. Vengo para casarme.»

«Sí. Todos viajamos por algún tipo de amor. Es lo único que podría llevarnos tan lejos.»

«¿Habla la lengua de aquí?»

«Como aparece en los libros y nada más. Me sirve de poco para hablar con las personas.»

«Tiene que ayudarme», dijo Emmaia mirándolo con desesperación en lo profundo de los ojos para hacerle sentir que lo necesitaba.

Sin embargo, fue pobre el amparo que el hombre supo darle. Antes se abismó en la mirada de Emmaia y cuando volvió a hacer pie en la tormenta ella terminaba su historia.

«...dentro es el infierno y afuera es peor. Pero Volodia aún no aparece.»

Un policía asomó envuelto en un capote negro. Al verlos se detuvo, los hirió con la mirada y luego volvió rápidamente sobre sus pasos.

«Fue a buscar ayuda. Tenemos que irnos.»

«¡Volodia no ha llegado!»

«Jamás volverá a verlo si la policía la detiene. Vamos. Ya.»

«Me prometió venir.»

«Y no ha venido. Vamos.»

Se oyeron pasos que corrían sobre la otra cara del edificio. El desconocido la tomó del brazo. Emmaia se resistió.

«Por qué. Déjeme.»

El hombre pareció enfurecer. La miró directo en las pupilas.

«Somos rusos, ¿comprende usted? Aquí no hay nada peor que eso», y la arrastró bajo la tormenta.

Emmaia no sabía de qué escapaba. Un desconocido la llevaba por la fuerza y ella se dejaba. Cruzaron la avenida y entraron al pasaje de arcadas. Se perdieron entre la multitud.

«Serénese.»

El desconocido encendió un cigarrillo. Se había quitado el sombrero y componía su cabello con dos dedos.

«Ahora observe.»

Emmaia se asomó tras un pilar. Los policías corrían bajo la lluvia. Sonaron silbatos. Oyó que gritaban.

«Nos vieron entrar. Saben que estamos aquí.»

«Pero no nos seguirán.»

Así ocurrió. Los policías permanecieron al otro lado de la calle con sus armas en la mano, y en ningún momento probaron avanzar hacia el pasaje.

«Es absurdo lo que sucede.»

«Siempre se tiene ese sentimiento aquí. No estamos en Rusia.»

«Estoy en deuda con usted. No sé de qué me salva.»

«También soy ruso. Se lo que pesan las deudas imaginarias. Olvídelo.»

«Cómo lo supo.»

«La boca. Los ojos. El asombro. Las patrias no son un invento.»

Ella sonrió, recién entonces dio la vuelta hacia él.

«Soy Emmaia Sergueievna, maestra bolchevique.»

«Dimitri Pavlovich.»

Ella encontró al fin algo de calma. Se quitó la gabardina.

«Tome. Ya no la necesito.»

«Por qué. Hace frío. No estamos en Rusia pero también aquí hay inviernos.»

«Volodia no me reconocería si la llevo puesta. Yo no visto prendas de lujo.»

Vigésimo tercer capítulo

Sin tiempo para esperar a que el tranvía detuviera su marcha, Volodia saltó al pavimento. Atravesó corriendo la plaza anegada y fue luego calle abajo. En la carrera, la mano izquierda chorreaba estrellas de sangre que un instante se fijaban en los charcos y después se diluían.

Sobre la calle en declive los únicos ruidos eran sus zapatos de fábrica percutiendo el empedrado. Adelante, el edificio de ladrillos rojos se recortaba contra un horizonte de nubes negras. Llegó a la avenida, iba a cruzarla, una bocina bronca lo detuvo. Un automóvil de alquiler aceleraba tendiendo a su paso dos cortinas de agua. El pavimento, untado con fango y aceite, hizo derivar el automóvil de lado y a punto estuvo de arrollar a Volodia. El conductor echaba el cuerpo hacia adelante, como si con ese breve avance distinguiera mejor en la lluvia o aumentara la velocidad del vehículo. En el asiento trasero iban un hombre que vestía gabardina y a su lado una mujer rubia que vigilaba la vereda opuesta y la entrada del edificio de Admisión de Extranjeros. Volodia solo alcanzó a verle la espalda, el cabello en desorden. El auto se alejó velozmente. La lluvia deformaba las imágenes en la luneta trasera. La avenida volvió a quedar desierta y Volodia la atravesó corriendo.

Los policías apostados en la guardia reconocieron nada más una figura evanescente que avanzaba y solo cuando estuvo junto a ellos a un obrero en ropas de trabajo. Volodia intentó algunas preguntas. No quisieron entendérselas. Le impusieron la desmesura de los gestos, el ejercicio torpe de una mímica elemental. Un barco. Una mujer joven, delgada, la altura de ella iba hasta la boca de Volodia. Un barco. Una mujer joven. Iban a casarse. Un barco.

Le dijeron que había muchos extranjeros en el edificio. Que esperara en la calle.

Volodia se retiró a un costado. Se recomendó serenarse. Se apretó al muro y encendió un cigarrillo protegiendo la brasa con las manos. Aún le sangraban los nudillos. Se habían desgarrado al golpear en los

dientes del dueño de la fábrica, cuando intentó impedir a Volodia que saliera temprano ese día. Pero había llegado a tiempo. Le habían dicho que los extranjeros estaban en el edificio. Se dispuso a esperar. Apenas se lamentaba de no llevar un ramo de flores rojas para recibir a Emmaia.

Vigésimo cuarto capítulo

«Acompaña a la camarada Emmaia al cuarto de los espejos, Serguei. Te necesito después en mi escritorio.»

El criado supuso haber entendido incorrectamente las palabras –una en particular–; se hizo repetir las indicaciones y llevado por el asombro acompañó a Emmaia hasta una alcoba.

«Por favor, no corra las cortinas.»

Serguei accedió en silencio. Abrió las puertas de la toilette y la sala de baño y dejó correr el agua en la bañera. Era lo único que podía hacer por ella. No traía equipaje ni llevaba abrigo que guardar en los armarios. Anochecía. Los tonos de la alcoba viraban al de las fotografías conservadas por mucho tiempo.

«Las prendas de Madame Chanel le sentarán, señorita Emmaia. Puedo dejarlas mientras usted toma su baño. En lo que necesite disponga de mi servicio. Dejo la campanilla.»

Serguei se inclinó levemente, cortés antes que servil, y se retiró sin dar la espalda.

Emmaia fue hasta los ventanales. Asomada entre los pliegues de las cortinas comprobó que aún llovía. Observó la calle. Sobre la vereda de enfrente, la sucesión de palacios resguardados por verjas de herraje dorado y negro; los breves jardines colmados de rosales, hortensias y glicinas; los senderos de lajas blancas o grava púrpura; el césped acicalado con atenciones de coiffeur.

Era como si el tiempo retrocediera, o se desplazara por el mundo empecinado en conservar paisajes. Desde aquellos ventanales Emmaia supo, con claridad inefable, cómo era Rusia en tiempos de los zares, contra qué orden se habían levantado su madre y todos los obreros aquel sangriento y lejano domingo. La estremecieron las audacias de la simetría, su inusitada fidelidad pero también sus traiciones. Anna Sergueievna, se alertó Emmaia, jamás había mirado San Petersburgo desde los ventanales de un palacio como el de Anitchkov; cuando llegó a conocerlos ya no eran palacios de ricos, sino obras de arte que la Revolución Obrera había devuelto a quienes las construyeron piedra

por piedra. Emmaia se prometió no olvidar los riesgos de pensar por semejanzas apresuradas.

Le pareció que un policía asomaba abajo, en la esquina –la lluvia difuminaba la imagen– y por imposible que fuera para él llegar a verla, Emmaia se apartó de inmediato de las cortinas. Quitó sus prendas mojadas, las tendió en un sillón y del tocador recogió las toallas. Al oír en la puerta el llamado de Serguei, a toda prisa se encerró en la sala de baño.

Tan inesperado fue lo que vio, que el deslumbre la dejó aturdida. Solo inmaculadas blancuras de mármol y espejos que las repetían. Solo la piel frente a los cristales alteraba ese paisaje de nieve y brillos. Caminó cubriéndose con las manos del asedio del lujo.

En una alacena disimulada tras un espejo encontró jabones aromáticos, cremas, aceites, sales y colonias en tal número y variedad que hacían dudar del carácter simple que de común supone tomar un baño. ¡Qué precario se descubría su entrañable tocador de soltera en Leningrado!

La bañera estaba a punto de colmarse. Iba a llevar una pierna al agua cuando sintió que a su espalda la observaban. Sorprendida en la dejadez a que empezaba a abandonarse, giró con espanto y buscó las toallas. Nadie más que ella misma la espiaba desde los espejos. Esta vez no disoció su cuerpo del reflejo en el cristal, como en la noche del regreso desde Engels, pero igual de hermosa se descubrió a sí misma. Sin embargo, al reconocerse ahora en el escenario de mármoles, espejos y porcelanas, se preguntó qué había en ella que la hiciera una obrera revolucionaria estando desnuda. No el cabello, las manos tersas, los brazos ni las piernas de bailarina, no el abdomen, ni la piel sin cicatrices. Tan solo el corazón, y nada más Volodia podría verlo.

Vigésimo quinto capítulo

«No estamos en San Petersburgo, Emmaia.»

Dimitri hablaba de espaldas a la sala. Delicadamente había apartado la cortina con los dedos y vigilaba la lluvia en la calle. Ella sonrió con cierta dureza.

«¿Aún se equivoca? Hace ya tiempo se llama Leningrado.»

«No hagamos de un nombre una cuestión de principios. En cualquier caso, es la ciudad que usted y yo añoramos.»

«No añoro San Petersburgo.»

«Veo que será difícil conversar amablemente», sentenció al tiempo en que dejaba caer la cortina. Molesto, pero más desencantado con su propia impericia en el diálogo.

En su cuarto Serguei se ejercitaba en el violín y como en lánguidos lamentos llegaba la música a la biblioteca. Todo era leve en la casa, atemporal. La luz del quinqué, con sus resplandores de ámbar, envolvía los objetos sin tocarlos.

«Usted conoce apenas lo que un viaje fugaz y la lluvia le dejaron ver. Pero la ciudad continúa en arrabales proletarios, Emmaia, caseríos que los extranjeros fueron construyendo ignorándolo todo del urbanismo. La ciudad crece con la sinrazón de un cáncer, a impulsos de lo extraño. En algún tiempo será un amasijo informe, si ya no lo es.»

Caminando los bordes del polvo de luz, con las manos en los bolsillos, la cabeza apenas inclinada sobre el pecho, Dimitri aparecía ante los ojos de Emmaia como un raro ángel que dejara languidecer su ánimo. Quien se había mostrado resuelto para salvarla de la policía, se había convertido en un prisionero de la melancolía.

«Fueron una condena estos días, Dimitri. Solo mi amor me sostiene, pero necesito pronto, ya, encontrarme con Volodia. No sé si puedo resistir un día más sin saber de él.»

Dimitri levantó la cabeza con el esfuerzo y la lentitud que llevaría emergerla de un río. En ese despliegue su boca había aparecido

ablandada por una sonrisa amarga.

«No creo que imagine cuánto me apena oírla, como si por debajo de lo que dice me reprochara no atenderla en mi casa como se merece, o haber perdido alguna hora sin buscar a su prometido con la única ayuda que pudo darme. Un nombre. Apenas un nombre en esta ciudad donde cada quien pudo escribirlo como le viniera en antojo. Concédame al menos las dificultades de la situación. Busco a un revolucionario bolchevique en una ciudad que solo tiene amores con el capitalismo. Donde los extranjeros somos primero culpables y luego se nos inventa el delito. Donde ni puedo recurrir a la policía ni al gobierno... En una ciudad gigantesca... Solo los novelistas pueden haber imaginado que algo así se resuelve en unas pocas cuartillas.»

Emmaia desvió la mirada hacia sus manos, ocupadas con los flecos de una chalina de seda natural que le caía en el seno. La última imagen de Volodia –cerrados los ojos, el cabello asomando bajo la gorra, recia la piel, los labios anudados en el beso– ocupaba su cerebro, la distraía de los argumentos.

«Un retrato siquiera que llevar conmigo para encontrarlo.»

Emmaia tembló en todo el cuerpo con solo imaginar que Dimitri tenía el don de leer en su pensamiento. Se defendió de sus propias alucinaciones echando la mano al rencor.

«No necesito retratos, Dimitri, y es por eso que no los llevo. Tengo sus ojos en los míos, ¿o es que no se ven? Su boca en la mía, como si sus labios no hubieran dejado de besarme un solo instante en todo este tiempo. Dimitri, tengo miedo a la locura. No puedo creer que sea cierto lo que me ocurre. ¿Cómo puedo comprender que el tiempo haya pasado y pasado y en mi cuerpo sobreviva la presión del abrazo? –ahora, antes que excusarse de los reclamos que hacía, hablaba para que alguien le desmintiera el extravío mental que avizoraba. Imagine un cuerpo tatuado sobre el suyo. ¿Lo puede sentir? Por favor, inténtelo, y entonces me comprenderá. Despierto, Dimitri, y llevo al aire las manos. Al no verlo intuyo, no sé por qué, que murió y que debo hacer lo mismo. No deseo atormentarlo, Dimitri. Usted es un hombre de costumbres muy distintas a las mías, y sin embargo me ayuda con desinterés. Pero me desespera no poder retribuirle de la misma manera. ¿Qué hago en este encierro? Me ha prohibido salir a la calle, asomarme a la verja, y porque sé que lo dispone así en mi beneficio intenté aceptarlo, pero soy bolchevique, Dimitri, ¿cómo entonces no me comprende?»

El ángel fue a su escritorio en la penumbra. El traje negro perdió sus contornos y toda la figura se redujo a la cabeza rubia, el rostro agobiado, y la blanca mancha de la camisa atravesada por el corbatín de seda púrpura con su ojo de perla.

«Mi padre tenía algún dinero –dijo ella, mirándolo sin correspondencia–. Confesaba simpatía por los bolcheviques y jamás la traicionó al convertirla en actos. Sin embargo, hoy creo que era un sentimiento derivado del amor que sentía por mi madre. Sé que debo desconfiar de mis recuerdos y suponerlos nada más idealizaciones que toda hija debe a su padre, y con mayor razón si él murió cuando yo era una niñita. Pero ¿cómo voy a creer que él conociera el corazón de los obreros? Celebraba sus pasiones con entusiasmo, tal como lo haría en el teatro un espectador conmovido, pero ¿podría compartirlas? Todos los favores de mi padre a la Revolución Soviética lo redimen de cualquier condena, y sin embargo, ¿cuánto sabría él de mi madre? No sé si acaso no la amara por aquello que ignoraba acerca de ella.»

Dimitri había dado forma a un altar con sus manos, coronado con sus dedos tejidos para que en ellos descansara el cráneo. Sin conciencia, tal vez hubiera buscado oírla contar su vida para que las palabras lo confirmaran en todo lo que imaginó al encontrarla, recostada en el muro de ladrillos rojos.

«Usted me lo recuerda. O son trucos de la memoria que acaban dando sus rasgos a la imagen de mi padre. Dije que tenía algún dinero, no que conociera lujos como los suyos, Dimitri. Tenía un escritorio, y también una biblioteca, y en una patria de personas condenadas a no saber leer ni escribir durante siglos, imagino que esas cosas se vivían como esplendores de gran duque. Parece que hubieran pasado mil años de todo eso. Ya casi no hay analfabetos en Rusia –ganada por la evocación, y al tiempo en que Dimitri se daba a mirarla, desvió sus ojos hacia el monograma bordado en la chalina con hilos de oro–. Fue mi madre quien lo instruyó sobre la realidad del mundo. Por supuesto que hay pobres en los libros, pero se tiene la sensación de que los autores nunca se refieren a nadie exactamente cuando hacen sus acusaciones. Para mi padre, que vivía convencido de las armonías, de los mundo posibles que los libros le mostraron, conocer a mi madre debió significar una catástrofe. La fascinación, ¿me comprende usted?, para un hombre sin emociones que no fueran las de la imaginación. En cambio, yo nací dentro de la máquina. No sé cómo han sido, o cómo son sus amores, Dimitri. No sé si me escucha decir estas cosas porque las comparte o porque las desconoce. No sé. Ya no sé casi nada. Pero necesito volver a la máquina. Si para empezar a actuar debo entregarme a la policía no voy a postergarlo más.»

«¡Emmaia, Emmaia, es usted quien vive en novelas! No estamos en Rusia, ¿no lo ve? –hablaba y acompañaba las palabras doblándolas con gestos–. No me jacto de lo que voy a decirle, antes prefiero lamentarme, pero conviene que no se engañe. No siempre van las ideas con los hechos. Escúcheme, ¿sabe por qué es bueno ser rico en

esta ciudad? Es la única manera de estar seguro. Esta es una ciudad inexpresiva. Sin estilo ni modales. Todo aquí tiene la levedad insulsa de lo que se toma prestado y nada más para darse ínfulas. Es una ciudad imaginada. Miserable. Mezquina. No existe, créame. Sin embargo, las personas que viven aquí no pueden soportar esa verdad y pasan el tiempo imaginando encantos de espejismo. Quiero decirle, si algún día los pobres tomaran el poder no darían crédito a la vulgaridad con que habrán de encontrarse. Pero al menos, mientras tanto, con el dinero los ricos pueden pagar para que nadie los despierte de su sueño. Usted necesita el dinero, mi dinero, este dinero que aborrece, se lo voy a decir, para que no la asesinen, no la deporten o algo peor, que usted ni puede imaginar.»

Un relámpago amaneció la ciudad por un instante, después llegó el trueno monstruoso y todos los cristales de la casa temblaron. El ventanal se abrió, volaron las cortinas, aulló el viento en la biblioteca. En el súbito desorden, Serguei se apresuró a acercarse. Dimitri lo detuvo con un gesto de los labios y al fin lo disuadió paternalmente.

«Es mejor así. Serguei. Despreocúpate y vuelve a tu violín. La camarada Emmaia prefiere saber todo lo que sucede en la calle.»

Ella se mordió los labios y enrojeció entre colérica y avergonzada. El criado se retiró y cerró la puerta de la sala.

«¿Cómo cree que era la villa de Plejanov en Les Ormonts? Supongo que no será usted quien se anime a poner en duda sus ideales y su contribución a la causa de los marxistas en Rusia, y sin embargo, la espantaría saber los lujos que se daba. Plejanov era un hombre sensato en dos sentidos. Sabía que es mejor vivir bien que mal, que queda para los biógrafos celebrar las miserias de los artistas y los pensadores. Pero sabía, además, que no hay rico que desconfíe de otro rico. Y es natural que así sea porque entre ellos no hay secretos. Cada uno sabe lo que el otro ha hecho para llegar a ser lo que es. ¡Son cómplices! Y confíe en esto que le digo, Emmaia, esa complicidad recíproca es pacto más invulnerable que el de la vida con la muerte. Sus hijitas montaban en caballos enanos por el jardín de la villa, y en el estudio Plejanov instruía a los bolcheviques para usurpar el poder. ¿Comprende? Monsieur Plejanov c'est moi. Dudé en decirle las verdades tal como son, pensé que hacía bien en protegerla. Una cuestión de honor. Un cuidado paternal, si lo prefiere. Que su cuarto en esta casa fuera el jardín de Les Ormonts. Pero su sospecha es un precio que no consiento pagar y su temeridad de adolescente un arrebato del que preciso disuadirla. Emmaia: en manos de la policía usted no irá a la prisión. Ni conocerá la cárcel siquiera. Eso sería hacia usted un acto de caridad inaudito. Irá a los lupanares vendida por rubia, y en un tiempo, cuando sean más los días que pase en el

hospital para curarse de heridas y de contagios que aquellos que pase sometida a cualquier desconocido, entonces ocurrirá una de estas dos cosas. La matará la tisis o alguna enfermedad que prefiero callarme, o la deportarán a Rusia para que sus compatriotas gasten en el entierro. Ahora le ruego que me excuse, lamento profundamente haber mencionado estos temas que prefería ocultarle. No acostumbro ser directo hasta la grosería y le doy mi palabra de caballero, no volveré a referirme a cuestiones tan desagradables por ninguna circunstancia.»

Emmaia, sorprendida ante sí misma bajo una luz que la desnudaba en el desamparo, rompió a llorar. Trastornada por el carácter excepcional que atribuía a su ánimo de enamorada, había desconsiderado las condiciones objetivas en que se encontraba. Una mujer a la deriva, qué novedad. Había millones en el mundo. Millones. ¿Qué pensaba hacer? ¿Compadecerse eternamente de su suerte? ¿Añorar un sentimiento religioso que le permitiera confiarle a algún dios inventado el arreglo de su vida?

Y al mismo tiempo, le parecía absurdo que lo más sensato fuera resignarse a esperar los resultados de la pesquisa de ese ángel que antes pensaba esconderse de la policía refugiándose entre los ricos, que salir a ponerles bombas a los cuarteles y los bancos.

Con el rostro oculto en la chalina de seda no advirtió que Dimitri se había acercado, y al sentir en el cabello la caricia no imaginó que la mano fuera de él, sino que asoció el contacto con algo que había oído y aún le ensuciaba el cerebro. Se apartó con violencia. En un espejo encontró reflejados su cabello rubio y la mano que en el aire quedó suspensa, defraudada. Se disculpó sin atreverse a mirar a Dimitri a los ojos.

Él la tomó con delicadeza del brazo y la llevó hasta la alcoba de los espejos. Encendió una luz tierna junto a la cama, sentó a Emmaia en el lecho, le quitó los zapatos con los cuidados que una niña impondría a su muñeca más querida, y la acostó entre las sábanas de hilo. Uno al otro se miraron profundamente. Ella a través del agua de los ojos. La mano de Dimitri cubrió todo el seno con la sábana.

«Conviene que se desvista ahora. O hágalo más tarde si la tormenta la despierta. Dormirá mejor.»

Apagó la lámpara y caminó hacia la puerta por el túnel de luz que se proyectaba desde el pasillo. Antes de cerrarla dijo a Emmaia que Serguei la despertaría por la mañana. Él saldría muy temprano para encontrar a su prometido.

Vigésimo sexto capítulo

La luz ha regresado esta mañana. Todo vuelve a palpitar tras el letargo de los días de lluvia y niebla. Los ventanales están abiertos como el cielo para orear la sala, para quitar a los muebles, la cristalería y las porcelanas la cascarilla de humedad.

La terraza extiende la planta superior asomándola al río, y en suave declive se continúa hacia el jardín de rosas. Puede escucharse el murmullo del oleaje, de las aves, y la voz de una institutriz que en la casa contigua da la clase de idioma.

Un pequeño florero con sus violetas hay sobre la mesa de hierro, y una jofaina con agua jabonosa. Emmaia ha llevado al antebrazo los puños de su blusa y ahora, sin temor a mojarla, hunde las manos y sumerge la lingerie para que embeba el jabón. Bajo la espuma, los dedos juegan acariciando las prendas, las recorren y en los encajes se demoran y los frotan como si disolvieran la arenilla adherida a una concha.

Cuando toda la lingerie ha sido revisada, Emmaia la retira y la abandona sobre el vidrio caliente de la mesa. Toma por las asas la jofaina y derrama el agua en una alcantarilla oculta al pie de una pared tapizada con hiedras. El aire, instantáneamente, se preña de fragancias que mixturan el aroma de la piel femenina y el propio del jabón. En una fuente que colecta el agua de lluvia Emmaia colma otra vez la jofaina y vuelve a la mesa. Recoge las prendas una a una, las ahoga y las recupera más tersas todavía. Para escurrir la culotte basta con apretarla en un puño. El soutien necesita cuidados para no quebrar las ballenas invisibles de la trama. La enagua, en cambio, reclama ser plegada al medio, reunidos los extremos y recién entonces, primero en un sentido, y en el otro después, torcida sobre sí misma, conservando en la presión de los dedos un delicado equilibrio, porque débil no quitaría el agua a la seda, y excesiva lastimaría un tejido tan sensible. El retorcer es, antes que un estrangulamiento de la enagua, el acompañar con las manos la torción hasta una rigidez que lleve, de inmediato, a repetir la espiral en el sentido contrario.

Una mano ya ha recogido la lingerie y la otra pequeños broches de una cesta de mimbre. Ahora ambas se aplican a la tarea de sujetar las prendas en un tendedero de alambres. Los broches apenas mordisquean el anillo de las perneras, los lazos o los breteles, tanto como para que no se desprendan pero evitando dañar la seda y los encajes. Luego Emmaia desliza sus manos en el interior de cada prenda, despega sus caras, las ahueca para que el viento del río las recorra. Sostenida de los alambres, la fina ropa blanca inicia un balanceo a merced de la brisa, como si la lucieran mujeres invisibles.

Abajo, en el jardín, de hinojos sobre el césped, Serguei se ocupa en los rosales. Lleva sombrero de paja muy brillante, echado sobre la coronilla para que el ala no le impida acercarse a las plantas; rústicos, cómodos y holgados pantalones y blusa sencilla; los pies descalzos para disfrutar de la naturaleza. Los movimientos de sus manos evocan la destreza de un cirujano vegetal. Quita la broza, sana tallos enfermos, verifica la ausencia de plagas y se asegura la salud de cada hoja deslizando los dedos por sus caras. La misma exacta atención minuciosa que Emmaia ha dedicado a la lingerie que ahora, desde los rosales, Serguei ve flamear contra el cielo como un juego de banderas blancas. Piensa Serguei, como un jardín de claveles del aire.

«Si no la sirvo como usted desea le ruego me lo señale, señorita Emmaia. ¿Lo hará?»

Ella había bajado al jardín y caminaba entre los rosales de cara a la brisa, como si fuera posible recuperar algo –una fragancia, un rumor, una música– de un paisaje perdido. Aquel mundo cambiante, vertiginoso y remoto de Rusia, tan distinto de la calma tediosa y bella del jardín. Las palabras de Serguei, inesperadas, al atravesarse en el ensueño la fastidiaron.

«Pero, ¿usted es ruso o qué? ¿Cómo habla en esos términos, Serguei? Cada vez menos comprendo lo que sucede en esta casa. Somos camaradas. Nadie es sirviente de nadie.»

El criado empalideció bajo el ala del sombrero. No había deseado incomodar a Emmaia, sino sacar provecho de ese raro encuentro en el jardín para confesar un sentimiento atendible.

«Su lencería, señorita.»

«¿Qué le ocurre con mi lencería?», preguntó ella cargando su voz con un acento que para Serguei debía servir de advertencia acerca de lo que pensara responder.

«No se moleste, señorita Emmaia, pero si el Señor lo supiera tendría el derecho de acusarme. Hasta ahora creí que mi comportamiento merecía su aprobación, señorita, y confiaba en que si no la satisfacía

usted me lo indicaría. Todo lo cumplo de la mejor manera que puedo, pero si usted cree que me equivoco debe decírmelo. Se lo ruego.»

Emmaia imaginó que no tardaría en dolerle la cabeza.

«Su lencería.»

Más la desconcertó la insistencia. Lo miró con esfuerzo para adivinar lo que se le ofrecía velado. Un aletear fugaz, un chasquido en lo alto, la obligó a desviar su atención hacia la terraza, donde ondeaban las prendas de seda. Apretó los párpados para despejar lo que había descubierto.

«Pero usted, todos estos días... Yo no lo sabía, Serguei.»

El criado sonrió.

«¿Quién si no? Es mi trabajo, señorita.»

Dio unos pasos hacia él, como si aproximarse garantizara la sinceridad de su asombro.

«Es una locura, Serguei... ¿cómo usted va a...? Jamás lo hubiera permitido. Yo imaginé que...»

Qué. No iba a poder decir nada. Con infinita cortesía el criado ocupó su atención en un brote enfermo entre las hojas. Se calzó gafas de alambre para auxiliar a sus ojos.

«Aun los brotes más tiernos, esos que no saben todavía que es un crudo invierno, ya dejan ver sus males. Aunque acertarles la causa es mucho más difícil.»

«Serguei, le doy mi palabra. Nunca admitiría que un hombre...»

«Son prendas de abrigo, señorita Emmaia. Íntimas, es verdad, pero prendas como las otras. Lamento haber mencionado el tema. Es mejor olvidarlo.»

«No... no. Hombre o mujer qué importa. ¿Cómo voy a admitir yo que una persona dedique su tiempo a lavar mi ropa íntima? Es ridículo, Serguei, ¡sería como volver a los zares de Rusia! Tengo manos yo también.»

Serguei dejó las yemas de sus dedos en el brote enfermo, detenidas en una caricia insensible. Se sentía menospreciado aunque esa no hubiera sido, ni remotamente, y él lo sabía, la intención de Emmaia. Como ahora se ocupaba del jardín, en otros momentos era la ropa, los pisos, los techos, el té, las comidas, el mercado, los desvanes, la cristalería, la sala de armas, y no veía que nada de eso fuera indecoroso. Sin embargo, no hubo rencor en su réplica, sino que antes procuró de Emmaia, al cabo una niña, una comprensión moderada.

«Es mi trabajo, señorita. Me apena oírla hablar así de él.»

Y continuó la cura. Le agradaban las tareas del jardín más que

ninguna otra, como si fueran ocupación de artista. Enfrentaba dificultades que reclamaban sensibilidad, ingenio y conocimientos, reglas de proporción, escalas cromáticas, habilidad para componer híbridos que mejoraran las fragancias conocidas o resolver planteos de simetría puntual que afectaban la perspectiva del conjunto. Con esfuerzo sostenía el precioso equilibrio entre plantas y esculturas, de manera que la naturaleza y el arte armonizaran sin violencias. Se imaginaba escultor de una obra viva que el aire, el sol o la lluvia transformaban cada día.

«Sé que hay trabajos más importantes que otros, naturalmente, pero no creo que los haya inútiles. Claro que sé que las decisiones de un rey comprometen a más personas que las que toma un jardinero en sus rosales, aunque me reservo el derecho de dudar cuáles se agradecen mas. Hay una vida íntima, creo yo. Una vida sentimental que ignora a los reyes. ¿Acaso no se ama también durante las tiranías? Cuando los enamorados se encuentran solos en un jardín, las leyes quedan fuera. El corazón y los sentidos mandan, y más se deja uno persuadir por colores o las fragancias que por las recomendaciones de un rey.»

Emmaia lo observaba con la cabecita ladeada sobre un hombro, sin decidirse a suscribir lo que había escuchado.

«Tal vez la asombre, señorita Emmaia, pero aún me pregunto por qué las personas conservan jardines. Y a ciencia cierta no lo sé. A algunas personas las consuela creer que viven en la Naturaleza, pero es una creencia que deben a las novelas y los versos, creo yo. Otros cargan con sentimientos encontrados respecto de sí mismos, y el jardín acaso los persuada de que no han vendido su alma al diablo todavía, ¿no cree usted? Para otros, imagino, el jardín es una trinchera que mantiene a distancia las desdichas del mundo… En fin…»

Pareció que luego del suspiro ya no seguiría.

«Olvida a los pobres, Serguei.»

«¿Los pobres…? Oh, señorita Emmaia, los pobres solo en sueños tienen jardines.»

«Usted es pobre…»

«Pero no es mi jardín.»

«Porque es pobre… Y sin embargo, este jardín le debe a usted toda su belleza.»

Serguei se había entretenido ahora en una variedad del rosal que daría, a su tiempo, las flores reunidas en corimbos. Algo parecía andar mal en algunas ramas jóvenes. Otro no lo hubiera advertido, pero Serguei, al deslizar las yemas palpando las hojas de distintas ramas, percibió una textura débil. Se corría el riesgo de que dieran muchas flores pero sin ninguna fragancia. Tal vez las últimas tormentas las

hubieran dañado. El criado temió una floración vulgar, inexpresiva, cuantiosa aunque nada más un remedo artificial. Pasado su fatuo esplendor nadie recordaría esas flores.

«Soy pobre. Es verdad. No lo recordaba. Preparo los platos y me reservo una porción, el Señor me permite practicar el violín y no le agrada que lleve dañada la ropa. De veras que no lo recordaba ya, señorita Emmaia. Será que no necesito el dinero. Es mejor mantenerse lejos.»

Buscó un pincel a su alrededor. Ella lo encontró y se lo alcanzó. Ahora podría estar más cerca de él, a un tiempo seguir sus manos en el rosal y las palabras que dijera.

«Es muy amable, señorita –dijo Serguei. Sabía que no era de buen gusto seguir hablando, porque creía que quien opina sobre todas las cosas todos los momentos no tarda en olvidarse de pensar lo que dice; y sin embargo, tenía la sensación de que las palabras eran las que tendían el primer puente entre dos personas. Cada quien decía en sus palabras el mundo que veía–. Quien no vive, ve vivir. Así son las cosas. He visto muchas personas viviendo en el lujo que no necesitaban, señorita, y a veces creo que de él no se regresa con honor. El lujo afana sin medida todo el tiempo. Y en esta ciudad es un espectáculo penoso, verdaderamente. Salen del lujo a la apariencia. Engañando el doble suponen que harán olvidar que ni lo simple les corresponde. Es una ciudad vulgar. Así dice el Señor y no se equivoca. El arte debería enseñarles, atacarlos, ¿no cree usted? Los artistas saben que hay un punto más allá del cual todo se convierte en ínfulas de principiante. Pero el arte en estos días de mezquindad, señorita Emmaia... ¿Quiere usted pintar aquellas hojas? Tal vez no la aburra tanto como escucharme. Le enseñaré de mi trabajo mientras usted me cuenta del suyo, si lo desea. Aquí tiene un pincel. ¿Cuál es su trabajo, señorita Emmaia?»

«Soy maestra bolchevique.»

«Oh, entonces usted ya sabe lo que es cuidar de un jardín. ¿Lo ve? Usted en la escuela, yo en lo mío y cada uno en lo suyo. Todos trabajamos.»

Arrodillados, uno a cada lado de un rosal añejo. Ella intentaba repetir lo que había aprendido, concentrando la atención en cada pincelada para que la solución no se derramara hacia el dorso e impidiera respirar a la hoja.

«Se equivoca, Serguei, no todos trabajamos.»

El criado detuvo el pincel en la boca del frasco ambarino.

«Mejor es no pensar en eso, señorita. Así es el mundo», y embebió el pincel.

Emmaia no agregaba palabra y Serguei creyó entonces que la conversación acabaría en su consejo. Era lo mejor, aunque ese final lo apenaba. Regresó a él el sentimiento pertinaz de que lo amable sin remedio se interrumpiera, de tal suerte que resultaba comprensible, al menos, que muchas personas se resignaran a desconfiar de las alegrías por fatalmente pasajeras.

«¿Usted qué cree, Serguei? –dijo de pronto–, ¿es mejor el olvido o el recuerdo?»

«Los dos son buenos, si se olvida lo que apena y se recuerda lo que dio felicidad.»

«Felicidad... Ya lo veo... Pero ¿por qué imagina que la felicidad es tan necesaria? La justicia es más necesaria que la felicidad. Serán estos tiempos, tal vez. Ahora todo el mundo quiere ser feliz. Mis padres no podían sentir felicidad si los demás no la sentían también. Creo que faltan visitas en este jardín, Serguei. Esta calma hace daño. Envenena. Necesita podar las ramas que no le dejan ver. También el orden, el silencio, la disciplina pueden ser plagas. No solo las hormigas. Si los que no trabajan fueran tan transparentemente duros con usted como lo son en los talleres, su memoria se acomodaría con menos indulgencia al beneficio del olvido. Le recordé que era pobre. Abandone el jardín a su suerte y verá cómo le responde su patrón. Él le recordará que usted no es libre tampoco.»

Serguei demoraba el pincel besando la boca del frasco. Escurría el mechón de cerdas, volvía a embeberlo en la solución, pero no se decidía a regresarlo a las hojas.

«Si fuera libre ¿qué haría? No crea que nunca lo pensé porque ya no lo haga. En verdad, no sé. Volvería a Rusia. Eso me haría feliz, sí. Pero ¿a qué? Ya no hay criados en Rusia.»

«Hay jardines. Muchos. Ya no son de un dueño.»

«Sí, los recuerdo muy bien. Estarán florecidos ahora. Qué hermosos eran.»

«Todavía lo son.»

«Claro, claro, por supuesto, señorita Emmaia. Hermosos jardines. Tendrán quien los cuide ¿no cree? Sé que la gente ha hecho muchas cosas en Rusia. Había que estar allí cuando aún faltaba hacerlas. Tal vez en Rusia. En el resto del mundo sé que no hay libertad. Solo los ricos son libres. Solo ellos pueden decir lo que piensan, y por desdicha son las únicas personas que desprecian el pensamiento. El Señor siempre lo dice. Si las personas fueran libres yo creo que no habría guerras ni perseguidos. Sin embargo, ya lo ve. Hay mucha soledad, sí.»

«Por qué no se ha casado.»

«¡No es posible, señorita! Soy criado. Y mis padres y mis abuelos también.»

«Pero ellos se casaron.»

«Eran otros los tiempos. El Señor me eligió para servirlo como otros eligen a una esposa. Para toda la vida. Es verdad que ignoro la pasión por una mujer, pero ignoro también la desdicha de perderla. ¿Se puede vivir encadenado a una pasión? No lo sé, no lo sé. El Señor sí se casará. Y hará muy feliz a su esposa. La soledad es terrible también. Todos necesitamos a alguien y eso nos vuelve frágiles. No tardará en llover otra vez.»

La noche se anticipaba en el color de la tarde. Ya estaban protegidas las hojas para la tormenta. La ilusión del buen tiempo se había desvanecido. Serguei lavó su pincel en un pequeño canal de riego, soplándolas secó las cerdas y lo devolvió limpio a la caja de herramientas.

«¿Aún necesita su frasco, señorita Emmaia?»

Tal vez por principiante ella fuera en exceso cuidadosa de cada pincelada. Le resultaba agradable la disposición de Emmaia para escucharlo. Nunca nadie se había comportado así con él. Tal vez Madame Chanel lo escuchara también algunas veces. El Señor había decidido permanecer lo indispensable en la casa y ocuparse en sus planes por entero. Serguei debía encargarse de cuidar a Emmaia, y si la responsabilidad lo había abrumado esos días, luego de la conversación entendía que el Señor no se había equivocado al darle entera su confianza. Por la noche, cuando regresara, hablaría con él de todo.

Intentó verla a través de la enramada espesa del rosal. Algo agitaba las hojas al otro lado. Alcanzó a distinguir la mano de Emmaia apretada al pincel y caída en la falda. El vientre se estremecía sobre las piernas recogidas.

«¿Le ocurre algo, señorita...? Señorita Emmaia...»

El criado se puso de pie, echó al aire el sombrero de paja y corrió a su lado. La encontró llorando. Mordía su mano por no hacerse oír. Las lágrimas habían perlado unas hojas que no alcanzó a pintar.

Vigésimo séptimo capítulo

El recogimiento en la glorieta, a resguardo de la lluvia, no hizo sino agudizar en Emmaia la conciencia de su soledad. Sin otra actividad mejor en qué ocuparse, la imaginación se encontró a sus anchas para descerrajarle experiencias, escenas, objetos, sensaciones que había vivido en los últimos tiempos y se le aparecían ahora en el cerebro flotantes, sucesivas, irreales. Más allá de la rejilla de listones de madera, en el aire rayado por la lluvia, una vela consumida en su plato, una tormenta de nieve, una línea de Pushkin –«¡Ay! Dondequiera que vuelvo la mirada... látigos en todas partes... en todas partes cadenas...»–, una blanda rugosidad de sedas, una mesa rústica cubierta con cuadernos y libros de su padre, una hoz y un martillo grabados en un pupitre, espejos de una alcoba y la bañera tersa, el retrato de Illych Ulianov pintado por Brodski, toallas profundas donde abismar la piel, una blusa zurcida por su madre, una pluma mordisqueada por el óxido, la bandera roja arrollada al asta junto a la biblioteca de su padre, un epitafio manuscrito que su madre guardaba –«Por una cucharada de sopa»–, los pasos de Volodia en el piso de madera, la sombra de Volodia en el rellano de la escalera, la mirada de Volodia, huidiza, fugaz, buscando más allá de donde ella estaba, la boca de Volodia imaginada en la forma de su beso, el olor de Volodia en una pequeña toalla, en una almohada sin funda, su gorra proletaria, los vestidos de una desconocida, la talla coincidente con la suya, el monograma indescifrable en cada prenda, una chalina perfumada, su camisón para la noche de bodas, una mujer desnuda, postrada en una camilla, la imagen de Dimitri nimbada de spleen, envuelta en luz de gasas, evanescente, repetida en el azogue, y su propia imagen en el sillón, recibiendo de la interminable pesquisa vagas novedades que se desmentían, se desviaban de la verdad al día siguiente.

Un extraño ruido la interrumpió. Unos pies chapoteaban en el césped inundado. Alguien se acercaba a la glorieta. Emmaia sonrió.

«Muchas gracias, Serguei. Sentía frío.»

«Lo adiviné en sus párpados, señorita. Allí la piel es más sensible.

Pocas personas lo saben.»

El criado dejó la bandeja en la mesa, cubierta con un lienzo de hilo que la lluvia había humedecido. Con una manta envolvió a Emmaia por los hombros, luego se sentó también él a la mesa y retiró la servilleta que protegía la vajilla para el té, las porciones de torta de limón, las rodajas de pan negro y las de pan blanco, la mermelada de uvas. Emmaia ya no lloraba, Serguei le dedicó una amplia sonrisa complacido.

«No me fío de quienes dicen que la melancolía no se entiende con el apetito. Sé que le gustará.»

Con cautela de alquimista llenó la taza, azucaró la infusión, se preocupó por revolverla intensamente y la acercó a Emmaia.

«Está temblando aún, señorita. Aléjese de la lluvia. Protéjase. Aquí.»

«Tengo destrozados los nervios. Como si toda mi vida hubiese llovido de pronto sobre mí. Tal vez le pida a usted que vaya a una botica, Serguei. El aire de este río me envenena.»

«Olvide la medicina de los boticarios, señorita Emmaia, es mejor la de las flores. Sana sin dañar. Comience inhalando el vapor, lenta, profundamente. Debe sentir que toca su alma. Después beba a sorbos muy breves, que la infusión impregne su boca primero y se derrame luego hacia la garganta.»

El vapor se desgajaba de la taza en capas de fragancias sucesivas como las de un alcaucil, cada vez más penetrantes, hasta descubrir en el corazón el aroma de una rosa.

«Los médicos sanan el cuerpo. Eso cualquiera puede hacerlo si tiene constancia en el estudio y acepta que lo engañen. Pero ¿quién nos sanará el alma? Esos locos se encierran en sus gabinetes con la ambición estrecha de aliviar nada más que el dolor que tienen delante de los ojos y que pueden palpar. ¿Y lo demás? Eso me gustaría preguntarles... Cuando creen haber calmado una migraña despachan al enfermo y llaman al siguiente. A eso llaman curar. "Se sentirá mejor", dicen los médicos al enfermo. ¿Qué pueden saber ellos, con su jactancia de ignorantes, lo que uno siente? Ya volverá el desdichado porque ahora sangra desde el vientre o ve los objetos envueltos con niebla. Un hombre que aprende con ratas, con cadáveres, qué puede entender de las emociones humanas, de los sentimientos. Qué de los temores de una mujer.»

Era una extraña infusión sutil que enrarecía el paladar, como si en lugar de aplacar la sed tuviera por misión incendiar la boca. Adormecía la lengua al punto de volverla ajena, y luego ese sopor se irradiaba hacia lo profundo del cuerpo. Serguei montó una pierna en la otra y sobre ellas atravesó los brazos, como remos de una barca

inmóvil, con las muñecas quebradas hacia el piso. Parecía oscilar entre un fatal tedio del mundo –el abandono que supondría conocer ya todos sus secretos– y una resignada melancolía a hablar sin réplicas, persuadido de que ya no podría ni deseaba detener los efectos de la infusión. Emmaia escucharía más allá de su voluntad.

«Es por usted que lo hice. Por su bien. No crea otra cosa. Por restaurar el equilibrio entre el alma y el cuerpo. El natural equilibrio que la inquietud destruye. Hasta allí no alcanzan las miras de un boticario ni las de un médico. Solo son capaces de ir donde los lleve su ansia de dinero, de ver lo que las lentes del microscopio le permitan, y ninguno de esos caminos lleva al alma del enfermo. ¿Cómo harán para componer el corazón de un expatriado? ¿Cómo aliviarán a quien perdió lo que más amaba? Con los que viven del sentimiento, la vida es implacable.»

La pócima había tomado la garganta y el seno, llevada por la sangre avanzaba dentro de la carne.

«Cuando los médicos las abandonan a su suerte, las personas piden a un dios que las sane. Pero ¿qué es Dios sino el orden natural de todas las cosas...? Las flores tocan la emoción sin dañarla, la regresan al buen rumbo. Ellas llevan en sí los Cuatro Elementos, ahí se guarda el antídoto contra todos los males del mundo. Todo en la Naturaleza es simple, no hay necesidad de usar ninguna violencia. Basta con conocer el orden y respetarlo. ¿Enfermedad? ¿Qué es eso? Solo hay enfermos, señorita Emmaia. Sienten temores que no cesan, temores por todo, sufren incertidumbre del futuro y culpa de su pasado, sufren de abandono, de soledad, de ilusiones perdidas, son ilimitadamente susceptibles a las influencias ajenas, no se reconocen a sí mismos, padecen desaliento, desesperación, creen ser dos personas, no consiguen evitar el acoso de pensamientos angustiantes, se acusan, se flagelan, se estrangulan, se retuercen, se apresan, se calcinan, se desgarran se muerden. Se asesinan. Ponen toda su esperanza en quien habrá de traicionarlos. No pueden sentir el placer ni la belleza. No pueden creer en nada. No saben qué hacer de su vida, señorita Emmaia. Personas solas. Locas. Como un barco magnífico pero sin timón. Como un barco solitario extraviado en alta mar, se empeñan y no consiguen atracar nunca en un puerto seguro. No hay enfermedad. Jamás la hubo. Es la vida que nos destroza. Por fortuna hay flores. Cada una sana un malestar íntimo y cada tonalidad guarda la dosis exacta. Perfecta. No se trata solo de rosas, jazmines, violetas o gardenias. El color único, ¿me comprende, señorita Emmaia? Matices. Vapor. Esencia. ¿Alguien recuerda qué es lo delicado?»

Serguei tuvo la inexplicable impresión de que Emmaia le observaba las manos a través de las volutas que se desprendían del té, como si el

encantamiento floral no alcanzara los pliegues más íntimos de su voluntad, como si algo en ella resistiera y solo de manera parcial hubiese entrado en el letargo previsto. De pronto parecía él el cautivo, indeciso entre seguir o detenerse, confundido ante el semblante cuyo verdadero estado no se atrevía a comprobar. Contempló sus propias manos tal como parecía hacerlo Emmaia, como las de un extraño. Dos animales fatigados, durmiendo echados el uno sobre el otro en blando y prolijo desorden. La piel transparentaba cordones azules. Los dedos largos, esqueléticos, diestros en adoptar las formas que cada labor de criado le impusiera. Comenzó a andar dos caminos.

«Mis manos. Cortan los pétalos sin dañar el capullo y los echan al agua. Es mejor la que se recoge en un arroyo lindero a donde crece la flor, ¿sabe usted?, pero la de una lluvia intensa no es mala. Allí debe dejarse la cuba, en el mismo sitio donde se recogieron los pétalos. En el mismo aire que los nutrió. Conservando la inclinación de los rayos del sol cuando aún la flor se amarraba a su planta. En su origen, igual que se hace con la vid. Luego de un tiempo, el agua se habrá impregnado con la energía floral absorbiendo sus propiedades curativas. ¿Me comprende usted, señorita Emmaia? Mis manos han buscado la flor única. Podría prescindir de mis ojos, no de mis manos. Hoy sé con solo palpar sus hojas qué color dará cada rosal y qué fragancia. Creo que ahora podría ser ciego. Mi memoria conoce las formas y los colores, sabría guardarlos y dudo mucho que aparezcan otros nuevos, verdaderamente nuevos. El cambio agobia. El mundo avanzará hacia atrás nuevamente. Sí, podría vivir con el recuerdo. Guardo todos los sitios de todas las casas donde serví al Señor. Si regresara a cada una de ellas podría ocultar al Señor que he quedado ciego... Solo una casa he perdido para siempre. La casa donde nací. Sé que era en Jarkow, pero lo sé por mis papeles. Si ellos mintieran yo no sería capaz de corregirlos. Es curioso, pero el origen se me pierde y acaso sea mejor eso que empeñarme en buscarlo. Tal vez sea lo mejor también para usted, señorita Emmaia. Tal vez en su origen esté la causa de su inquietud, su emoción sin equilibrio. Las flores se encargarán de que lo olvide. Quizás ahora se sienta en sueños, crea que nada dije. Quizás no. Pero si regresa a la calma me sentiré dichoso. Amar así, sin rumbo, sin razón, hace daño, señorita. ¿Qué hizo ese hombre por usted? ¿Por qué buscar a quienes nos lastiman y abandonan? ¿No cree? Piénselo, entiéndalo, tenga valor. Sea feliz, señorita Emmaia. Inténtelo. ¿Para qué sufrir? No vale la pena.»

En el cielo un trueno aulló más allá de toda medida, y aún no cesaba cuando el grito de Emmaia se le contagió. Sus dedos se crisparon y la taza y el platillo se estrellaron en el piso de la glorieta. Serguei, inmóvil al otro lado de la mesa, la observó. Había llevado las manos a las mejillas.

Pareció azul a la luz de los relámpagos y no prestó atención al destrozo de la vajilla ni al grito, como si todo lo hubiera previsto. Resignado a ningún asombro.

La glorieta, la tormenta, el jardín de rosas. Un hilillo de vapor escapaba todavía de la tetera. Con el revés de la mano Emmaia despejó la mesa volcando en el piso la vajilla que quedaba. Salió corriendo. A mitad del jardín, la manta se prendió en las espinas de un rosal y por los hombros se deslizó hacia el césped. No se detuvo a recogerla. Iba bajo la lluvia, repitiéndose como una alucinada.

«Tengo que escapar de este infierno.»

Vigésimo octavo capítulo

La loca carrera no terminó al entrar en la casa –¿a qué detenerse?, si nada tenía que recoger que fuera suyo– sino que siguió a través de los corredores que, con ser múltiples, se repetían en los espejos. Fue y vino buscando la escalera que solo una vez subiera y ahora se le quitaba a sus pasos. Cruzó el salón donde Dimitri echaba lances de esgrima con su reflejo; la biblioteca de anaqueles encerados; las toilettes sucesivas que daban una a otra y solo hacían diferencias, ya que no en la utilidad, en el estilo; vestidores; salas sin otro destino que el del tránsito; y al fin, caracol de ensueño, la escalera alfombrada con púrpura. Se abalanzó peldaños abajo como si el declive fuera ilusorio; le quedaba la puerta. La abrió, pero en su corazón. Las dos hojas permanecieron clausuradas. Intentó forzarlas pero cómo, esos robles gigantes. Tampoco cedió la ventana lateral. Se alejó unos pasos, buscó una cuña y al no encontrarla se arrojó contra el cristal para pulverizarlo. Había caído en el breve jardín delantero. A merced de la tormenta la reja se lamentaba en sus goznes. Era libre.

Como es frecuente ocurre que lo más deseado por alcanzado espanta, una ola de terror la detuvo. Aun con sus primores edilicios, la calle había perdido el aura de lánguido reposo que mostraba desde los ventanales. Eran un paisaje tenebroso las cúpulas que los relámpagos lamían, las farolas trémulas, los árboles enloquecidos que orientaban sus ramas hacia los rayos, las cuchillas de bronce que coronaban las rejas. Una tras otra se le aparecieron, en los oídos, en el cráneo, las reconvenciones de Dimitri acentuadas por la amenaza nocturna. Lo más valioso que tenía, y lo único para darse a conocer, era una lengua que no podría ejercitar con nadie que encontrara. Solo su idioma, oírse a sí misma hablándolo, le devolvía una identidad que, excepto para ella, para cualquiera sería improbable. No vestía prendas de obrera ni mucho menos. El cabello, impregnado con crema de almendras, era un estigma que la lluvia no conseguía desvanecer. ¿Cómo haría para desmentir su apariencia? ¿Por qué no se había ocupado en aprender al menos las fórmulas de cortesía primordiales? ¿Por qué de Serguei no reclamó frases mínimas, en lugar de té de

rosas, blusas o lingerie? Un sindicato de obreros, pero ¿dónde?, ¿tras cuál de esos palacios?, si luego vendrían otros y otros con sus cúpulas en esa ciudad sin vergüenza.

De momento, solo podría elegir entre dos sentidos, pero en la esquina, aquella que alcanzara, se repetiría la encrucijada, el desconcierto. Ya le había ocurrido en el edificio de Admisión de Extranjeros; calles que no llevaban a ningún sitio sin el santo y seña de un idioma. Por emoción nada más tomó a la izquierda, apretada a las rejas, y torció en la esquina. Un policía la esperaba.

Tal vez la hubiera adivinado en el taconeo de las botitas, escandido por el límite que la falda imponía; sin embargo, ahora que tenía a la mujer frente a sí, a unos metros apenas, era incapaz de distinguirla. La lluvia cada vez era más intensa y las sombras hacían de Emmaia un enigma. Para todo policía, un enemigo.

Ella permaneció inmóvil. Él echó mano al bastón. Ella dio hacia atrás un paso breve y el otro, amplio, lento, firme, hacia adelante. Imaginaban verse a los ojos. Él quitó el bastón del cinto, lo empuñó y avanzó hacia ella. Ella se ahogó sin que el grito le saliera de la boca y antes de que pudiera dar la vuelta y probar una fuga imposible, la tomaron por la espalda. El policía se detuvo. Dimitri la apretó en los brazos, como indicándole algo que él se encargaría que sucediera. La abandonó en una verja y caminó hacia el policía. Se saludaron en la lluvia.

Los hombres conversaron. El policía asintió al argumento casi sin atender a lo que oía, ocupado en clavar sus ojos en Emmaia para obligarla a mirar al suelo. Dimitri llevó una mano al bolsillo de la gabardina, sacó una caja de cigarros y la pasó bajo el capote del policía. El bastón volvió a su vaina. Se despidieron. Dimitri lo palmeó en un brazo y regresó a la reja, tomó a Emmaia y la arrastró por la vereda, no por tratarla con violencia sino porque el miedo le impedía andar por sí misma. El policía los observó alejarse, luego buscó el amparo de una cornisa y encendió un cigarro.

«Qué le has dicho.»

«Que eres mi esposa.»

«Y qué más. No llevo abrigo. Voy con ropa de seda. La tormenta. Qué le has dicho de mí, Dimitri.»

«Que estás loca.»

Vigésimo noveno capítulo

«Querida amiga: sé que las palabras pueden ser nada. Algo fatal hay en ellas si guardan la posibilidad de ser falsas. Lo sabían los inquisidores y era razón para que no atendieran el descargo de un reo. Un niño en sus juegos se aleja de la orilla y el mar lo arrastra. El bañero, si advierte lo que ha sucedido, se echa al agua por salvarlo. O lo deja morir. Pero con las palabras... Cualquiera podrá decir que se arrojará y con eso no salvará al niño. Son los enamorados los únicos que jamás aprenden. Creen en todo lo que se les dice. Todo, aun lo increíble. Quien está ciego de amor no sabe de desconfianza ¿y por qué un amante no habría de mentir?»

Emmaia amaneció al atardecer del siguiente día, sofocada por una pesadilla. Encontró sobre la cama un espejo de mano, lo acercó a su rostro, demacrado por la fiebre –y embellecido–, y tardó en reconocer la cabecita que irradiaba el largo cabello rubio sobre las almohadas blancas, tan blancas como su piel, todavía pasmada, y como el camisón de seda que la envolvía. Alguien, entonces, ahora la conocía desnuda. Lentamente comprobó que la pesadilla no era tal sino recuerdo. La noche, la tormenta, las prendas empapadas. Pero no encontró en su memoria el momento en que se las hubiera quitado. Desnuda. No se oía un solo leve murmullo en la casa. Dimitri no admitiría que Serguei la desnudara. Entonces... El cuerpo se le encendió de rubor. En la mesa de noche, junto al quinqué y el vaso con violetas, estaba la carta que debía explicarlo todo. Desnuda... Tomó el sobre, abrió la hoja que encontró plegada dentro.

«En algunos países que conocí, observé que las personas guardaban estrictas costumbres para el lenguaje del amor. Una vez escritas, o siquiera pronunciadas las palabras, se daban por verdaderas y a nadie se le ocurría que el enamorado pudiera retractarse. Tal vez usted considere que es una tradición severa en exceso para las locas fórmulas que dicta un corazón, pero en esos países –tan distintos de este o del nuestro– al menos los enamorados estimaban las verdades del silencio, se guardaban de mentir y preferían guiarse por aquello que jamás engaña. El súbito rubor, la piel que se eriza, la mirada que

se asombra de su propia audacia.»

Era como leer dos cartas a un tiempo. Una le temblaba entre los dedos y la otra, imaginaria, la estremecía en el pecho. Íntimamente –las calenturas la habían extenuado y aún persistía en su boca el sabor del té de rosas–, se sentía en falta y en deuda. Con escapar no había hecho otra cosa que mostrar a Dimitri cuánto le importaban sus consejos, o peor, que desconfiaba de lo que él le advertía, y empero, su intento solo había confirmado esas advertencias.

«Ahora sabe que no la engañaba, solo que no admito el precio que debimos pagar para que lo comprobara por usted misma. ¿Qué hubiera ocurrido –prefiero ni imaginarlo– si acaso me retrasaba la tormenta?, ¿qué haría yo si al llegar no la viera y Serguei no supiera decirme y nada más me encontrara con cristales astillados? De ningún modo voy a reprocharle que no se haya detenido a pensar en mí, pero ¿por qué ni en usted siquiera? Esta no es ciudad para mujeres sin hombre. El trato indecoroso de un policía aquí es norma que a nadie asombra, creí habérselo advertido, y si no fui más claro se debió tan solo a lo desagradable del tema. Ahora me lo reclamo y no encuentro cómo aliviar este sentimiento de culpa. Aunque ese descuido no me obligará a cometer otro. Le hablé la verdad, siempre, es cierto, pero de manera incompleta. Elijo esta carta por no tener sus ojos en los míos, para que la distancia me auxilie en lo que debo decirle. Entiéndalo como una debilidad, si quiere, a que mi sentido del honor me obliga, pero concédame que es el único medio para que su mirada no me trastorne y me fuerce a engañarla por primera vez.»

En todo el cuerpo le había brotado un agua fría que la seda no alcanzaba a absorber. El cabello, mojado en las raíces, se había oscurecido y por la nuca resbalaba un hilillo que iba a darle en la espalda. Mientras con una mano sostenía la carta, con la otra desprendió los lazos que cerraban el camisón desde el cuello al seno empapado.

«Hasta ahora fui su agente, jamás su padre, y no veo que al fin de la pesquisa merezca atribuciones que su confianza no me ha concedido. Solo le diré que en el suburbio encontré a su prometido. La suerte estuvo de mi parte –si acaso puedo llamarme afortunado considerando lo que voy a revelarle– y luego de tanto tiempo di con él en circunstancias que, por impropias de usted, me guardo el derecho de mantener en reserva. Su prometido ha tomado por esposa a una mujer de aquí. Artista según sus palabras, aunque yo estimaría su ocupación bajo categoría muy distinta. Y si bien en el honor se ha convertido en un hombre que solo merece desprecio, como esposo dice haber encontrado una dicha de la que no piensa renegar. Como usted imaginará, es mi obligación retarle a duelo y así tengo decidido

hacerlo, aunque hay todavía circunstancias que me retienen y quiero exponer a usted para que sea quien tome la última palabra. En primer lugar, es tradición que el lance se pacte entre caballeros de honor parejo, lo cual, es evidente, no ocurre en esta situación, aunque ese obstáculo es a todas luces menor si me atengo a otros dos. Sé que los tiempos han cambiado y la práctica del duelo hoy no goza de estima, aún más en este caso donde sé que el afecto por su prometido es sincero y profundo, de manera que me permito dudar de la conveniencia de colmar su desdicha al añadir, al del desengaño, el dolor de una muerte segura. Por último, en la primavera nacerá un niño del que su prometido será el padre, situación que me ata las manos ya que no puedo condenar al niño a una orfandad que no merece.»

¿Habrá leído ella más allá de la línea fatal? Su mirada siguió deslizándose sobre los hilos de tinta, pero con la inconciencia con que un guijarro rueda en un río tormentoso e interrumpido por saltos. ¿Es eso leer? Tal vez ni llegará a saber del resto. Una primera lágrima –tantas vendrían luego– resbaló en la carta abriendo un surco que, en cada línea, se llevaba una palabra.

«No imagino, sé la desdicha que esta carta ha de causarle, y no encuentro una sola forma de alivio capaz de sostenerla en este trance. Por su condición de ruso, la conducta de su prometido me avergüenza doblemente, si ya no me bastara con la de ser un hombre que aprovechó de una mujer. Más que nunca mi corazón la acompaña y queda a su absoluta disposición. Suyo, Dimitri Pavlovich.»

Trigésimo capítulo

El extraño ángel solitario –llevó sus casimires al suburbio, según la carta– cavilaba sentado a su escritorio. Con la plegadera había abierto a un costado la correspondencia del día y ahora los mensajes, ya leídos, se encimaban a un costado. Hundía con el codo el cartapacio abierto y en la horquilla de sus dedos –extremadamente largas las uñas por conservar un rasgo de ancestral distinción en su patria– reposaba la frente para que su cerebro alcanzara una clarividencia que la directa observación de los sucesos le negaba. Al fin, concluía, su destino no era amoroso, pero había derivado hacia él porque el designio de cuna le fue esquivo en esos tiempos. Comenzaba a advertir, con numerosas reservas, el rigor de la Historia, aunque renunciaba a hacerlo de tal modo que su confianza en el orden de la Naturaleza se desvaneciera como una pompa en el aire. ¿Qué otra cosa, sino un ingénito don, lo había habilitado para ejercer el mando de aquel regimiento de tiradores cuando solo tenía seis años? Guardaba dichoso ese recuerdo que ahora, por inverosímil, nadie aceptaría como verdadero. En todo caso, y no cesaba de lamentarlo, en tiempos tan vulgares la verdad quedaba confinada al orden de la privacidad. Tanto se había empobrecido el crédito que nadie parecía capaz de imaginar a ese niño adiestrando a los oficiales en el campo de maniobras. Sus servidores le acercaban la silla de campaña bajo un olmo florecido y los oficiales se le reunían en torno para leer sus partes de novedades. Escuchaba con suma atención uno a uno, pero simulando una naturaleza indolente que le venía de adoptar la postura de sus mayores, la misma que ahora recuperaba en el escritorio, ya sin el campo neblinoso, sin las tropas cuadradas a la espera del saludo matinal y las instrucciones del día, cautivo de una mujer como de un ejército enemigo.

En la otra mano, la estilográfica se sostenía en el aire, próxima al papel pero indecisa en lo que convenía responder a cada carta. No encontraba ánimo. Presentía el reencuentro, como nada deseaba esa visita que se complacía en la demora, y ese deseo íntimo y secreto, opuesto a las obligaciones y los protocolos, le bloqueaba la voluntad,

lo condenaba a suspender la pluma mientras las rugosidades del papel en blanco esperaban.

Con un estallido, por empuje del viento de par en par se abrieron las hojas del ventanal y lo quitaron del ensimismamiento. Se levantaba a cerrarlas cuando alguien entró a la biblioteca.

«Vuelve a tu cuarto, Serguei. Me ocupo de la tormenta.»

La coincidencia de abras, sin embargo, dejó paso a una furiosa corriente de aire húmedo y frío que no tardaría en causar destrozos en la sala. Iba a gritar a Serguei que de inmediato cerrara la puerta, pero al dar la vuelta encontró a Emmaia, el cabello arrebatado a causa de la corriente, la falda de su camisón echada al aire como alas, figurando con su cuerpo un bellísimo mascarón que adelantara en la tormenta la proa de una nave.

«¿Qué idea te has hecho de mí?»

No fueron el tono ni las palabras que él imaginó durante las horas en vela, pero, como si el deseo lo persuadiera de no escuchar, desbordado por la emoción apenas consiguió nombrarla.

«¡Emmaia!»

«Dime cuál es el mérito de servir a dos patrias –replicó sin decidirse a entrar en la biblioteca, arrebatada de viento–, cuál el de estar de todos los lados, el de llorar por el condenado y admitir las razones del verdugo. ¿Eres ruso o qué, Dimitri?»

Su mano se sostenía en el picaporte con la decisión de no quedarse un momento más, pero era su desencanto el que le aconsejaba decir de una vez todo lo que pensaba, con el atropello que la rabia le impusiera y que la calentura soportara. Bajó la mirada, sin embargo. Qué sentido tenía hablar. Y cuál callarse, cediendo a una resignación que despreciaba, y permitir que él atribuyera su furia a una explosión de capricho femenino. En esa alternativa se consumía, hasta que los desgastes que la fiebre causó en su cuerpo dieron a las palabras un aire reconcentrado.

«¿Qué tiempos son, Dimitri, me pregunto, que todo puede dar igual? ¿Qué armonía sueñan?, ¿sentar a la misma mesa al patrón y a los obreros para que se den la mano? ¿Creen que la víctima debe agradecer su suerte al asesino? Es el aire que apesta, y no lo adviertes. Qué es este paraíso de cartón que aún no le he prendido fuego.»

Sin desearlo, obligada por la fatiga y la necesidad de hablar acompañándose con las manos, dejó que la corriente estrellara la puerta en su marco y avanzó sobre la alfombra con crispaciones de lunática. Dimitri cerró el ventanal.

«Son los tiempos, es verdad. Son los tiempos. Es la condena. Los

explotadores han descubierto que el crimen perfecto es posible y como nunca lo practican. Extraño la Revolución Obrera más que a Rusia, la siento no como un país lejano, sino como una edad remota. ¿Qué es esta abulia blanda, este carnaval de ricos, si ya hay un país de hombres libres, sin niños hambrientos, sin analfabetos, sin mujeres avergonzadas de traer hijos al mundo, sin obreros explotados ni campesinos guiados por el látigo? ¿Qué es lo que aquí están cuidando con tanto afán que no les deja ver sus miserias? Armonías de jardín en un basural. Viven en sueños mientras los pobres sufren día a día. Si quieren escapar de la Historia y vivir en la Naturaleza ya debieran saber cómo hacerlo sin culpa alguna. Te apuntas a la sien y que la tierra te pudra.»

La furia se volvió en su contra hasta dejarla exhausta. Se abandonó en un sillón, al borde del asiento y fastidiada por la comodidad del terciopelo. Dimitri inspiró profundamente al ver que callaba.

«Alquimia de rosas, tratos con la policía, rejas. Todos cogidos por el dinero. Han hecho del mundo un mercado en el que arrojan a los pobres verdura que los gusanos despreciarían. Llama a Serguei, dile que te haga ver el alma que nadie ha visto nunca, dile que te duerma para que veas la justicia. ¿Armonía? La de los planetas, las estaciones, la balanza en la caja del laboratorio, otras no conozco. En el corazón y en el cerebro esta armonía es niebla. Humo. Nada. Llama al mago, Dimitri, permítele esta vez que no incline la cabeza y les diré lo que hay para ver si el alma está invisible. Los obreros que se pudren en las fábricas, los niños que revuelven en la basura, la policía que los persigue y los tortura, los que enferman de hambre. El terror de la miseria no es invisible a los ojos, Dimitri. A los explotadores no hay que pasarles té de rosas por la garganta, sino una cuerda. No entienden de otro modo. No tienen vergüenza. Sé que me has visto desnuda. Tal vez en la fiebre me tocaras. Ya no me interesa. La seda me ha quitado el frío, pero no enjuagará mi cerebro. Veo que a tí no te sigue la policía. Yo iré a buscar a Volodia. Me bastan las manos para hacerme entender. Llegaré como sea al pasaje. Tú lo dijiste, ahí no va la policía. Nada me fastidia más que saber que pretendes engañarme. Yo encontraré a Volodia.»

Dimitri caminó hacia el sillón con una mano adelantada que anticipaba la forma que tendría la caricia. Con la mirada ella lo detuvo en la alfombra.

«Ojalá fuera un engaño, Emmaia. Sé que te haría feliz. Pero no he mentido. Él y su esposa tendrán un niño en la primavera.»

Ella estalló con una rabiosa sonrisa en los labios.

«Tú eres el loco, Dimitri. Cuando pasabas el tiempo eligiendo casimires en casa del sastre, ya Volodia llevaba doce horas al día en

los talleres. Una calumnia más y esta lámpara se quiebra en tu cabeza. Invéntate para tí los hijos que les inventas a los obreros y que la policía te asista en el parto. Muéstrame a Volodia en los camarines de un teatro, desnudando artistas como tú me has desnudado, muéstrame las camisas de seda que compró con salario de obrero, muéstrame el broche de oro que llevará su hijo en los pañales. Muéstrame, muéstrame, muéstrame algo.»

Dimitri se hizo a un lado y se acercó al ventanal. Sobre el escritorio, algo oculta bajo la correspondencia, asomaba una gorra proletaria que el tiempo y la distancia no habían conseguido hundir en el olvido.

«Se la pedí como prueba de que lo había encontrado y se apresuró en dármela para que perdieras toda esperanza. Lo siento, Emmaia. Hubiera preferido no tener que mostrártela jamás.»

A cada paso más inconfundible, Emmaia se acercó a la gorra como caminando en el mar. Sus dedos vacíos recuperaron la sensación de aquel abrazo, la del incendio su boca, y las piernas los temblores. Como a un niño muerto fue su mano, y con solo rozar la gorra un rayo la fulminó sobre la alfombra.

Trigésimo primer capítulo

Emmaia, como tantas personas sitiadas por la angustia, rogó dormirse en un instante. Dio la vuelta en la cama con lentitud de planeta, resbalando en el satén, y se acurrucó en uno de los bordes, recogió los brazos en el seno y llevó las manos bajo la almohada. Así quedó, asomada, viendo correr un río de alfombra.

Sin Volodia, era comprensible que experimentara que el mundo se había derrumbado de un solo golpe y ahora le tocara errar sin rumbo, como los sobrevivientes de un terremoto que destruyó su ciudad natal y recorren las calles sin comprender cómo ha cambiado todo, y se ha convertido en escombros aquello que les fuera familiar. Sin embargo, no fue eso lo que sintió, sino que a medida que las semanas sucedieron a los días, floreció en ella una melancólica serenidad que nunca antes había conocido. El amor por Volodia ya no la sostuvo, sino que cayó sobre ella y la obligó a verse cónyuge de sí misma en nupcias amargas. Sin la voluntad necesaria para odiarlo, volvió contra ella ese odio. No encontraría objeto más vulnerable.

Se abandonó a la inapetencia con un empeño que revelaba, en el plano subconsciente, un fervor por causarse el daño que se negaba a dirigir contra Volodia. Dedicaba horas a comprenderlo, le facilitaba argumentos que lo disculparan. Se observaba las manos y en el creciente relieve de venas, antes que las señas de la desnutrición, leía el avance de la vejez. No era una niña. Vio de pronto un abismo entre lo que era y lo que había imaginado ser. Ahora comprendía por qué existía una ciencia del análisis introspectivo. Nunca se era lo suficientemente sagaz como para conocerse a uno mismo. Volodia no la había conocido en Leningrado. Aquel encuentro –y volvía a incendiarse al recordarlo–, conocerla cuando la vida de Volodia más cerca andaba de la muerte, su arborescente imaginación de solitario, lo habían persuadido de confundir a Emmaia con una mujer que ella no era. Fue la distancia, auxiliada por el paso del tiempo, la necesaria condición para que al fin la viera bajo una luz desnuda, descarnada. Tal vez Volodia se hubiera confiado sin precauciones en las improntas de la herencia, idealizándola con atributos que jamás pasaron de la

madre a la hija. Eran estas las evidencias que se le aparecían al recordar enteras las cartas que Volodia le enviara a Leningrado para proponerle matrimonio desde tan lejos. Antes, complacida en lo literal, no había querido advertir los excesos, adivinar que aquellas palabras apasionadas eran flaquezas de quien temía perder su origen y se desesperaba tendiendo puentes de tinta y papel. No haberlo adivinado entonces, no haber considerado los encantos que la lejanía añade a lo real, haberse abandonado a la vanidad, la hacían culpable de su desdicha y le negaban atenuantes.

El más persistente reproche que se permitía –pero ¿por qué al menos no la había buscado?– fue el que acabó causándole mayor vergüenza. ¿Acaso podía acusar a Volodia porque no encontrara a una mujer que, legalmente, nunca había llegado a la ciudad? ¿No tenía él derecho a pensar que ella había desistido del viaje, y que con esa ausencia desahuciaba toda esperanza de amor? No le iba resultar sencillo a Emmaia culpar a Volodia porque no se le ocurriera buscar a una obrera bolchevique en un palacio cerca del río, porque no se atreviera a imaginar que ahora su prometida vestía prendas de lujo, se bañaba entre mármoles y dormía en sábanas de satén. Más justo era ser agradecida por el respeto que Volodia le guardara y que lo disuadiera de golpear las puertas en un barrio de ricos.

Puestos en las mismas circunstancias, los días que él dedicó a reunirse con camaradas en los suburbios, ella los había transcurrido caminando alfombras, conociendo solo un trecho de calle de la ciudad e ignorándolo todo de su idioma. ¿O ella pensaba llevar al poder un Soviet de institutrices y lacayos? Debía apartarse de la complacencia en el propio dolor y celebrar que aquella mujer cuidara de Volodia. Si de verdad lo amaba, por qué, sabiendo que Volodia era feliz con esa hermosa artista, no lo era ella también; por qué no la sosegaba que, aun no siendo el suyo, otro amor sostuviera la fragilidad de Volodia.

Muchas veces pensó en escribir a su madre para pedir consejo, pero postergó esa decisión en cada oportunidad. Habían pasado la vida juntas sin que Emmaia, al cabo, aprendiera de Anna cómo hacer del corazón un íntimo Soviet donde los sentimientos encontrados disputaran y al cabo alumbraran la decisión a tomar. Era al fin una maestra que no sabía aprender.

Comenzó a sentir –y mejor no lo negara– que no era ajeno a su angustia el temor a la soltería en una ciudad capitalista. La estaban confundiendo, como si fueran propios, los prejuicios mezquinos de una cultura que solo encontraba mérito en la propiedad privada, en la acumulación de bienes, y que nada más guardaba desconfianza hacia la mujer sin esposo, sospechosa siempre de avanzar sobre amores ajenos. Una sociedad que difamaba a las madres sin marido, a las

mujeres que amanecían solas en una cama –con la lámpara aún encendida desde la noche anterior–. Pero entonces por qué se dejaba, si las sabía miserables, embrollar en esas fábulas de excesos y desórdenes con que pintaban la vida de las jóvenes solteras. Si ya no podía continuar nada, debería comenzar de nuevo. Sin herencia. Con los vientos soplándole en contra. Esas eran las mujeres solas.

Como el agua caliente disuelve la materia que sostiene adheridas dos superficies de distinta naturaleza, así la lágrima definitivamente deslindó vigilia y sueño al resbalar por la mejilla. El amanecer comenzaba a blanquear la alcoba y un rumor de palomas bullía en lo profundo del aire.

Comprendió que no había modo de escapar de los sueños. Apenas movió los labios para despegarlos de la flor de hielo que la lágrima dejó en la almohada. Cuando intentó inspirar hondo, recobrar fuerzas, escabullir el dolor, enlazadas en su vientre sintió, sin verlas, las manos de Dimitri que aún la ceñían. Blandas, tibias, sobre la seda blanca de la enagua. Un leve ardor entre las piernas la hirió al recordarle su causa. Cómo, como jamás tan cerca de alguien, como nunca se sentía tan sola.

Trigésimo segundo capítulo

Da la luna en las claras orejas de Volodia. Con un ojo ve, y ve su sombra atrapada en el piso de la celda. Tras la puerta pasa un hombre, arrastrando a un hombre. Más allá, otro tose y escupe. Y otro va a su entierro sollozando y otro más carga el fusil al hombro. ¡Cuánto empieza a oírse todo cuando no hay nada que ver!

«Ya va a venir el día, Volodia. ¡Ponte el cuerpo!»

Tiene un terrible miedo de ser un animal, pero no puede decirlo. Quiere hablar pero le sale espuma y se atolla en agua salada, como si una ola ubérrima lo inundase. Esa sal de la boca es sangre donde estaban las muelas. Está muerto no habiendo vivido jamás.

«Vamos, ponte el cuello. Que aunque te griten estoy a tus órdenes»

Al otro lado del muro, un hombre dice que el momento más grave de su vida fue al sorprender de perfil a su padre. Y otro dijo que el momento más grave estuvo en su mayor soledad.

En las sombras de la celda se acurrucan los rincones. Volodia de puro calor tiene frío. Halla, con la media vista, un amasijo, y con el ojo que ve, ve que está muy sucia su camisa y ya no tiene nada. Está muerto. Y sin embargo los muertos no son, no pueden ser cadáveres de una vida que todavía no han vivido.

Tiene un horrible miedo de ser un animal. Una piedra en que sentarse ¿no habrá para él? con el ojo se pregunta. ¡Hay gentes tan desgraciadas que ni siquiera tienen cuerpo! Hablan tras la puerta. El cancerbero cuatro veces al día maneja su candado, abriéndole y cerrándole los huesos. ¿Lo cree un animal? Volodia hablaría, intentaría demostrar que esa idea es ilusión, pero más lo apremia cerrar la boca para que las muelas no caigan al suelo y se pierdan en las cuatro paredes.

«A lo mejor soy otro. Tengo que ser fuerte.»

Le ha entrado una astilla. Está convencido. Pero cómo si no hay madera, pero dónde. Exactamente ahí precisamente. No sufre este dolor como Volodia. No se duele ahora como obrero, como hombre ni

como simple ser vivo siquiera. Sufre solamente. Si no se llamara Volodia también sufriría este mismo dolor. Si no fuera obrero, ni hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Lo sabe desde más debajo del cráneo. Sufre. Nada es su causa, nada ha podido dejar de ser su causa. Si Emmaia hubiera muerto –es un decir– su dolor sería el mismo. Si la vida fuese, en fin, de otro modo, su dolor sería igual. Ya no conoce a nadie ni a nada, se advierte en un país magnético, en el que todo cobra relieve de sepultura. «Hay, madre, un sitio en el mundo que ni sé decirte el nombre.»

Un sitio muy grande y lejano y otra vez grande. Se acuerda de sí mismo. Su madre, de pronto, le ajusta el cuello del abrigo, no porque empiece a nevar sino para que empiece. La mujer de su padre está enamorada de Volodia, se entristece de Volodia porque ella está muerta. «¡Hijo, cómo estas viejo!» dice ella desde dentro del recuerdo y él, desde fuera se pregunta ¿por qué las madres se duelen de hallar envejecidos a sus hijos, si jamás la edad de ellos alcanzará la suya? ¿Y por qué, si al cabo los hijos, cuanto más se acaban, más se aproximan a sus padres? Su madre muerta llora porque él está viejo de su propio tiempo y nunca llegará a envejecer del de ella.

Otro hombre acaba de decir que el momento más grave fue cuando no tuvo ni pan para su hijo.

Solo una vez Volodia fue a visitar a su madre al hospital de pobres de Nijni Novgorod, y fue la última. Fue a alguna hora –¡cuántas semanas en un solo día!– y se quedó viviendo allí hasta que su madre murió.

De madrugada, cuando su padre dejaba el hospital e iba a los talleres, y a su madre la morfina acababa por dormirla, Volodia se acostaba en un banco de madera, en el pasillo, frente a la sala de hombres del hospital. Una hermosa y joven mujer cuidaba a un paciente. Para olvidar lo que pensaba, acomodaba la cobija que ella misma llevó, y la taza y el plato en el borde de la mesa, y la flor en el vaso y la botella con agua y los algodones y las vendas para recoger la sangre que sobraba para morirse. Lo que sería del enfermo esa mujer, Volodia lo ignoraba. Lo besaba y no podía sanarlo con el beso, por horas lo miraba y no podía sanarlo con los ojos, le hablaba y no podía sanarlo con la voz. ¿Era su madre? ¿Su hermana? ¿Su esposa? ¿Era, simplemente, una mujer? ¿Y cómo no pudo sanarlo? Cuando ella iba al trabajo, el enfermo contemplaba su calzado vacante al pie de la cama. Entonces, los pies libres del enfermo, sin menudencias ni pormenores, se estiraban en acento circunflejo –es un decir– y se alejaban del corazón.

Con los días, Volodia llevaba tan dentro el olor del hospital que no podía olerlo.

El cirujano auscultaba a los enfermos por segundos enteros, allí hasta donde sus manos cejaban de trabajar y empezaban experimentos de practicante. Las llevaba a tientas, rozando el vientre de los pacientes mientras sus párpados científicos vibraban, tocados al fin por la humana flaqueza del amor. Los enfermos pobres morían, precisamente, del amor desdoblado del cirujano, de los largos diagnósticos, de las dosis exactas, de las jeringas y de los guardapolvos. De improviso se rodeaba una cama con un biombo, y el cirujano y el enfermero cruzaban delante del ausente, cruzaban así, mirando a los otros enfermos, como si más irreparable fuese morirse de cáncer o neumonía, y no morir al sesgo del paso de los ricos. Al quitar el biombo –el cirujano se palpaba el mentón en retirada vistiendo sus momentáneos pantalones– quedaba el colchón plegado al medio, un enfermero lo rociaba con venenos perfumados para matar las pulgas y los orines, y entonces se oía cómo el muerto había meditado, se veía cómo los vivos eran la sombra del muerto, desvestida, y se sentía cuánto iba a doler el haber sido pobre.

No tardaba en llegar un nuevo enfermo. Así le ocurrió a aquella hermosa mujer y joven, que encontró a un desconocido –es un decir– en la cama, vacía la mesa, la flor en otro enfermo y la cobija en otra cama. Se quedó, de pronto, en fin, sin cuerpo donde llorar y fue hasta el banco donde Volodia amanecía. Tardó en comprender que no era su madre quien había muerto.

Tal vez echaran abajo el hospital. Es lo más seguro. Han pasado muchos años. Tal vez nadie viva en su casa. El dormitorio y la cocina estén despoblados, nadie quede, su padre, sus hermanos, todos hayan partido. Alejarse, quedarse, volver, partir, toda la mecánica social cabe en estas palabras.

No es grato morir si en la vida nada se deja. Acaban los destinos en bacterias y se debe todo a todos. En suma, piensa Volodia, los pobres no poseen para expresar su vida sino su muerte. La miseria los saca humeando por entre sus propios dientes, bajándoles los pantalones, cogidos con un palito por el puño de la camisa zurcida. Cuando sea su turno pedirá a los cirujanos que lo dejen doler, si ellos quieren, pero que lo dejen con su tumor de conciencia, con su irritada lepra sensitiva, ocurra lo que ocurra aunque se muera, con todo el universo metido, aunque fuese a las malas, en su temperatura polvorosa.

Y sin embargo, mientras llega el día en su celda y la luna pierde en intensidad lo que gana en altura, siente –¡es un decir!– que desgraciadamente crece el dolor en el mundo, crece a treinta minutos por segundo, paso a paso, crece la soledad más pronto que la máquina, crece la injusticia y es una inundación. El dolor agarra por detrás, de perfil, a mujeres y a hombres. De resultas del dolor, hay

algunos que nacen, otros crecen, otros mueren, y otros que nacen y no mueren, otros que sin haber nacido mueren, y otros, que son los más, que ni lo uno ni lo otro sino todo lo contrario. Hasta cuándo estaremos, se pregunta, esperando lo que se nos debe, y cuándo nos veremos con los demás, al borde de una mañana entera, desayunados todos. ¿Qué hacer? Desgraciadamente hay muchísimo que hacer. El obrero en la ciudad yendo y viniendo, monumental, sin pan y sin trabajo, ve las dos ciudades. El obrero va llevando en la cabeza sus ayunos, en el pecho sus piojos y abajo, su pequeño sonido, el de su pelvis, y abajo, más abajo, un papelito, un clavo, una cerilla. ¡Cómo oye deglutir a los patrones el trago que le falta, y el pan que se equivoca de saliva! Execrable sistema, la cantidad enorme de dinero que cuesta el ser pobre.

Otro hombre dice que el momento más grave de su vida fue cuando no dijo ni sí ni no.

Habiendo atravesado nueve años, después nueve más, y antes nueve, Volodia piensa cuál ha sido el momento más grave. Le han puesto los húmeros a la mala, le han dado duro con un palo y una soga y jamás como hoy se ha visto tan solo, y aunque el cráneo se le atolle no cree que este sea el momento más grave. Hoy le gusta la vida mucho menos, pero le gustará siempre, así fuese sin rodillas. Qué ropa, se pregunta, vestirá el día que se vaya de la celda. Por quitársela se la han roto, y ahora que clarea distingue en el amasijo camisa y pantalón, botines y calzoncillos destrozados. Falta la gorra. Si está en otro rincón le falta un ojo para verla, y si no está es que se la han quitado.

«Vamos, Volodia. Ponte el cuerpo. No te encebolles que el momento más grave nunca jamás ha llegado todavía», piensa cuando siente, escucha, huele, gusta y ve que el cerrojo se mueve con ruido de campanas oxidadas.

Trigésimo tercer capítulo

Serguei golpeó la puerta. Luego, autorizado por la costumbre, entró en la cálida penumbra de la alcoba. Se detuvo junto al lecho, inclinó su cuerpo y acercó la boca al durmiente.

«Tenga buen día, Señor.»

Dimitri abrió los párpados al tiempo que llevaba una mano al otro hemisferio de la cama y la encontraba desierta. Solo el perfume de Emmaia en las sábanas, como un clima, y en la almohada el cuño que dejó su cabecita. Se estremeció.

«La señorita Emmaia toma su baño, Señor.»

Era la luz diáfana, apenas contenida por las cortinas de tul, la que tornaba inverosímil el rumor de lluvia que llegaba desde la sala de baño. Ambos sonrieron. Organizando las decisiones de su patrón, Serguei lo recibió con la robbe abierta al pie de la cama.

«Conoces mis secretos, querido Serguei, sabes entonces qué cosa significa para mí esta mañana. Pronto regresaremos a Rusia. Celébralo. Ella será una Romanov.»

El criado asintió en silencio a su espalda y llevó la robbe hasta los hombros.

El perfume de almendras se derramaba hacia la alcoba. Serguei salió un momento y regresó cargando el vestuario para Emmaia. Prendas prêt-à-porter, esta vez, que simulaban atuendos de la marinería. Una línea ideal para lucir en un jardín de invierno o en una galería exterior que recreaba, estilizada, la indumentaria de los pescadores de altura de Douarnenez. Pantalones de rústica tela de algodón, en tono pálido y borrascoso, con amplios bolsillos traseros respetando la línea original, sin el aplique de los delanteros que podían acarrear accidentes en el fragor de la cubierta. Esa mengua aparente se sorteaba con un delicado bolso marino, de lona blanca, con correas de cuerda anudadas a la usanza náutica, que Serguei dejó al pie del tocador. El pantalón aseguraba firme adherencia en los bajos de la pierna, pero en los altos era holgado para permitir movimientos cómodos a la hora de recoger las redes sumergidas. El calzado,

también confeccionado en lona a tono con el pantalón, lo volvía impermeable a la humedad del mar. El conjunto cerraba con una sugerente casaca a rayas donde el blanco alternaba con listones de un vivo azul oceánico. La casaca, de cuello redondo y mangas al antebrazo, daba realce a las formas femeninas y ofrecía la nota de audacia y libertad. Previendo una complicación del clima, Serguei dejó en el sillón un rústico gabán de paño negro, amplio y gracioso, contrastante con la adherencia de la casaca marinera. Sobre la mesa de noche quedaron los estuches con la bijouterie de platino. Dos minúsculas anclas eran los pendientes, y cadenas el collar y la pulsera.

«Tienen la misma talla», dijo Dimitri.

Serguei se detuvo, levantó la cabeza y asintió con un lejano cariz melancólico.

«La misma talla... y no sé si al cabo no comparten otros rasgos... Esas crispaciones que olvidamos que también habitan en una mujer... Llegará una nueva colección la semana próxima, según me han dicho. Tal vez te pida que la recojas por mí. Pienso estar muy ocupado, Serguei. Necesitaba esta felicidad para organizar el regreso.»

Sobre la composición apaisada de prendas, el criado abandonó la lingerie blanca plegada en cuadros.

«Emmaia se verá hermosa con estas prendas. Celebro que tu buen gusto jamás decaiga.»

«Oh, Señor, no es mío el buen gusto. Madame Chanel es quien lo tiene.»

«Es verdad. Me gustaría invitarla a la boda. ¿Qué crees?»

«Que no aceptará, Señor.»

«Sí, sí, eso pienso yo también. Le escribiré al menos.»

Serguei recogió la sábana florecida la noche anterior, la ovilló rápidamente ocultando las señales y luego tendió la nueva.

«Un momento, nada más, Serguei. Tal vez las joyas molesten... Conoces a Emmaia... ¿Qué crees?»

«Usted se encargará de que la señorita Emmaia las luzca, Señor.»

«Naturalmente. Gracias, Serguei.»

Ya se retiraba el criado cuando alcanzó a oír la última confidencia desde el vano de la puerta.

«Renacerá nuestra Familia, Serguei. Como en San Peters.»

La puerta se cerró.

Dimitri, envuelto en la fragancia de almendras, comenzó a rondar el lecho con las manos enguantadas en los bolsillos de la robbe. Pronto cesaría la lluvia en la sala de baño y debía decidir cuál palabra sería la

primera luego de haber amado a Emmaia sin pronunciar alguna, amado así, con tanta reserva como lo harían dos desconocidos, y no por acuerdo de antiguos amantes que pactaran, por una vez, la forma callada del amor. Creyendo que solo ensayaba en su cerebro, de pronto se encontró hablándole a través de la puerta y el rumor del agua.

«Es un día ruso, Emmaia. ¿Recuerdas? Transparente. Lo verás por tí misma y me dirás. Estoy feliz. Se del aprecio que tienes por la Historia, y lo comparto, naturalmente, pero esta mañana quisiera cambiar nuestros pasados. Que cada uno fuera para el otro la primera persona que conoce en su vida. Que no cargáramos con heridas. Dirás que soy un soñador, pero no soy el único, imagina que pudimos no conocernos. Por qué esta felicidad no fue también mi pasado... No me decido entre agradecer al destino que me acercara a tí aquella tarde en el puerto, o reclamarle porque lo demorara tanto. Desde que te conocí mi pasado me abochorna. A cuántos sitios fui que me alejaron de tí y no pude protegerte. Pero ya no dejaré al destino la voluntad de acercarnos.»

La puerta se entreabrió apenas rozada por los dedos. Dimitri, sin saber si había cometido una imprudencia, retrocedió de inmediato en la alfombra.

«Emmaia... Necesito pedirte que pronto seas mi esposa. Tengo planes para nuestro futuro. Mucho tiempo debí hablarte con la mirada, lo sabes, y esta noche mis caricias, mis besos, hablaron como ahora no sé hacerlo. Te necesito. Sé que comprendes el mundo con pensamientos de niña. Y no te lo reprocho. Es difícil ser mujer en Rusia. Siempre lo fue. Pedro el Grande conocía el atraso de nuestra Patria, y no erraba. Es hora de cambiar con el mundo. Esa es mi opinión. Tampoco se me ocurre reprocharte que las diferencias de clase todo te lo resuelvan, pero prométeme al menos considerar si esa es la realidad o la forma que tu deseo quiere darle. Nada merece que quedemos atrás en el tiempo. Piensa hacia dónde va el mundo. ¿Por qué no habrías de permitirte ir con él? Ricos y pobres ¿es esa la única verdad? Piensa qué diferencia mi caricia de la tuya. También yo deseo un mundo mejor. Más tarde o más temprano, caerán las ideas y sé que todo el mundo se entenderá. Que cada uno será feliz haciendo su destino. No me condenes a una clase. Emmaia, soy un hombre. Verás que ni importa lo que tenga o lo que haya tenido. Morirá el pasado, Emmaia, déjame que lo celebre contigo... déjame... Te necesité tanto... tanto... tanto...»

Llevó las manos a sus ojos. Volvió a sentir en ellos las lágrimas que creyó para siempre perdidas, y ahí estaban. Un frío le lamió por debajo los dedos de los pies, abrió los ojos y encontró, desde el abra

minúscula de la puerta, una lengua de agua que reptaba por la alfombra. Al entrar en la sala de baño un cielo de vapor y almendras se le echó encima. Llovía en la bañera desbordada. Inútil la tersura del mármol. Los espejos empañados no tenían a quién reflejar.

Antepenúltimo capítulo

Cuando Liubka Andreievna conoció al extranjero galante que la haría su esposa, no había en el mundo todavía un país mandado por obreros y eran pocos los que creían que un día pudiera haberlo. Su padre, agobiado por la multiplicada vejación zarista, no podía ver en la represión creciente los síntomas del ocaso, sino antes la seña de que el mundo no cambiaría jamás; aconsejó entonces el matrimonio a su hija con el extranjero que la había pedido, y la huida de Rusia hacia horizontes menos cruentos. Ella, incapaz de discernir por sí misma el futuro, aceptó ese parecer y se aplicó a estimar los encantos del pretendiente.

Contrariando los anuncios de su madre, la noche de bodas y las siguientes, durante la eterna travesía en el barco, Liubka debió admitir no las urgencias sino las disculpas de su esposo, quien expuso sus argumentos socorrido por el habla parca de las manos y las miradas lánguidas, tan pobres eran sus destrezas en el ruso. Ella, ignorante de la lengua de su esposo, ni rozó la idea de atribuir aquella actitud de reserva a flaquezas del deseo, y derivó la provisoria abstinencia del delicado equilibrio nervioso que –y era ya un lugar común– por períodos afectaba el ánimo de las personas dedicadas al trabajo intelectual. Tal era la situación del esposo, que allí donde iba llevaba con él un volumen, unas cuartillas y una estilográfica. Ella comprendió que no fuera para él simple introducir, ni mucho menos, la borrasca del amor en el diáfano paisaje de las ideas, y con ternura estimó la reserva precioso rubor de quien, como ella, debería sortear por vez primera el arduo lance entre el recato y la entrega. En términos confusos acordaron postergar el anhelo hasta el fin del viaje.

La hermosa noche constelada del arribo al puerto, el esposo ni gastó tiempo en una cena íntima o el arriendo de una habitación. Vendió a Liubka en una subasta cuya secrecidad protegía la policía.

Tras algunos años, y apenas menguaron las ganancias que por ella obtuvo durante ese tiempo, su dueño se esmeró en golpearla ya sin atender a las secuelas que siguieran al castigo, y al fin la abandonó desvanecida en la puerta de un hospicio, persuadido de que Liubka no

haría reproches y, también, de que la sangrienta faena daría término a una relación donde él ya advertía que se insinuaban los peligrosos tintes del sentimiento amoroso.

Liubka pasó una temporada en el hospicio y la noche misma en que sintió que sus fuerzas le responderían, consiguió escapar del destino que la policía tenía preparado para mujeres en su misma situación. Al salir solo tenía un tesoro, su conocimiento en leyes del mundo de los explotadores. Con íntimas artes cautivó al dueño de un café que solo florecía en deudas al amparo del pasaje de las arcadas y, progresivamente, le acercó ideas para cambiar la ventura del negocio, cuidándose de convencer al comerciante de que eran suyas las ideas que, en verdad, ella le facilitaba.

En paisaje tan mezquino que se complacía con la eficacia de la vulgaridad probada, las novedades imaginadas por Liubka acabaron por convocar clientes y con ellos su dinero. Ya en el esplendor del negocio, una noche en que el comerciante la golpeaba para regocijo de los presentes, ella obró, por fin, en beneficio personal. A la vista de quienes serían testigos de un acto de defensa propia, descubrió un cuchillo que guardaba en el seno y puso justicia del único modo en que pueden hacerlo los explotados.

Sola en la ciudad, los años pasaron como días. Ahora, mientras indicaba a cada una de las niñas la tarea en que debía ocuparse, Liubka resolvía problemas menudos tras el mostrador, guardaba el dinero –el miserable en la caja, el de algún valor en el saquito que amarraba a sus ligas, bajo la falda– y vigilaba las actitudes de los clientes. Un marinero, adivinado en un espejo de la pared, llevaba su mano enorme al brazo, a la espalda y luego al hombro de la niña que lo acompañaba en la mesa. A Liubka le molestaba el énfasis de las caricias del marino. Encendió un cigarrillo y se acodó en el mostrador. Ya la mano avanzaba hacia el cuello.

Dentro y fuera del café, el pasaje era una exclamación inquieta donde los idiomas se anudaban unos con otros. Se vivía en noche perpetua, estrellada en la vereda con las bujías de colores, y umbría, neblinosa, en los locales con trastienda. Nada había en la ciudad más moderno, ni más antiguo, que ese primitivo mercado donde hombres sin hogar ni esposa se dejaban ir por los salones de novedades, con la mano presta para hacer girar la manivela de las máquinas con ranura. Allí, sin saberlo, conocían los borradores del arte por venir, y en las postales de amor aprendían figuras que deslumbraban su imaginación simple. Era de otro color la vida entonces, y les alcanzaba con quitar los ojos de la máquina para que la realidad se les ofreciera más espesa y cautivante. Las imágenes no se habían disuelto aún con su monocromática belleza, que ya alguien les pasaba un brazo por el

hombro y al oído les susurraba lo que podía verse tras la cortina del hall. Aunque fatalmente incompletas, desnudeces fulgurantes; aunque sospechosos, fenómenos humanos más originales que un arte, que demolían cualquier argumento acerca de la existencia de un dios preocupado por el sufrimiento de los hombres y las mujeres.

Lo vuelto bello si no lo era, lo horrible con realces, confundían sus reinos en el pasaje. Sórdidos escaparates, cristales turbios tras los cuales se agolpaban muchedumbres de hombres y algunas pocas mujeres. Portales delgados como en una ciudad de niños, que llevaban a habitaciones sin ventanas, a consultorios para sanar males vergonzantes y que, de súbito, se travestían en quirófanos urgentes. Todo era dispar y abigarrado, quitada la arquitectura regular de las arcadas de piedra.

Nunca se movía el humo, ni las luces bajaban el párpado; no se veía cómo aparecían las novedades ni hacia dónde huía el dinero. Jamás llegaba el silencio, y si los músicos ganaban una tregua, la flauta de un grumete, el ronco silbido de un hombre caído en la desgracia admitían compartir esas melodías privadas. Se arreglaban familias momentáneas que, antes del tedio, antes del roce, antes del agravio, se disolvían sin rencor entre sus miembros. Pasiones íntimas, menudas, entre hombres solos, o con mujeres valientes, sin futuro y sin ayer, suspendidas en el tiempo con socorro del maquillaje.

Alguien se sorprendía solitario otra vez en la mesa y se recordaba, para no ahondar en desengaños, que los besos recibidos no fueron por amor, y aquella boca estaba, ya, dejándose besar por otros labios. Con una mano, un hombre de impermeable perseguía el ritmo de una música, y con la otra se amarraba a una valija con rótulos. Unos marineros aprendían una canción sin saber qué decían sus palabras. Un niño esperaba encontrar un recuerdo, un peligro que contar a sus amigos la mañana siguiente. Un violinista, a sabiendas de que su mérito crecía con su tragedia, interrumpía la ejecución con toses y sangraba un pañuelo blanco. Un hombre salía de la trastienda y escapaba con las pupilas como monedas. Las mujeres recogían todas esas confesiones sin saber dónde las arrojarían luego. Un muchacho, más pobre que el resto de los pobres, se obligaba a la rima para que en un descanso una niña lo amara y le robara el poema del saco arrojado en una silla. Y más allá de las arcadas, al otro lado de la avenida, las linternas de la policía agujereando las sombras.

Emmaia llegó al pasaje socorrida por una memoria vacilante. Si mientras anduvo en las calles sus ojos fueron el vigía que la alertaba de peligros, bajo las arcadas solo se dejaba orientar por lo que oía, guardándose de contactos desagradables y equívocos, y atendiendo apenas al ala de una palabra en ruso. Fue y vino, se asomaba y huía,

imantada y defraudada pronto. Al fin se detuvo a la entrada del café de Liubka Andreievna para escuchar en el rumor, mientras sus ojos, no teniendo qué mirar, saltaban de mesa en mesa y de hombre en hombre, hasta detenerse en un marinero que cerraba su mano en torno al cuello de una niña.

Al advertir el ruido de huesitos que cedían, la niña decidió resignar su reserva y llevar las manos bajo la mesa, hacia donde el marinero le señalaba. Pero ya sin aire ni podía acceder al reclamo. El marinero fascinado por el viraje de la piel de la niña que iba de la leche al morado, pareció olvidarse de su propia exigencia y apretó más. Emmaia, desesperada entró al café y se abalanzó entre las mesas. El marinero ya llevaba la otra mano al cuello cuando Liubka lo golpeó en la cabeza con una botella. El aire se embebió de alcohol, el cráneo dio en la mesa y después en el suelo. Las tres mujeres se encontraron frente a frente. Liubka pidió a la niña que fuera a reponerse a la trastienda y quebró una silla en la espalda del marinero mientras lo injuriaba. Emmaia la siguió hasta el mostrador.

«Dime, ¿de quién es la vida? ¿Quién está haciendo la vida? Ese loco pensaba matarla, ¿tú lo comprendes? Te lo voy a decir. Nosotros somos comparsas. La vida es de los ricos, de los atletas, de los perfumistas, de los aviadores, de los contrabandistas y de los escribanos. Nosotros somos comparsas y nada más. Pregúntame por qué no lo maté y no sabría qué responderte. No sé qué idea me detuvo. Todos los días matan inocentes en la ciudad, el hambre o la policía, y nadie los ve morir. Ahora yo te pregunto, ¿cómo vamos a defendemos si no somos ricos? Ahí lo tienes, durmiendo en el suelo. Pero ya es tarde. Ellos no tienen tantos escrúpulos como tú o yo, niña. Qué bueno que seas rusa. Acompáñame con el vodka.»

«Cómo lo supo.»

«Y tú.»

«Los insultos.»

«Es cierto, solo en ruso digo lo que pienso.»

Alguien llamaba a Liubka. Terminó su copa.

«Anda a ver a la niña. Yo iré después.»

Emmaia titubeó.

«Qué ocurre contigo.»

«No conozco su lengua.»

«Ni ella la tuya. No es para conversar que te necesitan.»

Liubka la abandonó y fue a las mesas. Emmaia, que antes se había arrojado al café sin pensarlo dos veces, ahora temblaba con la idea de pasar a la trastienda. Fue hasta la cortina negra y buscó entre los

pliegues. Al otro lado encontró pasillos que se abrían en todas las direcciones, con cuartos a izquierda y derecha pintados de rojo. En uno muy pequeño se había desvanecido la niña sobre un sillón, sin tiempo de cerrar la puerta. Emmaia le abrió el vestido, soltó el corpiño y la frotó en el pecho. Los ojos de la niña, con la lentitud de lunas, comenzaron a animarse confortados. Todavía sus brazos caían al suelo y en el cuello llevaba la cinta cárdena que el marinero le había impreso. Acompañaba las boqueadas con saltos del pecho, las convulsiones la estremecían y aun la sensación de muerte habitaba sus pupilas. Las caricias le trajeron consuelo y se entregó a los métodos de la desconocida.

Emmaia comprobó que, traspuesta la ilusión del maquillaje, la niña tenía sus mismos años y palidez semejante, aunque en el seno le reptaran venas de tinta. Cubriéndole y descubriéndole los labios le hizo entender cómo debía respirar para recuperar el aliento y oxigenar nuevamente la sangre.

El pulso comenzaba a sosegarse. Sonrieron. Emmaia cerró la puerta, le quitó el calzado, el vestido, la lingerie, le bajó los párpados y luego la envolvió con una manta. La niña pareció dormirse. Tras ese auxilio urgente, Emmaia se sentó en una silla. Implacable, la noche de la que quería escapar le agobió la memoria, hasta causarle más fatiga que la huida a través de las calles hacia ese cuarto apartado del mundo. No era todo él tan grande como la cama en que durmió con Dimitri y soñó con Volodia. Blanda por el sopor y el aire espeso, se resistía al deseo de echarse también en el sillón y dormir abrazada a la niña para que el tiempo y la realidad pasaran. La espantaba que el recuerdo de la noche regresara en las imágenes del sueño.

Liubka llegó más tarde. Acarició a Emmaia en los hombros y las mejillas.

«No te asustes. Se compondrá pronto. Aún no distingue cuándo llevan la mano para una caricia y cuándo para hacernos daño. Tendrá que volverse tan vieja como yo para saberlo. Es precio demasiado alto. Liubka Andreievna.»

«Emmaia Sergueievna.»

Emmaia, sin poder contenerse, se apretó con desesperación a Liubka como si se abrazara a su madre, y no por la emoción de reencontrarla sino en la íntima certidumbre de que para siempre le decía adiós.

«Todo irá bien, Emmaia. Somos rusas y mujeres.»

La música llegaba leve en el aire y asordinaba los rumores de los cuartos vecinos. El mundo parecía remoto.

«Cuéntame todo si quieres, Emmaia, pero no hables de Rusia. Nada más me harías daño y por hoy tengo bastante. Hace tiempo ya que

prefiero imaginarla a mi antojo, como una casa de muñecas que jamás tuve, y es mejor así. Soy bolchevique al otro lado de mundo. En el corazón del capitalismo. Defiendo a las niñas que están solas como yo, y me dejo engañar con la idea de que todas son mis hijas. Eso es bueno y nos ayuda hasta que la Justicia llegue al mundo. Todos los que vienen al pasaje necesitan algo que no tienen. Qué es lo tuyo, Emmaia.»

Ella se quitó del pecho de Liubka y se sentó en el sillón, en un hueco que dejaba el cuerpo de la niña dormida. No se trataba, comprendió, de componer el retrato de un personaje imaginario modelándolo a su gusto, tiñéndolo con atributos que estimara, situándolo en peripecias antojadizas como hacía ante sus lejanos alumnos. Ahora necesitaba convertir su propia experiencia en un relato ordenado, y al intentarlo comprendió que ya no era una niña. Tenía un pasado. Podía ir e ir en su memoria y siempre encontrar algo que recordar. Era verdad, entonces, que se trataba de un adiós. Un curioso sentimiento de vejez le sobrevino.

Al acabar lloraba. La niña que dormía a su lado se despertó con las incomprensibles palabras de Emmaia disueltas en el entresueño, se quitó la manta y las tres se abrazaron. Se besaron. Liubka fue la primera en hablar.

«Esta no es ciudad de maestros de escuela, Emmaia. Lo sabes por tí misma.»

¿Y con ellas?, preguntó Emmaia con los ojos, ¿por qué no habrían de seguir juntas, así, todo el tiempo, ahora que se conocían y cada una guardaba secretos de las otras dos?

«No, Emmaia.»

¿Liubka también quería lastimarla? Emmaia se estrechó a la niña. ¿Por qué no veía que ambas eran iguales y no deseaban separarse? ¿Por qué la condenaba otra vez a perder lo que encontraba? ¿No sería bueno para Liubka tener una hija rusa con la cual hablar las dulces palabras, decir lo que pensaba?

«¿Qué Revolución perseguirás en el pasaje, Emmaia? Déjame a mí ese engaño. Si ya no tienes un amor tendrás otro, pero deja a mis niñas con lo suyo. No te necesitan aquí, ni te comprenden. Qué significa para ellas que seas bolchevique. Nada. Esto es capitalismo, Emmaia. Día y noche explotación. Injusticia. En el café no producimos otra cosa que embrujo.»

Emmaia lentamente abandonó su emoción. Alivió las crispaciones de sus manos para que fueran y vinieran, en caricias, por la piel de la niña que comenzaba a dormitar en su falda.

«Una fábrica, Liubka.»

Era peor que el pasaje. Las dos lo sabían.

«Están los camaradas, Liubka.»

Otros bolcheviques trabajaban en los talleres de tranvías. La policía los vigilaba todo el tiempo, pero eran cautos y cuidarían de ella. Tal vez mañana Liubka pudiera hablar con ellos y pedir su consejo.

«Déjamelo a mí, Emmaia. Todo irá bien. Ahora duérmete con ella. Tendrá miedo si despierta sola.»

Emmaia se quitó las prendas. Pensaba en Volodia. Si acaso se reencontraran en el sueño, imaginaba, sería por última vez. Como en un mapa donde el trazo que representa un río se abre en dos cauces que dan a mares distintos. Liubka acostó a la niña y sostuvo abierta la manta para que Emmaia se apretara a su lado. Las cubrió. Moldeó en torno a ellas la cobija para que no cayera durante la noche, las besó y luego apagó la lámpara. Cerraba ya la puerta y Emmaia la llamó arañada de espanto.

«Qué ocurre, niña.»

«No tengo papeles, Liubka. No tengo un solo papel. ¡Estoy perdida!»

Liubka sonrió, resignada al candor de Emmaia.

«¿Papeles? Eso se arregla. En esta ciudad los falsos valen igual. Duerme. Nadie vendrá a molestarlas.»

La puerta se cerró. Las acunaría el rumor de las parejas en los cuartos vecinos y la música distante. Mientras andaba los pasillos, Liubka deseó que el marinero se hubiera ido. Otras tenían que ser sus preocupaciones. Mujeres sin nadie en el mundo morían todas las noches en los hospitales. Ella misma, al escapar del hospicio, se había salvado de que echaran su cuerpo al horno y vendieran sus papeles para que alguna extranjera continuara su vida por ella. Esa era la vida en la ciudad capitalista. Crímenes, abusos, humillación para los débiles. Para los asesinos, los torturadores, indulgencias. ¿Qué nombre tendría la niña rusa desde el día siguiente? Para Liubka sería siempre Emmaia Sergueievna. No debía olvidarlo. Cuando su esposa se hartara de él y lo echara a dormir a la calle, aquel imbécil vendría al pasaje, lloraría en una mesa y pronunciaría el nombre de la única mujer que amó. Emmaia Sergueievna.

Pasó a través de la cortina. Las niñas la miraron y ella las calmó con una sonrisa. Dio la vuelta al mostrador, se acodó y encendió un cigarrillo. Algunos hombres se habían ido y ya otros ocupaban las mesas. Liubka llamó a una de las niñas, pidió que dijera al hombre que bebía junto al espejo que necesitaba verlo. Alguien, sobre el cristal, había pintado un corazón de rouge.

El policía se acercó sonriendo. Sabía que Liubka volvería a



comprarle papeles de identificación para alguna extranjera.

Penúltimo capítulo

Nikita Razumov apagó la lámpara y trenzó sus manos sobre la mesa. Con dificultad había leído las noticias en el periódico y, aun desconfiando de sus destrezas en el idioma, le pareció entender que la situación se complicaba. La prensa ya casi ni prestaba atención al conflicto en los talleres. Los obreros quedarían aislados y la ciudad los tomaría por saboteadores ocupados en una causa ruin. Acaso fuera irremediable. ¿Había modo de escapar, se preguntaba, al clima de una época? Guardó su documentación en un bolsillo de la camisa y salió del cuarto.

Con la caída del sol, el aire se había preñado con el perfume de las plantas. Nikita observó el cielo bajo, plomizo, y luego subió los peldaños de madera. Se detuvo en la ventana e hizo una seña graciosa. Emmaia Sergueievna –en el trato con sus conocidos conservó ese nombre–, desde dentro le sonrió y lo invitó a pasar.

«¿Vendrás entonces?»

«Si no lo hiciera cargaría con una culpa infinita el resto de mi vida. No puedo dejar que se envenenen. Jamás he visto obreros más torpes. Componen un tranvía con llaves y martillos y no saben manejar una cuchara. Aquí tienes té.»

«Cuál té, Emmaia.»

«El que dejé secarse al sol. Pareces un Romanov con tus pretensiones, Nikita.»

«Bromeaba, Emmaia. Puedes estar segura, jamás probé un té como este. Nunca.»

«Jamás apreciarás lo tenue, Nikita Razumov...»

Ella guardó unos lápices en una caja de lata y después fijó con chinchetas una lámina a la pared de madera.

«Cómo está el niño.»

«No sé qué cosas sueña, pero todo el tiempo sonríe. ¿Lo ves?»

«Es porque sueña contigo, Emmaia. Y no le das a beber tu té...»

«Despertará cuando te dé con la cuchara en el cráneo.»

«Con métodos como los tuyos entiendo que los patrones desconfíen de los obreros...»

Una camarada llegó a recoger al niño. Dormiría con sus hijos esa noche. Emmaia envolvió al niño con una manta, lo alzó en sus brazos y lo pasó a la camarada. Las dos mujeres se besaron. Emmaia enjuagó las tazas, ordenó la mesa y se recogió el cabello ciñéndolo con hebillas. Al salir del cuarto ya la noche cubría el suburbio. Así bajaban por la escalera, las fragancias se hacían más penetrantes.

«Tal vez nos lleven carne de cerdo esta noche, Emmaia. Los camaradas del sindicato creen poder conseguirla.»

«Ya era tiempo de guisar a los patrones. Me encargaré de echarlos en la olla.»

«No me atrevería a comerlos...»

«Tampoco yo, Nikita. ¿Han sabido de ellos?»

«Nada.»

Atravesaron el patio y luego anduvieron las calles de tierra, guiados por el hábito de la oscuridad y obligados por la vigilancia de la policía. Por no exponerse, al llegar a la calle empedrada no la cruzaron. Permanecieron ocultos en los pastos hasta distinguir en la negrura la farola del tranvía. Treparon al vagón. Cada uno pagó su boleto y viajaron distantes uno del otro, como desconocidos.

A medida que el tranvía dejaba atrás el suburbio y se acercaba al puente sobre el riachuelo, el aire de magnolias, madreselvas y jazmines se fue desvaneciendo ante la mixtura de cemento, carbón y hierro. Al otro lado del puente comenzaron, de trecho en trecho, las luces regulares del alumbrado.

Nikita saltó el primero a la calle, y Emmaia en la esquina siguiente. Como en errancia de loco caminaron en dirección opuesta a su destino y al fin se reencontraron en una encrucijada. Sin hablarse caminaron hacia la fábrica.

A la distancia, parecía que un incendio devoraba los talleres. Las chispas llovían hacia el cielo y en su ascenso estrellaban la noche, hasta apagarse. El tinglado, cubierto con polvo de fundición, permanecía invisible, altísimo en la sombra. Toda la fábrica –una vasta catedral de ladrillos negros que temblaban con las explosiones de la caldera– se consumía en su propia bruma. El polvo, suspenso en el aire caliente, envolvía el paisaje, los edificios en torno, las calles de piedra, los portones socavados por la herrumbre.

Un camarada les abrió una pequeña puerta practicada en el portón de hierro. Se saludaron. Nikita y el camarada hablaron a gritos en el

fragor de las máquinas.

«Qué te ha dicho, Nikita.»

«Las cosas se complican. Han desaparecido algunos camaradas. »

«La policía.»

«Sí.»

«Sabe algo de los patrones.»

«Nada.»

«No volverán. Hay mejores negocios.»

«Eso mismo dicen todos. Jamás nos pagarán.»

«Nos cobraremos por nosotros mismos.»

«Algunos creen que el gobierno intervendrá.»

«¿Y eso qué cambia las cosas, Nikita? Los mismos con otro nombre. No estamos en Rusia.»

«…Lo sé.»

«Qué se hará entonces.»

«Lo de siempre, Emmaia. Trabajar.»

«Para quién.»

«No te escucho.»

«Para quién trabajaremos, Nikita. Eso es lo que quiero saber. Para quién.»

«Para nosotros esta vez.»

Emmaia sonrió.

«...Es mi hijo quien chupa el dedo, Nikita.»

«Lo sé, Emmaia. Lo sé.»

«Entonces.»

«Soportar que el mundo se desmorone encima nuestro, ¿qué otra cosa...? Demasiado tarde en Rusia, demasiado temprano aquí... Nos ha tocado un pozo de la Historia, Emmaia. Seguiremos.»

Emmaia tomó a Nikita de un brazo. Lo miró a los ojos.

«Te ha dicho que vendrá la policía.»

«... Soldados esta vez.»

«Cuándo.»

Nikita se apartó.

«Cuándo.»

«Antes de que demos ejemplo. Voy al taller.»

Nikita comenzó a alejarse. Emmaia quiso despedirlo de otro modo.

«Ey, Nikita –gritó–. ¿Has comido guiso alguna vez?»

«No te escucho.»

«Que si has comido guiso alguna vez.»

«Mi madre.»

«Qué.»

«Mi madre. En Vilna. Los hacía deliciosos.»

«Pobre tu madre, Nikita.»

«¿Qué?»

«Pobre tu madre allá en Lituania...»

«¿...?»

«La querrás un poco menos desde esta noche. Adiós, Nikita.»

Nikita Razumov sonríe, menea la cabeza y va al taller. Si él hubiera conocido a Anna Sergueievna se asombraría del parecido que Emmaia fue ganando a medida que los años pasaron. Así ocurra tal vez con todos los hijos, que menos se asemejan a sus padres por la fisonomía heredada, que por el retrato moral que van haciendo suyo hasta volverlo su propia personalidad. Y ese es el parecido que más estiman los padres, porque no lo deben a la Naturaleza sino a la historia personal.

Emmaia camina hacia un depósito de herramientas que, desde que los patrones huyeron con el dinero, es una precaria cocina que alimenta a los obreros. Saluda a los camaradas que habrán de ayudarla. Lo poco que encuentra al menos es algo. Lo arroja en una olla no colmada sino con agua y encarga a un camarada que no deje de dar vueltas a los fideos con una pala, mientras ella raciona el pan y el queso.

Fuera de la cocina, a través de la ventana, ve el paisaje ondulante de los obreros trepados a los tranvías, como locos que persiguieran sus manías en un hospicio abandonado. Piensa que tiene ante sus ojos, recortado por el marco de la ventana, el verdadero paisaje del infierno que solo los hipócritas buscan más allá del mundo. En ese retrato, advierte, el tiempo va hacia atrás. Sus manos montan las porciones de queso sobre las de pan y alinean las raciones sobre las fuentes. Tal vez Nikita no se equivoque, y en la Historia de la humanidad les haya tocado en suerte un abismo y solo estén ahí, en un pozo, boqueando. ¿Qué pueden hacer en el mundo los que están contra el mundo tal como es?

Emmaia se acerca a la olla y prueba el sabor del caldo. Ya no podrá mejorarlo. Los camaradas van a reunir a los demás para la cena. Ella los ve alejarse hacia el infierno. Piensa que cuando debió irle mal así le fue, que no sacó ventajas si el aire hedía ni jamás alió su suerte a la



de los explotadores. Que nadie ni nada pudo convencerla nunca de sonreír ni darse alivio al ver cómo el mundo no cambia todavía.

Último capítulo

El cerrojo se movió con ruido de campanas oxidadas. Alguien empujó la puerta y tres hombres entraron en la celda. Solo el guardián permaneció allí; los otros dos, repelidos por el hedor, las aguas negras y las chorreaduras viscosas que se derramaban por las paredes, retrocedieron de inmediato hasta el vano. Uno –el juez– trabó los pulgares en las bocas del chaleco y recompuso su rostro para que consonara con su investidura; de vez en vez miraba sus botines relucientes para cuidar que las suelas no se impregnaran de los humores que cubrían el piso. El otro –el oficial de policía– apretaba un carpetín en el sobaco y descansaba las manos cruzándolas en el correaje que le envolvía la cintura.

El guardián, para quien el hedor era indistinto, se detuvo junto al cuerpo de la víctima en una apostura que vagamente satisfacía los reglamentos, pero que exhibía también las desprolijidades a que llevaba el trato diario y directo con los detenidos. Sus botas evidenciaban una opacidad irremediable, y el uniforme mostraba agónicas costuras de alguien inexperto con las agujas. Al fin, se trataba de una inspección que no lo atañía, de la que desconocía los fines y en la que él ocupaba un lugar irrelevante. En el estado en que se encontraba, la víctima era incapaz de atacar a nadie.

El juez movió la cabeza. El oficial, con ostensible lentitud que pretendía señalar el parcial acatamiento de la subordinación, quitó el carpetín del sobaco y lo sostuvo abierto, algo inclinado para que la luz del corredor iluminara el prontuario. El juez leyó por encima las líneas mecanografiadas y solo dedicó atención cabal a las partes subrayadas con tinta verde. La causa de la detención, la circunstancia en que se produjo, y algunos detalles de los curiosos antecedentes de la víctima. Era evidente que el prontuario estaba viciado de errores. Antes que sorprenderlo, el hecho convenció al juez de que estaba ante una situación común y de la que podía imaginar todos los pormenores. Luego volvió los ojos a la celda. El oficial entendió que debía cerrar el carpetín y regresarlo al sobaco. El juez se acarició el mentón, balanceándose levemente sobre los pies, después giró y se perdió en el

corredor sin decir palabra.

Desairado por el desprecio que el juez le dedicaba, el oficial obtuvo alguna reparación cuando chasqueó los dedos y esa sola señal bastó para que el guardián se cuadrara en su sitio, luego saliera, cerrara la puerta, corriera los cerrojos y echara el candado. Mientras todo esto ocurrió en la celda, Emmaia permaneció ovillada en el piso. Llevaba días así, estremecida de frío, famélica por temor a que la envenenaran, concentrada obsesivamente en algunas imágenes que ni cuando conseguía dormirse la abandonaban. Doble como su vida, por un lado virtual y por otro falsamente documentada, así era en su cerebro el fluir de imágenes. Las más persistentes le acercaban a su hijo.

Desde la noche en que Emmaia fue a cocinar para los obreros de los talleres, el pequeño había encontrado madre, padre y hermanos que lo protegerían. Ella podía despreocuparse del cuidado que recibía, pero la estremecía pensar que no se extrañaran uno al otro con idéntica intensidad. ¿Cuánto no sería, a los ojos del pequeño, mejor madre aquella camarada, que conocía todas las destrezas, que Emmaia misma, que todo debió aprenderlo sola, sin consejo, escarnecida en tantos sitios por soltera y madre?

Así como en otro tiempo de otro abrazo, la incendiaba ahora el deseo de estrechar a su hijo, apretarse a la única persona con quien estaba íntima, verdadera, materialmente ligada en el mundo. Desesperaba por acariciarlo, por mecerlo, por cantarle nanas, y a la vez se negaba el derecho mismo a preguntar por él por temor a que los policías le causaran algún daño. Cuando la interrogaron, suscribió en todos sus términos la falsa identidad que acreditaban sus papeles. Nunca había tenido un hijo.

Las otras imágenes se hilvanaban en su memoria como una crónica alucinada. La noche se había salido del tiempo. Emmaia y algunos camaradas fregaban la olla y los utensilios en el depósito, los obreros del nuevo turno habían llegado y conversaban con los que aún trabajaban acerca del punto en que deberían continuar, cuando comenzaron a llover balas desde los edificios que rodeaban la fábrica. Los obreros se ocultaron en los vagones, tras las máquinas, los tanques de combustible vacíos, las columnas que sostenían el tinglado, bajo las mesas donde se alineaban las herramientas; cualquier sitio, si de inmediato tenían que abandonarlo porque las balas caían desde todos los flancos. Disparaban desde alturas sombrías, los plomos atravesaban el aire y destrozaban allí donde los obreros llevaban semanas trabajando sin salario. Una ráfaga de bombas incendió los vagones. Estallaron las calderas. Los obreros comenzaron a caer, muertos o heridos. La fábrica no tardó en arder. Acaso los obreros comenzaban a dar ejemplo. Como si fueran ellos la rapiña, los explotadores; como si

al haber trabajado noche y día robaran, fueron asesinados, heridos, torturados, detenidos aquella noche los obreros en la fábrica de tranvías.

Emmaia tuvo suerte. Fue a dar a prisión. Luego de tantos días y por venal que fuese, no había juez que pudiera argumentar ese encierro. Si cada detenido fue forzado a rubricar una confesión tan infamante como inverosímil, con Emmaia, empero, la policía encontró dificultades para fraguar razones que la inculparan. En esa dilación, las organizaciones obreras hallaron una brecha para reclamar su libertad y el juez enfrentó un camino sin alternativas. Dio orden al oficial de policía para que entregara a Emmaia al delegado de los sindicatos.

El delegado esperaba en la calle, bajo la lluvia, con la cabeza descubierta. Últimamente sus diligencias se reducían a interceder en defensa de obreros detenidos por la policía. El salario y las condiciones de trabajo se habían convertido, de un modo lento, imperceptible, en cuestiones secundarias. Repasó el nombre de la camarada. No recordaba haberlo oído antes. Con dificultad encendió un cigarrillo. Los muros encalados no le impedían imaginar lo que sucedía dentro. No estaba tan lejano el día en que también sus huesos fueron a dar en esas mismas celdas. El tiempo fue hacia atrás en su cerebro.

El portón se abrió. Una mujer rubia asomó en la calle. Al verla ni pudo sentirse feliz. Antes lo estremeció la pertinacia de su memoria, que una y otra y otra vez lo condenaba a confundir en cada mujer los rasgos de otra, amada y perdida. Dio vuelta la cara, arrojó el cigarrillo y aspiró profundo el aire de la tormenta.

«Volodia...»

Áspera ahora, la voz sin embargo fue inconfundible en la tierna pronunciación de su nombre. ¿Se engañaba también en lo que oía? ¿Qué le diría esa camarada que él lo cambiaba?

Escuchó los pasos en la lluvia. Se estrecharon de manera precaria, incompleta, como trozos de una vieja fotografía rasgada al medio. Volodia lloró sobre Emmaia, pero se abstuvo de besar una boca que ya no le pertenecía. Emmaia, detenida por los detalles que Dimitri le había revelado, selló los labios y los apretó a la camisa. Hacía mucho ya, mientras tuvo sentido, habían imaginado un reencuentro, distinto de este y el mismo ambos. Un tranvía asomó en la tormenta. Emmaia, aunque ya no pensara en Volodia, tiró de su mano y lo arrastró hacia el vagón. Aquella palabra –«Volodia...»– aun fue la única. Viajaron al suburbio dando pasos imaginarios en una cuerda trémula, suspendida

sobre el vacío de una coincidencia tardía, inoportuna. Emmaia ya no era la maestra bolchevique que corrió bajo la nieve de Leningrado, que atravesó entero el mundo por una promesa de amor; sino una obrera tatuada por la violencia del taller, enamorada solo del hijo que la inexperiencia propia y las artes de un Romanov le habían donado.

Tampoco él era ese extraviado, ese loco que fue a dar a la cárcel apenas Dimitri lo entregara a la policía. Las secuelas del encierro y el castigo habían sido severas. Imborrables: también él, ahora, como su maestro Illych Ulianov, daba guiños desacompasados con su ojo izquierdo. El ritmo de su corazón de pronto se aceleraba. Cuando salió de la cárcel sus propios camaradas, para quienes jamás fue extranjero, lo quitaron del taller y le impusieron la violencia turbia de la guerra sindical. La materialidad del trabajo se fue esfumando en la negociación lenta, alambicada, frente a los patrones. Por más que permaneció en sus valores, el porvenir se intrincó ante sus ojos cuanto más se aproximó al paisaje opaco de los reglamentos y las intermediaciones. Se creyó obligado a recomendar mesura algunas veces, y otras desaconsejó responder con bala las balas de los explotadores.

Saltaron a la calle. Avanzaron en un sentido y cuando el vagón se perdió en la noche retrocedieron y fueron en el contrario. El silencio de las calles de fango los convidaba a recuperar el ruso en los delicados tonos del susurro. Pero quién hablaría primero y para decir qué.

La lluvia había empantanado la calle de tierra hasta desaparecerla. Emmaia, habituada a ese contratiempo, se quitó los botines, arrolló la falda sobre sus piernas y la sostuvo con las manos. Iba a cruzar. Un relámpago la iluminó enteramente.

No tenía la caprichosa belleza de Leningrado y afrontaba sin dilaciones una dificultad que antes la hubiera atemorizado. Siendo tan joven, lo parecía menos, y las cintas del cabello ya no eran adornos sino una solución práctica para llevarlo ordenado. Descalza en el barro, no caminaba en puntas de pie. Distintos el vientre, apenas combado hacia afuera, y el seno bajo el vestido. Volodia comprendió en el relumbre fugaz del relámpago, que el cuerpo de Emmaia le hablaba de la maternidad.

«Un momento, Emmaia.»

Ella tembló al oírlo. Nada más alcanzó a recoger sus botines antes de que los brazos de Volodia la envolvieran. La alzaran. La cargaran. Cruzaron las aguas y en lugar de devolverla al suelo la apretó contra su pecho, como si deseara hacerse daño. Volodia iba llorando, pero no hubo ya relámpago que lo iluminara.

Al llegar a la casa, Emmaia saltó de los brazos. Volodia sintió que volvía a perderla y sin conciencia fue tras el pálido fulgor del vestido. El patio anegado, la escalera cimbreante y al fin el cuarto misérrimo. Ella encendió una lámpara de querosén y lo abandonó. Volodia ni un paso pudo dar y sentarse y esperarla. Permaneció inmóvil en la puerta, a la luz mortecina de la lámpara. En la forma endeble de una cuna entendió que ese era el modo que Emmaia había elegido para despedirlo para siempre de su vida. No vio qué tan pequeña era la cama junto a la cuna, qué femeninas las dos o tres prendas que colgaban en la pared. Retrocedió, miró por última vez la cuna a través de la ventana y al asomarse en la escalera vio a Emmaia que subía. Ascendía lentamente cada peldaño, con el cuerpo avanzando sobre los pies para proteger de la lluvia al niño que abrazaba en el seno.

Se miraron. Cada uno sabía que el gesto que el otro hiciera definiría la vida de ambos; y fueron simultáneas la mirada de amor de Emmaia y las manos de Volodia tendidas para recibir al niño.

Demasiado hemos escrito como para que alguien imagine algo distinto de lo que ocurrió. Por lo demás, la vida de los obreros es de las cosas que menos han cambiado en el mundo y es bueno entonces que la historia se suspenda aquí. Anotemos, apenas, que durante la noche Emmaia y Volodia conversaron deslizando sus voces entre el ruso y la nueva lengua, y que el niño no despertó mientras se amaron. Por la mañana, cuando bajaron la escalera, el cielo parecía infinito, y el frío era cruel, como siempre en invierno para los pobres. Los camaradas que andaban en el patio, al verlos, sonrieron pudorosos. Ella temblaba.

«Es mi esposo...», dijo en un susurro.

Él, acunando al niño en su pecho, tendió franca la mano como una rosa.

«Buen día, camaradas. Y desde hoy el padre del pequeño Volodia.»

Posfacio del autor

Entiendo que la inocultable y completa homonimia convenció a los editores para que me confiaran la redacción de estas líneas. Necesito advertir, sin embargo, que es poco lo que puedo informar sobre la escritura de Rojo amor y menos todavía acerca de su autor, de quien apenas guardo recuerdos borrosos y tan improbables que es lo mejor no exponerlos aquí.

En razón de una mínima honestidad hacia quienes confiaron en mí, me limitaré, entonces, a servirme de una gran cantidad de hojas sueltas y tres cuadernos que Jarkowski llevó al mismo tiempo que se ocupaba de la novela, hasta ahora conservados en una caja de cartón que obra en mi poder.

Junto a esos materiales hay, además, varios discos flexibles de 5¼” –numerados de i a v– que, es de imaginar, contienen el texto completo de la novela en soporte digital. Un disco semejante, con la leyenda Galaxy en una etiqueta escolar, debe contener un procesador de textos –hay alguna información al respecto en el Computer History Museum– que permitió digitalizar el manuscrito. Su obsolescencia, de todos modos, vuelve imposible la consulta actual de esos discos.

Guardé esa caja en un armario durante ya muchos años. Ocurriendo que Jarkowski no dejó escrita ninguna instrucción respecto del destino que deseaba para esos diversos materiales, terminadas estas notas irán a dar al fuego en la vieja estufa de hierro de una casa de campo en la provincia de Buenos Aires. No tendrán mejor utilidad que calentar la casa en las horas del invierno y, por lo demás, esa ceremonia doméstica será un remedo, no del todo alejado de las circunstancias en las que el autor escribió Rojo amor, de la escena en que Rodolfo, durante el primer acto de La Bohème, para aliviar el frío de la buhardilla donde malvive, decide quemar sus escritos de suerte que el papel se disuelva en cenizas y la inspiración vuele otra vez y regrese al cielo.

A pesar de que son tres los cuadernos y bastante numerosos los

papeles sueltos que su dueño guardó en la caja, no son muchas, en verdad, las anotaciones que excedan lo confesional y puedan resultar de algún interés para terceros.

Desde que advertí que las notas eran erráticas y no guardaban relación entre sí –más allá de algunas pocas ideas insistentes–; que unas veces eran desanimadas y otras, tal vez por compensación, entusiastas y afirmativas; que con frecuencia eran nada más que presuntuosas y autocompasivas, me pareció que no era necesario leerlas en su totalidad. Con todo, según ellas puede establecerse que Jarkowski escribió su novela a lo largo de cuatro años aproximadamente, entre 1988 y 1991, luego de haber intentado una novela de la que no hay mayores noticias en los cuadernos, a excepción de que su ejecución fue francamente torpe, tal como, para fortuna del autor, durante un encuentro personal se lo hizo saber Beatriz Sarlo, crítica e investigadora en temas literarios y, por entonces, también docente de la cátedra de Literatura Argentina, con quien Jarkowski había comenzado a trabajar desde algún tiempo atrás en la Universidad de Buenos Aires.

En palabras del autor –que no es necesario transcribir aunque sí me permito exponer en términos generales– aquel fracaso inicial resultó, al cabo, de lo más benéfico para la escritura de Rojo amor; en el tercero de los cuadernos, con letra clara, como convencida de sus dichos, anotó su convicción de que la finalidad de escribir una primera novela era, solamente, aproximarse al ejercicio de una práctica desconocida; satisfacer la vanidad personal, de tal suerte que contrarreste el continuo sentimiento de desdicha y dé, en ocasiones, tema de conversación con amigos escritores; desecharla luego en lo más profundo de un cajón, quitándola de la vista; y, primordialmente, encontrarse en una mejor situación para iniciar una nueva novela que, ya precavido de las torpezas cometidas en la novela anterior, pueda dar a conocer como si fuese, en verdad, la primera que escribió.

Más allá de que se trate de una mera creencia personal, caprichosa, consolatoria y sin validez general –e incluso resulte irritante si la considera, por ejemplo, alguien que se encuentra escribiendo su primera novela–, Jarkowski, al menos por lo que escribe en el cuaderno, la tuvo por cierta durante la escritura de Rojo amor.

En cuanto a la historia narrada en la novela, una nota que abre el primero de los cuadernos atribuye su origen a un sueño ocurrido hacia comienzos de 1988. Según la transposición a palabras de las imágenes de ese sueño, Jarkowski se encontraba en una cama y desde ahí veía que, por debajo de la puerta de la habitación, alguien deslizaba sobres de papel de color madera. Se levantaba entonces, los recogía con

inquietud y en el anverso de cada uno reconocía, junto a varias estampillas con la imagen de Lenin, diferentes transliteraciones al alfabeto latino del nombre y el apellido de su abuelo paterno, un trabajador ruso emigrado a la Argentina hacia 1929, donde formó familia. Luego rasgaba uno por uno los sobres y dentro encontraba cartas o pequeños libros en caracteres cirílicos, lo que volvía imposible leer una sola de todas las palabras. El sueño se interrumpía cuando recordaba que su abuelo había muerto más de veinte años atrás y comprendía que, aun así, familiares, amigos o camaradas le seguían enviando cartas desde Moscú. El lector habrá reconocido la conversión de este sueño en un episodio de la historia en la segunda parte de la novela.

Los papeles contenidos en la caja indican que no hubo sino una versión final de la novela, aunque fueron varios –de cinco a diez– los borradores de cada una de las páginas en particular, todos manuscritos con tinta negra de una lapicera estilográfica y la microscópica grafía de un miope.

El cotejo de varios de los sucesivos borradores no permite reconocer otro patrón de corrección que la aspiración a un vago y anacrónico ideal de belleza según el cual pareciera que la abundancia lexical, simbólica, se esfuerza en evanescer efectivas carencias materiales. Se trataría, de ser así, de un procedimiento más o menos frecuente entre escritores y escritoras de origen humilde, recién llegados a la práctica de la cultura literaria, tal como, según diferentes críticos lo han señalado, ocurrió con la escritura de comienzos de Roberto Arlt.

Los pormenores de la historia propiamente dicha y las tres partes en que se divide la novela, en cambio, casi no muestran cambios a lo largo de los papeles, como si el autor –para ponerlo en términos simples– hubiese tenido completo en su cabeza el argumento que pretendía desarrollar, pero fuera a tientas en cuanto a la forma más adecuada de ponerlo en palabras.

Terminada la novela, se interrumpen las notas en los cuadernos, de manera que no puede saberse el camino que Jarkowski intentó para conseguir que se editara. Lo más probable, por común, es que probara llevarla a distintas editoriales y en todas, con uno u otro motivo, la rechazaran.

Esto explicaría que la novela recién se publicara en 1993 y gracias, sobre todas las cosas, a su entrañable amistad con Miguel Vitagliano y Rubén Mira, con quienes emprendió un proyecto autogestionado para la edición de sus respectivas primeras novelas. Hoy puede inferirse que ese emprendimiento no podía, de ningún modo, perseguir afanes de lucro, por lo que parece haber primado un impulso de reacción, en

parte emotiva y en parte ideológica, frente a una realidad adversa.

La lectura de El niño perro de Vitagliano, Guerrilleros (una salida al mar para Bolivia), La pérdida de Laura de Martín Kohan –quien se sumaría al proyecto original– y, en alguna medida, también de Rojo amor, lleva a considerar que esas cuatro novelas, de poéticas y estéticas disímiles, coincidieron, sin embargo, en responder de manera crítica, al menos tanto como a cada uno de los cuatro autores le fue posible, al clima hostil de aquellos tiempos que no se pueden tener, por cierto, sino por aciagos para todos aquellos que, más tarde o más temprano, resultaron sus víctimas.

Por lo demás, teniendo a la vista ejemplares de las cuatro novelas, parece evidente que también sus distintos diseños de tapas –todos obra de Andrea Chaskielberg–, desentendidos de un criterio serial, fueron en la misma dirección de ese espíritu que, a falta de una palabra más precisa al alcance de la mano, podría caracterizarse como contestatario, y cuya cifra más pretenciosa aparecía, desde el origen mismo, en el nombre de "Treinta monedas" para la colección de novelas.

Cualquier reedición no inmediata de un libro compromete a un autor que ya no existe, lo que no deja de ser particularmente penoso en el caso de esta novela, cuya mayor fortuna fue la de haber recibido la aprobación, en todo o en parte, de críticos y escritores como Adriana Mancini, Soledad Quereilhac, Beatriz Sarlo, Álvaro Abós, Gustavo Ferreyra, Christian Kupchnik, Alberto Laiseca, Marcos Mayer, Guillermo Saavedra o Jorge Warley, a quienes Jarkowski ya no podrá agradecer la atención que prodigaron a su trabajo.

Por la misma razón, tampoco corresponde señalar correcciones a la edición original de la novela. Sugerí, sin embargo, a los editores, y nada más, añadir a la dedicatoria tres nombres que el autor, es claro, no podía ni siquiera imaginar. Entiendo que, de haber conocido la novedad de esta reedición, habría apreciado de inmediato la extensión de la dedicatoria y –es de las poquísimas cosas de las que estoy convencido– la habría recibido como una inesperada felicidad.

A. J.